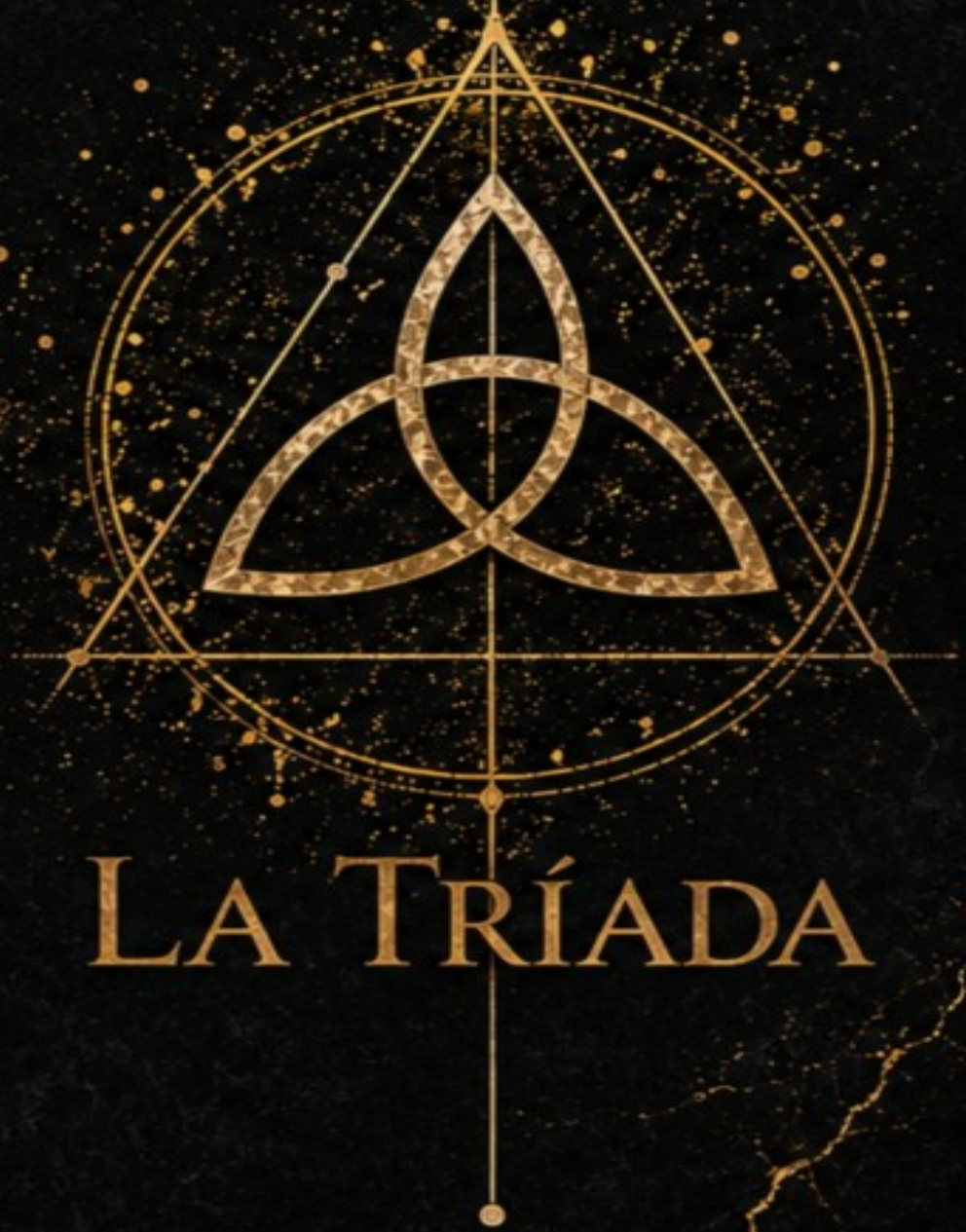
AETHRYA



La Tríada

ANDREA · R · F

AETHRYA LA TRÍADA

Andrea R. F.

Andrea R. F.

Copyright © 2026 Andrea Rivera Fernández

Título: Aethrya La Tríada
Primera edición: mayo de 2026

© 2026, Andrea Rivera Fernández
© De las ilustraciones: Silvia Fuentes Rivera, 2026
© De esta edición: Andrea Rivera Fernández, 2026

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y sucesos son producto de la imaginación de la autora. Cualquier parecido con la realidad es pura coincidencia.

Todos los derechos reservados. Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio presente o futuro, sin la autorización previa y por escrito de la autora.

A mis padres.
Por haberme permitido dejar volar mi imaginación en horas de trabajo, aunque la realidad me exigiese lo contrario.

A mis hermanas.
Por ser el motivo que me impulsa a ser mejor, para que siempre encuentren en mí un refugio cuando la vida se ponga difícil.

A mi mejor amiga.
Por ser la calma y la lógica cuando todo en mí es impulso.

A mi prima.
Por haber mirado con mimo estas páginas cuando aún eran frágiles y darle vida física al mapa de este mundo inventado.

A mi alma gemela, mi compañero de risas, lágrimas, amor y vida.
Por sostenerme cuando todo pesa y por ser el lugar al que siempre vuelvo cuando me cuesta simplemente ser.

Y a ti.
Ojalá te pierdas en Aethrya como yo me perdí al crearla y que, cuando lo hagas, ya no salgas siendo la misma persona.
Que la Fundadora te pille confesado.

I
Dionna

—No lo voy a hacer solo por venganza —le digo—, será por nosotros también.

Ella asiente despacio. Tiene la misma mirada de piedra que tenía cuando los Arcanistas nos dejaron caer en desgracia. La misma mandíbula apretada. La misma tristeza guardada en lo más hondo, como una daga clavada en el mismísimo esternón. Se volvió más dura, casi impenetrable, pero nunca perdió esa fuerza que hace que uno crea que puede con todo. Mi madre es de esas personas que parecen verlo todo sin que te des cuenta. Parece decirte lo que necesitas saber antes siquiera de que sepas que lo necesitabas.

—Y si no entras —responde al fin—, que sepan lo que vales, que te vean luchar y no olviden nuestra cara, ¿me estás oyendo?

Su voz no me intimida; me da la fuerza que necesito. Le devuelvo la mirada, pero no digo nada.

Kirisena aparece por la puerta sin hacer ruido. A mis ojos todavía es pequeña, aunque me lleva unos diez centímetros en altura y ya camina como si el mundo se le quedase pequeño. Se me acerca y me mira sin decirme nada. Sus ojos son de un verde cálido profundo que me encanta, tan diferentes a los míos que se pelean entre el azul y el verde sin llegar a un color defini-do. Si los ojos son el espejo del alma, la mía no sabe de qué color es.

Cuando voy a salir, mi padre está en la puerta. Apoya una mano en el marco y me mira como si tuviese algo que decir, pero

tampoco habla. Solo asiente: un gesto breve, seco, como si con eso pudiera borrar años de silencio. Mi padre no suele hablar, pero cuando no entiende algo tiende a gritar. Hace años que algo en su interior se murió y no ha vuelto a ser el mismo. Me limito a pasar sin ni siquiera mirarlo a los ojos. Mi hermana y yo siempre hemos sabido cómo tenemos que hablar con cada uno de ellos. Nuestra madre habla un idioma y nuestro padre otro.

◆ ◆ ◆

La plaza central ha cambiado por completo: donde antes había puestos de pan y especias, ahora hay plataformas de piedra, túneles que llevan a estructuras de metal, antorchas y símbolos del reino por todas partes. Son tan importantes que nos los enseñan antes de que digamos siquiera la primera palabra; no recuerdo el momento exacto en el que lo aprendí, simplemente ya lo sabía. Las tres formas entrelazadas representan fuerza, inteligencia y valor, unidas dentro de un triángulo perfecto que actúa como una corona; alrededor, un círculo cerrado lo contiene todo, como si marcara un límite infranqueable sostenido por los Nueve. Sin embargo, lo más importante es la línea que desciende sin desviarse: la Fundadora, un eje que conecta cada parte del conjunto y da sentido a su estructura. «La Tríada: todo por y para el continente».

Hay decenas de jóvenes como yo con los nervios a flor de piel y la esperanza de formar parte del acontecimiento más grande del continente. Cada uno escoge el orden de sus pruebas de selección. Yo elijo empezar por *Valor*. Creo que es lo único de lo que estoy segura que no me falta.

Ni me faltará nunca.

No hay luz cuando entro: solo un silencio pastoso e incómodo. El aire no se respira, se traga. Dicen que aquí dentro no se lucha con espadas ni con palabras; la batalla es contra uno mismo. Una vez dentro, la sala parece una esfera de piedra negra y vacía. Solo estamos una urna de cristal en el centro, donde espera

una criatura, y yo. Un vapor oscuro, denso, como una sombra que quiere recordar su forma.
Doy un paso: la criatura tiembla. Otro, y el mundo cambia: el suelo se vuelve madera, las paredes piedra rugosa. Y ese olor... leche, café y humo de leña. Mi casa, antes de que dejara de serlo. Tres figuras sin rostro atraviesan la puerta.

—¡No! ¡No quiero!

Escuchar su llanto me desgarra por dentro. Yo me escondo tras la cortina. Tengo nueve años. Nueve años y las piernas paralizadas.

Volvemos a la sala anterior tan rápido como nos habíamos ido antes, la criatura adopta su forma. Idéntica, temblando, con los ojos llenos de lágrimas.

—Tenías que haberme salvado —dice—. Y no hiciste nada.

El dolor me atraviesa, pero no retrocedo.

—No eres ella —susurro.

—¿Y si lo soy? —responde sonriendo—. ¿Vas a fallar-me otra vez?

—No te fallé —le digo—. Ya no existes.

Entonces la criatura se detiene. La imagen se des-compone y cambia a algo sin forma ni rostro. Una masa de garras, bocas, ojos cerrados, abiertos y alas rotas. Un ser que parece hecho del miedo de todos los niños que alguna vez fueron arrancados de su hogar. Solo tenía tres años. Se lanza hacia mí, pero yo no me muevo. Las fauces pasan a un milímetro de mi cara. Las sombras me rozan la piel como cuchillas, pero yo ni parpadeo. No retrocedo, pero siento una lágrima caerme por la mejilla. Dos. Tres lágrimas me recorren la cara antes de caer al suelo.

Todo desaparece.

Estoy sola en la sala otra vez.

Noto como mi muñeca comienza a arder, no puedo evitar taparla con la otra mano mientras me retuerzo por dentro. El símbolo de Valor brilla ahora en mi muñeca. No sonrío, tampoco lloro; sin embargo, algo dentro de mí se suelta. Caigo al vacío emocional del que nunca había salido en realidad. Aún me quedan

dos pruebas más. Nunca he sentido estas ganas de continuar y acabar con algo como siento ahora.

Elijo *Inteligencia*, porque está claro que *Fuerza* es mi punto más débil y me niego a caer tan pronto. A una de perder, quiero perder con algo de dignidad.

Solo escucho el sonido de mis botas contra el suelo de gravilla blanca mientras avanzo hacia la segunda cámara. Estoy más cansada de lo que me gustaría admitir; no físicamente, al menos no aún, pero la vida parece absorber lo poco que queda dentro de mí muy lentamente. No tengo tiempo para pensar en esto, porque las puertas se cierran tras de mí y la luz desaparece unos segundos. Parpadeo, y cuando mis ojos se ajustan a la nueva iluminación —espera, ¿es que ahora soy un puto gato?—, me doy cuenta de que estoy dentro de un lugar que parece más inverosímil que el anterior: una sala circular, sin techo visible, con paredes hechas de algo que parece niebla. Cuando miro a mi alrededor, veo nueve espejos formando un círculo que me rodean como si me esperasen.

Me voy fijando en todos ellos y cada uno es distinto. Uno tiene un marco de cristal, otro de hueso tallado, otro respira como si tuviese pulmones. Hay uno hecho de hierro oxidado, manchado de algo oscuro. Los reconozco sin haberlos visto nunca: los Espejos del Juicio. Aparecen en los cuentos que me contaban cuando aún era una niña. Antes de que la escriba de la biblioteca local nos negase algún libro que yo sabía que sí tenían. No le gustaban las familias caídas como la mía. No la culpo, todo se pega y nadie quiere que se le pegue la miseria o el olor a traidores. Una voz irrumpe sin previo aviso y me hace saltar.

El conocimiento no es lo que sabes:
es lo que haces con lo que sabes.
Sé siempre fiel a ti misma y harás lo correcto.

Las palabras flotan en el aire cuando de repente los espejos se activan y me veo reflejada en cada uno de ellos. Aunque no soy yo, no exactamente. Una a una, aparecen versiones de mí misma. Nueve Dionnas. Nueve futuros o pasados, no lo sé.

En uno de los reflejos llevo una corona. Mi rostro está cubierto de pintura dorada. Soy reina, pero mis ojos están vacíos. No parece que esté del todo contenta teniendo el poder. En otro estoy colgando de una cuerda. Mi cuerpo inerte pende de un hilo. Siento náuseas y a la vez una especie de tranquilidad interior macabra. En el tercero tengo un niño en brazos. Estoy sonriendo, se me ve feliz, aunque no me reconozco.

Sigo caminando, me veo cubierta de sangre, armadura pesada, sin expresión. En el quinto… ¡madre de la Fundadora! Estoy llorando en un rincón, más joven, más débil y sin entrenamiento. La Dionna que pude haber sido si me hubiese rendido cuando todo pasó.

Las demás me cuesta mirarlas. La anciana; la Arcanista con ojos de cristal; la que ríe entre brazos de hombres que no conozco, desnuda física y emocionalmente.

Y, por último, la mía. La que está ahora en esta sala, con el corazón acelerado y las manos temblando. Se mueve cuando me muevo, respira cuando yo cojo aire, mueve los ojos a la velocidad que lo hago yo. Está destrozada y está lejos de ser guapa o feliz. Es irónico, estoy en la etapa de mi vida con mayor fuerza triádica, en mi máximo potencial físico; sin embargo, nunca me he sentido tan vacía antes. Levanto la mano y me acaricio la mejilla por la que cayeron lágrimas hace un momento, y mi reflejo imita mi movimiento. Sonrío, y me imita. Abro las aletas de la nariz mientras evito con todas mis fuerzas que más lágrimas me desarmen, y me imita. Tristemente, solo soy esto. ¿Quiero ser esto? En absoluto, pero es lo que hay.

La voz habla de nuevo:

Solo una de vosotras puede seguir adelante.
Seguirás tu vida tal y como te veas reflejada,
sin importar el desenlace de esta prueba.
Hoy puedes elegir tu mañana.
Elige con sabiduría y vive con tu decisión.

No me muevo. Todas las otras Dionnas me miran fija-mente.

La reina me susurra que el poder es mío por derecho. La muerta me dice que la paz está al otro lado. La madre me ruega que la elija, que puedo tener una vida distinta, que ahora es feliz. La guerrera me ordena que no dude. La débil me llora. La anciana me ignora. La Arcanista sonríe enseñando solo encías desnudas. La enamorada me ofrece una mano.

Me acerco al espejo que refleja exactamente lo que soy ahora. Ni más, ni menos. El cansancio en mis ojos. Las marcas de mis errores. Las cicatrices invisibles. Mi única verdad. No quiero esto, no me quiero así.

Sin embargo.

—No quiero lo que podría ser —susurro, apenas con voz—, solo acepto lo que soy y camino hacia lo que seré. Si debo morir como soy, que sea con todo lo que nunca seré.

Los espejos comienzan a apagarse uno por uno. Con un leve susurro todas las versiones de mí desaparecen, y con ellas, mi esperanza de sentir algo que no sea un vacío que lo llena todo.

Has elegido con honestidad.
Has tomado la decisión más inteligente.
¿Ha sido también la mejor?

Y entonces, frente a mí, una grieta se abre en la pared formando una puerta. Justo cuando camino hacia la puerta, siento ese dolor repentino en la muñeca izquierda. Joder, otra vez no. Pongo los ojos en blanco y miro hacia abajo. Una marca se está formando en la piel: el símbolo de Inteligencia. Al parecer sí he tomado la decisión más inteligente al elegir la miseria, ¡qué suerte la mía! Cruzo el umbral de la puerta y la que había sido una sala hecha de niebla se desvanece, y con ella, la tensión que me había acompañado hasta ahora. Lo he logrado: segunda prueba superada.

Tengo ganas de vomitar.

Me queda la fuerza. Lo que no tengo. Maravilloso. Justo lo que quería: que me aplaste un gigante de Montañas Forjafuego mientras hago malabares con nueve piedras de medio kg. Ojos en blanco y a seguir.

Me toca escoger el último túnel.

Las puertas se abren ante mí con un crujido sordo, y el aire denso de la sala llena de pesos me golpea de inmediato. Este es el tipo de lugar que siempre he evitado, pero que ahora no puedo esquivar. Aquí no hay trucos, no hay acertijos que resolver, no hay espacio para la astucia o la honestidad. Solo hay músculos, resistencia y voluntad. Joder, nunca entrenaré lo suficiente como para ganar a estos aspirantes. Son la mayoría tíos de noventa kilos sin grasa visible, ¡no me jodas! Oigo llorar a mis michelines a medida que me acerco a ellos.

La sala es enorme, las paredes están cubiertas de pesadas cadenas y barriles llenos de piedras. En el centro, un enorme pedestal sostiene una gigantesca roca, al menos tres veces más grande que yo. Empezamos bien. Está sobre una base elevada, y un círculo de luz resplandece alrededor de ella. La tarea es simple: levantar la roca y mantenerla en su lugar durante un tiempo determinado.

Mi corazón late con fuerza, no por miedo, sino por la presión de lo que está en juego. La familia de Caelis, mi familia, mi historia… todo depende de esto. Si soy capaz de levantar esa roca, aunque sea por un segundo, aunque solo sea para demostrar que no soy débil, habré cumplido la primera parte del deber. Habré restaurado algo de lo que perdimos. Lo de mantenerla en alto… sinceramente, no me veo capaz. Cierro los ojos un momento. Respiro hondo e intento no pensar en a lo que realmente me estoy enfrentando.

Esta prueba es muy diferente a las demás: no estoy sola en la sala. A los lados, los demás participantes que vamos a realizar la prueba estamos siendo observados, esperando nuestro turno. Alguien a mi izquierda levanta la piedra como si fuese más pequeña que una canica. A la derecha, un hombre con hombros anchos como columnas se dispone a levantar la misma roca. Aún parece más ridícula, casi tanto como yo. Tal vez parte de la dificultad de esta prueba es que sepas que te están observando. Están juzgando si eres lo suficientemente fuerte o si, por el contrario, vas a fracasar.

Mi turno llega. La multitud se calma. Todos los ojos están sobre mí y no puedo fallar. Me acerco a la roca, me agacho, coloco

mis manos en los bordes. Siento el peso inmediato, el frío de la piedra, la dureza contra mis palmas. Mis muñecas crujen al intentar agarrarla. La tensión en mis músculos crece, y una sensación familiar de inseguridad comienza a asentarse en mi pecho. No soy lo suficientemente fuerte. Lo sé. Lo he sabido siempre. Aún así, me esfuerzo. Trato de levantarla, mis piernas se flexionan y mis brazos se estiran. El dolor en mis hombros es insoportable, el sudor se desliza por mi frente, pero no puedo dejar que eso me detenga. No ahora, no aquí. No cuando mi familia depende de esto. Mis músculos gritan, pero no ceden.

La roca no se mueve.

No se mueve, joder.

Joder. Joder. Joder.

Un gemido escapa de mis labios mientras empujo con todo lo que tengo. Mis dedos comienzan a resbalar por la piedra, la superficie lisa y fría no me ofrece ni el más mínimo respiro. Cada intento de levantarla me deja más derrotada, más consciente de mi debilidad. El sudor empaña mis ojos, y mi respiración se acelera. Mis piernas tiemblan. Mi cuerpo está al límite, y aún así no consigo que la roca se mueva ni un centímetro.

—¡Me cago en la Fundadora! —digo más para mis adentros que para el resto de personas que me observan con ojos deseosos de verme fracasar.

Rezo porque ningún Arcanista haya escuchado esto, aunque dudo que no lo hayan oído. Ya me consideran una traidora, ¿qué es lo peor que me puede pasar? ¿Morirme? Vaya.

El sonido de mi respiración se mezcla con los murmullos de la multitud, que ahora empieza a aguantar la respiración, como si pudiesen sentir mi derrota. La roca sigue siendo inamovible para mí. La frustración me consume, ¿por qué no puedo hacerlo? Todo lo que he entrenado, todo lo que he sido capaz de lograr en otras circunstancias… aquí, simplemente no es suficiente. Con un último esfuerzo, trato de levantarla, mis dedos sangran ligeramente. Noto el ardor de uno de los callos de mis manos abrirse y sangrar más de lo que debería, pero sigo empujando. La sangre siempre es escandalosa, por lo que vende mucho si aparece en las

proyecciones. La puta roca se queda en su sitio. La sombra de la derrota se extiende sobre mí. Me cago en mi madre.

Mis hombros caen. Siento que la derrota me ahoga, que todo lo que había construido, todo lo que había esperado… se desmorona ante mí. Veo cómo el siguiente participante avanza empujándome ligeramente. Camino hacia la salida mientras veo cómo el tío este levanta la roca con facilidad, demostrándome que la piedra no estaba pegada al suelo.

Un ardor repentino en la muñeca izquierda me saca del ensimismamiento. Miro hacia abajo, jadeando, todavía con la respiración entrecortada por el esfuerzo. Las marcas comienzan a desdibujarse, como tinta diluida.

Soy invisible otra vez.

◆ ◆ ◆

El viaje de vuelta a casa no debería doler tanto, pero cada paso parece pesar el doble. Nadie me mira, y, en cierto modo, eso es aún peor que si me señalasen con el dedo. Ser «la hija de los de Caelis», la familia caída, al menos me convertiría en alguien; sin embargo, la indiferencia duele mucho más.

Cuando por fin cruzo el umbral de casa, no hace falta que diga nada. Mi madre está en la cocina, removiendo algo en la olla sin realmente prestarle atención. En cuanto me oye, deja la cuchara de madera con cuidado, como si supiese que cual-quier palabra demasiado fuerte podría romperme en dos. Se da la vuelta y me mira. Mira mi muñeca en busca de los tres símbolos triádicos. En sus ojos no hay decepción, pero sí algo peor: compasión.

—¿Lo intentaste todo? —pregunta, sin acercarse a mí.

Asiento. Trago saliva con dificultad sin darme cuenta de que tengo lágrimas rodando libremente por mi cara hasta que una me toca el labio y noto el sabor salado de la miseria. Ella cruza la distancia entre nosotras en silencio y me envuelve en sus brazos. Su abrazo es cálido, sólido. Es un ancla entre tanta marea.

—Entonces ya está —susurra en mi oído—. Basta con eso, Dionna. Lo diste todo.

Cierro los ojos y lloro, lloro como no lloré frente a la roca, ni cuando las marcas desaparecieron, ni cuando salí de la plaza sabiendo que todo se había ido a la mierda. Intento coger aire para detener el llanto, pero los espasmos de mi pecho con cada sollozo lo hace imposible.

Mi padre aparece en la puerta del salón. No dice nada, como siempre, simplemente me mira. Sus ojos son duros, pero no por frialdad o maldad: es su manera de protegerse del mundo y de protegernos a nosotras también. Cuando se gira y vuelve a meterse en la penumbra del pasillo, es como si arrastrase consigo algo roto que no sabe muy bien cómo reparar.

Entonces oigo pasos suaves en la escalera.

—¿Fallaste? —pregunta mi hermana con esa sinceri-dad brutal que tienen los de su edad.

Tiene los ojos hinchados; ha estado llorando antes de verme. Siempre se le nota cuando ha llorado, aunque crea que no.

—Sí —respondo, bajando la mirada.

—¿Y eso significa que volvemos a ser nadie?

Mi madre le lanza una mirada de advertencia, pero yo la detengo con la mano. Su falsa frialdad ha conseguido que deje de llorar, por lo que hasta agradezco sus palabras. No me ofende la pregunta, porque me la he hecho a mí misma más veces de las que me gustaría admitir mientras volvía a casa.

—Nunca dejamos de ser alguien, Kiri —le digo—. So-lo dejamos que nos lo hicieran creer.

Ella baja los escalones que le quedaban uno a uno hasta llegar a mí. Me mira, y luego, sin decir nada más, me abraza fuerte. Se aferra como si su fuerza pudiese contener los pedazos que quedan de mí. Contenerlos y pegarlos como si nada hubiese pasado. La abrazo de vuelta y, por un momento, dejo que esa pequeña chispa de consuelo me atraviese.

II
Seredric

La noche pesa diferente en la Ciudadela cuando vas a ser rey. Antes, cuando era solo «el hijo de», al menos podía caminar por estos pasillos sin que hasta las antorchas pareciesen juzgarme. Hoy cada sombra me parece un consejo no solicitado sobre cómo debería actuar. Cada susurro entre piedra y cristal, una advertencia que no alcanzo a entender del todo. Estoy solo, o eso quieren hacerme creer, aunque sé que nunca he estado realmente solo.

—Majestad, es importante que medite antes de enfrentarse al Gran Espejo —me ha dicho el Arcanista Plein esta tarde, con ese tono educado y meloso que utiliza solo cuando se refiere a mí como «Majestad».

Antes era «Seredric», simple y llanamente «Seredric». Ahora, hasta mi nombre lleva corona.

Me siento en el centro de la Sala de Tránsito. No es un nombre muy original; es donde los herederos transitan a reyes. Según dicen, la Fundadora misma bendijo con su mirada al primero de nuestra estirpe y desde entonces nuestra sangre es diferente a la del resto. Aquí, mi padre se arrodilló y se le presentaron las visiones cuando su madre falleció. Y aquí, yo... no sé qué coño espero encontrar la verdad. Siempre he ido tarde a todo, voy a coronarme Rey y ni siquiera he encontrado una mujer con la que casarme. Mi don me ha facilitado hacer cosas de las que en su momento disfruté y de las que ahora me arrepiento; sin embargo, nunca me ha facilitado encontrar a mi persona.

El aire está perfumado con resina de robelus. Estoy sentado, solo, frente al Gran Espejo, oliendo el aroma enfermizo que me recuerda lo que me espera esta noche. Hay un zumbido debajo de todo este silencio, que me taladra el cerebro muy lentamente. Me siento una estatua viva, clavado en el mismo lugar donde mi padre se sentó la última noche de su Mes Negro. Aquí fue donde derramó su sangre para sellar el juramento, como haré yo. Qué ironía: aún siendo tan diferente a él, me espera el mismo destino.

Mi madre me visitó esta tarde. No fue una visita oficial; no llevaba corona ni séquito: venía solo ella, vestida de gris. En este reino el luto es lento y hay que vestirlo de gris. Hay que repetirlo hasta que parezca verdad, como si no lo estuvieses sintiendo a menos que otro lo vea. Mi madre lleva un mes de gris, y no precisamente por dolor, sino por costumbre. Aquí la tristeza se exhibe, y la alegría pasa tan rápido que apenas da tiempo a sentirla antes de que sientas la necesidad de enseñarla para que los demás la envidien. Supongo que hasta la felicidad necesita testigos para existir.

—Tienes los ojos más apagados que de costumbre —me dijo, sentándose a mi lado sin pedir permiso—. Eso, o las luces de este sitio no están bien ajustadas. Desde que no está tu padre, esta gente se ha empezado a relajar —suspiró con pena y fastidio.

No supe si contestar con sarcasmo o con respeto, pero rápidamente me incliné por la primera opción. Aún no sé qué quiere exactamente de mí, más allá de que no traicione el legado de la familia. Supongo que eso ya es suficiente presión para una vida.

—Tal vez *esta gente* —enfaticé estas palabras para que supiese que su tono al referirse a nuestros *cluams* y asistentes había estado fuera de lugar— ha estado más preocupada de preparar el Mes Negro que de que las luces de las estancias resaltasen el color de mis ojos —le respondí seco—. Estoy cansado, madre, no he dormido nada y creo que me espera otra noche en vela.

Ella sonrió con una de esas sonrisas que no llegan a los ojos; no sé si alguna vez he visto a mi madre sonreír de verdad.

—Todo rey teme la primera noche; y sin embargo, no hay ni *uno* que no aprenda a dormir de una manera diferente después de

ella.

Esa frase me hizo pensar en mi padre, porque nunca lo vi dormir, no de verdad. Lo recuerdo sentado en su trono con los ojos cerrados, sí, pero dudo que eso fuera descanso. El trono te quita el sueño y te enseña a fingir que no lo necesitas. Mi madre lo sabía y lo admiraba por ello, pero juraría que jamás lo amó. Al menos no de la forma que se espera de dos enamorados.

—¿Tú lo querías? —me atreví a preguntar, sin mirarla directamente a los ojos.

Ella no respondió de inmediato. Cuando lo hizo, su tono fue tan medido que casi pareció recitarlo de memoria, más propio de un cluam que de una persona real.

—Amé lo que representaba y lo que construimos jun-tos.

No dijo más; no hacía falta. Nos quedamos callados un rato y después me peinó el pelo con las manos utilizando aceite esencial de romero. Esta vez sentí que la Reina Madre se transformaba en madre por unos minutos. Me acarició la cabeza con un solo gesto, me besó la coronilla y se levantó.

—Mañana, cuando tu sangre y el agua toquen el Gran Espejo, no dudes. Aunque sangres por dentro, hazlo rápido. —Me miró una última vez y soltó un suspiro— ¿En qué momento dejaste de ser mi niño para convertirte en un hombre?

No la miré al irse. No quería que viera que mis manos temblaban, que mi cuerpo y mi mente no podían ser más diferentes. Mi cuerpo había crecido y madurado, pero por dentro seguía siendo un niño. Y, que por muy impropio del futuro rey de Aethrya parezca, aun después de horas de estar aquí, mis manos siguen temblando. Me recuesto contra el respaldo de la silla de piedra tallada y cierro los ojos apenas un momento.

La oscuridad se llena de formas. Primero, humo: una columna oscura que asciende desde la Arena hasta cubrir los cielos de Aethrya. Luego, una figura sin rostro, vestida con la capa de los reyes antiguos, me ofrece una copa desbordada de sangre. Intento retroceder, pero mis pies están clavados al mármol.

Una voz —¿es la mía o es de alguien más?— dice: «Esto eres. Esto serás. Esto has sido siempre». La visión cambia y mi

cuerpo vuelve a la sala. Sus paredes son de hueso y el ambiente está cargado de ansiedad. La siento venir de todas partes. Los Arcanistas presentes se inclinan ante mí, pero al levantar la cabeza, sus ojos están vacíos. Me rodean, uno a uno, pronunciando un juramento en una lengua que no entiendo, pero sí reconozco: la lengua del Pozo. Quiero gritar, pero algo me aprieta la garganta. De repente la corona que llevo ya puesta se funde con mi cráneo. Me arde por dentro y mi cuerpo comienza a convulsionar. Cuando por fin consigo respirar, me despierto; no he dormido, solo he viajado al otro lado del miedo.

Me paso las manos por la cara, húmeda de sudor frío. Me incorporo y camino en círculos. El suelo cruje bajo mis pies, haciéndome sentir que al menos esto vuelve a ser real. Me obligo a recordar que todo esto es parte del rito, que todos los herederos pasan por estas visiones.

Pienso en él. No en el rey, sino en el hombre, en cuando aún no era una estatua vestida de oro y podía permitirse fingir ser solo mi padre. Y es que, a veces, cuando el deber lo permitía —que no era a menudo—, me llevaba a pasear por los jardines del Ala Oeste. Allí solo éramos él y yo… y las meigas de la noche. Son las malas hierbas más bonitas que he visto nunca.

—El trono no es un derecho, Seredric —me dijo una vez, mientras las arrancaba con cuidado—. Es una deuda con la Fundadora. Cada decisión que tomes se la deberás a alguien: a tu pueblo, a tu linaje, a los muertos. Nunca a ti mismo. Jamás es una decisión personal ni un capricho para tu propio disfrute.

Yo tenía catorce años y no entendí del todo lo que quería decir, pero aún así asentí, como siempre hacía, porque quería que me mirase con respeto. Quería merecer su respeto. Era un hombre de palabras firmes y miradas largas.

—¿Y si no quiero deberle nada a nadie? —me atreví a preguntarle tremenda gilipollez. No por valentía, sino por curiosidad infantil.

Él se detuvo y me miró con esos ojos suyos que me cedió en herencia, ámbar como el mismísimo Sol, y por un instante —solo uno— vi algo parecido al cansancio.

—Entonces reinarás poco tiempo —respondió sin dar más explicaciones.

Volvió a su tarea como si no hubiera dicho nada extraordinario. Como si no acabase de tatuarme una advertencia en el alma. Solo cuando mueres dejas de reinar. Han pasado quince años y todavía no sé si lo decía porque sabía mi destino o para que pudiese evitarlo.

El crujido leve de la puerta lateral me saca de mis pensamientos. Me giro instintivamente preparando mi defensa; nadie debería entrar ahora. La Sala de Tránsito es sagrada durante la última noche. Está prohibido interrumpir la meditación del heredero; sin embargo, allí está: un chaval de túnica azul oscuro, unos diez años más joven que yo. Entra con un cuenco de plata humeante entre las manos. Lleva el pelo perfectamente recortado, típico de los Arcanistas, y su rostro es inexpresivo. Sus ojos, grises y tranquilos, recorren la sala con una lentitud que parece medida, como si memorizase cada detalle. Se detiene a unos pasos de mí y baja la cabeza.

—Incienso, Majestad. Purifica la mente antes del rito —dice con voz suave.

—¿Quién te ha enviado? —pregunto, sin moverme de mi sitio.

—El Arcanista Plein —responde al instante.

Lo observo de arriba a abajo y vuelvo a su rostro. No parece tener más de dieciocho, por lo que es incluso más joven de lo que estimé. Sus manos tiemblan ligeramente, aunque intenta ocultarlo.

—¿Cuál es tu nombre? —le pregunto, con tono neutro.

—Ishkar. De la Torre de Narthial.

—No necesito purificación —le digo, mirándolo fija-mente.

Él asiente, pero no se va, solo inclina la cabeza.

—Todo está dispuesto para el amanecer, Majestad. La verdad os encontrará dispuesto, u os romperá —recita sin mi-rarme.

Sube la mirada hasta mis ojos y cuando levanto una ceja, aprieto la mandíbula y lo miro fijamente con esa mirada fría que llevo entrenando desde que nací, Ishkar da un paso atrás, gira sobre sí mismo y se retira tan silenciosamente como entró.

El miedo se apodera de mí al pensar en cómo mi sangre derramada cambiará aquella que corre por mis venas. Cambiará quién soy. Cómo hablo. Cómo pienso. El agua derramada sobre mí y el Gran Espejo limpiará a gusto del reino mi sangre y alma, ambas serán nuevas para mí. Me aterra solo pensar en ello. Mi mente vuelve a divagar y centrarse en mi padre, ¿cambió tras su Mes Negro?

Yo tan solo tenía seis años cuando mi abuela se reunió con la Fundadora y mi padre ocupó su lugar en el trono, así que no recuerdo mucho de cómo era mi padre antes de ser rey. En mi mente siempre se proyecta esa imagen regia e invulnerable cuando pienso en él. Nunca un padre cariñoso. Nunca un hermano amable. Nunca un marido presente. Solo rey.

El incienso sigue flotando. Me escuece la garganta. Quizá por el humo, quizá por el recuerdo que vuelve sin que lo llame. Tenía apenas once años. Había escapado de un banquete de primavera —uno de esos en los que los nobles compiten por ver quién la tiene más grande— y me refugié en los establos del Ala Sur. Allí me encontraba a salvo de los saludos fingidos, de las aburridas conversaciones de adultos en las que yo aún no podía participar, de las reverencias demasiado largas, de la mirada constante de los Arcanistas y de mi padre. Lo que no sabía era que no debía estar solo. Las normas eran claras: un heredero no podía desaparecer sin escolta. Ni siquiera por unos minutos; sin embargo, Dareth, uno de los sirvientes más jóvenes del palacio, me había cubierto. No dijo dónde estaba, me vio llorando y creyó que merecía un momento de respiro. Me encontraron una hora después. Mi padre no dijo nada delante de los demás: solo me miró y asintió.

Esa noche, Dareth fue llevado a los calabozos por «ocultamiento indebido del heredero real». Lo supe al día siguiente, cuando ya era tarde. Había sido azotado y enviado a luchar contra los rebeldes del norte como castigo, con la lengua marcada por un sello de silencio con magia arcana para que no pudiera hablar de nada de lo que había visto en Palacio.

No lloré entonces, tampoco después. Me prohibí llorar por algo que no puedo cambiar, pero aún así me acuerdo. Me acuerdo

de los ojos de Dareth cuando lo vi subirse al carruaje desde mi ventana. Miró hacia arriba buscándome y me sonrió. Pronunció sin palabras un «no pasa nada, Seredric». Como si hubiese sido yo el que recibió el castigo. Y yo… no dije nada. Ni a mi padre. Ni a mi madre. Ni a los Arcanistas. Ni al cielo. No pedí que lo soltaran. No exigí justicia. Solo asentí, como siempre.

Hay un tipo de miedo que no se muestra con gritos ni con lágrimas. Es el miedo que se queda, que crece en silencio, que echa raíces. El miedo a romper el sistema al que perteneces porque sospechas que tú también podrías ser la siguiente víctima si no te mantienes quieto. A veces sueño con Dareth. A veces se quita el sello de la lengua en mis pesadillas y me pregunta por qué no hablé, pero nunca tengo una respuesta.

Me llevo una mano a la sien. El incienso se ha apagado, pero hay un nuevo olor en la sala: hierro. Parpadeo y ya no estoy en el mismo lugar. Estoy en la Sala del Trono, pero no como la recuerdo, esto no lo he vivido. El aire arde como si alguien hubiese encendido fuego bajo la piedra. Estoy sentado en el trono y hay un temblor bajo mis pies, constante, como un pulso latente. Frente a mí, de rodillas, está mi madre. O alguien que lleva su rostro, pero marcado por muchos más años. Viste de blanco, pero el color no significa pureza. Está manchado de tierra, de algo más oscuro. Sus ojos me miran, húmedos, y no dicen nada. A mi derecha, una figura se inclina para susurrarme al oído. No la veo, pero reconozco su voz: es la mía. Más grave y vacía.

—Es lo correcto —me dice.

Miro al frente y extiendo la mano: una orden sin palabras. Dos Arcanistas la levantan y la arrastran hacia un arco de cristal rojo. Sus gritos se disuelven en el aire, pero yo los siento como cuchillas en el pecho. Quiero moverme, pero mis piernas no responden a las órdenes que les da mi cerebro. No quiero seguir viéndolo, pero mis ojos tampoco obedecen. Entonces el trono se gira y frente a mí ahora hay otra figura. Más fuerte, más recta. También lleva mi rostro, pero su piel está ajada, los ojos apagados, la expresión marcada por años de decisiones sin redención.

—Soy lo que serás si no decides ahora —dice mi do-ble.

Miro mis manos, que sangran. El suelo tiembla y el aire se pliega sobre sí mismo como un espejo que estalla. Y en el estallido… oigo mi nombre.

—Seredric —susurra el Espejo.

Abro los ojos. Estoy en la Sala de Tránsito otra vez. El sudor me empapa la espalda y me arde la nariz. Al llevarme la mano a ella, la encuentro manchada del óxido que me corre por las venas. El Gran Espejo brilla levemente. Me levanto, tambaleante. El pecho me duele y el suelo se siente más estrecho. Como si el espacio hubiese encogido conmigo dentro.

◆ ◆ ◆

—El agua ya ha sido bendecida y recogida del Pozo de las Almas —dice Plein, como si hablase del clima—. El Gran Espejo espera.

Se acerca y me observa como si pudiera ver más allá de mi piel. Su mirada, como siempre, está cargada de una calma que no consuela. Parece que haya vivido siglos en un cuerpo de unos setenta y tantos años.

—No tienes que temer, Majestad —añade con tono neutro—. Todos los que han reinado antes de ti pasaron por esto. Todos sangraron. Todos dudaron. Y sin embargo, todos se arrodillaron. Todos nos arrodillamos para mantener el equilibrio que la Fundadora quiso para Aethrya y nos encomendó defender.

—¿Y si no me arrodillo? —pregunto, sin alzar la voz, mirándolo directamente a los ojos.

Plein inclina la cabeza apenas un ápice, como si le hubiese dado lástima la pregunta. Como si mi pregunta no fuese una reacción lógica a su charla motivadora y le diese pena sacarme de mi mundo fantástico en el que ser rey no implica perderte como hombre.

—Entonces la corte y los Nueve Antiguos Arcanistas decidirán por ti. —Me regala una mirada de compasión—. Y lo harán sin suavidad.

Me sostiene la mirada. Sin amenaza ni misericordia. Parece que entiende que sus palabras simplemente describen un hecho sin consecuencias.

—¿El Gran Espejo siempre muestra la verdad? —le lanzo la pregunta, más por provocarlo que por curiosidad real. Si él va a actuar con aires de superioridad moral, yo actuaré así: haciéndole perder el tiempo.

—El Gran Espejo muestra lo que necesitas para dejar de ser quien fuiste —responde con calma—. La verdad es solo una consecuencia de ello.

Me quedo callado. El cansancio me ha alcanzado de lleno: me duele el cuerpo como si hubiese librado una guerra dormido. Tal vez lo hice, ¿me dormí esta noche? No me acuerdo.

—Ven —dice al fin. Su túnica se agita sin ruido cuando gira.

Lo sigo. Él y los Nueve Antiguos Arcanistas me llevan a una cámara estrecha donde tres cluams me despojan de mi ropa sin decir palabra. Me visten con lino blanco. Me dibujan símbolos en los brazos, el pecho y la nuca.

Salgo de nuevo al centro del Salón, donde está el Gran Espejo. El agua está quieta en una pila de acero a su lado, pero la superficie vibra de una forma que no pertenece a este mundo. Me arrodillo como dicta el rito. Plein se coloca tras de mí. Los Nueve Antiguos, rostros cubiertos, forman un círculo. Comienzan a cantar sin letra, solo hacen sonar su pecho con una vibración profunda, ancestral, que me atraviesa como si la estuviesen entonando desde mis huesos.

Levanto la vista y el Espejo refleja mi rostro… pero no solo el actual: veo todas mis versiones posibles superponerse una sobre otra. Niño. Rey. Monstruo. Mártir. Mi corazón late con una fuerza descomunal. Siento que si coloco la mano en el pecho podré sacarlo de un solo golpe. Plein se inclina hacia mí y susurra:

—El agua está lista. Tu alma decidirá si estás preparado. Extienda su mano, Majestad.

Lo obedezco y entonces un dolor palpitante en la palma de mi mano me obliga a mirar hacia ella. La sangre real rueda por mi muñeca, resbalándome por el brazo izquierdo, mientras mantengo la

mano levantada. Toco el Espejo y cuando la palma de la mano ensangrentada está totalmente contra él, abro los ojos y me veo. Mi reflejo sonríe, pero yo no noto que mis comisuras se hayan movido. Escucho una voz que me resulta familiar, la escuché en mis visiones.

—¿Estás dispuesto a mentir en nombre de la verdad?

El canto de los Nueve se detiene de golpe. Lo siguiente que noto es el agua empapando mi cuerpo, limpiando la sangre que acabo de derramar y dando vida un nuevo yo.

—¿Estás dispuesto a mentir en nombre de la verdad? — repite mi reflejo.

Ahora estoy dispuesto a todo.

III
Dionna

Despierto con la boca seca, los ojos hinchados y el orgullo hecho polvo. Ayer, al volver de las pruebas de preselección, me pasé el día durmiendo, ahogándome en mi propia miseria mientras comía todo lo que iba encontrando por casa; una masacre emocional al más puro estilo Dionna. A estas alturas creo que he revivido mi fracaso en las pruebas al menos siete veces solo en sueños. Pero ya basta, ¡ya se acabó!

Me incorporo entre las sábanas arrugadas, con el pelo más enredado que una red de pesca y un olor sospechoso a sudor y lágrimas pegado en la piel. Me miro al espejo y ahí está. La cara de una Aspirante a nada. Una casi elegida. Una casi todo. Una nada.

—Una lloradita y a seguir —me digo, señalándome con el dedo.

Y justo en ese momento, como si el universo tuviese un sentido del humor muy retorcido, suenan las alarmas reales. «*Titiriri,* eres una fracasada» suena en mi cabeza. Al principio creo que las estoy alucinando, pero no: los toques de tambor y el zumbido de las campanas en la Gran Plaza son reales. Algo está pasando.

—¡Dionna, baja! —grita mi padre desde abajo—. ¡Es-tán en la plaza!

Me visto a toda prisa, más por instinto que por coherencia estética, y salgo a la calle. No soy la única. Medio barrio parece estar allí, con el pelo aún despeinado, legañas en los ojos, rostros expectantes y esa mezcla de miedo y esperanza que solo puede

provocar un anuncio de palacio. Un emisario de la familia real altísimo, con más capas encima que una cebolla ceremonial —e increíblemente musculado, todo sea dicho— sube al estrado. La voz le retumba en la garganta, como si se hubiese tragado una tuba.

—Por voluntad expresa de Su Majestad, la corte en unanimidad y los Nueve Antiguos Arcanistas, este año se abrirá una excepción y todos aquellos jóvenes que, sin haber pasado las pruebas, hayan demostrado voluntad férrea de servir en la Tríada, tendrán una nueva oportunidad.

Un murmullo general se expande por la plaza. Yo creo que tengo el culo más apretado que uno de esos tambores que acaban de tocar.

—A lo largo del día de hoy, si sois bendecidos por la lotería extraordinaria, recibiréis en vuestras casas un boleto dorado con vuestro nombre.

Y entonces estalla la plaza. La gente grita, ríe, llora. Algunos se abrazan, otros se quedan petrificados. Yo estoy simplemente confundida, porque esto no estaba en los planes. Esto no estaba en ninguna parte.

◆ ◆ ◆

Paso el día como si estuviese caminando sobre nubes, o minas, según el momento. Intento distraerme ayudando a mi madre en la tienda, pero cada vez que suena la campana de la entrada, siento que me va a dar un infarto. Y suena una vez más la campana de la entrada, nadie dice nada al otro lado. Salgo del almacén con la ilusión y el corazón en un puño: es ahora, un boleto con mi nombre. Pero…

—La madre que te parió —le suelto.

Es mi hermana volviendo de clase: menuda decepción. Me mira y me levanta el dedo corazón con una sonrisa propia de una adolescente.

Comemos juntos como de costumbre. Sin embargo, el ambiente está relajado. Incluso parecemos más felices. Supongo que

la esperanza crea esa atmósfera mágica en la que las preocupaciones pesan menos.

—Bueno —dice mi padre mientras trocea pan sin mirarme—, si no te llega el boleto dorado, siempre puedes unirte al circo de los Hermanos Targel. Tienen una vacante para «la joven que casi lo logra» y te está empezando a salir bigote otra vez.

Me toco rápidamente la parte superior del labio. Nos quedamos todas en silencio medio segundo, procesando el sarcasmo, y luego estallamos en carcajadas.

—¡Papá, no! —dice Kiri atragantándose con el agua que estaba bebiendo—. ¡Qué cruel!

—Yo solo digo que igual te sacas una pasta dejando que te peinen el bigote mientras tus compañeros doman corceles alados salvajes —dice él, muy serio, encogiéndose de hombros—. Tú verás.

—Si vuelves a decir que tengo bigote, te afeito mientras duermes —le digo mientras le apunto con el cuchillo.

Todos nos reímos cuando, de repente, suena la campana de la puerta.

Una carta.

Para *mí*.

A *mi* nombre.

Mis padres y mi hermana me miran como si ya supiesen lo que contiene la carta antes de abrirla. Rompo el sello, abro el sobre y ahí está.

El boleto dorado.

Grito y bailo, si es que a esto se le puede llamar bailar. Abrazo a mi hermana. Mi madre sonríe tanto como su boca se lo permite. Mi padre me coge de los hombros y me mira con esos ojos que tienen menos agua que un desierto.

—Haz que valga la pena, Dionna —dice—. Por ti, por nosotros y por tu hermana.

◆ ◆ ◆

Nunca me había subido a un carruaje de la Corona. Bueno, ni a un carruaje de corceles alados en general, para qué vamos a mentir. En Galimatea los caballos normales ya son caros, imagínate uno que vuela. Al menos en Galimatea Oeste no he visto nunca uno, vaya. Sabemos que existen, porque quién no sabe eso, ¿pero ver uno en persona? *¡Já!*

Frente a mí un solo carruaje, ¡y aún encima pequeño! ¡Enano!

—¿En serio? —murmuro—. ¿Nos van a llevar como sardinas en lata?

Sin embargo, en cuanto pongo un pie dentro, el mundo se ensancha bajo mis pies. Esto no es un carruaje: es un milagro arquitectónico. La entrada se abre a un vestíbulo amplio con techos altos y lámparas de cristal flotante. Un pasillo enorme se extiende hacia los lados, cubierto con alfombras en las que se perciben detalles en oro blanco. Hay cuadros colgados que cambian sutilmente de imagen cada pocos segundos. Siento la magia fluir a través de las paredes, palpable en el aire, como si todo el lugar estuviese impregnado de ella..

—Vale —susurro, asombrada—. Esto es brujería... o un diseño de interiores muy caro. A Kiri le encantaría ver esto.

A la izquierda, un cartel flotante que pone «Bar». A la derecha, «Baños y salas de aseo». Al frente, un tramo de puertas perfectamente alineadas cada una con un nombre tallado con luz. Camino buscando mi nombre hasta que lo encuentro. Me paro frente a mi puerta, sin entrar aún. A mi lado, alguien hace lo mismo.

—No esperaba verte aquí —dice una voz masculina.

Me giro: Ernys Branal, de Galimatea Oeste también. Alto, piel oliva, cejas muy marcadas y una expresión que parece tallada en mármol.

—Creía que tú clasificarías en las pruebas —le digo sin filtro; nunca me ha caracterizado mi tacto.

—Yo también lo creía —responde él, encogiéndose de hombros.

Nos quedamos en silencio unos segundos.

—¿En cuál fallaste? —pregunto, por si no había quedado claro ya que soy una bocachancla.

—En la prueba de Valor —dice mirando al suelo.

Pues sí que es tonto el chaval, en una prueba como esa van a ir a lo que más duele y tienes que tener claro que va a ser mentira. Esta vez voy a morderme la lengua y me voy a callar. Miro todas las demás puertas.

—Demasiados nombres —comienzo a decir mientras pongo las manos en jarras sobre mis caderas—, y saber que seremos ciento cincuenta… No quiero ni pensar en tener que aprenderme los nombres de posibles cadáveres.

Él no responde y yo me alejo, porque aún quiero seguir explorando. Justo al doblar una esquina, se me iluminan los ojos. Una biblioteca, ¡qué maravilla! Los estantes flotan sin tocar el suelo, organizados por colores y temas. Me acerco un segundo, leo los títulos y toco los tomos con las yemas de los dedos. Una colección completa sobre la historia de los Arcanistas. Otro estante dedicado a los monstruos más comunes de las regiones fronterizas con la Ciudadela de Cristal.

—Solo esta sala ya es más grande que toda mi casa —murmuro asombrada.

Mientras giro sobre mi misma veo una mesita con dos personas jugando al ajedrez. Ambos están tan concentrados que no me ven acercarme. Ella tiene el pelo rubio, recogido en una trenza impecable. Toda ella parece impecable. Él tiene el pelo trigueño, y su barba algo más clara, tiene tonos rojizos. Se conocen: se nota en cómo se miran.

—Esa torre —susurro, inclinándome hacia ella—. Si la mueves a H6, le haces jaque mate.

La chica me mira de arriba a abajo con una ceja levantada como debatiéndose entre decirme que me meta en mi vida o si vale la pena que me quede con ellos, pero luego sonríe y mueve la pieza.

—Jaque mate —canta.

—¡Eh! ¡Eso no vale! ¡Ha sido con ayuda! —protesta él, teatral.

—Odrien, no seas llorica —le dice ella—. Chupaste y punto. Hay que aprender a perder.

—Me han saboteado. —Finge estar enfadado, ¿o lo está? No lo tengo claro—. Esto es una conspiración regional: sois espías del norte y venís a por mí. —Lo finge 100%.

—¿Sois de la misma región? —pregunto, aunque doy por hecho que sí; tienen el mismo acento y una complicidad que se ve a leguas.

—De las Planicies Susurrantes —responden al uní-sono.

—Yo soy Dionna. —Sonrío abiertamente, me gusta esta gente—. Soy del norte de Aetthrya, de Galimatea, pero no soy una espía rebelde. —Miro al chico y le guiño un ojo—. Puedes dormir tranquilo.

Con una sonrisa aún en los labios, me despido de ellos y sigo mi camino hasta el bar. La garganta me pide agua desde hace un rato.

El bar es amplio, con paredes de espejo y luz suave. Botellas de mil colores flotando tras la barra, alineadas por algún encantamiento arcano. En una esquina, un hombre de complexión grande apoya los codos sobre la barra, la barba recortada con precisión militar, el pelo largo recogido en una coleta y los ojos hundidos en la copa.

—¿Celebrando ser uno de los pocos ganadores de la lotería o llorando por algo? —pregunto, apoyándome en la barra.

El joven levanta la vista y juro que sus ojos son de un azul más cristalino que el propio mar y, por un segundo, noto el efecto del alcohol en su cara cuando su expresión se ablanda.

—Sándor. Sándor Dobren, de las Montañas Forja-fuego —dice, tendiéndome la mano.

Se la estrecho con una sonrisa.

—Dionna de Caelis, de Galimatea.

—Celebro y lloro a partes iguales, por cierto —añade el grandullón—. Es triste haber sido parte de las sobras y no haberme ganado ser Aspirante a La Tríada, peeeero aquí estoy igualmente. —Alza la copa y suelta una carcajada exagerada antes de darle un sorbo a la copa.

—Te entiendo a la perfección.

Pido un vaso de agua. La camarera, una mujer de pelo gris recogido en un moño altísimo, me lo sirve sin decir nada.

—Encantada de conocerte, Sándor. Espero que nos ganemos ser Héroes de la Tríada y no haya boletos dorados también para eso —le digo mientras me voy alejando.

—Y que no muramos en el intento —dice mientras alza su copa de nuevo.

Qué bien me cae esta gente. Salgo del bar y mientras voy hacia mi cuarto, choco con una chica que, literalmente, me llega por el pecho. Consigo salvar el vaso de agua que llevo en la mano de milagro.

—¡Hola! Soy Liora Vanthale, vengo de Elarith. Me encanta todo esto, ¿te puedes creer lo enoooorme que es todo esto? Es gigantesco. Por cierto, no me confundas con la otra Liora, eh —habla con un tono tan agudo que mis tímpanos apenas lo soportan. Antes de continuar mira de un lado a otro como si lo que me va a contar fuese un secreto—. Su madre no tiene personalidad ninguna, le copió el nombre a la mía cuando se enteró de que me lo había puesto a mí, ¿te lo puedes creer? Muy fuerte. —Respira una bocanada de aire para seguir de carrerilla—. Muy muy fuerte, la verdad. Creo que voy a seguir admirando todo esto. Aún no me lo creo. Yo, tan pequeñita como soy, en un sitio como este.

Gira sobre sí misma y sigue hablando sin parar a una velocidad inhumana. ¿Es que no se calla nunca? Vuelve a girarse hacia a mí y sonríe.

—Es alucinante. Perdí la prueba de fuerza, pero es que vamos a ver, esa piedra era más grande que yo, ¿en qué estaban pensando? Yo es que no me lo puedo creer. Por cierto, ¿tú cómo te llamas?

Me lleva un momento procesar todo eso. ¿Cómo pueden caber tantas palabras en un cuerpo tan pequeño?

—Dionna de Caelis. Galimatea. Encantada. Estoy cansada. Iba a descansar —suelto la información necesaria utilizando el menor número de palabras posible mientras me voy alejando de ella.

—¡Hasta luego! —grita Liora mientras salta hacia otra sección del carruaje.

Suspiro y alzo ambas cejas. Creo que no podría aguantar más de diez minutos en la misma habitación con ella.

◆ ◆ ◆

Hemos ido parando por el camino recogiendo a diferentes Aspirantes; sin embargo, ahora siento una quietud diferente. No hay vibraciones, ni el zumbido mágico que parecía mantenerlo flotando. Me asomo por la ventana y ahí está: el Palacio de la Ciudadela de Cristal. Nunca lo había visto con mis propios ojos, solo en grabados antiguos o esas ilustraciones exageradas de los libros de historia. Pero ahora está aquí y, aún así, sigue pareciéndome gigantesco, brillante y perfecto.

Cuando bajo, un grupo de Arcanistas nos espera en formación. Llevan capas azul oscuro, todas con bordes plateados y un símbolo distinto bordado en el pecho. Cada uno de ellos lleva una tablilla flotante al lado, pero no las miran, es como si tuvieran una lista de nombres que la propia tablilla les susurra directamente al oído, sin siquiera tener que leerlos. Uno de ellos se adelanta.

—Aspirantes seleccionados mediante excepción real, seguidnos. Pasarán directamente a sus habitaciones, donde conocerán a su cluam asignado.

¿Cluam? ¿Qué es eso? Miro a mi alrededor para ver si alguien más se lo pregunta, pero todos parecen saberlo, o fingen muy bien. Menuda pardilla soy.

—¿Cluam? —susurro en voz baja a ver si alguien me explica algo, pero nadie responde.

Doblemente pardilla.

El palacio por dentro es aún más impresionante. Las paredes están hechas de cristal tallado y piedra blanca. Todo brilla con una calidez suave, como si las lámparas respiraran. No sé si es magia o buen gusto, pero estoy dispuesta a robar aunque sea una

piedra del suelo para ver si puedo replicarlo en casa. Mi casa. Aún no sé si sobreviviré a La Tríada y ya estoy pensando en redecorar mi casa.

Me asignan una habitación en el Ala Este, tercer piso. Esta es mucho más elegante que la del carruaje, y eso ya es decir mucho. Cama enorme, armario de tres cuerpos, un escritorio bajo una ventana de vidrio tallado con toques ligeros de pintura dorada, y una lámpara flotante que se mueve levemente si me acerco a ella.

Mientras recorro con la mirada mi nueva habitación, lo veo. Sentado en una silla junto al escritorio hay... ¿alguien? No sé si llamarlo persona. Es alto, pálido, con la piel tan lisa que parece esculpida en porcelana. Su pelo es blanco recortado a la perfección. Lleva un uniforme negro con ribetes en plata, ajustado al cuerpo de forma impecable. No parpadea.

—Bienvenida, Dionna de Caelis —dice con voz neutra, apenas humana—. Soy tu cluam asignado. Un acompañante ceremonial, guía personal, tutor auxiliar y protector espiritual durante tu estancia como Aspirante. Estoy aquí para servirte, vigilarte y reportar cualquier comportamiento indebido.

¿Protector espiritual? ¿Vigilarme? ¿Es mi madre no-humana? Porque esta cosa no puede ser humana.

—¿Eres humano? —pregunto, sin poder evitarlo.

—En parte; mis funciones exceden la biología humana —responde, y su voz no cambia de tono ni por un segundo.

—¿Y tienes nombre?

—No, pero puedes ponerme el que quieras y contestaré a él.

Dudo durante unos segundos.

—Clummy. Quiero llamarte Clummy.

Él mira a un punto fijo al fondo de la habitación, como si estuviese escribiendo en su cerebro para después levantarse con una suavidad casi antinatural.

—De acuerdo, me llamo Clummy. ¿Deseas que te muestre las zonas a las que tienes permitido acceder?

Asiento automáticamente.

Clummy me muestra primero el pasillo principal del Ala Este, luego bajamos por unas escaleras flotantes —¡flo-tantes!, la madre que me parió— hasta llegar a la biblioteca. Tres pisos de estanterías, escaleras en espiral, mesas de lectura con lámparas individuales. Me brillan los ojos.

Luego, la estancia de música. Hay un arpa que toca sola en una esquina. Clummy no dice nada, solo señala y sigue. Pasamos por la galería de retratos y allí me detengo. Son cuadros enormes, todos enmarcados con molduras doradas: reyes, reinas, príncipes, soldados, algunos con espadas, otros con libros. Todos miran al frente como si estuviesen vivos.

Un par de asistentas entran con cubos y paños. Me quedo quieta, observando desde una esquina mientras Clummy se adelanta. Están limpiando un espejo antiguo mientras hablan.

—Te juro que a veces, cuando lo limpio, veo a una niña rubia detrás de mí —dice una de ellas.

—¡Calla! —responde la otra—. Que la Fundadora nos ampare. No invoques a la pequeña maldita. Dicen que trae mala suerte mencionarla.

—No la he invocado... solo digo que la he visto. Ahí parada.

—Baja la voz. No quiero perder el trabajo. Ni encontrarme con ningún espíritu vengativo. Vámonos ya.

Las dos se alejan, murmurando entre dientes. Yo me quedo ahí, clavada como una estaca. ¿Una niña maldita? ¿Un fantasma? ¿En este lugar perfecto? Me giro hacia Clummy, que ha regresado sin hacer ruido.

—¿Tú sabes algo de eso? —pregunto.

—No hay registros oficiales sobre fenómenos paranormales en la galería de retratos —responde sin inmutarse—. Y, aunque los hubiese, no tendrías acceso a ellos. Así que es irrelevante.

Genial. Me llevo una historia de terror gratis con la visita guiada. Nos dirigimos de nuevo a mi habitación. Cuando llegamos, Clummy se detiene en la puerta.

—Te dejaré sola esta noche. Mañana serás convocada a la Marcha de Presentación en la Arena.

—¿Y qué pasa en esa marcha? ¿Lo de todos los años?

—En efecto; se da la bienvenida a los nuevos Aspirantes ante la familia real. Es obligatorio sonreír, no mirar al rey ni a los miembros de la familia real a los ojos, y no desmayarse. Después todo se volverá más familiar.

—Gracias por el consejo.

Clummy se gira y desaparece en el pasillo sin hacer ruido. No tengo sueño, al menos no todavía; la cabezada que di en el carruaje fue maravillosamente eficiente. Decido seguir in-vestigando por mi cuenta.

Los pasillos del palacio son largos y silenciosos a esta hora, solo se escucha el eco amortiguado de mis pasos sobre las alfombras bordadas. Las lámparas flotantes emiten una luz suave, dorada, que te envuelve en una calidez inesperada entre tanto cristal.

Creo que acabo de cambiar de ala. Doy vueltas sin rumbo fijo, paso por estancias cerradas, puertas entreabiertas y arcos que invitan a entrar sin llamar. Estoy por dar la vuelta cuando escucho voces bajas, hechas para la estrategia o el cotilleo: mis favoritas. Me muero por un buen drama; me pego a la pared sin hacer ruido.

—…no podemos permitir que la región norte siga dándonos problemas —dice una voz masculina, fría, perfectamente modulada.

—Lo sé, Varyn, lo sé —responde una mujer con voz seca y elegante—. Ya fue bastante tener que ceder con lo de la lotería este año. Demasiado simbólico. Demasiado… accesible.

—Era un mal necesario y lo sabes —añade él—. Aunque la nobleza empieza a murmurar... y sabemos lo peligrosos que se vuelven cuando murmuran.

—¿Y qué sugieres? —La mujer parece desesperada—. Si el norte no vuelve al orden significa que la profecía es cierta y tendremos que terminar con ella, ¿pero a qué coste?

—Al que sea necesario, no podemos arriesgarnos a otra guerra, ¿te queda claro? —Si la voz del hombre es inti-midante, no me quiero imaginar su expresión.

—Como el cristal —responde ella.

En ese momento, las voces se detienen. Yo creo que no hago ruido al respirar, pero contengo el aliento por si acaso.

—¿Hay alguien ahí? —pregunta la mujer. Puedo oír el taconeo lento de sus zapatos acercándose a mí.

Mierda. Al final voy a morir antes de empezar la Tríada. Doy un paso atrás, justo cuando los ojos azules de la mujer se cruzan con los míos. La reconozco por los retratos y por las historias: la Marquesa Catrizza Valendris. Su pelo rojo es incluso más bonito en persona: cada rizo está hecho a la perfección y colocado justo donde debe estar. Sin embargo, es su mirada lo que me acaba de petrificar.

Yo sonrío automáticamente, como si no me estuviese muriendo de miedo. Me inclino en señal de respeto, sin decir palabra, y me doy la vuelta. Camino con calma al principio, luego más rápido. No corro, pero casi. No tengo ni idea de lo que acabo de escuchar, pero sé que no debía estar ahí. Sé que esas palabras —región norte, problemas, lotería, nobleza, guerra— no eran para mis oídos. Por favor, que no se hayan quedado con mi cara.

Ya en mi habitación, me desvisto del todo, me dejo caer desnuda sobre la cama. La cabeza me da vueltas. Entre Clummy, la pequeña maldita, los pasillos interminables y los susurros de la realeza, siento que ya he vivido un mes entero en un solo día. Me levanto y busco en el armario algo cómodo que ponerme para dormir. Escojo un conjunto de pantalones cortos de seda y su camisa a juego. Todo aquí es lujo.

Hoy, dentro de lo que cabe, ha ido bien.

Mañana será mejor.

IV
Dionna

Aún no estoy del todo despierta, pero tengo la sensación de que alguien me está observando. Abro un ojo: Clummy a escasos cinco centímetros de mi cara.

—¡Joder! —grito, dando un respingo que casi me lanza de la cama.

—Buenos días, Dionna de Caelis —dice con su tono eternamente muerto por dentro—. Has dormido siete horas con veintitrés minutos. Estás en el promedio ideal para mantener tus funciones cognitivas óptimas.

—Y en el promedio ideal para morirme del susto, ¿también estás llevando la cuenta? —gruño, apartándome el pelo de la cara—. ¿No sabes lo que es el espacio personal?

—El espacio personal no está contemplado en mis protocolos de supervisión matutina —responde, comple-tamente serio—. Pero puedo adaptarlo al sistema de unidades que prefieras y añadirle el parámetro que te haga sentir más cómoda.

Me dejo caer de nuevo sobre la cama y me tapo la cabeza con la almohada.

—Dame cinco minutos o una excusa para huir del reino y de La Tríada. Lo que sea que llegue primero.

—Te recuerdo que en una hora y dieciocho minutos debes presentarte en la Arena de Espejismos para la Marcha de Presentación. El protocolo exige preparación previa. Y no puedes huir. Jamás.

—¿Exige qué? —¿Ha dicho que no puedo huir jamás?—. Un momento, ¿qué?

—Preparación: aseo personal, vestimenta adecuada, revisión de modales y actitud decorosa ante la familia real.

—Genial. ¿También me vas a poner un embudo en la boca para desayunar como si fuera un pato?

Clummy pestañea. Bueno, no, no pestañea. Nunca pestañea a destiempo. ¿Pestañea? Supongo que está simulando algo parecido al concepto de procesar una ironía.

—Hay desayuno disponible en el pasillo central. No incluye embudos. Todavía.

Me siento en la cama. Me estiro como un gato cansado de existir que solo quiere que le sirvan otro cuenco de pienso.

—¿Y qué se supone que debo ponerme? ¿Lentejuelas? ¿Armadura? ¿Vestido con corsé y capa voladora? —Pienso un segundo—. O peor, ¿tacones?

Clummy se gira y abre el armario. En su interior, perfectamente alineado, hay un conjunto que juraría no haber visto anoche compuesto por pantalón negro con adornos dorados, una chaqueta corta de ceremonia con hombreras bordadas en hilo azul y una capa de gasa semitransparente con el escudo de Galimatea bordado en el centro. Y botas. Nunca me había alegrado tanto de ver unas botas.

—Este es tu atuendo oficial para la Presentación —dice—. Simbólico, discreto, con referencias regionales. Y sin bigote, si me permites añadir.

—¿Tú también con lo del bigote? —pregunto reso-plando.

Me acerco y paso los dedos por la tela. Su mero tacto me hace sonreír: todo parece estar hecho para hacerte sentir bien.

—Bueno, al menos no tengo que llevar tacones —digo levantando una ceja—. ¿Y qué más tengo que saber?

—Cuando entres en la Arena de Espejismos, mantente en la fila asignada. Camina con paso firme, sin correr ni arrastrar los pies. Hasta que termine la Marcha no mires directamente ni al rey ni a los miembros de la familia real…

—Demasiado tarde —murmuro, recordando la es-cena de anoche con la marquesa Catrizza.

—...ni hagas gestos excesivos. Inclínate al pasar por el palco real. Sonríe sin dientes. Y, por favor, no tropieces. —Hace una pausa, como buscando información dentro de su cabeza—. Los tacones se reservan para los bailes ceremoniales previos a las Pruebas de la Tríada.

—¿Y si me tropiezo, pero consigo caerme con estilo? Eso puede que me diese puntos entre la nobleza.

—En ese caso, asegúrate de caer hacia la izquierda. La derecha es donde están los Arcanistas que proyectan todo lo que sucede durante la Tríada a todo el continente. Mientras ellos estén cerca, tú serás vista.

Lo dice completamente en serio. Este ser o lo que sea Clummy… Suspiro. Me froto la cara.

—Clummy…

—¿Sí?

—¿Crees que puedo sobrevivir sin desmayarme, vomitar o iniciar una revolución con solo caminar?

—Tu probabilidad actual de fracaso escénico, según los datos que he recopilado, es del catorce por ciento. Estás dentro del margen aceptable.

—Todo un alivio —digo mientras camino hacia el baño—. Y si me desmayo, ¿me vas a recoger tú?

—Tengo instrucciones de moverme únicamente en caso de amenaza directa a tu vida.

—Pues si me tropiezo frente al rey y vomito en los zapatos de su madre, considera mi vida oficialmente en peligro.

Lo oigo detrás de mí, absolutamente inmóvil.

—Lo tendré en cuenta.

◆ ◆ ◆

Tenemos pantallas tras las puertas que nos separan de la gente de bien; la plebe y la riqueza solo se mezcla por causas de

fuerza mayor. Nos dejan ver por donde caminaremos durante esta marcha antes de cruzar el umbral. El cielo sobre la Arena de Espejismos es tan limpio y azul que parece una promesa de que el día será perfecto, pero dudo que eso sea cierto. Las gradas, elevadas en anillos de cristal y mármol blanco, vibran con la expectación de miles de voces, miles de miradas. Las banderas de las regiones ondean en lo alto, y cada estandarte parece un recuerdo del mundo que hemos dejado atrás para estar aquí. En el centro, la Arena brilla como si el suelo estuviera hecho de espejo líquido: de ahí su nombre. Qué ironía que cada año parezca más bonita, con la cantidad de muertes que ha acogido.

Nos colocan en filas, separados por regiones. Respiro hondo; sé que ya no hay vuelta atrás. La música comienza: un coro de cuerdas etéreas y tambores profundos que no parecen golpear, sino despertar algo en el pecho. Las puertas de la arena se abren con un estruendo que sacude el suelo. Entramos y nuestra cabeza mira al suelo.

El rugido del público es una ola que amenaza con ahogarme. Nos recibe como se recibe a un ejército, como si fuésemos ya leyenda antes de haber demostrado nada. Los nobles nos miran desde los balcones. Algunos lo hacen con interés genuino, otros con desdén falsamente educado. Las familias comunes que tienen la suerte —o el dinero suficiente, pero no el título nobiliario— de vivir en la Ciudadela de Cristal, ondean pañuelos y gritan nombres desde las gradas más altas, aunque dudo que vean a alguien desde tan arriba.

Al llegar al centro de la Arena, nos detenemos. El palco real se alza como un trono sobre el mundo en un lugar privilegiado de las gradas. En él, sentada con la gracia que da el poder de haberte casado con sangre divina, está la Reina Madre Matrish Valendris. Sus ojos son azul hielo, pero su expresión cálida se me hace falsa. Mierda, Dionna, no la mires, joder. Su voz, cuando habla, es miel tibia en pleno invierno. No sabría decir por qué, pero me parece falso.

—Aspirantes —dice—. Hoy dais el primer paso hacia lo imposible. La Tríada os pondrá a prueba en cuerpo y alma, y os

transformará. Sea cual sea vuestro origen, vuestra fuerza o vuestra historia... hoy sois iguales. Y, si sois dignos, mañana seréis más que eso. Si os alzáis como Héroes de la Tríada, toda Aethrya sabrá quién sois. Demostrad un año más que la esencia triádica de nuestro continente es la más poderosa de todas las fuerzas.

A su lado está el nuevo Rey Seredric I, su primogénito. Está vestido de negro y azul profundo. No habla, tampoco sonríe, simplemente observa. Sus ojos recorren cada fila, cada rostro. Antes de que llegue a mí y tenga que apartar mi mirada intento analizar sus facciones: su rostro parece tallado en líneas firmes, con una mandíbula que parece incapaz de rendirse cubierta por una barba perfectamente recortada. La nariz recta, los labios marcados y gruesos. Tiene unos ojos que están hechos para pertenecer a un rey: dorados y vacíos. Y luego miro su pelo, castaño, corto y rebelde —tan opuesto a la corona sobre él. Su mirada se pasea por cada uno de los Aspirantes, estos se inclinan uno a uno y su Majestad asiente cada vez que posa sus ojos en el siguiente. Mi turno llega y cuando estoy a punto de inclinarme como dicta el protocolo, algo dentro de mí —quizá estupidez, quizá orgullo norteño— me impulsa a mantener la mirada en alto.

Lo miro directamente a los ojos.

No aparto la vista y tampoco me inclino.

Un murmullo recorre la Arena. El suspiro colectivo de un protocolo que no sale como debería. Él no parpadea, no aparta la vista ni para pestañear: me sostiene la mirada mientras entrecierra los ojos. No veo juicio en su rostro, pero sí algo peor: interés. Su mandíbula se tensa, y juro que puedo notar el odio que tiene escondido dentro, ese que aún no ha salido, pero que sé que saldrá.

Justo cuando una sonrisa de suficiencia se me empieza a formar en la cara, me inclino. Acto seguido, levanto la vista para mirarlo una última vez sin bajar del todo la cabeza. Qué le voy a hacer. Nací norteña y así me voy a morir. Me han llamado cosas peores. Tampoco es que quiera morir tan pronto, así que decido que es momento de agachar la cabeza del todo.

Un hombre baja hacia nosotros desde la fila de nobles antes de que el Rey decida mirar a otro Aspirante y yo quite la mirada de la escena. Solo él puede ser tan elegante, encantador, y tener una sonrisa que parece hecha para caerle bien a todo el mundo. Es altísimo, fuerte y camina como si le perteneciese el suelo que pisa, lo cual es muy probable que sea cierto. Es condenadamente atractivo y, justo cuando recuerdo que tengo que tragar saliva, también me acuerdo de que mis ojos siguen mirando.

¡Por la Fundadora! Bajo la cabeza justo a tiempo. El Barón Devrian Valendris, primo del Rey, que ha bajado del palco y está caminando junto a los Aspirantes, se detiene frente a cada uno de nosotros. Saluda con cortesía a varios Aspirantes, intercambia bromas suaves. Todos con la cabeza gacha, sin mirarle a los ojos, como manda el protocolo. Cuando llega a mí, me hace una ligera reverencia. Mantengo la mirada baja esta vez.

—Dionna de Caelis —dice, como si recordase mi nombre de una conversación pasada, ¿cómo sabe mi nombre y por qué lo recuerda?—. ¡Qué honor tenerte aquí! Galimatea necesitaba una representante con carácter. Este año Galimatea tendrá por fin buena representación. Espero que estés a la altura.

—No suelo decepcionar —respondo con la sonrisa que había evitado sacar antes con mis ojos clavados en el suelo.

Cuando creo que seguirá su camino, veo como su mano se posa en mi barbilla y hace que levante la cabeza. Nos miramos a los ojos y asiente.

—Hazel azulado, prometo no olvidarme nunca del color de tus ojos.

Ríe suavemente y se marcha, pero sus ojos tardan un segundo más en apartarse de los míos. Yo creo que me voy a morir aquí mismo. Aquí y ahora. Me caigo muerta fijo.

En el palco, dos figuras más llaman mi atención. La Princesa Zmena, rostro de mármol y pestañas largas y gruesas, observa sin pestañear. A su lado, una joven de ojos oscuros y pelo recogido: Lady Nirelia, hermana de Devrian. Su expresión es inescrutable. No hay ternura en su mirada: solo juicio. Sin embargo, de vez en

cuando, cuando mira a alguien sonríe de oreja a oreja. Ese tipo de sonrisas que se contagian, pero de las que no me suelo fiar.

Sigo inspeccionando de reojo el palco de la familia real, aún sabiendo que no debería, defecto del animal, ¡qué le vamos a hacer! La Infanta Velmira Valendris, hermana del antiguo rey, está agarrada del brazo de su marido, Lord Akim Valendris. Ni siquiera se miran. Velmira siempre parece triste, incluso en los retratos y grabados.

Mierda.

Mis ojos me traicionan cuando cruzo miradas con Catrizza. No sé si me ha reconocido, ha sido un solo segundo. Es imposible; nadie podría recordar una cara tan fácilmente, mucho menos reconocerla desde tan lejos. No pienso volver a levantar la mirada. A su lado puedo adivinar que está su marido, Varyn. Están todos aquí. La familia real al completo.

Nos ordenan seguir la marcha hasta llegar a uno de los extremos de la Arena. Cuando creía que nos dejarían salir ya, uno de los Arcanistas —una figura encapuchada, con una voz modulada por algún hechizo que la hace sonar dentro de tu cabeza— se sitúa en el centro.

—Ciudadanos, miembros de la corte, familia real, y finalmente Aspirantes, lo que habéis presenciado es la Presentación de nuestros Aspirantes a Héroes y Heroínas de este año. La Tríada se compone de pruebas diseñadas para descubrir no solo vuestras capacidades, sino vuestra esencia. No todos llegarán al final, pero todos seréis vistos mientras haya un Arcanista cerca. Que la Fundadora os guíe, y que la Tríada os transforme.

Nos dejan salir por turnos. La multitud ya no ruge, pero sigue allí, observando desde las alturas como si esperasen que alguno de nosotros empezase a jugar La Tríada antes de cruzar el umbral. Ninguno de nosotros hace nada, todavía no. En cuanto pongo un pie fuera del campo sagrado de la Arena, una voz me llama:

—¡Dionna! ¡Aquí!

Es Ernys, que está junto a Cristalith Garethil, la chica de pelo rubio ceniza y ojos de halcón que estaba jugando al ajedrez en el carruaje; Odrien Veldrán, el chico con el que jugaba Cristalith; y

Sándor Dobren, el que ahogaba sus penas en el bar. Me acerco a ellos y nos quedamos en un rincón medio oculto por una columna mientras el resto de Aspirantes sigue saliendo en formación.

—¿Estás mal de la cabeza? —me pregunta Sándor, con tono bajo—. No sé si lo he imaginado, pero creo que acabas de mirar al rey directamente a los ojos durante la Marcha y sigues viva para contarlo.

—No lo has imaginado —respondo, con una sonrisa floja—. Fue... un impulso, o tal vez una estupidez.

—Ambas —dice Cristalith, cruzada de brazos—. ¡Pero qué escena, chica! No sé si fue más incómodo eso o el momento en que Devrian te habló como si fueses su prometida secreta.

—No me lo recuerdes —digo llevándome las manos a la cara.

—Bueno, al menos tú no te tropezaste con tu propia capa como cierto conciudadano tuyo—añade Odrien, mirando a Ernys con una sonrisa burlona.

—Fue un viento traicionero —responde Ernys con su dignidad ofendida.

—El viento no tiene la culpa de que tengas dos pies izquierdos —suelta Cristalith, y todos nos reímos abiertamente de Ernys.

Nos quedamos en silencio unos segundos, observando cómo los Aspirantes más rezagados se agrupan. Qué bien me cae esta gente. La lotería va a unirnos más que haber sido elegidos por méritos propios.

—La familia real parecía… —empieza a decir Sándor, buscando las palabras adecuadas— incluso más fría que en los grabados —dice al fin.

—Lo son —dice Cristalith, sin rodeos—. Excepto Devrian, que parece hecho para el escenario. Pero los demás… ¿habéis visto a la princesa Zmena? Da miedo. Y Nirelia ni gesticula al hablar, a menos que quiera tirarse a alguno de los nobles, ahí sí que sonríe la tía.

—Y Velmira —empiezo a decir— parece estar a punto de romperse.

Cristalith asiente, más seria de lo habitual.

—No es solo que lo parezca, es que lo está. Dicen que lleva años intentando tener descendencia con su marido y que ya ha pasado por varios sanadores sin éxito. Algunos cuchichean que se ha hundido en una depresión, y que por eso no se la ve casi en público.

—¿Y eso importa? —pregunta Odrien—. Si ya tiene todo el dinero y poder del continente, ¿qué importancia tiene eso?

—Muchísima —respondo tajante—. Es la única hermana del antiguo rey que parece buena persona. Si al menos tuviésemos suerte de poder saltarnos a Varyn y Devrian pudiese ocupar su lugar, aún podríamos estar algo tranquilos. —Parezco o bien un libro de historia o un pergamino de cotilleos, pero no puedo parar—. Pero no, tendríamos que comernos un reinado de Varyn, que tiene pinta de poder destriparte y después comerse una ensalada. La línea de sucesión de Velmira sería más noble, pero sin herederos... todo el peso recae en Seredric, que si os soy sincera, parece incluso más cruel que su padre.

Se quedan en silencio de nuevo, no sé si por respeto a la Corona o por incomodidad. Mierda. He vuelto a hablar de más. Podría considerarse traición y apenas conozco a esta gente. De pronto, lo que parecía un desfile bonito con música épica y trajes de gala parece un preludio a mi muerte.

—¿Sabíais quién era quién antes de que los anunciaran? —pregunto intentando cambiar de tema. Aunque ya noto la T de «Traidora» ardiéndome en la frente.

—Claro —responde Ernys—. No nos dejaron mirarles, pero yo sabía dónde poner cada nombre. Los colores, las joyas, los sellos en las túnicas… todo está codificado para que los reconozcas sin levantar la vista.

—¿Los miraste a todos? —me pregunta Sándor.

—A casi todos, pero solo le mantuve la mirada al rey. —Dudo—. Bueno, y a Devrian, pero eso fue culpa suya, él me hizo levantar la vista.

—¡Hostia puta, Dionna! —grita Sándor—. Así normal que hables bien de Devrian, ¿de qué os conocéis? Di la verdad.

—¿Devrian y yo? De nada. Es la primera vez que lo veo en mi vida —digo mientras noto el calor acumulándose en mis mejillas —. Y él no sé de qué me conoce a mí.

Odrien silba y Cristalith le da un codazo en el brazo.

—Si salimos de esta vivos, quiero que me cuentes dos cosas: primero, cómo hiciste para que te sostuviera la mirada el rey, porque eso no lo consigue cualquiera; y segundo, y más importante, qué tal Devrian en la intimidad —dice Ernys guiñándome un ojo.

—Lo primero no creo que lo sepa nunca y lo segundo tampoco va a suceder —digo haciendo una pausa mientras siento la mirada de todos clavada en mí—. Jamás.

Nos reímos de nuevo y, por un momento, el miedo a que me denuncien a los Arcanistas por traición desaparece. Cuando la conversación termina, cada uno vuelve a su habitación asignada. Tenemos un par de horas libres antes de tener que estar en nuestras estancias y que nuestro cluam nos explique el protocolo previo y posterior a cada desafío en detalle. La mayoría tiene cara de necesitar una siesta o una infusión de valor líquido de esas que se venden fuera de lo legalmente aceptado. Yo, sin embargo, tengo otra idea: la biblioteca.

Camino por los pasillos sin prisa, reconociendo con gusto el leve zumbido de las lámparas flotantes y el eco apagado de mis propios pasos. Voy pasando mis manos por los rebordes de los paneles que decoran las paredes del pasillo. La biblioteca está vacía. Tres pisos de estanterías que respiran conocimiento antiguo, alfombras que amortiguan los pensamientos y ventanales que dejan pasar una luz suave como un suspiro. Mientras admiro cada centímetro del lugar encuentro un rincón cómodo. Me acomodo con un tomo enorme entre las manos: *La anatomía simbólica del poder en las casas reales de Aethrya*. Solo el título ya pesa como un ladrillo, pero algo me impulsa a leer. Quizá entender la forma en que caminan, visten y sonríen los Valendris me ayude a sobrevivir a esta pesadilla con un poco más de cordura. Haber hablado de más como de costumbre me taladra la conciencia y tengo que leer varias veces el mismo párrafo en más de una ocasión.

Me pierdo, casi literalmente, entre las páginas de este libro de proporciones imposibles. Cuando levanto la vista, la biblioteca está teñida por la luz violeta de las lámparas nocturnas.

Mierda. Mierda. Mierda.

Me he pasado de hora. Me levanto tan rápido que casi tiro la mesa y echo a correr por los pasillos, murmurando disculpas a las paredes encantadas, a los cuadros flotantes y a mi sentido común por haber pensado que «solo una hora» sería suficiente. Y entonces, al doblar una esquina, me encuentro al mismísimo Devrian Valendris.

Está solo, con una copa de cristal en la mano y una sonrisa ensayada tan perfecta que dan ganas de pegarle y pedirle disculpas al mismo tiempo. Y qué rabia me da admitirlo, pero... madre mía, ¡qué bien le queda el negro! Camisa ligeramente abierta en el cuello, chaqueta de traje sujeta por un broche de obsidiana y esos malditos ojos verdes. Es alto, más alto de lo que recordaba, y se mueve como si el aire hiciese espacio solo para él.

—Dionna —dice, alzando apenas la voz, como si me hubiera estado esperando y no le sorprendiese verme.

—Barón Valendris —respondo, sin aliento y sin saber muy bien si huir o fingir que estoy aquí porque me gusta pasear sin rumbo a medianoche.

—¿Perdida por palacio, y a estas horas? —pregunta, acercándose un paso. Su tono es suave, casi melancólico—. Dicen que quien se queda demasiado tiempo en la biblioteca de los Arcanistas acaba soñando con libros que aún no se han escrito.

—Yo con que no me castiguen por llegar tarde, me doy por satisfecha —respondo con una sonrisa forzada y un intento por seguir mi camino.

Él la recibe con una media sonrisa muy real. Da otro paso hacia mí, ignorando mi intento de huída. Ya está a mi lado.

—Eres distinta a lo que imaginaba —dice, mientras estudia cada microgesto que pueda hacer mi subconsciente—. Lo vi en la Arena. No bajaste la mirada, solo lo hiciste cuando tú misma decidiste hacerlo. O bien eres muy lista, o por el contrario, bastante idiota.

—¿Y tú cuál de esas dos cosas crees que soy? —Siempre me ha gustado forzar la maquinaria.

—Aún no lo sé —responde mientras camina hacia el lado contrario, me roza el brazo al pasar, como si el contacto fuera accidental, pero sé que no lo es—, pero lo sabré.

Hay algo calculado en ese roce, algo que se queda ardiendo en mi piel. Y cuando está a punto de irse, se detiene y vuelve a girarse hacia mí. El aire a nuestro alrededor se vuelve más dentro y juraría que lo que viene es una especie de castigo por haber roto las reglas de la Marcha, pero no. Lo que viene es mucho peor. Me coge suavemente del mentón, como lo hizo en la Arena, pero esta vez no hay protocolo ni espectadores. Solo él y yo en el silencio del pasillo. Me da un beso en la mejilla, en ese punto muerto en el que no sabes si han rozado la comisura de tus labios de manera accidental o deliberadamente. Ese tipo de beso que dice: «Podría haber sido más, pero no. Prefiero que pienses qué pudo haber sido y no fue».

Y, por mucho que deteste admitirlo, yo lo pienso.

¡Joder si lo pienso!

—Descansa, Dionna. Mañana empieza el verdadero juego —me susurra antes de desaparecer.

Me quedo ahí, sola, sintiendo que me han robado el aliento sin tocarme los pulmones. Respiro hondo una, dos y tres veces. Tardo más tiempo del que me gustaría admitir en volver a recordar que llego tarde. Salgo corriendo de nuevo.

Entro en la habitación casi deslizándome, con el corazón acelerado y las mejillas aún ardiendo. Clummy está sentado junto al escritorio. Levanta la vista apenas un milímetro.

—Has llegado treinta y seis minutos tarde —dice sin levantar la voz—. Eso compromete tu tiempo de sueño reparador. Estás por debajo del umbral óptimo; no es lo ideal.

—Ya lo sé, ya lo sé. —Me dejo caer sobre la cama co-mo si me hubieran desenchufado—. Un libro me secuestró y luego me asaltó un barón.

Clummy ladea la cabeza intentando entender mis palabras.

—¿Sufriste algún daño físico o amenaza directa a tu vida?

—Solo a mi estabilidad emocional —respondo con un suspiro.

—Entonces no se considera un incidente relevante. Ahora debo recordarte el esquema de pruebas que enfrentarás.

Me incorporo un poco, aunque el cansancio empieza a pesar como una tonelada de plomo. Clummy se pone de pie con esa elegancia inquietante que parece desmentir la gravedad y reírse de mi torpeza humana.

—Como ya sabrás por años anteriores, la Tríada se compone de tres ciclos principales. —Noto venir la parrafada de información que me voy a comer antes de que siga hablando y mi cerebro ya comienza a completar sus oraciones antes de que termine de pronunciarlas—. Cada ciclo consta de lo siguiente: tres desafíos preliminares no letales, que sirven de preámbulo para la gran Prueba y otorgan una pista si se superan; un Baile Ceremonial, cuya etiqueta y protocolo explicaré cuando sea conveniente; una Prueba Principal, que sí es letal, a menos que te rindas si ves que no deseas pagar el precio de ser Heroína con tu vida; y, por último, una celebración para los supervivientes.

—¡Es verdad! ¿Una fiesta después de casi morir? —pregunto sarcásticamente mientras elevo mis cejas—. ¡Qué considerado todo!

—Lo sé. —No puede estar diciéndolo en serio—. Después del tercer ciclo, quienes sobrevivan habrán superado la Tríada y se habrán convertido en Héroes de la Tríada anual —continúa hablando —. Cada desafío tendrá lugar en una región distinta del continente. Los traslados están programados con antelación, pero no se revelarán a los Aspirantes hasta el momento de partir.

—¿Y tú no puedes decírmelo? ¿Ni un spoiler así de chiquitito? —le pregunto, levantando la mano y dejando apenas un suspiro de distancia entre el índice y el pulgar

—Mi naturaleza me lo impide —comienza a decir y hace una pausa calculada antes de continuar—. Literalmente. Si lo intentase, mi núcleo supervisor, lo que vosotros llamaríais cerebro, colapsaría en un bucle de bloqueo.

—Qué dramático eres, chico —le digo poniendo los ojos en blanco.

—Optimizado para la discreción.

Me quito las botas y dejo caer la capa sobre una silla. La cama parece llamarme por mi nombre, pero no pienso irme a dormir sin asearme como la Fundadora manda.

—¿Sabes al menos qué prueba toca primero? —pre-gunto, abriendo el grifo de la bañera que está en el centro del dormitorio y espero a que salga el agua caliente.

—Sí.

—¿Y me lo vas a decir? —pregunto sin mirarlo. Ya está caliente. Ahora necesito mi ropa de cama y una toalla.

—No.

Me giro rápidamente, ¿cómo que no me lo va a decir? Se supone que está aquí para ayudarme *a mí.*

—Solo queda una noche para el desafío. Podrías enrollarte un poco —le digo mientras cojo la toalla más suave que he tocado en mi vida. Esta gente caga dinero.

—¿Dónde? —ladea la cabeza de nuevo.

—¿Cómo que dónde? —Esto empieza a ser una conversación de besugos y yo solo me quiero bañar y dormir. Puede que los desafíos no sean letales, pero estoy segura de que distarán mucho de ser agradables.

—¿Dónde quieres que me enrolle?

No puede estar hablando en serio.

—Da igual, Clummy. Necesito un poco de intimidad —le digo señalando la bañera —. Me voy a bañar.

—Entiendo que la desnudez delante de otros os resulta o bien vergonzosa o muy placentera. Me retiro. Duér-mete, Dionna de Caelis —me dice, acercándose a la puerta.

V
Dionna

Intento gritar, pero alguien ya ha puesto un paño sobre mi cara y mi cuerpo se relaja al instante. Me encapuchan sin decir una palabra y me levantan de la cama sin resistencia por mi parte, aunque mi cerebro le esté gritando a mis piernas y caderas lo contrario. No veo nada, no siento nada, pero parece que les sigo el ritmo a mis secuestradores sin darme cuenta.

No hay explicaciones, solo el contacto de una tela áspera en mi cara, el roce helado del mármol bajo mis pies descalzos y el sonido de muchas respiraciones que no son la mía. Aspiran rápido, como si contuviesen el pánico. Yo intento no pensar en qué dije, a quién miré o a quién toqué. No ha empezado y ya me he condenado.

Pasamos por pasillos que huelen a roca húmeda, hierro oxidado y magia vieja, muy vieja. Cada paso hacia abajo —porque siempre bajamos— se siente como un alejamiento deliberado del mundo que conozco. Como si nos estuvieran arrancando del reino de los vivos. Finalmente, nos detenemos. Me quitan la capucha, pero la oscuridad no se va.

Frente a mí se alza una puerta de piedra viva, con símbolos que se mueven levemente. Más allá, un laberinto. No de setos ni de paredes talladas, sino un laberinto hecho de sombras por paredes que no se repiten. Una construcción viva y mágica.

—Entra —dice un Arcanista a mi derecha.

Y entro, o mejor dicho, entramos. Estamos absolutamente todos los Aspirantes: los ciento cincuenta. ¿Có-mo es posible que quepamos todos aquí?

—Así comienza el primer desafío preliminar de la Tríada: El Laberinto de Sombras —dice una voz omnipresente.

Los muros cambian con una suavidad que es más aterradora que cualquier crujido. Los he visto moverse de reojo. Un pasillo que estaba allí, ya no está. Una puerta cruzada se disuelve detrás de mí como si nunca hubiese existido. Los pasillos se curvan sobre sí mismos, giran en espiral, se bifurcan y se cierran sin lógica.

Sin embargo, lo peor no son las paredes, sino las voces. Al principio creo que es mi imaginación, pero no: existen y me están hablando a mí.

—Dionna…

La voz se arrastra por mi oído como un gusano cálido y cruel.

—Dionna… ¿me oyes?

Me detengo. Giro sobre mis talones buscando algo a mi alrededor, pero solo hay oscuridad. Todos los Aspirantes han desaparecido una vez entré en esta pesadilla. Mis pies descalzos tocan un suelo que cambia de textura con cada paso: liso, rugoso, húmedo, arenoso. Y mi cabeza no funciona como debería.

¿Qué coño está pasando?

—Me dejaste.

Sé de quién es la voz. La oigo llorar y reír al mismo tiempo. Me dice cosas que solo ella sabría. Recuerda palabras que dije cuando éramos niñas, canciones que cantábamos antes de dormir, nombres de flores que recogimos juntas en las colinas de Galimatea.

Mis pasos se aceleran: si me paro y la vuelven a poner frente a mí como en las pruebas de preselección, no seré capaz de recuperarme. No distingo caras ni voces, aunque sé que en alguna parte otros Aspirantes gritan. Tengo que centrarme y mirar a través del miedo.

«Mantén la calma, Dionna», me recuerdo a mí misma.

Comienzo a ver a los Aspirantes materializarse a mi alrededor: uno lanza un puñetazo al aire, como si intentara espantar

una sombra que solo él puede ver. Otro cae de rodillas y empieza a reír como si hubiese perdido la razón. Hay alguien murmurando la palabra «mamá». Otro repite una oración sin fin, como si al hacerlo pudiese mantenerse a salvo.

¿Nos han drogado? ¿Algún miembro de la familia real está usando su poder? Sería maravilloso que los poderes del núcleo real fuesen públicos, pero no, les encanta mantener el misterio.

Estoy en el limbo entre lo real y lo imposible. Tengo que seguir caminando e ignorar las voces, el calor, las paredes que no cesan su movimiento. Tengo que ignorarlo todo y seguir. ¿Hacia dónde coño tengo que ir? Cada uno está viviendo su propia proyección de terror con banda sonora incluida y ni siquiera sabemos hacia dónde ir.

Sin embargo, entre la niebla de piedra y los giros imposibles, veo a un chico de pie que destaca entre los demás. Puedes ver calma en su gesto, como si el laberinto no tuviera nada que decirle. Es alto, de rostro afilado, pelo oscuro perfectamente peinado pese al caos, y lleva un abrigo ceremonial con el sello dorado de una de las grandes casas de la Ciudadela de Cristal. La Casa Morvhaen, si no me falla la memoria. ¿Duerme vestido o a él lo despertaron con caricias y le dejaron vestirse?

No sé su nombre, pero sí sé a qué se dedica su familia. Son una familia inmensamente rica y peligrosa, con fachada respetable pero negocios profundamente corruptos: controlan los herbolarios clandestinos, donde se preparan tónicos dopantes, ungüentos prohibidos y elixires mágicos alterados. Su postura es la de alguien que está en su propio salón, tomando un vino caro mientras los demás se queman vivos. Sus ojos se clavan en una pared como si estuviese leyendo algo invisible. Empiezo a sentir un dolor asfixiante en la boca del estómago y no paro de escuchar su puto llanto. Han conseguido recrearlo a la perfección y creo que voy a perder la puta cabeza.

—¡Cállate ya, joder! —le grito a la nada mientras me golpeo las sienes, como si valiese de algo.

Vuelvo a mirar al noble por instinto. Fundadora, lo peor es su sonrisa. ¿No oye las voces? ¿No ve las sombras? Me obligo a

apartar la vista antes de que esa sonrisa se me meta bajo la piel. Las voces de mi cabeza se detienen: ahora escucho una que me habla bajito.

—Dionna, sigo viva —comienza a hablarme al oído y mi piel se eriza al instante—. Estoy sola, Dionna… me dejaste sola…

No. No. No. Mi garganta se cierra. Me pican los ojos. El estómago me arde. Me duele el cuello de tanto apretar los dientes. Quiero gritarle que no fue mi culpa. Que no sabía nada. Que solo tenía nueve años. Que sigo buscándola. Pero aquí, en este puto laberinto, el dolor es un lujo que no puedo permitirme. Justo cuando siento que me voy a romper, choco con alguien.

—Perdón… —comienzo a decir, pero mi boca se cierra cuando veo que es Ernys.

Sus ojos están enrojecidos. Tiene una herida leve en la ceja, como si hubiese chocado con una pared que ya no estaba donde debería. Está jadeando y sus labios se mueven sin emitir sonido, como si estuviese negociando con algo invisible.

—Tú también las oyes, ¿verdad? —le pregunto con voz baja, ronca.

Él simplemente asiente. No dice qué ha oído, tampoco le pregunto. Caminamos juntos y cubrimos nuestras espaldas, nos tocamos el hombro de vez en cuando para asegurarnos de que el otro sigue allí. Compartimos silencio como si fuera un escudo.

En una curva que aparece de la nada vemos una figura que lanza una carcajada. Es un Aspirante que parece haberse rendido: está sentado en el suelo, con los ojos vacíos y las manos cubiertas de arañazos. Dice que encontró la salida, que está muerto y feliz. Lo ignoramos y seguimos adelante.

En otro tramo, las paredes se estrechan tanto que pasamos de lado, rozando la piedra a medida que avanzamos. Ernys se queda atrapado por un momento, y yo le tiro del brazo hasta sacarlo.

No sé si han pasado minutos u horas. El concepto de avanzar ha perdido sentido. El laberinto se retuerce, se pliega sobre sí mismo, como si respirase por capricho y exhalase desorientación. Hay un zumbido permanente, una vibración baja que me retumba en las costillas y me recuerda que esto es un castigo diseñado con

precisión quirúrgica para rompernos desde dentro. Y está funcionando. Noto parte de mí abandonando mi cuerpo: como si esa ansiedad que te crece en el estómago cuando algo no va bien estuviese creándose y abandonando mi cuerpo constantemente. Es agotador.

A mi izquierda, un chico delgado y tembloroso se apoya contra una pared que parece sólida. En cuanto se recuesta, la piedra lo devora. Su cuerpo desaparece de golpe, como si se lo hubiese tragado una grieta que no estaba allí hacía un segundo.

—Dionna —me dice Ernys, con un hilo de voz—. Esto es una locura… ¿qué está pasando?

Me encojo de hombros, porque no lo sé. Pasamos junto a una chica arrodillada, repitiendo ya apenas sin voz: "Él me ama. Él me ama. Él me ama." Una y otra vez, como una plegaria que perdió el sentido. ¿De quién estará hablando? Su túnica de noche está rota. Sus uñas ensangrentadas. No parece vernos. No parece ver nada. El laberinto la ha convencido para quedarse en ese rincón y repetir su esperanza hasta que se marchite. Como si todo lo que oye y ve fuese real para el resto también y todos la estuviésemos juzgando. Me pregunto cuánto tardará el laberinto en engullirla.

Un poco más adelante, otro Aspirante está de pie, inmóvil, con los ojos vidriosos y los labios secos. Lo rodean cuatro puertas idénticas. Las abre, una por una, y siempre termina en el mismo sitio: ese cruce de caminos falso que tanto les gusta hacer en cada Tríada.

La magia del laberinto se ha hecho más precisa. Más cruel. Las voces, antes susurros en la niebla, ahora son dagas envueltas en recuerdos. No solo la oigo a ella, también oigo a mi padre. «No lo lograrás, Dionna. Siempre has sido un fracaso para todos. De todas mis hijas tú eres la decepción más grande». Oigo a mi madre gritar de dolor en la oscuridad. Oigo a Kiri decirme que no vuelva, que ojalá no tenga que crecer y parecerse a mí.

No quiero escucharlo. No quiero caer, pero siento que lo estoy haciendo. Noto mis piernas temblar. Mi estómago no me da tregua. Mi cabeza es una niebla espesa que me impide pensar. Ernys me agarra del brazo cuando tropiezo por segunda vez en un tramo

donde las baldosas se deshacen al pisarlas. Me ayuda a seguir, pero él también está al límite.

—Tenemos que seguir —le murmuro, más para mí que para él.

Y justo entonces… otra voz, pero esta no me sobresalta. No me duele. No se arrastra por mis entrañas ni imita a un fantasma. Es clara, serena, adulta, y familiar

—Ahora, gira a la izquierda. No dudes.

Me detengo.

—¿Qué? —susurro, confundida.

Ernys me mira.

—¿Qué pasa?

No contesto, porque sé que si explico lo que acabo de escuchar, perderé la oportunidad de hacer lo que la voz me pide. Miro a la izquierda: no hay nada especial. Solo hay un pasillo igual de oscuro y torcido que los demás. Salgo corriendo sin pensármelo. Noto el ardor en mi estómago, el fuego en mis pulmones, la niebla en mi cabeza, pero sigo corriendo tan rápido como mis piernas me lo permiten. Corro como si el laberinto estuviera respirando sobre mi cuello. Como si esto fuera lo único real que he escuchado desde que empezó esta pesadilla. La voz dicta mis pasos un segundo antes de que instintivamente yo ya lo hubiese decidido. Como si fuese mi propio subconsciente el que está decidiendo por mí. Subo por un tramo de escaleras que no sabía que existía y, a medida que subo, el aire cambia. La luz comienza a filtrarse por una abertura en lo alto. Está amaneciendo. La salida está allí, pero mis piernas se tambalean. Me sigue ardiendo el pecho, pero no me detengo. Noto como esa esencia ansiosa que se evaporaba de mi cuerpo se mantiene dentro de él esta vez ayudándome a salir.

La luz me ciega al principio, el frío de la madrugada me corta la piel y me desplomo de rodillas en la piedra pulida del vestíbulo superior. Poco a poco van llegando otros. Entre ellos el noble de sonrisa burlona. Cristalith. Sándor. Una chica que no reconozco. Muchos más comienzan a salir. ¿Y Ernys? Mierda. ¿Me perdió la pista? No me giré a ver si me seguía.

Mierda. Mierda. Mierda.

No miré atrás.

La culpa se cuela por las rendijas que deja el agotamiento. Se acomoda como si tuviese derecho a vivir dentro de mí siempre que quiera. Y tal vez lo tenga. ¿Y si Ernys me siguió? ¿Y si tropezó, y yo, como una cobarde egoísta, seguí corriendo? Me dijeron «no dudes» y simplemente obedecí. No pensé. Solo confié, porque no me quedaba más esperanza que una voz desconocida. Solo obedecí. Ahora esa obediencia pesa como una traición. Respiro hondo, pero el aire no me llega a los pulmones. Estoy tan vacía por dentro como siempre.

Alguien solloza cerca. No sé quién, y sinceramente, tampoco me importa. Solo quiero cerrar los ojos y que el mundo se detenga, aunque sea por un instante. Pero no lo hace, nunca lo hace. El mundo siempre sigue girando. Sigue sucediendo, aunque nosotros no tengamos ganas de ser.

Desde las sombras del vestíbulo, emergen tres figuras con túnicas oscuras: Arcanistas. Caminan sin prisa, como saboreando este momento. Se detienen frente a nosotros. Uno de ellos —no sé si es hombre o mujer— alza una mano.

—Aspirantes que habéis llegado al final del Laberinto de Sombras —dice, y cada palabra resuena como un golpe en el estómago—. Habéis demostrado resistencia, equilibrio mental, y capacidad de discernir lo real de lo impostado bajo presión mágica. Eso es digno de reconocimiento; sin embargo, la Tríada no premia la supervivencia en simples desafíos.

Nadie responde. No hay energía para fingir valentía. Mucho menos yo, que gané con ayuda. Escuchamos porque no hay otra opción.

—A cada uno de vosotros se os ha sido dado el derecho a recibir una pista. Un fragmento de verdad cifrada. Una guía para el caos que se avecina.

Con un gesto, los Arcanistas alzan sus manos. Una esfera de luz blanca flota en el aire. Dentro de ella, letras arcanas giran en espiral. Se ordenan y se reescriben. Se clavan en mi visión como si las estuviese viendo dentro de un sueño.

«No todo es lo que parece».

Eso es todo. ¿Es una puta broma? La esfera se disuelve y la oscuridad parece volver a tragarse el misterio. Menuda mierda de pista. ¿Todo ese sufrimiento para esto?

—Guardadlo. Entendedlo. Vividlo. Porque quien no comprenda su pista, puede que no viva para interpretar la siguiente.

Y se marchan sin decir nada más. ¿Ha dicho «vividlo»? Como si eso significase algo en la vida real, en la vida en la que te puedes morir mientras otros miran. Privilegio del libre poder hablar con metáforas inútiles, supongo. Miro a mi alrededor, esta vez buscando las miradas de los que nos encontramos compartiendo el mismo espacio. Necesito saber que no soy la única que no sabe qué hacer con esta pista de mierda. El mensaje flota en mi cabeza como un acertijo cruel: «No todo es lo que parece».

Las palabras me taladran con más fuerza de la que deberían. ¿Es una pista para el próximo desafío o para la primera Prueba? Mierda. La Prueba de Fuerza. *Mi favorita.* Esta vez si no la supero, no solo fracaso, también puedo morir. No soy tonta, sé que necesito ayuda. No puedo enfrentarme a esa Prueba sola. Y entonces, como un faro en medio de todo este océano de sombras, recuerdo a Ernys, Cristalith, Sándor, Odrien. La conversación en la salida de la Arena. Las risas compartidas. El calor humano cuando podíamos fingir que esto era una aventura y no una purga cuidadosamente coreografiada.

Ellos serán la clave.

Si quiero sobrevivir —no solo en cuerpo, sino también en alma— voy a necesitar más que músculos. Voy a necesitar gente que me vea cuando me hunda. Que me recuerde quién soy cuando empiece a olvidar. Me obligo a recomponerme. Las piernas me duelen y la cabeza me pesa.

◆ ◆ ◆

Nos permiten sentarnos a todos juntos en una sala circular, con bancos de piedra y tazones de agua tibia con infusiones calmantes que apenas rozan la categoría de alivio. Nadie habla al principio. No veo a Ernys, tampoco a Odrien. Solo respiramos y miramos al frente, como si nuestros ojos aún no hubiesen escapado del laberinto. Estamos esperando a que nos dejen salir a disfrutar de nuestras «Horas de asuntos y placeres personales», como si eso significase algo. Una vez hemos terminado nuestros tazones, nos dejan salir. Cristalith, Sándor y yo salimos juntos. Todavía no hemos dicho una palabra.

—Deberíamos ir al dormitorio de Odrien —comienza a hablar Cristalith—. A lo mejor está ahí.

Sándor y yo asentimos. Ninguno tiene ganas de hablar. Cristalith nos guía hacia el dormitorio de Odrien. Camina delante de nosotros como si no hubiese atravesado un infierno hace apenas unas horas. Tiene los brazos cruzados, la espalda recta y el paso firme, pero yo sé —lo sé— que está forzando cada movimiento para no parecer afectada. No dice nada, solo nos hace un gesto con la cabeza para que la sigamos por uno de los pasillos laterales del ala este.

Sándor va a mi lado, en silencio. Sus pasos son más pesados, pero cada cierto tiempo me lanza una mirada, como si quisiese asegurarse de que no me estoy desvaneciendo. La piedra bajo nuestros pies es más cálida aquí, parece estar encantada para calentar el ambiente y darnos un respiro de tanta frialdad. Las lámparas flotantes aquí también parpadean, pero lo hacen en un tono más tenue, menos severo. El aire no huele a miedo como allí abajo: huele a madera barnizada, a té lejano y a algo que casi parece hogar. Buscamos a Odrien, pero nos encontramos con otra persona justo antes de llegar a su cuarto. Apoyado contra una de las columnas, con los brazos cruzados y la mirada baja está Ernys.

—Ernys —susurro, aunque no estoy segura de si lo he dicho en voz alta o solo lo he dejado en mi cabeza.

Él levanta la cabeza despacio. Tiene ojeras marcadas y los ojos vidriosos, pero está aquí.

—Pensaba que no me ibais a invitar —dice, con una sonrisa cansada que no logra ocultar el temblor en su voz.

Me acerco sin pensar y lo rodeo con los brazos. Él tarda un segundo, pero me devuelve el abrazo, fuerte.

—Lo siento —murmuro contra su hombro—. No miré atrás.

—No te preocupes —responde él, apartándose lo justo para mirarme a los ojos y agarrarme la cara con sus manos—. Estoy aquí. Tenemos todo el tiempo que dure la Tríada para arreglarlo, ¿no?

—Lo tenemos —respondo. Y de verdad lo creo.

Cristalith nos observa con una ceja levantada y los brazos cruzados.

—¿Habéis terminado la escena dramática? Si sigo sintiéndome como la menos emocional del grupo, voy a tener que replantearme mi imagen personal.

Sándor suelta una risa ronca. Ernys niega con la cabeza.

—Tú sí que eres dramática —le dice.

—¿Y tú siempre vas a llegar tarde? —responde ella, girándose de nuevo para guiarnos.

Y así, los cuatro caminamos juntos hacia la habitación de Odrien. No estoy cruzando este infierno sola. No sé si me puedo fiar de ellos aún, pero por lo de ahora mi cabeza todavía no está en una pica con la palabra traidora grabada en la frente. Algo es algo.

La habitación de Odrien es amplia, tiene estanterías desordenadas, cojines por el suelo y una ventana semicircular que deja entrar una luz tenue. Hay tazas a medio vaciar, papeles arrugados y una bufanda colgando de una lámpara flotante. En otras circunstancias, habría hecho un comentario sarcástico sobre su sentido del orden y lo parecido que es al mío. Hoy no.

—Madre de la Fundadora —exclama Cristalith con cara de espanto mirando cada centímetro de la habitación—, ¿pero cómo puedes vivir entre tanta mierda?

Odrien se incorpora del suelo, se apoya en el alféizar y nos observa como si todavía no se creyera que estamos todos. Yo me dejo caer en un rincón, con las piernas cruzadas y las manos entrelazadas, para evitar que noten que aún me tiemblan.

—No está sucio, es solo desorden —dice Odrien al fin, rompiendo el silencio mientras recoge un calcetín del suelo. Noto como se le encienden las mejillas cuando Cristalith pone cara de asco—. Sé que los desafíos no son letales, pero os juro que pensé morir allí abajo.

—Yo también —respondo. Mi voz suena más seca de lo que pretendía—, pero aquí estamos.

Cristalith se estira y lanza un suspiro larguísimo. Siempre parece estar aburrida de todo lo que decimos y a la vez sus ojos parecen estar analizándolo todo con atención. Todavía no sé muy bien qué pasa por su cabeza.

—Vale, ya lo digo yo. Necesito soltarlo, porque si no lo cuento me va a comer por dentro —Cristalith dice cada palabra más rápido que la anterior—. Así que lo digo y punto.

Todos la miramos. Aún no la había oído hablar así de alto nunca. Parece que me lee el pensamiento y baja la voz, casi en un susurro, como si se hubiese dado cuenta de lo fuera de lugar que ha estado el volumen de su voz.

—Mi prima, la más pequeña. Naria. Murió hace cuatro años. Nunca hablo de ella. —Sus ojos parecen contener un mar a medida que habla—. Nunca. En el laberinto… estaba viva. Caminaba delante de mí. Me hablaba. Me pedía que la siguiera, que la salvara. Y por un momento lo creí; corrí detrás de ella como una idiota, hasta que la vi atravesar una pared y desaparecer. Como si nunca hubiese estado allí. —Nos mira a todos y una lágrima de ese mar se desliza por su mejilla derecha haciendo que me replantee si es tan fuerte como parece—. Me di cuenta de que ir en la dirección opuesta a la que iba ella era lo que me llevaría a la salida.

Silencio. Sándor asiente, sombrío.

—Mi padre. Pensé que era él. Lo escuché como cuando solía gritarme de crío. —Baja la mirada como si al que le diese vergüenza fuese a él—. Pero luego… se reía. Se reía de mí, del niño que fui, del hombre que no soy. Me dijo que siempre fui una decepción, que nunca me ganaría nada por mí mismo. Me vi golpeando una sombra hasta que mis manos sangraron. —Se mira sus nudillos, que están

destrozados, y suelta una especie de risa hueca—. Pero no se iba, no dejaba de hablar.

—A mí me pasó algo parecido —interviene Odrien, con la mirada clavada en el suelo—. Escuché a alguien que ya no está, aunque esté vivo, ya no está. No diré quién. Solo sé que el laberinto lo sabía. Sabía cómo poner el cuchillo en el punto exacto para desangrarte. El dedo en la llaga —habla mientras le tiemblan los labios—. Vi el mismo pasillo cien veces, escuché la misma puta frase mil. Me quería quieto, bloqueado, con la culpa tragándome. —Todos lo miramos. Él se encoge de hombros—. Al principio seguí caminando. Por rabia, más que por valentía. Hasta que me rendí.

Ernys traga saliva. Se frota las manos. Mira a la ventana, luego a mí. Parece que nos estamos dando un espacio para llorar y compartir todo esto respetando turnos que no habíamos acordado.

—Yo oí a mi madre. Me dijo que me habían olvidado, que moriría solo en un rincón. Por un momento lo creí. Me dijo que en el momento en el que vio el boleto dorado con mi nombre, no quiso volver a verme.

Me acerco y le pongo una mano en la rodilla. Él me devuelve una pequeña sonrisa.

—Y tú, Dionna —comienza a hablar Sándor, bajando la voz con delicadeza—. ¿Qué viste tú?

No respondo enseguida. Su nombre me pesa en la lengua. Mi padre y su decepción. La agonía de mi madre. La vergüenza de Kiri. No quiero contarles lo que vi, pero me pa-rece injusto simplemente callar.

—Mi familia —digo al fin—. No me detuve, porque me aterraba quedarme con esa versión en la que me odian. Me encontré a Ernys y caminamos juntos durante un rato, pero escuché otra voz distinta, más adulta, que me dijo qué camino tomar… obedecí. Sin pensar en nadie más.

—Pero llegaste —dice Cristalith—. Lo hiciste porque a veces sobrevivir significa no mirar atrás y punto.

Me recuesto contra la pared y observo sus caras y me encojo de hombros intentando creerme de verdad lo que me está diciendo.

—¡Hostia puta! —grita Sándor rompiendo mi mo-mento mágico mental en el que me imagino con ellos montando una comuna donde las hadas nos sonríen y el río sabe a chocolate—. ¡La pista!

Me había olvidado por completo de compartirla con Odrien y Ernys. Menos mal que tengo lo que quede de Tríada para arreglarlo.

—«No todo es lo que parece» —murmura Sándor.

—¿A todos nos dieron la misma? —pregunta Cristalith, entornando los ojos.

Sándor y yo asentimos.

—¿Qué creéis que significa? —pregunto, aunque dudo que tengan una respuesta.

—¿Que vamos a necesitar más que fuerza para la Prueba de Fuerza? —responde con una pregunta Ernys—. O más que inteligencia para la de inteligencia. O más que valor para la de valor. O todo al mismo tiempo. Yo que sé. Menuda mierda de pista: te deja peor que si no la hubieses tenido.

—O que no hay forma de prepararse —añade Sándor, con una sonrisa torcida.

Nos quedamos en silencio un momento. Cada uno guardando sus pensamientos como si fueran brasas encendidas que no pueden compartirse sin quemar al otro. Este grupo, estos cinco cuerpos heridos, estos ojos cansados van a tener que vivir mucho como para entender este entresijo de pistas y pasillos ocultos.

◆ ◆ ◆

Nos hemos quedado en silencio después de casi dos horas de divagaciones. Ya no hay más teorías. Las paredes de la habitación de Odrien parecen haberse encogido a nuestro alrededor.. Es una oración tan ambigua que resulta insig-nificante. Puede significarlo todo y a la vez nada.

—Creo que necesito dormir —dice Odrien, y su voz suena tan humana, tan simple, que nadie se atreve a discutirlo.

Asentimos uno a uno, como si el cansancio nos hubiese convertido en sombras obedientes. Nos levantamos con movimientos torpes, cada articulación protesta por el esfuerzo. Ni siquiera intentamos fingir normalidad. Sándor abraza a Odrien con un brazo sobre su hombro con un gesto rápido. Cristalith hace un gesto con dos dedos, a modo de despedida. Ernys me aprieta la mano al pasar por mi lado. Yo solo asiento.

Al llegar a mi habitación, Clummy me espera. Está sentado en el alféizar, en una postura que imita la melancolía, aunque no estoy segura de si la entiende o solo la copia de mí. Tiene una manta sobre los hombros, como si fuera un viejo cuentacuentos esperando a ser llamado.

—Bienvenida de vuelta, señorita Dionna. Según mis registros cardíacos, no está usted muerta. Felicidades.

—Gracias, Clummy. —Suspiro, dejándome caer sobre la cama sin quitarme siquiera las botas—. No me apetece nada pelearme contigo.

—Tus probabilidades de derrota actualmente son demasiado altas como para intentarlo.

Cierro los ojos un momento, solo un segundo, pero algo dentro de mí no se detiene. La pista: «No todo es lo que parece». Una y otra vez.

—Clummy… —digo, aún con los ojos cerrados— ¿tú puedes ver el futuro?

Se hace un silencio minúsculo.

—No, solo una persona en el continente puede verlo, además de la Fundadora. Pero incluso ellas, si intentan seguirle los pies al futuro, pueden tropezar.

—¿Cómo que seguirle los pies?

—El futuro cambia con cada paso que damos. Cada elección abre nuevas puertas y cierra otras. Si uno intenta andar por el mapa que aún no se ha escrito, puede perderse en trazos falsos. Como leer un libro que aún no ha sido escrito: es imposible.

Abro los ojos y lo miro. Solo está ahí, diciendo cosas que cree saber por naturaleza.

—¿Tú también eres parte del mapa? —murmuro.

—Ahora soy parte de ti —responde, encogiéndose de hombros con gesto casi humano—. Y tú cambias, señorita Dionna. Así que sí, yo también.

Me dejo caer de espaldas sobre la colcha. Mi cabeza da vueltas. No tengo fuerzas para pensar en lo que significa eso.

VI
Dionna

No puedo evitar ensimismarse con el crujido de los pasos sobre la piedra húmeda —estuvo lloviendo toda la noche, pensé que no llovía tanto en la Ciudadela— y los murmullos mecánicos de los cluams, que nos informan como autómatas acerca de nuestra ruta asignada. No ha pasado ni un día desde el Laberinto de Sombras. Ni un día y ya nos están obligando a subir a carruajes negros tirados por corceles alados. La voz que da la orden no es humana. O, si lo es, ha olvidado cómo hablan las personas.

—Destino: Eredhal —dice Clummy—. Le recomien-do dormir durante el trayecto, señorita Dionna. Lo que venga... no será menos agotador que lo anterior.

Lo miro con una mezcla de rabia y resignación. No puedo odiarlo. No es justo; solo cumple órdenes. Pero, por la Fundadora, ojalá pudiese gritarle. Exigirle que sintiese algo que no fuesen datos.

El carruaje por dentro es como una sala de espera flotante, iluminada por lámparas suspendidas que giran en círculos lentos sin moverse del sitio. Los bancos son divanes tapizados, extendidos a lo largo de un espacio tan amplio que mi mente se niega a calcularlo. Hay repisas con termos de infusiones calientes. Pequeñas mesas flotantes con copas de cristal grabado. Incluso cortinas que se pliegan solas cuando alguien pasa cerca, como si el espacio supiese adaptarse a noso-tros.

—¿Cómo coj…? —empiezo a decir, pero Clummy ya está sentado como si nada en uno de los divanes junto al resto de cluams

y está dispuesto a darme la respuesta antes siquiera de que se la pida.

—Magia de desplazamiento espacial de tercer grado. Un clásico para los Arcanistas. Prácticamente todos consiguen hacerlo antes siquiera de superar las pruebas de aptitud —responde con su tono neutro y antinatural.

Y no añade nada más. Actúa como si no acabásemos de entrar en una dimensión paralela camuflada bajo una carcasa de madera y maná. No entiendo nada, pero tampoco quiero preguntar algo que mi cerebro no está preparado para entender. Me hundo en uno de los divanes, que cede como si estuviese hecho para recordar la forma exacta de mi columna vertebral. Menuda maravilla arcana.

A mi lado se acomoda Sándor, con los brazos cruzados y la mirada en el suelo. Es un tipo enorme, no solo en altura, sino por su estructura general. Frente a nosotros, Cristalith se tumba de lado, como si estuviese en su propia casa. Y, en cierto modo, lo está; ella parece pertenecer a este mundo de cosas imposibles. Yo todavía no sé si encajo o solo me están prestando un asiento. Odrien está a su lado, acariciándole el pelo. No he visto a Ernys.

El carruaje se eleva sin aviso. No vibra, solo flota, se desliza, y se lleva consigo el escaso contacto con la realidad que nos quedaba. Cierro los ojos un instante, pero el cansancio me arrastra como una marea. Siento que podría dormirme de pie. Sé que debería estar pensando en la pista. En la próxima Prueba. En si Eredhal me dará la bienvenida con los brazos abiertos. Pero ahora mismo, solo soy una niña encerrada en un carruaje encantado que flota hacia lo desconocido. Cuando despierto, no sé cuánto tiempo ha pasado.

Cristalith está incorporada: siempre preparada. Sándor se frota los ojos. Odrien de pie. Clummy me mira como si hubiese estado esperándome todo este tiempo. Ernys no está.

Cuando salimos del carruaje lo único que veo es niebla. Hay tanta que apenas puedo distinguir las formas de los otros carruajes descendiendo en hilera, como insectos gigantes que aterrizan en tierra hereje. Esta vez parecen habernos separado en diferentes carruajes. No sé muy bien el porqué, ni cómo han elegido quién iría

en cada carruaje. Entiendo que a Ernys le asignaron otro carruaje, ¿pero por qué?

Bajo con cuidado. El suelo está duro, frío y es rocoso. Una planicie interminable envuelta en neblina espesa. Me doy la vuelta para mirar el carruaje desde fuera: es un misterio que mi cerebro no es capaz de comprender, pero ahí está. Todo está diseñado para una sola cosa: desconcertarnos.

Un Arcanista se adelanta. Solo podemos ver su túnica negra, el rostro cubierto por una máscara de metal pálido con detalles que serpentean como ramas marchitas. Su voz profunda comienza a sonar.

—Bienvenidos a Eredhal.

Un susurro recorre al grupo. Odrien tensa la mandíbula, Sándor cruza los brazos, Cristalith no parpadea, y yo trago saliva esperando lo peor. ¿Dónde coño está Ernys?

—Estáis en tierra permitida, pero no segura. La región norte de Eredhal fue declarada zona prohibida por la Corona hace cinco años, tras las revueltas de los clanes disidentes y los intentos de usurpación herética del legado arcano.

«Usurpación herética». Esas palabras se quedan flotando en el aire. Nadie se atreve a preguntar qué significa con exactitud, porque en el fondo todos lo sabemos: magia sin permiso por parte de gente que no debería poder usarla de manera natural.

—Vuestra tarea aún no será revelada. Lo será cuando Eredhal así lo decida. Hasta entonces, mantened los ojos abiertos y los labios sellados. Esta tierra no perdona a los que subestiman sus cicatrices y no hablan su idioma.

La voz se disuelve en la niebla, dejándonos solos, en mitad de una planicie gris que parece extenderse hasta el borde del mundo.

—Aquí viven rebeldes y herejes —murmuro, lo justo para que mis compañeros me escuchen.

Sándor me lanza una mirada breve, pero no dice nada. Las miradas se giran lentamente, como en una coreografía ensayada. Todos los ojos que las tienen a la vista se clavan en dos figuras que no se han inmutado.

Diuri Varneth.

Izatea Hal.

Ambas nativas de Eredhal. Izatea mantiene las manos cruzadas por detrás, la espalda recta, los ojos fijos en la bruma del horizonte. Diuri sonríe. No es un gesto amable, es esa sonrisa de alguien que ha estado esperando este momento desde hace mucho tiempo y por fin se va a cobrar algo que le pertenece. Ambas intercambian una mirada, que tiene poco de mirada y mucho de conversación entera.

—¿Qué saben que nosotros no sepamos? —susurra Cristalith.

—Todo —responde Odrien con tono seco—. Saben todo lo que no nos han contado de este sitio.

La tensión crece como una mala hierba que se aprieta en el aire. Nadie las acusa, pero el grupo ya está dividido.

—¿Crees que colaborarán con nosotros? —pregunta Sándor a mi espalda.

—Lo dudo mucho —respondo.

Eredhal es una tierra de secretos, de pactos rotos, de exilios disfrazados de castigos divinos y de mucho dolor. Aquí no se espera justicia: se sobrevive a ella.

El paisaje no ayuda. Al este, montañas escarpadas como dientes podridos. Al oeste, colinas repletas de árboles que parecen esconder todo tipo de criaturas. Y al norte, todo está nevado y sin huella humana a la vista. Solo una mancha blanca que no cambia, no importa cuánto la mires: la Zona Prohibida.

Clummy aparece a mi lado sin que lo haya notado.

—Según las leyendas, Eredhal fue el último bastión libre antes de la unificación del continente. Muchos la llamaron cuna de la herejía. Otros, último refugio de la verdad. Los registros no son concluyentes —dice como quien recita una lista de ingredientes.

—¿Y tú qué crees?

—En mi naturaleza no existe el *creer.* Solo observo y reproduzco —dice justo antes de marcharse hacia el carruaje.

Sigo sin ver a Ernys entre todos los que estamos aquí. Los cluams se han ido, pero oigo decir a otros Aspirantes que no

estamos solos, que algo no estaba planeado. Las voces se unen unas con otras y entre las palabras que dicen consigo entender una oración completa: «La familia real ha venido». No es lo habitual. Los desafíos preliminares rara vez son presenciadas por la familia real en persona; intentan no viajar todos juntos por el continente a menos que sea por causa de fuerza mayor. Los desafíos se convierten en espectáculo para todos los hogares al ser proyectados en hogares y lugares de trabajo, incluyendo el hogar real. Sin embargo, este año nos han honrado con su presencia en un lugar habitado por rebeldes.

Los murmullos entre Aspirantes se disuelven en silencio cuando la plataforma levitante desciende entre la niebla, revelando figuras envueltas en capas nobles y símbolos regios. Primero se distingue la silueta imponente del Rey Seredric I. A su derecha, la Reina Madre Matrish, espléndida como una estatua de mármol viviente, engalanada con capas bordadas en hilos de oro. A su lado está Zmena, la princesa, radiante. Está vestida con un vestido marfil que capta la luz brumosa como si la absorbiera. Su expresión no puede ser más banal. Están tan cerca que puedo escuchar su conversación: la *princesita* comenta con su madre algo relacionado con lo que parece ser el menú del desayuno. Lo que más le preocupa a la muy guarra es el desayuno, mientras que yo me tengo que adentrar en una niebla de dudosa seguridad.

—Prefiero los bollos de fresa —dice Zmena—, los de arándano me parecen siempre poco dulces.

—Deberías hablar con la cocinera. Dile que use almíbar, no solo mermelada —responde Matrish sin apartar la vista del horizonte.

A la izquierda del rey, como un espejo oscuro de la Reina Madre, se alza Varyn. Su postura es impecable, como si cada vértebra hubiese sido moldeada con reglas de etiqueta. Catrizza, su esposa, le coge la mano con firmeza. Solo nos observan.

Junto a ellos está Devrian. Tan erguido, tan perfecto, tan en su sitio que resultaría artificial en cualquier mortal, pero en él parece natural. Lleva un abrigo largo de tonos esmeralda con detalles negros que parecen absorber la luz. Observo lo que lleva puesto y

voy subiendo la mirada hasta su cara recorriendo todo su cuerpo. Cuando llego a sus ojos, nuestras miradas se cruzan. Sus ojos ya estaban en los míos antes de haber llegado a ellos. ¿Me estaba mirando? Su sonrisa se forma lentamente, como si disfrutase del proceso de construirla. Una sonrisa que dice «te pillé». Me atraviesa y siento algo ácido bajo la garganta que me hace tragar saliva. Bajo la mirada y respiro hondo. Necesito calmar el cosquilleo de mis manos y piernas. Esta situación ha causado en mí una mezcla entre vergüenza y ganas de saber si a él le está pasando lo mismo.

Al lado de Devrian, Nirelia. Su cuerpo recto como una lanza. Su expresión, una máscara de desdén y asco en su mirada. Observa a los Aspirantes como si fuésemos una manada de criaturas arrastradas por accidente a un banquete real. No la soporto. La detesto por mirarnos como si la mera idea de que uno de nosotros pudiera sobrevivir le revolviese el estómago.

Vuelvo mi vista a Seredric, que no parece vernos, y en caso de que lo haga, nos odia. Lo leo en su mandíbula tensa, en cómo las venas de su cuello se marcan más que sus emociones. Mira al frente con los ojos de quien observa una escena que bien podría evitarse.

Mis manos comienzan a temblar. Noto, sin saber exactamente cómo, que algo se avecina. Los Arcanistas aparecen justo después del cosquilleo de mis manos, alineados con precisión casi militar a ambos lados del escenario. Uno de ellos alza la mano. La magia responde como un resorte: una proyección luminosa se despliega sobre la neblina, revelando un mapa detallado de la región.

—Aspirantes —dice con tono neutro—, en unos instantes tendrá lugar el segundo desafío preliminar a la primera gran prueba de la Tríada.

La proyección cambia. Muestra un lago profundo e inmenso. Negro como la tinta y tan quieto que parece sólido. Lo reconozco al instante: el Fenn Nessirium.

—Este es el Fenn Nessirium —continúa diciendo el Arcanista —. Un lago sagrado. Se dice que sus aguas conectan con el reino donde duerme la Fundadora. Ningún mortal ha llegado jamás a su fondo. Ninguna criatura vuelve a la superficie si cae dentro.

Un murmullo inquieto cruza entre los Aspirantes. Yo apenas respiro.

—Vuestra prueba consistirá en cruzar la Pasarela del Firmamento.

La proyección se transforma y muestra un puente invisible suspendido sobre el abismo del lago. Parece hecho de luz y cris-tal: hermoso y aterrador a partes iguales. Cuando intuyes sus bordes, parecen desaparecer.

—La Pasarela del Firmamento pondrá a prueba vues-tra estabilidad mental. A simple vista, no hay camino; sin em-bargo, hay uno. Solo que no todos lo veréis.

Cierro los puños. Voy jodida, porque solo creo en lo que veo, y a veces ni siquiera en eso. Miro a un lado buscando la fuerza que necesitaré para creer en algo que no veo, cuando en-tre la multitud, por fin lo veo.

Ernys. Está al final de la fila, con la mirada baja. No habla con nadie. Sus ojos están hinchados, pero no hay lágrimas. Me deslizo entre los grupos, esquivando pasos y murmullos, hasta llegar a su lado. Ernys está de pie con los brazos cruzados, los ojos fijos en un punto que no existe, como si se hubiese quedado atrapado en un pensamiento que no sabe desatar. Cuando me acerco, simplemente tensa la mandíbula sin siquiera girarse a mirarme.

—¿Ernys? —susurro.

Silencio.

—¿Qué coño te pasa a ti?

Tarda un segundo en reaccionar. Me mira de reojo, como si le doliese algo que no quiere contar.

—Nada —responde rápidamente.

—No me lo creo —insisto, bajando aún más la voz.

—No me pasa nada, Dionna —dice, con voz baja, mirándome a los ojos—. Céntrate en la explicación y cállate, que no puedo escuchar.

El golpe que siento en el estómago por cómo me acaba de hablar no lo veo venir. Lo observo unos segundos: la forma en que aprieta los labios, los nudillos blancos, la mirada clavada en la

proyección mágica sin verla en realidad. Asiento, muy levemente, y me obligo a mirar al frente sin decir una sola palabra más.

◆ ◆ ◆

No sé cuándo comenzó. Un murmullo seco entre los Arcanistas y el temblor imperceptible bajo mis pies me dice que el desafío ha comenzado. La Pasarela del Firmamento se extiende ante nosotros como una cicatriz invisible en el aire. Puedo intuir un cristal levemente, pero el lago negro, profundo, esperándonos abajo como una boca hambrienta es lo único que realmente llama mi atención.

Mi pie toca el primer tramo de lo que debería ser el puente, y noto una pequeña resistencia, como la tensión de una membrana mágica, que me confirma que efectivamente hay algo debajo aguantando mi peso. No lo veo, pero lo siento. Lo suficiente para poner el segundo pie y después dar el tercer paso. Como si caminase sobre un cristal delgado. Como si el mundo pudiese romperse bajo mis pies con un paso mal dado. Ahora que consigo recuperar algo de confianza, voy y miro hacia abajo.

Mierda.

La ilusión es perfecta. El abismo es real y no parece haber topes de seguridad. Respiro por la nariz lentamente intentando mantener la calma. Un paso más. Cristalith va unos pasos delante de mí. Su postura no es firme como de costumbre, pero tampoco temblorosa. Sándor, a su lado, parece una montaña moviéndose con extrema delicadeza. Odrien va tras ellos, concentrado. ¿Dónde coño está Ernys?

El vértigo me ataca como una ola silenciosa. No solo en los ojos, sino también en el estómago. Me cuesta mantener la mirada al frente. Cada tanto, alguno tropieza, da un grito ahogado y recupera el equilibrio por milagro o instinto. La tensión entre nosotros se siente como un campo de fuerza. Entonces un sonido apenas audible, como un cristal partiéndose desde dentro me retuerce el inconsciente. El puente comienza a desaparecer desde su comienzo

hacia nosotros. El leve resplandor del cristal que mantenía el poco equilibrio que me quedaba se desvanece.

El último de nosotros —no me sé su nombre, pero recuerdo su cuerpo grande, la confianza en su andar cuando se bajó de su carruaje— gira la cabeza y ve como el tramo que acaba de cruzar se esfuma detrás de él. El suelo se fragmenta, se disuelve, como si nunca hubiera estado allí.

—¡Corred! —grita alguien a su lado.

Yo no corro, porque… ¿hacia dónde coño voy a correr? Él sí corre, pero el miedo lo traiciona. Un paso mal dado y el pie no encuentra firmeza. Aunque lo intenta corregir, tropieza. Abre la boca para gritar, pero no le da tiempo. El vacío lo engulle. Cae como una piedra tirada hacia el mar para ver cuántas veces rebota, chillando con la mirada algo que se apaga antes de llegar al agua. Un destello azul lo detiene. El hechizo lo recoge en el aire, flotando, como una marioneta. Está vivo, pero no sirve de nada: su nombre se evapora con él.

Eliminado.

Trago saliva. No hay que caminar, hay que correr y no dudar, aunque pueda que no hagas pie firme, debes estar preparada para ello. Y yo aún estoy quieta. No hay tiempo para pensar, tengo que empezar a correr ya.

—¡Dionna! —grita Odrien unos pasos delante de mí, girándose con los ojos desorbitados—. ¡Corre, no pienses, joder! ¿Qué cojones haces?

Demasiado tarde, porque pienso de más, como siempre. La Pasarela del Firmamento cruje bajo mis pies sin hacer ruido, justo en el momento que salgo corriendo. A mi izquierda, otro Aspirante, uno que siempre hablaba en voz demasiado alta y se burló de los que le tenían miedo a las alturas cuando explicaban en qué consistía el desafío, el que empujaba como si fuera el dueño del suelo, se detiene en seco.

—¡No! —Jadea, extendiendo los brazos como si pudiese atrapar el aire—. ¡Esto no… esto no es real!

Pero sus piernas dicen otra cosa: tiemblan de verdad. Primero una y luego la otra. Sus ojos se llenan de una comprensión

brutal y tardía: la caída va a ser muy real.

—¡Vamos! —le grita Sándor desde unos metros más adelante—. ¡Mueve los putos pies!

Los mueve, pero hacia atrás. Da solo un paso, pero no hay un «atrás». No hay nada ya. El vacío se abre bajo él como un monstruo hambriento. Sus pies resbalan sobre la nada.

Grita.

Un grito puro y humano: de humillación y derrota. Justo cuando va a desaparecer por completo en la negrura, una luz azul lo rodea como un enjambre de luciérnagas afiladas. Queda suspendido en el aire, flotando.

—¡Eliminado! —truena la voz de un Arcanista.

La magia lo retira del abismo y lo deja en la orilla de partida. Desde ahí se ve tan pequeño, que parece que nunca hubiera sido ese gigante arrogante. Mi respiración se acorta.

—No mires, no pienses, no pares —me susurro a mí misma como un conjuro que no hace efecto.

El lago me llama. No sé si es mi mal hábito de sobrepensar absolutamente todo o la certeza de que no soy como ellos y yo no soy capaz. Me desequilibro y me inclino ha-cia un lado. Intento retomar el paso. Un pie y luego el otro, pero el puente ya no está. Debajo de mí, el vacío se abre sin advertencia. Trato de dar un salto hacia adelante. Mis brazos se agitan y mis pulmones se cierran. El suelo desaparece y caigo al vacío. Ni siquiera grito, solo pienso: «otra vez no». El destello azul me envuelve. Siento cómo el hechizo me atrapa en el aire, con la precisión de una puñetera daga en el corazón y quedo suspendida, flotando, colgando como una sombra sin cuerpo sobre el lago.

—Aspirante Dionna de Caelis —resuena una voz—. Eliminada.

Me depositan en la orilla, junto a los Aspirantes caídos. No me miran. Yo tampoco los miro a ellos. No hay nada que decir que mitigue la vergüenza, que lo llena todo. A lo lejos, veo a Sándor caer de repente. Cristalith se detiene al verlo y se precipita como consecuencia. Odrien cae de rodillas justo después. A Ernys lo vi caer poco después de hacerlo yo. Ninguno de los cinco ha cruzado.

Los Arcanistas no dicen nada. Solo observan como cirujanos midiendo la precisión del corte de todos los que no hemos cruzado. El noble prepotente de la Casa Morvhaen sí ha llegado al final y recibe la tan ansiada pista. No sé cuánto tiempo pasa hasta que levanto la cabeza, pero cuando lo hago, me arrepiento al instante. Arriba, en uno de los balcones de piedra tallada de la residencia, de pie como una sombra entre la niebla, está su Majestad el Rey.

No hace gesto alguno. No hay sorpresa en su rostro, tampoco decepción, mucho menos compasión. Solo esa mirada gélida que atraviesa desde las alturas, como si fuese parte del juicio. Como si siempre hubiera sabido que iba a fallar. Mis pulmones se encogen y se llenan de rabia. No solo he caído. No solo he sido eliminada. No solo he sentido cómo la Pasarela del Firmamento se deshacía bajo mis pies por no haber creído lo suficiente, por no haber corrido a tiempo, o por no sé qué mierda arcana. El muy cabrón, estatua de mármol, me ha visto caer.

◆ ◆ ◆

El comedor de la residencia de mármol verde no debería ser acogedor —los muros son fríos, las columnas imponentes y todo el espacio parece construido para que uno se sienta diminuto—; sin embargo, hay algo en la luz ambarina de las lámparas flotantes, en el murmullo de cubiertos sobre porcelana fina, que me permite respirar a gusto.

Me siento con Sándor, Ernys, Odrien y Cristalith en una de las mesas redondas asignadas a los Aspirantes. Hay muchas, están repartidas por el salón como islas en medio del mar. Algunas casi vacías, otras demasiado ruidosas. En la nuestra no habla nadie, solo se escucha el silencio de nuestra vergüenza.

—Sigo sin creer que me hayan dejado caer así —dice Sándor, clavando el tenedor en un trozo de carne de su plato—. No tiene puto sentido. ¡Yo no había dejado de correr!

—No fuiste el único —murmura Odrien, sin levantar la vista de su copa.

Cristalith no habla. Tiene la mirada fija en la mesa real, al otro extremo del salón, al igual que yo. Lo hago sin querer. No es que me interese, es que no puedo evitarlo. Su majestad está allí y me está mirando con una intensidad que no entiendo. Como si me analizase por dentro. Como si intentase descubrir cuántos huesos me rompí al caer, y si alguno de ellos puede volver a usarse contra mí.

Parpadeo, pero él no. Su mandíbula está tensa. Sus hombros, inmóviles. Sus ojos permanecen clavados en los míos hasta que Zmena se le acerca y le susurra algo al oído. Él asiente, apenas. Y cuando la princesa gira la cabeza hacia mí, sus labios curvados en una media sonrisa, me doy cuenta de que me están señalando sin usar el dedo acusador.

—¿Te pasa algo? —pregunta Cristalith.

—No —respondo rápido desviando la mirada, pero cualquiera que me conozca lo más mínimo sabría que sí me pasa algo.

Lo siento en la espalda. En la garganta. En la piel. Estoy tan asustada que los flashes del episodio que vivimos con mi padre hace tantos años se acumulan en el nudo que se me va formando en la garganta y me baja hasta la boca del estómago.

¿Lo saben?

Claro que lo saben.

¿Me dieron el boleto dorado para castigarme a mí y a mi familia?

Devrian se levanta de su lugar en la mesa real. El murmullo del salón cambia de tono y baja el volumen nota-blemente. Hay un ligero crujido de sillas cuando los Aspirantes se giran a mirarlo. Conversaciones que se detienen a medio suspiro. El barón camina como si nadie lo conociese.

Todo el mundo sabe que tienen relación con gente de fuera de la familia real, pero no a la vista de todos. ¿A dónde está yendo? ¿Hacia quién? No parece importarle lo más mínimo que todos nos estemos preguntando lo mismo. Vive bajo sus propias reglas. ¿Viene hacia aquí? No puede ser cierto. Llega a nuestra mesa, y sin pedir permiso, coge una silla y se sienta a mi lado. El aire se encoge.

—Buenas noches —dice con voz melódica—. Os he visto… —Hace una pausa que roza lo antinatural en una conversación mientras recorre su mirada por mi rostro hasta llegar al cuello—. Y he pensado que sería una pena no acompañar a los más prometedores de esta edición.

Nadie responde al instante. Todos parecemos atrapados en la misma tensión contenida, pero expectantes. Mis amigos tienen una sonrisa que no les cabe en la cara, yo en cambio siento el corazón en la garganta. Está demasiado cerca. Noto las notas de su perfume entrando en lo más hondo de mis pulmones. Los más prometedores cuando todos hemos caído en el primer desafío, ¿me está vacilando?

—Los desafíos son injustos —añade como leyendo mi pensamiento—. Lo sé. No hay nada equitativo en ellos. Algunos reciben pistas. Otros, intuición. Algunos fallan… y aún así ganan. Otros lo hacen todo bien… y no basta. ¿No es maravilloso?

No lo dice con sarcasmo. Lo dice como si de verdad creyese que la injusticia tiene un encanto poético que le fascina.

—Pero si sois lo suficientemente fuertes, inteligentes y valerosos. —Usa el plural, pero solo me mira a mí—. Triunfaréis. Con o sin pistas. La Tríada beneficia a gente como vosotros. Confiad.

Siento su mirada sobre mí como una mano que no he autorizado. Me esfuerzo por no retroceder, por no mostrar el temblor en los dedos. Solo asiento, muy levemente, pero mis ojos vuelven, una y otra vez, a la mesa real. A mis verdugos, los que harán que recuerde lo poco que vale mi apellido. Los que van a destriparme en vivo y en directo. ¿Habrá venido Devrian como distracción? Maravilloso. Al menos me alegran la vista.

Zmena y Seredric se han inclinado el uno hacia el otro. Sus labios se mueven, rápidos, ella se ríe como si estuviesen compartiendo un chiste privado. Y luego, me miran ambos a la vez. Otra vez. Un escalofrío me recorre la columna vertebral.

Estoy bien jodida.

◆ ◆ ◆

Camino deprisa por el pasillo que conecta el comedor con la biblioteca mirando el mapa flotante que aparece frente a mí, deseando desaparecer. Mis pensamientos van por delante de mis pasos, igual que el calor que no logro disipar desde que terminó la cena. Las palabras de Devrian aún campan a sus anchas en mi mente. No dejo de repetir en mi cabeza lo que vi al final: Seredric susurrando con Zmena. Luego, esa mirada.

Me van a eliminar.

Doblo la esquina con fuerza, este mapa es una mierda pinchada en un palo: no entiendo nada. Si lo acerco más me voy a quedar ciega.

El impacto repentino y contundente de mi hombro rebota contra algo firme, cálido y humano me saca de mis problemas con el mapa y me lleva a uno mucho peor. Unas manos me sujetan antes de que logre caer. Me sostienen tan rápido como me sueltan con asco.

—¿Los pobres no soléis mirar por dónde vais o qué? —dice una voz grave.

Levanto la mirada: el puto rey de Aethrya. La madre que me parió. Por un segundo, me cuesta procesar que lo tengo tan cerca. ¿Me acaba de llamar pobre el muy subnormal? Es más alto de lo que recordaba. O quizás es el uniforme de cuero negro que resaltan la línea de sus hombros. La barba está perfectamente delineada, sin una sombra de descuido. La mandíbula es puro mármol. La nariz recta. Los labios gruesos y perfectamente marcados por una línea ligeramente más clara que su piel.

Deja de mirarle los labios, Dionna, joder. Subo la mirada rápidamente. Sus ojos centellean con interés, noto como parece estudiarme, ¿acaso soy un puñetero puzzle? Noto su pulso en el brazo del que me ha sostenido hace medio segundo. La piel aún arde ahí, como una quemadura invisible que no sé si quiero apagar.

Mierda. Para ya, Dionna. Lo odiamos.

Trago saliva involuntariamente. Mi mirada sube y baja intentando pensar qué decir. La vena de su cuello vibra, hundiéndose en su clavícula. Todo en él es afilado y contenido. Todo en él parece hecho para matar. Me mira como un cazador que aún no ha decidido si su presa merece el disparo.

Mierda.

—¿Tampoco te han dicho nunca que mirar tanto puede ser de mala educación? —dice de pronto, con una sonrisa leve que no llega a los ojos. Ah, que sabe sonreír—. Te sorprendería saber cuántos enemigos se han ganado la simpatía de su majestad Seredric solo por mirarlo así.

—¿Y le han dicho alguna vez a *Su Majestad* que hablar de uno mismo en tercera persona es de un ego insoportable?

Él me observa de arriba a abajo. No me mira con ningún tipo de deseo. Parece que me mira con lástima, como si estuviese viendo lo poca cosa que soy. Cuando mi autoestima está empezando a tocar fondo, noto que hay un destello de algo más. Algo debajo. Una chispa que no entiendo. Que no quiero entender, porque no me da buena espina. No es diversión, no sé qué es.

—Tienes valor, plebeya —dice al fin el muy engreído.

—Más bien prisa —replico sonriendo falsamente e intentando escabullirme entre su pecho y la pared—, Su Majestad.

Su sonrisa crece apenas medio milímetro. No se ablanda, pero tampoco parece molestarse. Solo se aleja unos centímetros para dejarme pasar sin tener que tocarme. Como si yo quisiese rozarme con tremendo imbécil.

—Descansa, Dionna de Caelis —dice, y cuando pronuncia mi nombre lo hace como si lo conociera desde hace siglos.

Pasa a mi lado y continúa su camino sin mirarme de nuevo. Yo sí me giro y creo que dentro de mí había una pequeña esperanza de que se girase hacia a mí cuando yo lo hice, pero no.

Para ya, Dionna, eres una pardilla.

El silencio que deja es más espeso que su presencia. Cuando desaparece tras la siguiente curva, me apoyo en la pared, sin aliento. Salgo corriendo hacia la estancia que me han asignado. Ya no me apetece leer.

La puerta se cierra a mi espalda con un clic suave. Demasiado suave. Me quedo ahí un segundo, sin avanzar. Mi espalda contra la puerta, mi pecho aún agitado por el encuentro en el pasillo. Sus ojos siguen en mí, como si no se hubieran ido.

Parpadeo. Inspiro hondo.

Clummy está inmóvil en el centro de la habitación. Su figura parece más solemne de lo habitual, teniendo en cuenta que parece hecho de metal, cables y magia. Tiene las manos cruzadas sobre el regazo. Me observa con esos ojos que esconden sus pupilas, brillantes y negras como el azabache. No dice «buenas noches». No me pregunta cómo ha ido la cena. No ofrece infusión ni ajuste térmico. No menciona el tiempo que me queda para poder disfrutar de un descanso óptimo. Solo abre la boca para decir una cosa:

—Las cosas de palacio no se tocan —dice con su tono plano, sin inflexión alguna—; podrían romperse.

No sé si se refiere a la vajilla o al *gran equilibrio que mantiene toda Aethrya en pie.* No digo nada.

Las cosas de palacio no se tocan; podrían romperse.

VII
Dionna

Aún estoy soñando cuando Clummy me despierta, sin explicaciones, sin tiempo para vestirme con dignidad. No es que normalmente me vista mucho mejor, pero suelo abrocharme todos los botones antes de salir a que me vea el mundo. Salgo tambaleando al exterior de la residencia de mármol verde, con la camisa aún mal cerrada y el pelo hecho un nido de pájaros. No soy la única: prácticamente todos los Aspirantes bostezan, se frotan los ojos o maldicen en voz baja. Algunos ni siquiera hemos digerido la derrota en la Pasarela. Otros parecen haber nacido preparados: punta en blanco, pelo perfecto y una sonrisa. Siempre he envidiado a toda esa gente que parece ocupar el mundo sin esfuerzo; solo existen.

Frente a nosotros, sobresaliendo de la tierra húmeda como dientes negros, se alzan los Alvéolos. Son estructuras verticales, como cápsulas metálicas con engranajes enormes que laten con un leve fulgor rojizo. No deberían estar ahí; hace unas horas no estaban, pero ahora asoman como si el suelo hubiese decidido escupirlos mientras dormíamos. A cada pocos metros, una cápsula más. Comienzo a contarlas y ya llevo más de veinte. Cincuenta. ¿Más?

—Parece un cementerio arcano —murmura Cristalith a mi lado, frotándose los brazos con gesto inquieto.

Los cluams nos dividen en grupos de cinco. Me toca con ellos de nuevo. No creo en las casualidades, mucho menos en este

lugar, así que supongo que todo esto tendrá alguna que otra mano empujando por detrás. Cuando la compuerta se abre con un ruido apenas perceptible, no puedo evitar dar un paso atrás. El interior parece demasiado estrecho. No hay forma de que entremos los cinco con nuestros cluams sin aplastarnos.

—¿Otra trampa dimensional? —pregunta Sándor, ya resignado.

—Otra excusa para hacernos sentir pequeños —añade Odrien resignado.

Subimos uno por uno. Apenas cruzo el primer umbral, la cápsula se expande. No solo es que sea pequeño por fuera y grande por dentro como los carruajes. En este caso, el pasillo reconfigura su forma al analizar nuestras siluetas. Pasamos de estar apretujados a tener una sala entera para nosotros. Paredes oscuras cubiertas de texturas móviles, asientos acolchados que flotan sin tocar el suelo, una biblioteca suspendida en el centro, como una esfera giratoria de libros sin gravedad. Una mesa de ajedrez con piezas de cristal que brilla en dos colores diferentes. Una barra de bar en la que las botellas giran gracias a una especie de magia que huele a vainilla. Una mesa llena de diferentes infusiones y aperitivos.

—Qué es… —balbucea Cristalith, girando sobre sí misma.

—No es solo una trampa dimensional como la del carruaje. Esto parece estar hecho a la carta —digo, y me siento con cautela, esperando que el cojín se hunda, que algo explote, que el suelo me trague. No sé, algo—. Tiene todo lo que nos gusta, se ha adaptado a nosotros en particular.

Ernys se acerca a una de las paredes y apoya la palma en ella.

—Ya se mueve. Ya hemos subido todos.

Siento un deslizamiento perfecto, una aceleración invisible que no debería ser posible. La cápsula viaja por algo mágico: lo huelo.

—¿Esto es un Velthirio? —le pregunto a Clummy, intentando recordar esa clase de *Cómo nos movemos por Aethrya* que dimos en el colegio hace tantos años.

—Correcto —dice—. El Velthirio número siete. Subespecie: Egron Phel. Velocidad: ciento veintitrés kilómetros por minuto. Longitud corporal: mil seiscientos metros. Profundidad de ruta: once estratos. Estado emocional: neutral.

—¿Estado emocional? —repite Sándor, frunciendo el ceño.

—Los Velthirios son las criaturas que transportan los Alvéolos. Están vivos y poseen vínculos neuroarcaicos. Detectan intenciones hostiles en superficie y adaptan el rumbo si es necesario. Han evitado emboscadas, sabotajes y atentados sin que sus tripulantes lo supiesen siquiera. En la antigüedad, se las veneraba como heraldos del subsuelo.

—Y ahora son vagones de lujo —concluye Odrien, con amargura. Parece estar analizando todo lo que le molesta constantemente sin poder evitarlo. Como si todo lo que le parece injusto se mereciese un discurso propio.

La biblioteca central emite un zumbido apenas perceptible, pero lo noto: huele diferente, lo prometo. Las luces flotantes parpadean al ritmo de una música sin origen. La madera de la librería huele a humedad mezclada con menta.

Una vibración leve se acerca hacia nosotros, como un cambio de presión. La compuerta del otro lado se abre. Vemos al resto de Aspirantes en otros Alvéolos conectados por puentes de cristal. Las cabezas se amontonan, porque al fondo, en una galería apartada, está la familia real.

—¿Viajan con nosotros? —susurro, incapaz de creerlo. Intentando ver a través de todas las cabezas que observan el vagón en el que se encuentran los tocados por la Fundadora.

—No lo hacen nunca. Nunca —afirma Cristalith, igual de incrédula—. Esto no estaba en el protocolo.

Zmena ríe con su prima Nirelia. Matrish sostiene una copa de cristal tan fino que parece humo mientras las observa. Varyn y Catrizza están juntos, como siempre, flanqueando a Devrian. Fundadora mía, está tan guapo como siempre. Pero no es a ellos a quienes busco, busco a mi verdugo: está apoyado contra el balcón que simula dar a la Arena de la capital, con la espalda recta y los brazos cruzados. Mira hacia adelante, hacia la nada, hasta que su

rostro se gira y mi estómago se contrae. Me encuentra y me sostiene la mirada por unos segundos que se sienten como una eternidad. Sé que soy una amenaza, pero aún no sé por qué.

Me aparto del cristal.

—¿Qué ha sido eso? —pregunta Ernys, susurrando apenas.

—No lo sé —respondo.

Sé exactamente lo que ha sido. Otra advertencia, otro aviso no dicho. En este viaje bajo tierra, acompañados por monstruos colosales y magia más antigua que las palabras, la familia real se ha unido al juego. Cuando ya saben que les hemos visto, el pasillo que los comunica con el resto se vuelve opaco. Simplemente querían que supiésemos que están aquí, ¿a qué están jugando?

◆ ◆ ◆

Me levanto del asiento y camino hacia una de las paredes del Alvéolo, donde la textura cambia con solo rozarla. Siento un latido leve, como si el propio cuerpo de la criatura respirara debajo de nosotros.

—¿Alguien sabe a dónde vamos? —pregunto sin girarme, sabiendo que todos están igual de inquietos.

—Solo nuestros cluams lo saben, y no hablan si no se lo pides —dice Odrien, medio tumbado en uno de los sillones flotantes —. ¿Mimi, a dónde vamos?

—Deme un segundo, señorito Veldrán —responde su cluam, con esa voz pulida de oráculo malhumorado idéntica a la de Clummy.

¿Lo acaba de llamar señorito? No puedo evitar soltar una risita y recibir una mirada de Odrien.

—Ya casi llegamos, preparad los sentidos. La luz de Sah’dara no perdona.

Cristalith se incorpora. Se ha pasado el viaje hojeando libros de la biblioteca flotante, como si buscase respuestas en páginas que no hablan nuestro idioma. Ni Odrien ni ella han tocado la mesa de ajedrez perfectamente colocada para ellos.

—¿Sah’dara? —pregunta Odrien con el ceño fruncido— ¿Eso no es en el centro del continente?

—Zona árida, sí —dice Sándor, que parece conocer mejor la geografía que cualquiera de nosotros—. Oro, piedra, templos antiguos y mucho polvo, y no del que nos gusta precisamente —dice guiñándole un ojo a Ernys, que parece bastantee perdido como de costumbre.

—Y leyendas, como en todos lados —añade él ignorando al grandullón—. Se dice que allí se fundó el primer pacto de sangre entre Aethyr Valendris, el Valeroso y los Nueve Antiguos Arcanistas. Al menos ahí están las columnas que aún guardan las cicatrices de aquel juramento. ¿Cómo le llamaban?

—El Templo de las Cicatrices, ¿no? —pregunto.

—Donde se celebrará vuestro próximo desafío pre-liminar —me confirma mi mayordomo espiritual—. El último antes de la Primera Gran Prueba.

Una vibración vertical recorre la cápsula.

—Estamos saliendo a la superficie —dice Cristalith, pegando la frente al cristal ahumado que poco a poco comienza a volverse transparente.

Sah’dara.

Lo primero que veo es una claridad dorada que duele en los ojos después de haber estado tanto tiempo bajo tierra. Luego piedra: columnas gigantescas esparcidas por una llanura desértica, como vértebras de una Fundadora muerta. La arena es pálida, casi blanca, y el sol cae como si tuviese la intención de cocinarnos a todos. Estamos en la parte más alta de la zona, en la distancia se distinguen oasis cerrados por estructuras circulares, como murallas que forman un círculo imperfecto. En el centro del paisaje, alzado sobre una plataforma natural de piedra roja, está el Templo de las Cicatrices. Es más antiguo que la historia. No tiene tejado, solo columnas heridas con cicatrices que parecen estar siempre a punto de curarse.

—Esto sí que impone —murmura Odrien, apretando los labios.

—Parece que el desierto quiere devorar al Templo y a todas sus columnas —añade Cristalith, con voz baja.

—O protegerlo —susurra Ernys.

Nos miramos todos cuando el Alvéolo se abre al fin. El calor nos golpea en cuanto salimos. Es seco, agudo, pero no insoportable. Caminamos en fila hacia una zona delimitada con banderines negros que ondean aunque no parece que haya viento. Hay Arcanistas esperándonos. Todavía no hablan, solo indican con la mirada el camino que lleva hasta el Templo y comienzan a caminar. Las dunas parecen querer engullir nuestros pies a medida que avanzamos.

—¿Habéis notado que no hay nadie más? —inquiere Sándor, girando la cabeza—. No hay público.

—No os adelantéis a los acontecimientos, Aspirante Sándor —le responde Clummy, que nos acompaña esta vez como el resto de cluams.

◆ ◆ ◆

Las escaleras del Templo de las Cicatrices son anchas, talladas a mano con grabados que no entiendo. Figuras entrelazadas, ojos y bocas abiertos de manera antinatural. En la cima, al borde del templo, una figura nos espera. Un Arcanista distinto; parece mayor a todos los que nos han estado guiando hasta ahora. Lleva una máscara tallada en hueso oscuro y, en la mano derecha, una vara de obsidiana con una gema en el extremo.

—Aspirantes de la Tríada —dice, sin levantar la voz—. Bienvenidos al lugar donde todo pacto deja marca.

La luz —ya dorada por el sol de Sah’dara— se vuelve más densa, más pesada, como si algo la filtrase y dejase pequeñas partículas a su alrededor a medida que habla. Parpadeo dos veces, y cuando abro los ojos por tercera vez, el público está ahí. Han aparecido de repente: figuras nobles, enviados de casas antiguas, altos mandos militares y rostros desconocidos con la misma expresión de expectación voraz.

—¿Cómo acaban de hacer eso? —murmura Cristalith, pegada a mí, mientras gira lentamente la cabeza.

—No me gusta nada —susurra Odrien.

En el corazón del templo, justo en medio de las columnas marcadas por siglos, algo se materializa en forma de sombra. Toma forma y se convierte en algo que no debería existir. Una criatura enorme, flotante, sin patas visibles pero con un cuerpo majestuoso cubierto de símbolos vivos. Tiene cabeza de mujer, ojos cerrados, alas extendidas como un abanico de oscuridad antigua.

La Esfinge Espectral. Muchos han oído hablar de ella, pero pocos la han visto. El Arcanista de la máscara de hueso levanta su bastón de obsidiana y habla:

—Esta es la guardiana de los pactos. La jueza de los sabios. Ella os medirá con palabra, lógica y entendimiento. Cada uno de vosotros se enfrentará a una sola pregunta. Un solo acertijo. Una sola oportunidad. —Mi estómago se revuelve con sus palabras. Hace una pausa y veo que los Arcanistas presentes nos miran intentando adivinar quién superará la prueba y quién no—. Quien acierte, avanzará. Quien falle, será marcado por una maldición temporal. No se le dará la pista y, además, sus capacidades quedarán comprometidas hasta nuevo aviso. Las marcas pueden ser ceguera, parálisis o confusión. —Otra pausa acompañada de una media sonrisa que se puede notar por debajo de su máscara—. Y sí… pueden afectar a vuestra actuación en la Gran Prueba. —Silencio total—. Para preservar la pureza de cada intento, todos los Aspirantes serán encerrados en una cámara aislada para realizar el desafío en solitario. Uno a uno seréis llamados y hablaréis con la Esfinge Espectral.

Nos conducen a una sala circular de piedra negra, donde la única luz viene del techo, una claraboya encantada que no muestra el cielo, sino una bruma blanca. Me siento en uno de los bancos junto a Sándor, que no ha abierto la boca, y el resto de mis amigos, que sí parecen tener ganas de hablar.

—¿Sabéis qué tipo de acertijos hace o si ya sabremos alguno? —pregunto, en voz muy baja.

—Hay registros y ha aparecido en otras ediciones —responde Cristalith—, pero nunca se repiten.

—La Esfinge no la usan en las pruebas de sabiduría normalmente —añade Ernys, sin mirar a nadie—. Es una prueba de enfoque o de valor. Se trata de no colapsar ante la presión, de elegir con claridad en el peor momento posible.

La puerta a la sala contigua en donde se encuentra la Esfinge se abre. Una Aspirante es llamada y su nombre retumba en el aire, ella lo ha pronunciado. Pasa el tiempo y tal y como dijo el Arcanista, uno a uno empezamos a desaparecer por esa puerta.

Escucho mi nombre. Camino despacio, los pasos sobre la piedra parecen no hacer sonido alguno. La sala es amplia, circular, abierta al cielo de Sah'dara, pero la luz aquí parece filtrada de nuevo. Al fondo, la Esfinge me espera. Es majestuosa y está suspendida en el aire como si el tiempo la sostuviera en lugar de las alas que porta a su espalda. Su rostro humano no se mueve. Sus ojos siguen cerrados.

—Aspirante Dionna de Caelis —dice, y su voz no suena, resuena—. Escucha con atención:

«Toda criatura tiene de mí en este mundo la cantidad
que la Fundadora le brinde.
Si me pierdes, no hay hechizo que pueda
devolverme.
Solo en tu recuerdo puedo vivir
un instante más».

Mi mente quiere correr, pero la obligo a quedarse quieta. Sin embargo, voy a soltar lo primero que se me ha venido a la mente cuando ha dicho que no hay hechizo que pueda devolverlo.

—Eres el tiempo —respondo instintivamente y me preparo para lo peor.

La Esfinge tarda unos segundos en disolverse en humo después de mi respuesta. Debería sentir alivio, pero éste no llega. Ninguna puerta se abre y el silencio sigue quemando mi inexistente tranquilidad. Con un estruendo, una puerta aparece al final de la

estancia. Camino lentamente hacia ella y lo que encuentro me deja sin aliento. Una roca. Una puñetera roca enorme tapia mi salida. Un bloque de piedra negra, sólido, sin ranuras, nada.

Mierda. Joder.

La roca bloquea por completo la puerta que da al otro lado. No hay alternativa. Mierdaaaaa. No hay otros caminos: solo esa roca y yo. Camino nerviosa dando vueltas por la sala. Mi mente ya ha estado aquí antes. Vuelvo a ser la Aspirante a nada de hace unos días en la Prueba de Selección. La que no pudo levantar lo que otros sí.

Mierda.

El cajón de mierda rebosa.

—Otra vez no —susurro, pero mi voz no tiene fuerza.

Apoyo las manos en la roca. Tiro hacia mí primero. Después empujo. Aprieto los dientes. Nada. Lo intento con el hombro, con las piernas, con la espalda. Me inclino. Grito de rabia. El sudor me baja por la columna pegando la tela del uniforme a cada una de mis vértebras. Mis músculos tiemblan por una mezcla de esfuerzo e impotencia.

No se mueve.

No se mueve.

No se mueve.

Golpeo la piedra con las palmas hasta que me sangran. Me duelen, pero el dolor no sirve de nada. No te da nada. Tengo que mover la puta roca.

—Dionna de Caelis —dice una voz sin rostro ni cuerpo—. Has sido eliminada. No recibirás la pista; sin embargo, no tendrás que realizar la primera gran prueba sufriendo una maldición. Date por contenta.

—¡Era imposible! —me atrevo a gritarle a la nada—. ¡Sé que está anclada al puto suelo! ¡Mentirosos de mierda! —He perdido los papeles. Necesito calmarme. Necesito respirar—. Lo siento… —murmuro al darme cuenta de mi reacción mientras levanto la vista buscando al Arcanista que esté proyectando mi desafío.

Entonces veo lo que no vi. Eso que está sobre mí. Muy arriba, casi oculto en las sombras del techo alto, hay un mecanismo.

Poleas encantadas, engranajes mágicos, una estructura diseñada para ayudarme. Para mover la roca con facilidad.

Mierda. Joder.

◆ ◆ ◆

Cristalith tarda más de lo normal en salir. Cuando por fin cruza la puerta de piedra, no hay aplausos ni gestos teatrales por su parte; sin embargo, puedo intuir que lo ha conseguido por la manera en que camina y ese brillo en sus ojos.

—¿Lo resolviste? —pregunto antes siquiera de pensar en contenerme.

Cristalith me mira como si supiese lo que pesa dentro de mí sin que se lo diga. Asiente.

—El acertijo fue fácil, pero después también había una roca, ¿tú también tuviste que levantar la roca?

Me quedo en silencio. Siento cómo se me tensa la mandíbula. Mierda. Tenía la misma prueba que yo y ella sí lo vio.

Yo no lo vi.

—¿Y la moviste? —le digo ignorando su pregunta.

Mi voz suena más dura de lo que esperaba. Como si fuera una acusación, cuando no debería serlo. Me alegro por ella, de verdad que me alegro. Siempre me han hecho sentir bien los éxitos ajenos. Y sin embargo, me siento aún más inútil ahora que ella sí lo ha conseguido y yo no. Cristalith no reacciona mal a mi evidente envidia involuntaria. Solo ladea un poco la cabeza. Su tono es suave cuando habla. Lo suficientemente suave como para no hacerme sentir estúpida. Aunque lo soy.

—No la toqué. Al menos no al principio. Era evidente que no iba a poder moverla con fuerza. Estaba ahí para engañar. Para provocar el mismo reflejo de siempre: golpear, empujar, empujar más fuerte.

Me muerdo el carrillo derecho y abro las fosas nasales. Me siento cada segundo más imbécil. Ella continúa.

—Miré alrededor. El techo tenía… poleas, como de un teatro. Con magia arcana, pero funcional para todos los mortales. Bastó con tirar de una cuerda oculta, y el mecanismo la desplazó. No era una prueba de músculo.

Me trago el nudo que se forma en la garganta. Soy una inútil. No puedo decirle que yo no lo vi. Que no se me ocurrió. Que luché contra la piedra mientras el templo esperaba algo más de mí. Algo mejor. Mi fuerza siempre fue la inteligencia, y hoy demostré que no tengo ninguna de las dos. Maravilloso.

—¿Y recibiste…? —no termino la pregunta. No hace falta.

Cristalith asiente.

—Cuando salgan los demás podemos comprobar si nos han dado la misma a todos y trabajar con lo que tengamos.

Cierro los ojos un segundo, ¿son celos? Cristalith me toca el brazo, apenas un segundo, como si pudiese leerme la mente.

—Dionna… no era una prueba justa. Ninguna lo es, pero no fue tu culpa; nos han enseñado a pelear, no a cuestionar lo que parece sólido. Yo lo vi por pura suerte.

◆ ◆ ◆

No sé si lo que más me impresiona esta noche es el palacio de cristal en medio del desierto o el hecho de que todavía me dejen estar en él. El oasis de Sah’dara en donde nos encontramos parece un espejismo. El agua canta en las fuentes con un ritmo que se me clava en los huesos. Hay aromas dulces en el aire y especias que alguien está utilizando para cocinar nuestra cena. El palacio es una maravilla arquitectónica; no tiene paredes como las que uno espera. Es como si hubiesen decidido construirlo con la intención de que todo el mundo pudiese ver lo que pasa dentro. Cristales tallados, techos abiertos al cielo, columnas translúcidas que reflejan las luces flotantes como si fueran luciérnagas de diferentes colores brillando bajo la orden de alguien. Parece un cristal infinito sin juntas siquiera.

El comedor está en el exterior. Es un jardín botánico con mesas circulares de piedra que tienen raíces visibles enredadas en sus patas. Nos han asignado una para nosotros cinco.

—¿Esta cosa flota? —pregunta Odrien, tocando una esfera de luz que parpadea sobre nuestros platos. La empuja con el dedo y la bola se mueve y juro haber visto que se incomoda, como si le molestase la falta de etiqueta de mi amigo.

—No flota, pero sí te juzga —responde Cristalith con una sonrisa.

Sándor se ríe por lo bajo: ha bebido antes de llegar. Ernys solo observa, con esa media expresión que a veces parece tristeza, a veces simple pensamiento. Me sirvo un poco de té. Ni idea de qué es exactamente: sabe a algo entre lavanda y menta. Cristalith deja la taza a un lado y nos mira a todos, y sin preámbulos, suelta:

—¿No me vais a preguntar qué pista me dieron o qué?

El silencio se instala de inmediato. Todos dejamos lo que estamos haciendo. Incluso la esfera luminosa parece interesarse más.

—¿Qué te dijeron? —pregunta Ernys, directo.

—«La sombra es la guía».

Siempre usan las mismas frases de mierda. Oraciones que dicen todo y no dicen nada.

—Podría referirse a ocultarse entre sombras —dice Sándor, cruzándose de brazos.

—O a confiar en lo que no ves —murmuro, casi sin pensar —. Como en la pasarela. El camino estaba, aunque no se viera.

—O a seguir literalmente una sombra —añade Odrien—. Como si tuviéramos que buscar una silueta, un perfil sinuoso, algo así.

—O quizás es un mensaje poético para decir que no se puede confiar en la luz —dice Cristalith, con media sonrisa.

Nos quedamos en silencio. Después de unos segundos, Odrien rompe el momento con su habitual humor:

—O puede ser simplemente que el sol de Sah’dara es una mierda y que caminemos por la sombra si no queremos co-cinarnos el cerebro y morir.

Cristalith suelta una carcajada. Incluso Ernys sonríe. Yo me río también, aunque me cuesta. Por dentro, la risa se enreda con el sabor amargo del día. No he dicho nada sobre mi prueba. Nadie lo ha preguntado, y lo agradezco. Pero sé que todos saben que fallé, grité y perdí el control. Se han estado proyectando «los mejores momentos» en las paredes del templo y en todas las regiones de Aethrya desde que acabamos el desafío, y yo soy la protagonista en todos ellos por razones que no me enorgullecen.

—¿Estás bien? —pregunta Ernys, en voz baja, cerca de mí.

—Estoy sentada, tengo comida y no he sido maldecida por un ente ancestral —respondo, con una sonrisa que no es del todo falsa, mientras pongo las manos con las palmas hacia el techo como bendiciendo mis palabras—. Así que supongo que sí, estoy bien.

Cristalith no dice nada, pero me atraviesa con la mirada. No tiene que hacerlo. Su compasión me duele más que cualquier burla.

—No fue justo, Dionna —dice, con calma—. No es un fallo no ver lo que nadie nos dijo que había que mirar.

—Sí, bueno… tú sí lo viste y nadie te lo dijo. —Me encorvo un poco, bajando la mirada hacia mi plato—. Supongo que prefiero fallar solo por ser idiota a fallar porque otros me hayan hecho serlo, y por eso me duele más.

Silencio.

—La piedra era solo una excusa —añade Sándor—. Lo que importa es que saliste. Entera. Eso ya es más de lo que muchos lograron.

—Y no rompiste nada —dice Odrien, como si fuera una victoria—. Menos mal que no había nadie cerca, también te digo. Les habrías partido la cara a todos.

Todos se ríen. No me hace ninguna gracia, pero no quiero que piensen que todo me pueda parecer mal, así que sonrío con ellos.

—La sombra es la guía —repite Cristalith en voz baja—. Quizás porque solo en la sombra algo nos va a guiar.

Nos quedamos así, entre frases sin sentido, tazas medio vacías, luces que flotan sobre nuestras cabezas como pensamientos

no dichos. Y aunque la noche es hermosa, aunque el oasis parece eterno, yo sigo sintiendo que estoy un paso por detrás.

—Gracias por todo —digo, sin referirme a nadie en concreto —. Agradezco mucho haber encontrado un lugar en el que sentirme segura,

Y justo entonces, como si mis palabras hubiesen convocado algo, una figura se acerca a nuestra mesa con paso elegante, vestida de tonos lilas apagados que no deberían llamar la atención, pero lo hacen. Lady Nirelia. Inconfundible, la versión cruel de su hermano.

—Perdonad la interrupción —dice, con esa voz que suena como agua caliente deslizándose entre las manos cuando tienes frío —, pero no he podido evitar notar… —Se detiene justo detrás de Sándor y ladea la cabeza como si lo estuviera evaluando como obra de arte— estos hombros. Hacía mucho que no veía unos así fuera de mi familia. Y creedme, mi familia tiene estándares exigentes.

Sándor se queda paralizado. Literalmente. El color le sube a las mejillas como una oleada, desde el cuello hasta las orejas en cuanto Nirelia acaricia sus hombros.

—Eh… bueno, no son taaaan anchos, tengo más que… — balbucea, sin pensarlo. Y cuando se da cuenta, el color de sus mejillas ya se puede confundir con el fuego— ¡No me refería a eso! Lo que quería decir es que tengo más que ofrecer.

Cristalith le da un codazo con fuerza.

—Eres un idiota, Sándor.

—¿Pero un idiota con buenos hombros? —pregunta, aún rojo, pero guiñándole un ojo a Nirelia.

—Un idiota con buenos hombros y un ego inflado —dice Odrien.

Las carcajadas estallan. Nirelia sonríe sin decir nada más, pero su expresión se queda un momento más de la cuenta en Sándor. Le acaricia la mejilla con dulzura: un gesto más íntimo de lo que debería. Luego me lanza una mirada fugaz, como si hubiese tomado nota de algo que ni yo sé que estoy pensando. Se despide con una inclinación mínima de cabeza y se aleja con esa misma calma elegante con la que llegó. Se acerca a la siguiente mesa y vuelve a mostrar su sonrisa radiante.

—¿Qué acaba de pasar? —pregunta Ernys, todavía riéndose.

—Puede que Sándor haya tenido suerte con un miembro de la familia real —respondo, sin poder evitar sonreír.

Pero en medio de la sonrisa, levanto la vista, porque noto una mirada sobre mí que me acaricia las mejillas. Llámalo ser bruja, llámalo instinto.

Seredric. Sentado junto a su madre y su hermana en la mesa elevada que corona el jardín del palacio. Ni habla ni come, solo me mira. Tiene una copa en la mano. No es una mirada de cortesía: es fija e intensa, como si pudiese atravesarme con ella y analizar cada centímetro de mi interior. Como si sus ojos buscasen una reacción por mi parte, una verdad que yo aún no me sé. Todavía no sé por qué estoy aquí, pero estoy segura de que ya hace tiempo que me conocen por palacio.

Nos miramos unos segundos más. Solo eso. Unos segundos robados entre risas ajenas. Segundos que me sacuden. En estas cenas donde nadie finge —o tal vez todos lo hagan—, donde el vino corre y la comida ablanda las defensas es el único momento en que podemos vernos sin barreras. Y esa mirada, esa tensión que me arrastra hacia él… no tiene nombre todavía. Pero sé que no va a desaparecer hasta que yo lo haga. Parpadeo. Respiro hondo y bajo la vista. Sigo sonriendo, por fuera, ya me sale de manera automática y natural. Es como respirar.

—Dionna —dice Cristalith, con media sonrisa—, estás muy callada. ¿Todo bien?

—Sí —miento.

◆ ◆ ◆

El banquete se diluye en risas lejanas, en copas vacías y migas de pan. Uno a uno, los Aspirantes se dispersan: algunos a sus habitaciones, otros a la habitación de otra persona y otros a lugares diferentes del paraíso en el que nos estamos hospedando. Me quedo sentada un poco más de la cuenta, fingiendo que aún disfruto del té, aunque ya se ha enfriado. No digo nada, ni siquiera me despido con

palabras, solo les hago un gesto con la mano al levantarme de la silla antes de irme.

Camino sola por los pasillos acristalados. El suelo bajo mis pies brilla con luz propia, como si la magia que lo crea supiese mis movimientos e iluminase el camino que piso justo antes de que mis pies rocen el suelo.

No he dejado de pensar en la roca. Ni en la cuerda que no vi. Ni en la voz sin rostro que dictó mi fallo con esa sere-nidad cruel que solo tienen los jueces eternos. Se me está acumulando la mierda en el cajón, ya verás cuando lo abra. Y aunque nadie me lo repita, aunque Cristalith haya hecho todo lo posible para consolarme con razón y dulzura —tan impropio de su honestidad cruda habitual —, lo siento igual: ese fallo no ha terminado.

Doblo una esquina. Escucho pasos suaves tras una columna de piedra traslúcida. Me detengo. No estoy de humor para conversaciones ni para sorpresas., pero es Odrien, que camina despacio, sin su habitual teatralidad. Fue el primero en irse a su dormitorio después de cenar. Tiene un libro en la mano, aunque no parece que lo vaya a leer. Viste ropa ligera de descanso, más sencilla que la suya habitual. Es casi vulnerable; me sorprende, porque él nunca parece querer mostrarse débil.

—No esperaba verte —le digo con voz baja.

—Yo tampoco esperaba verme aquí —responde él, y se ríe suavemente, pero sin humor. Luego levanta el libro como si fuera una excusa, pero no lo abre.

Nos quedamos unos segundos en ese pasillo silencioso. Nadie más parece andar cerca. Solo nosotros y el aire tibio de Sah’dara que se cuela incluso en este lugar encantado.

—¿Todo bien? —pregunto, por cortesía más que por interés real. Suena egoísta, pero ahora mismo soy un despojo que no sirve para nada más que aumentar su miseria.

Odrien no responde de inmediato. Luego, sin mirarme del todo, murmura:

—Me estoy enamorando de Cristalith.

Me sorprendo por un segundo, aunque poco tiene de novedad, me descoloca el tono que usa. Suena incluso infantil.

Odrien no es de los que fardan de todas las personas «a las que se ha tirado», pero tampoco tiene pinta de niño. No usa un tono jocoso tampoco, cosa que sería más propia de él la verdad. Me pilla por sorpresa, porque no pensaba que fuese algo que me contaría a mí. Tal vez a Sándor, o Ernys, pero *¿a mí?*

—¿Desde cuándo? —pregunto, porque no sé qué más preguntar.

—Desde antes de empezar esta locura, solo que ahora me pesa. Podría perderla para siempre.

Me apoyo contra la columna más cercana. Siento el frescor del cristal en la espalda. Me duele en los músculos, pero lo agradezco.

—Entonces díselo, ¿qué coño? —Miro a los lados y susurro —. Hazlo antes de que la Tríada decida por ti.

Nos miramos y por un instante, no somos dos Aspirantes en medio de un juego brutal. Somos dos personas, dos amigos incluso.

—Gracias —dice él, bajando la vista—. Me da hasta vergüenza decirlo en voz alta.

—No es un consejo, es una súplica. Por favor, díselo — respondo, y sonrío un poco—. Creo que lo único que me haría sentir un poco de alivio entre tanta mierda es ver algo de amor real.

Nunca me había alegrado tanto ver una sonrisa, Odrien sonríe de oreja a oreja y yo creo en la felicidad tras la Tríada otra vez. Nos separamos ahí. Él se va hacia el Ala Norte, donde están las habitaciones con ventanas abiertas al lago. Yo regreso a la mía. A la habitación encantada con ropa que se ordena sola, una cama demasiado suave y un silencio que cada día soporto menos.

VIII
Dionna

El Velthirio parece ir más lento de vuelta a la Ciudadela. Cristalith hojea su libro de siempre; Ernys está en otra parte, quizás más dentro que fuera; Odrien intenta dormir; y Sándor me lanza una mirada de vez en cuando, como si quisiera preguntar algo, pero se queda en silencio justo antes de abrir la boca. Lo agradezco, la verdad. Nuestros cluams han regresado antes a la capital —no nos han dado explicaciones, como de costumbre—, así que estamos nosotros cinco solos en el Alvéolo.

Al llegar a la Ciudadela de Cristal, el cielo nos da la bienvenida con su tono pálido, perfecto y decorativo de siempre. Las estructuras transparentes brillan como si no nos estuviésemos muriendo de miedo. Arrastro los pies por los pasillos para retrasar mi llegada a mi jaula dorada un poco más de tiempo. Los cuadros colgados en las paredes de palacio son de un gusto exquisito entrenado a lo largo de los siglos. Es una belleza que solo consigues si has nacido bendecido por la Fundadora; los plebeyos no tenemos esa suerte. Me tomo un momento para mí frente a la puerta de mi cuarto. Respiro una vez. Dos. Tres. Y entro.

—Has tardado más de lo previsto —dice Clummy, sin tono de reproche, pero con esa maldita entonación de superioridad mecánica—. Otra vez.

—Me tomé el lujo de fracasar y sufrir por ello unos minutitos más —respondo, dejando caer el bolso en el sofá. No estoy para sus bromas involuntarias, pero él no capta el sarcasmo. Nunca lo hace.

—Entonces será mejor que recuperes tu compostura —dice ignorando mis miserias—. Hoy, después del almuerzo, comienzan los preparativos para el primer baile ceremonial.

—¿Hoy? —No puedo levantar más las cejas—. Es broma, entiendo.

—No —responde, con esa neutralidad que me da ganas de arrancarle la cabeza—. Tienes cuatro horas para descansar antes de iniciar el proceso de aseo y embellecimiento programado por la Tríada.

Me dejo caer sobre la cama. El colchón es demasiado blando. Me traga, es una trampa muy bien diseñada para que no quieras salir nunca de él.

—Define eso —susurro, con los ojos cerrados, porque no quiero mirar nada que no sea la bella oscuridad del descanso.

—Limpieza corporal profunda —empieza a enumerar Clummy, como si recitara una receta—; depilación integral, incluido el bigote…

—¡Que no tengo bigote! —le interrumpo, poniendo los ojos en blanco antes de volverlos a cerrar.

—...exfoliación con arenas mágicas de Sah’dara —continúa sin corregir su acusación falsa sobre mi bigote—; masaje relajante con aceites de eucalipto y lavanda; pulido de uñas de pies y manos; tratamiento capilar individualizado; maquillaje ceremonial según las facciones asignadas; y elección del vestuario acorde a la temática de la velada.

Abro un ojo.

—¿Temática?

—Acero —dice, y por primera vez, me parece que hay un brillo de diversión en su voz metálica. Pero no puede ser; no siente nada. Es solo mi cerebro proyectando emociones en una criatura encantada con forma humana.

—¿Y qué se supone que significa eso? ¿Que tenemos que ir vestidos como espadas?

—No se espera literalidad, sino simbolismo —explica—. Frialdad, elegancia, filo, control. Brillos metálicos o estructuras tensas. Se recomienda evitar telas suaves o colores pastel. Esta

noche se busca la contención emocional, la postura impecable y los vínculos diplomáticos.

—Claro que sí, campeón, porque nada grita fiesta como parecer una armadura con maquillaje. —Vuelvo a poner los ojos en blanco—. ¡Yuju! —exclamo levantando los brazos con los puños apretados, pero Clummy solo asiente. No sé si es aprobación o simplemente un fallo en su sistema central al no entender mi sarcasmo—. ¿Y qué pasa si me niego?

—La negativa será interpretada como falta de compromiso. Las proyecciones estarán activas. Y recuerda, esta vez no se trata solo de impresionar a la realeza, sino también de convencer a los enviados nobles de que no eres un riesgo incontrolable.

Abro ambos ojos.

—¿Hay enviados nobles en los bailes?

—Siete. Uno por cada región de Aethrya que rinde cuentas a nuestra capital. Tres de ellos ya solicitaron entrevistas privadas con ciertos Aspirantes, basadas en su desempeño y proyección mediática —sin hacer una pausa siquiera continúa—, tú no estás entre ellos evidentemente.

Y ahí está el puñal. Menudo hijo de puta el Clummy. «Evidentemente». Justo donde más duele. El recordatorio de que no importa cuántas veces intente volver a la carrera, siempre estaré un paso por detrás, pero «no me importa». Igual si me lo repito varias veces, hasta me lo creo.

Más mierda para el cajón. Estupendo.

—Gracias, Clummy —digo, con una sonrisa tan vacía que podría notar que estoy siendo sarcástica hasta la ameba más lenta del continente—. Me diste justo lo que necesitaba para dormir contenta.

—Me esfuerzo por cumplir con eficacia —responde, satisfecho, sin captar nada. Menudo imbécil.

Cierro los ojos de nuevo. Quedan cuatro horas. Usaré una para una pequeña siesta, ¿y las otras tres? ¿Comer? Sí, supongo que comer es una buena idea siempre.

Una hora después, despierto empapada en sudor frío. No he soñado nada —o al menos, no lo recuerdo—, pero el vacío en el

pecho es familiar. Me incorporo a medias, con el pelo pegado a la mejilla y el corazón latiendo más rápido de lo que debería. Clummy me observa desde la esquina con esa quietud que más que acompañar, vigila.

—No me mires así —gruño—. No he dormido tanto como tú quisieras, pero tampoco voy a desmayarme en la pista de baile.

—Mi protocolo no incluye juicio. Solo monitoreo —responde, impasible.

—Pues monitorea esto. —Le saco el dedo corazón antes de volver a hundirme en las sábanas tres segundos más. No funciona, la incomodidad me hierve por dentro. Necesito aire, espacio y fumarme alguna hierba ilegal por primera vez en mi vida probablemente también.

—¿Puedo comer aquí?

—Sí, pero se registrará como «actividad no socia-lizante». Puede afectar a tu puntuación de interacción gru-pal.

—Genial. Así me aseguro de seguir entre los favoritos.

—Eso fue sarcasmo. Lo he registrado como tal. ¿Confirmas?

¡Hooooooombre! Vamos mejorando con el tema de pillar el sarcasmo. ¡Gracias a la Fundadora!

—Confirmo. Y quiero té: el de lavanda y menta. Y algo salado. Nada que venga con pétalos de rosa ni olores a «nostalgia en flor». Una tostada de jamón estará bien.

◆ ◆ ◆

Mientras Clummy hace aparecer la bandeja con una reverencia absurda, me siento frente al ventanal encantado que simula vistas a las montañas de Galimatea. El frío proyectado es solo visual, pero por un momento me imagino en mi hogar, lejos de templos, esfinges y expectativas imperiales.

Sobre la mesa hay un libro. Uno de esos que cogí prestado sin saber bien por qué. La portada está desgastada, como si hubiese pasado por muchas manos que no se atrevieron a leerlo completo. Lo abro al azar. El título de la sección me llama la atención de

inmediato: «Bailes de sangre, pactos de seda: diplomacia entre cuerpos». No puede ser casualidad.

Leo con lentitud. El texto describe cómo, desde hace siglos, los bailes ceremoniales son mucho más que celebra-ciones. Son escenarios diseñados para decidir alianzas, matrimonios, transferencias de poder, incluso guerras. En algunos casos, un gesto mal interpretado —una mirada sostenida demasiado tiempo, una risa fuera de lugar— ha sido suficiente para desencadenar un conflicto. Me cuesta tragar la comida. El bocado se me hace bola.

—Genial —murmuro—. Si esta noche se me cae un canapé al suelo, igual condeno a todo el norte a una muerte lenta y segura.

—Probabilidad baja —dice Clummy, sin que yo le ha-ya hablado. Creo que se activa con el sarcasmo.

—Solo cállate y déjame leer en paz.

A veces siento que debería trabajar mi sutileza, pero pronto se me pasa. No dice nada más y yo simplemente me pierdo en los pactos antiguos, en los bailes donde la sangre se mezclaba con perfume y muchas otras barbaridades arcaicas. Hay algo inquietante en la idea de que las decisiones más grandes se tomen entre copas y valses. No sé cuántos minutos pasan hasta que Clummy se aclara la garganta con su carraspeo sintético.

—Hora de prepararse. El equipo de embellecimiento ha llegado.

—¿Equipo? ¿Tan mal estoy como para necesitar todo un equipo?

—Cinco Arcanistas estetas. Cada uno especializado en un aspecto del proceso —dice, ignorando mi pregunta.

Resoplo. Me pongo de pie y dejo el libro abierto. La parte final de la página dice: «El acero es símbolo de voluntad, pero también de control: brilla solo cuando se templa».

La puerta se abre sola y entran cinco figuras, cada una de ellas vestida de blanco y plata, con símbolos arcanos bordados a la altura del corazón. Me analizan, literalmente: uno de ellos alza una esfera luminosa que me escanea de pies a cabeza, generando una réplica espectral de mí misma flotando sobre la cama. La observan como si fuese un cuadro que van a restaurar.

—Hola a ti también —le murmuro a mi réplica. No obtengo respuesta. Analizo mi físico y, como siempre, salgo escaldada—. Madre mía, ¿todos me ven así?

Miro a Clummy en busca de una respuesta lógica mientras me pellizco la parte baja del culo. Silencio total. ¿Otra vez? ¿Dónde están las respuestas cuando las necesito?

Comienza la limpieza. No utilizan la bañera, sino un círculo encantado que se llena de vapor sin agua. Me hacen desvestirme y permanecer en el centro, mientras una niebla cálida con olor a eucalipto envuelve cada centímetro de mi cuerpo. Me siento un vestido al que están planchando o un pescado cocinado al vapor. Después, llegan las manos, ¡tantas manos! Parecen decenas, algunas invisibles, que me exfolian, me depilan, me masajean, me relajan incluso. Por momentos no puedo evitar reírme del cosquilleo, otros quiero salir corriendo.

—¿Esto es absolutamente necesario? —pregunto, sin dirigirme a nadie en particular.

—Sí —responde una voz suave detrás de mí. Es una mujer joven, con ojos tan pálidos que parecen leche. Es la única que habla —. Estás por encarnar una imagen. La imagen es el arma y tu cuerpo es el canal.

—¿Y si no quiero ser canal de nada?

—Entonces parecerás débil. Y nadie baila con lo débil.

La frase me cala hondo; es cruel y cierta a partes iguales. El proceso siempre continúa a pesar de cómo te sientas. Me entregan un corsé que parece hecho de placas metálicas, pero pesa como tela, que me aprieta y mantiene el pecho a una altura antinatural. Frío al tacto y brillante. Me lo colocan con un movimiento casi coreografiado. Las faldas caen como si fueran capas de acero líquido, en líneas rígidas, elegantes y peligrosas.

—No puedo ni sentarme con esto —digo mientras me toco la parte baja del pecho. Llevando esto mis tetas van a salir a bailar antes de que yo me anime a hacerlo.

—No necesitas poder sentarte cómodamente —me dice la mujer—. Necesitas impresionar.

Me recogen el pelo hacia atrás en una coleta de trenzas tan ajustada que me cambia el gesto. Entre los mechones insertan detalles plateados que brillan como clavos encantados. Cuando me muestran mi reflejo en el espejo, no me reconozco. Mis ojos parecen más grandes por el maquillaje, delineados con sombras oscuras que crean un contorno de apariencia salvaje. No hay suavidad en nada de lo que han elegido.

—¿Es esto lo que quieren que sea? —susurro.

—No —responde la mujer de ojos pálidos—. Esto es lo que ya eres. No podemos crear algo que no existe, no nos permiten utilizar magia ilusoria, solo podemos revelar lo que ya está.

Por un instante, quiero creerle. Clummy aparece a mi lado, con una expresión tan inexpresiva como siempre. Menudo caballero está hecho.

—Hora de bajar. El baile comienza en veinte minutos. ¿Estás ya lista?

Me miro y me toco el costado, donde la tela se endurece como una armadura flexible. La verdad es que estoy espectacular. Han conseguido hacerme un vestido que parece hecho para mí. Si no fuese porque tengo que usar tacones, esto sería perfecto. Meto dos dagas en los ligueros de cuero que me han dejado ponerme en ambos muslos. Sé que todavía no ha comenzado la parte letal de la Tríada, pero pronto comenzará y necesito estar preparada.

—No, ¿pero acaso importa?

—Lo cierto es que no —responde Clummy.

La noche cae sobre la Ciudadela como una cortina de terciopelo azul profundo. El gran salón —abierto al cielo, sin techo visible que lo limite— respira un aire encantado, casi etéreo. Las columnas de cristal vibran con luz flotante y las pequeñas esferas que orbitan en lentas espirales sobre nuestras cabezas hacen de la oscuridad algo luminoso. La música no viene de instrumentos visibles, sino del aire mismo, como si alguien hubiera encantado el viento para sonar a vals.

Camino lentamente entre los grupos de Aspirantes. El vestido me obliga a mantener la espalda recta. El corsé de acero no me deja espacio ni para respirar, tampoco el filo de las dagas, que sé

que están ahí, ayudan a sentirme del todo cómoda. Me consuela saber que no soy la única que se siente una estatua viviente. Cristalith parece una joya tallada a martillo. Odrien está vestido de negro mate con reflejos azulados que lo hacen parecer una sombra pulida. Sándor... ¡Fundadora mía! Sándor lleva una chaqueta metálica sin mangas, con los brazos al descubierto y las cicatrices apenas disimuladas por polvos de plata. Su pelo recogido hacia atrás lo hace parecer un general de otro siglo. Veo a nobles y militares, pero ni rastro de la familia real. Tampoco veo a Ernys por ninguna parte, como de costumbre.

Las parejas comienzan a girar al ritmo de un baile que yo no me he aprendido. Voy a necesitar más de una copa para superar esto. Me toca bailar con tres Aspirantes que apenas reconozco, sus nombres me son desconocidos y así prefiero que siga siendo; mañana puede que no estén. Uno me pisa. Otro intenta mantener una conversación conmigo, pero se queda sin voz a mitad de frase. El tercero tiene tan mal aliento que no recuerdo su cara, porque me pasé el baile evitando mirarlo directamente a la cara. Además intenta muy tristemente poner la mano donde no debe. Es vomitivo. Le sonrío solo para que se calle, mientras le subo la manita cada vez que intenta tocar de más. Estoy deseando cambiar de pareja ya o que acabe esta pesadilla.

La música cambia. ¡Qué maravilla! Soy libre.

—¡Atención, Aspirantes! —Resuena la voz de uno de los Arcanistas, amplificada por magia—. La Familia Sanitas ha honrado a esta ceremonia y a todos nosotros con su presencia. Presentamos al duque de Valthoria, Lord Laeron Sanitas; a su esposa, Lady Maris Sanitas; y a su hija, Lady Selendra Sanitas.

El trío cruza el umbral de luz del salón como si pertenecieran a otra realidad. Lord Laeron es imponente y su túnica de tono ceniza está cruzada por una banda de símbolos arcanos que apenas resplandecen, haciéndolo parecer uno de los Nueve Antiguos. Su rostro es afilado, su andar controlado. El salón se llena de murmullos contenidos.

—Ese es el hermano de la Reina Madre —susurra Cristalith a mi lado, sin girar la cabeza—. Tradicionalista, ultraconservador, pero

respetado. Hay quienes dicen que es el verdadero poder tras Valthoria. Solo él.

Lady Maris camina con una suavidad casi líquida. Su vestido es de un azul profundo como el océano con bordes dorados, propio de la nobleza de Velthwyn, la casa en la que nació. Su mirada, sin embargo, es cálida. Observa a los Aspirantes como si fueran estudiantes en un aula.

Lady Selendra Sanitas está justo detrás de ellos. Pelo recogido en una trenza doble que le cae como un hilo de oro pálido. Piel clara, ojos de un gris tan translúcido que parece reflejar lo que mira. Sus manos —blancas y finas— están enguantadas con seda transparente y sin bordados. Lleva un vestido sencillo comparado con los demás, pero en su pecho brilla una piedra arcana suspendida en un broche sin ornamentación.

Al verla, siento algo que no esperaba: curiosidad.

—¿Esa es la prima de Seredric? —pregunto en voz baja.

—La misma. Curandera formada en La Torre Elharan, con notas perfectas. Dicen que aún no ha manifestado todo su poder. Que está «en espera» —responde Cristalith, bebiendo de su copa sin perderla de vista—. Y que tiene una memoria perfecta también.

Selendra se mueve con una gracia discreta, parece medir el efecto que causa con cada paso suyo. Mientras camina por el salón, nuestros ojos se cruzan. No aparta la mirada y yo tampoco. Esto ya parece una práctica habitual en mí. Ella sonríe, un gesto de cortesía suave, sin arrogancia; yo respondo con un asentimiento de cabeza.

—Parece amable —digo en voz baja girando ligeramente la cabeza hacia Cristalith, pero sin quitar mi mirada de Selendra.

—También parece lista —añade Cristalith y le da otro sorbo a su vino—. Y eso es peligroso.

Lord Laeron se adelanta y roba mi atención. No baila, solo observa con los brazos cruzados. Sus ojos se detienen en cada pareja: evalúan y juzgan. Lady Maris, en cambio, sí ha comenzado a bailar. Acepta la mano de un Arcanista anciano y giran con lentitud, como si la danza fuera un idioma que solo ellos recuerdan. Parecen conocerse. Selendra, por su parte, se une al circuito de Aspirantes. Mientras se acerca, veo cómo algunos se tensan. Su don

desconocido y el poder arcano con el que nació puede ser peligroso. Clummy aparece junto a mí, sin que lo note.

—Te corresponde bailar con Lady Selendra dentro de tres piezas —informa, como si él fuese mi padre, yo tuviese cinco años y me recordase que debo ir a cepillarme los dientes.

—¿Perdón?

—Es parte del protocolo de interacción cruzada. La lista ha sido modificada por los organizadores. Han priorizado emparejamientos inusuales.

—¿Y eso qué significa?

—Que quieren ver cómo os comportáis estando incómodos.

—Maravilloso —digo sorbiendo de mi copa de vino.

Si hoy no me emborracho, no sé si podré superarlo. Aunque siendo mañana la Gran Prueba, no sé si es mi idea más brillante. Gritarle a una roca tampoco lo era, pero así soy yo. Ahora soy una fracasada a ojos de los nobles. ¡Yuju! Ojos en blanco, autocompasión con un toque de vino.

Mezcla perfecta.

Mi favorita.

—Estás más tensa que la cuerda de un arco —dice una voz a mi izquierda. Es Ernys, que aparece sin hacer ruido, como de costumbre.

—Y tú más suelto de lo habitual —le respondo, sin girarme del todo, pero mirándolo de reojo.

Va impecablemente vestido, como si se hubiese tomado en serio cada instrucción estética del protocolo. Su atuendo tiene detalles en gris humo con un brillo tenue, como ceniza aún caliente.

—Alguien tiene que mantener las apariencias —dice, y bebe un sorbo de algo burbujeante—. Hoy todo es apariencia, guapa.

—¿Y tú? Sé que la pista no la conseguiste, ¿te castigaron con la maldición y por eso estás tan espléndido, *guapo*? —pregunto sin mirarlo y le devuelvo el halago tan inusual en él. No sé por qué lo hago, pero la ironía solo la puedo manejar yo. Y punto en boca.

Ernys guarda silencio unos segundos. Luego, baja el vaso y dice:

—No conseguí la pista, pero tampoco soy tan tonto como para no descifrar el acertijo.

Lo miro, esta vez girándome del todo hacia él. Su expresión tiene más de desilusión que de arrogancia.

—A veces, no hace falta ser muy listo para acertar algo y aún así caemos. Yo tampoco la conseguí si te sirve de consuelo.

Él asiente, casi sin que se le note.

—A veces pienso que el punto medio está bien.

—El punto medio es fracaso —digo acabando la última gota de vino de mi primera copa de la noche—. Y si no, ya verás. Lo averiguaremos pronto.

Dejo la copa en una de las mesas flotantes y cojo una nueva. Hoy llego a cama rodando.

◆ ◆ ◆

Cuando ya estoy terminando la cuarta copa de la noche, el ambiente se mueve más lento y los tacones ya empiezan a molestarme. Selendra extiende la mano hacia mí con una suavidad que no busca destacar ni fardar de nombre, y yo cojo su mano. Nuestros dedos se rozan apenas y ya el clima cambia al instante.

Nos deslizamos hacia la pista. La música se amolda a nuestros pasos. Las luces flotantes giran por encima, difusas. Cada nota parece elegida con cuidado para no perturbar el equilibrio perfecto de la escena.

—Se te ve más cómoda de lo que esperaba —dice ella, guiándome con un giro suave y exacto.

—¿Más cómoda? —repito con una media sonrisa, ¿de lo que esperaba?—. Me estoy sujetando a este libro mental que tengo en la cabeza como si fuese una cuerda de salvación.

Selendra suelta una risa breve y discreta.

—Eso es lo que me pareces —comienza a hablar—: alguien que sostiene todo con los dientes apretados y el corazón en un puño. Pero aún así, no sueltas. Nunca sueltas.

—Y tú —digo, girando sobre mí misma— pareces alguien que ha aprendido a leer a las personas sin necesidad de hablar con ellas. Me gusta.

—Culpa de mi madre —responde—. Me enseñó que hay palabras que no se dicen, pero se imprimen en la piel. Y tú estás llena de tinta, querida.

¿Querida? Eso me deja en silencio unos segundos. Una parte de mí se ablanda, otra se pone en guardia. No sé qué quiere de mí, si es que quiere algo. Si se esperaba que fuese de determinada manera, es que conocía mi nombre. Que sabía quién soy. Que se fijó en mí durante las proyecciones de los desafíos. Ningún noble se fijó en mí, a menos que ahora sí me conozcan por gritar como una maníaca a una puñetera roca.

—¿Y qué lees ahora? —le pregunto, como si estuviese de broma, pero no lo estoy.

Selendra no responde enseguida. Me mira a los ojos, como si examinase el interior de una vitrina cerrada, antes de abrir la boca.

—Dolor reciente. Furia mal dirigida. Y debajo, algo que no debería estar en alguien tan joven.

—¿El qué?

—Una culpa heredada —me dice mientras se inclina hacia mí y baja su tono—. No fue culpa tuya, Dio —dice mi nombre como si nos hubiésemos conocido en otra vida y yo no lo recordase, pero ella sí. El diminutivo y la familiaridad con la que lo suelta remueve el vino de mi estómago.

La música cambia de tono y el ritmo se vuelve más solemne. Justo cuando siento una mano en mi cintura, el mundo se me contrae. Noto un nudo en el estómago, sube por la garganta y me hace tragar saliva, ¿es por el vino? El perfume me llega antes que la voz: madera recién pulida, metal templado y el bosque una noche cerrada justo cuando acaba de llover. Su presencia me empuja fuera de mí durante un segundo y las piernas me cosquillean. Selendra no se aparta, no se inmuta. Solo me gira con precisión y me deja frente a él, cediendo el lugar con la misma gracia con la que entró.

Seredric Valendris. El Rey de Aethrya. Ego con patas.

Mis músculos se tensan de inmediato al saber que me está tocando, pero sus manos no hacen presión. Una de ellas está sobre mi mano, otra en mi cintura. No vuelvo a beber vino nunca más.

—¿Me permites? —pregunta, aunque ya lo ha hecho, por lo que no es una pregunta real. Tiene ese tono que viene del poder antiguo, como si pudiese modificarlo todo a su antojo con solo una palabra.

Solo asiento, porque no tengo fuerzas para otra cosa. No sé si es él el que guía, o si solo me estoy moviendo por instinto, pero nos movemos con pasos perfectos. Yo que no sé poner un pie delante del otro, me dejo guiar con el miedo rozándome la piel.

—No esperaba que aceptases —dice, sin mirarme de frente.

—No creo que tenga otra opción y tampoco esperaba que lo pidieses —respondo, con el mismo filo.

—No lo he hecho en realidad. Era mera educación.

Puto engreído. Haber nacido en cuna divina te permite ser así y disfrutarlo sin que alguien te pegue un puñetazo por listo. Solo escucho nuestros pasos, el roce apenas audible de nuestras vestiduras, la presión medida de su mano sobre mi espalda baja. La intimidad de una conversación privada en medio de todos, sin que nadie lo note extraño, porque todos tendremos nuestro turno privado con la realeza.

—Esta noche… —dice justo antes de tragar saliva, ¿ha tragado saliva?— estás distinta.

—Sí, es que me han pintado como una puerta y me han hecho parecer incluso más dura de lo que ya soy. Se llama «tema del baile». Supongo que tú estás en tu salsa con esta temática. —No puedo parar de hablar y sonreír exagerada-mente. Al final me matan, ya lo verás—. No te hace falta fingir que podrías romper a cualquiera con solo mirarlo. Eres el Rey de Aethrya. El más grande de nuestros ciudadanos. El poder con corona. El… —Me callo justo antes de pasarme de lista, si es que no lo he hecho ya, teniendo en cuenta el cambio de su mirada mientras hablo.

—Y tú finges ser la mujer que ya no se puede romper. —Un segundo de silencio y continúa—. Pero te aseguro que sí te puedes

romper —dice y sus ojos se oscurecen— y te rom-perás, plebeya. Lamentablemente, pronto lo verás.

Ahora la que traga saliva soy yo.

—¿Qué quieres de mí, Seredric? —pregunto al fin. No lo llamo «Su Majestad»; no pienso darle el gusto—. Si me vas a hacer algo, hazlo ya. Empiezo a estar un poco cansada de tanta tontería.

No responde enseguida. Mi lengua se ha soltado con el vino y he firmado mi sentencia de muerte hoy. Me mira por fin.

—Solo quiero una respuesta sincera por tu parte: lo que quiero de todos los Aspirantes —dice ignorando mi falta de respeto y etiqueta—. ¿Cómo te sientes ante la prueba de fuerza?

No es lo que esperaba. Podría haber sido una burla, una trampa o una amenaza, pero es una pregunta que bien le podría hacer a cualquier otro Aspirante que no le haya dado problemas. Me dan ganas de mentir y decirle que estoy bien, que la superaré y que se joda. No tiene razón, no finjo serlo, *soy* la mujer que no se puede romper. Y, sin embargo, lo tengo delante y por mucho que me molesten sus aires de superioridad, no sé por qué razón no le puedo mentir.

—Tengo miedo —digo sin adornos. Definitivamente es el vino—. No de morir, ni de sufrir; tengo miedo de que todo lo que he hecho no baste.

Él asiente muy despacio. Sus ojos no se apartan de los míos durante unos segundos que me parecen eternos, para después descender hasta mis labios.

—Lo entiendo —murmura.

—No lo creo, *Su Majestad* —enfatizo esto último, porque un rey no puede entender algo así.

—Sí —dice con más firmeza—, para mí ya no hay vuelta atrás, pero para ti sí, Dionna de Caelis. Si yo caigo, caeréis todos. Y no pienso permitirlo, hay que mantener el equilibrio de Aethrya. Sin embargo tú…

—Venga, dame tus consejos regios, ¿qué haces tú cuando sientes que vas a caer? —lo interrumpo.

—Hago bastante daño —responde sin dudar, trans-formando su tono amigable por uno más bien amenazador.

¿De qué cojones va? Yo no he hecho nada, solo quiero que acabe la Tríada, salir con vida y volver a Galimatea: la única zona del norte donde *nunca pasa nada*. Quiero construir una casa grande, con muchas ventanas. Quiero tener animales, plantar flores, formar una familia y que nada ni nadie me moleste. No quiero nada de esta farsa bélica cubierta de purpurina en la que todos parecen querer demostrar que la tienen más grande.

Nota mi cambio de postura, mi gesto. Nunca he sabido controlar mi cara cuando algo me molesta. Me suelta primero la mano, luego la cintura. Ya no queda nada entre nosotros salvo el aire tibio y el silencio espeso que se ha vuelto costumbre.

—Gracias —dice sin apartarse del todo.

Yo solo asiento de nuevo. Noto como el vino está teniendo el efecto anestésico que buscaba. Me tambaleo levemente, pero nadie más me está mirando. O eso creía; Devrian Valendris se acerca a mí con una naturalidad encantadora. Lleva el pelo peinado hacia atrás, con unos mechones sueltos que demuestran que no le hace falta nada para estar guapo. Su sonrisa se forma un segundo antes de llegar a su rostro. Se detiene frente a Seredric.

—Majestad —dice con una inclinación apenas perceptible, aunque cargada de protocolo. Luego lo mira directamente a los ojos, y hay algo en ese cruce que no entiendo, algo que ninguno de los dos dice—. ¿Has terminado de molestar a la señorita Dionna?

El Rey no responde de inmediato. Su mirada se posa en mí, pero no me retiene. Solo asiente, casi con resignación.

—Haz los honores.

Y se aleja sin mirar atrás. Cada paso suyo retumba más de lo que debería, o quizás soy yo la que retumba por dentro. Madre mía, el vino. Devrian me tiende la mano y no puedo agradecer más que su presencia me ofrezca algo que me mantenga firme.

—¿Dionna? —pregunta sin llegar a tocarme hasta escuchar mi respuesta.

Coloco mi mano en la suya y dejo que me lleve. El contraste es inmediato. Donde Seredric era contención, Devrian es fluidez. Donde el Rey era silencio denso, Devrian es música convertida en carne. Sus pasos son cálidos, seguros, acompasados con una

ligereza que casi me hace olvidar que estamos rodeados de ojos. Me sonríe, siempre lo hace, con esa sonrisa que parece fabricada en el momento justo para que yo la necesite.

—No me gusta verte sola después de una conver-sación con él —dice sin rodeos—. Pareces estar en constante peligro cuando estás en contacto con él.

—Quizá lo *eshtoy* —respondo torpemente.

Mierda. El vino.

Él suelta una risa baja que se mezcla con el ritmo de la orquesta invisible. Me gira con facilidad, y cuando vuelvo a estar frente a él, sus ojos verdes me sostienen con esa intensidad que conoce sus propios efectos.

—Te ves poderosa esta noche, Dionna —dice mirando hacia abajo—. Como si pudieses hacer que hasta el acero llorase.

—Debe ser el corsé —digo, siguiendo su mirada, de lo cual me arrepiento al instante. Creo que se me va a salir una teta con esto puesto.

El vino, Dionna. El puto vino.

—No. Es tu forma de mirar —replica, acercándose apenas lo suficiente para que su voz roce mi oído—. Pero cuidado: cuando uno aprende a mirar tan de cerca, puede terminar metiéndose en problemas —comenta mientras una de sus manos baja hacia mi muslo y noto como roza una de las dagas que tengo bajo el vestido.

¿Cómo lo ha sabido? Con el vestido no se ven. No respondo; no quiero seguirle el juego, pero parte de mí ya está danzando en el borde de su voz. Y él lo sabe. El muy cabrón lo sabe. La música baja y se vuelve más lenta, más delicada. Devrian reduce el ritmo, y ahora nuestros cuerpos se mueven como si estuviésemos flotando.

—Si encuentras un diario durante la prueba, no te asustes. Es solo mi forma de recordarte que estaré ahí, cuidando de ti —me dice al oído.

Mi cuerpo reacciona antes que mi mente y se tensa de nuevo. La música no cambia, pero mi percepción de ella sí. ¿Un diario? ¿Durante la prueba?

—¿Cuidarme? —repito, con una sonrisa que no alcanza los ojos, para que nadie note nada raro entre nosotros—. ¿No se

suponía que las pruebas eran imparciales?

Devrian ladea la cabeza haciendo una mueca, como un niño pillado en una travesura, pero demasiado encantador como para que le regañen de verdad.

—Imparcial es una palabra taaaan relativa, ¿no crees?

Quiero saber más, parte de mí quiere creerle y dejarme caer en esa promesa de que alguien más va a velar por mí. Porque estoy cansada, jodidamente cansada, y aún no hemos empezado siquiera. Porque, aunque me repita que no necesito a nadie, lo cierto es que una parte de mí aún busca un refugio.

—Devrian —digo, al fin—, ¿por qué yo?

—Porque no finges tan bien como crees. Y eso… —Hace una pausa mirando a su alrededor—. Eso puede ser peligroso o precioso, dependiendo de quién se haya fijado.

Su mano en mi cintura no duda y se acomoda justo donde debe, sin titubeos, y me acerca a él más de lo que dictaría el protocolo.

—Estás temblando —susurra en mi oreja—. ¿Fue el Rey quien dejó esa huella, o soy yo quien la provoca?

—Tú solo estás aprovechando el terreno —respondo siguiendo el tono burlón de la conversación, pero mi voz no suena tan firme como debería.

Devrian ladea la cabeza, como si analizase la forma en que mis palabras se tambalean al salir. No responde enseguida. Solo se permite esa pausa calculada que tanto me molesta y que a los Valendris tanto les gusta.

—¿Y si así fuera? —murmura finalmente, tan cerca de mi oreja que siento el roce de su aliento.

El giro que marca la melodía lo lleva a inclinarme hacia atrás, obligándome a aferrarme a su hombro. Es un movimiento perfecto, impecable, como salido de una obra de teatro en la que sé que soy solo una parte más del decorado. Y, sin embargo, mi cuerpo no quiere soltarlo. Como si de pronto me hubiese convertido en cera bajo su tacto.

—Este juego te gusta, ¿verdad? —murmuro, casi sin aire—. Sólo que no sé si estoy siendo jugadora o pieza.

Sus ojos, de ese verde demasiado limpio para este mundo, se clavan en los míos. Hay un destello de algo más ahí, algo que no me atrevo a nombrar.

—Lo interesante, Dionna —susurra, con su particular sonrisa en la cara— es que algunas piezas también pueden volverse peligrosas para quién las juega, si es que las piezas se saben bien las reglas.

El ritmo baja y Devrian aprovecha la cadencia lenta para deslizar su pulgar sobre la parte interior de mi muñeca, como si dibujara un círculo invisible. Esa caricia breve y absurda hace que el vello de mis brazos se erice. Lo odio un poco por eso.

—O quizás solo quieres que aprenda las reglas que te convienen a ti —replico, intentando recuperar el control de la conversación. Pero su mano se mueve, sutil, cada vez más abajo por mi espalda, y hace que me tiemble la voz.

—No te conviene pensar tan mal de mí. Podría protegerte. Podría cuidarte de verdad —dice, y hay algo en su voz que me hace creérmelo.

La melodía llega a su última nota. El giro final nos deja quietos, demasiado cerca. Su rostro apenas a un suspiro del mío. Su nariz rozando la mía, como si fuera a besarme... pero no lo hace.

—A veces el deseo es más útil cuando no se cumple del todo —murmura, y me guiña un ojo justo antes de separarse de mí.

Antes de que pueda responder, tomar aire o siquiera recomponer mi expresión, hace una reverencia perfecta con una mirada mínimamente burlona.

—Ha sido un honor, mi peligrosa dama de acero —susurra, tan bajo que casi tengo que adivinarlo por el movimiento de sus labios.

Luego se gira, y con esa soltura suya que parece no pesar nunca, se dirige hacia otra Aspirante que lo espera con ojos brillantes. Su mano se alza con elegancia. Otra sonrisa nace en su rostro, igual de encantadora que las que me dedicó a mí. Y yo me quedo en medio de la pista, con la música cambiando otra vez, y el corazón golpeándome como si quisiera decirme algo que no alcanzo a entender. Me aclaro la garganta.

Mierda.

Otra copa. ¿La quinta? ¿La sexta? Ya ni siquiera llevo la cuenta, y eso que dije que no iba a beber más. El vino en esta fiesta fluye como si quisiera anestesiar al continente entero. O al menos, a los que aún no han entendido que esto no es una celebración, sino una sentencia de muerte en estado de espera. Yo estoy entre estos últimos. El cristal de la copa está frío entre mis dedos, pero la bebida me arde en la garganta con una suavidad peligrosa. Me acerco a una de las columnas de cristal del salón, no tanto para admirar el trabajo mágico —que, hay que admitirlo, es precioso— sino para observar sin ser vista.

Puedo verlo todo desde aquí. Al principio son solo movimientos mínimos. Sonrisas que no llegan a los ojos; comentarios lanzados con tono casual, como quien habla del clima. Sin embargo, cada gesto, cada mirada compartida, cada inclinación de cabeza, tiene un propósito quirúrgico: son alianzas.

Una pareja —dos Aspirantes que reconozco vaga-mente del desafío anterior— se acerca a Cristalith y Odrien y les sonríen con un aire demasiado amistoso. Pero la conversación apenas dura medio minuto: una risa forzada, un apretón de manos, y los otros dos se van. No consiguieron lo que querían. Cristalith es demasiado lista para regalar lealtades. Veo a otra chica —una que no recuerdo haber visto antes— acercarse a Sándor. Sus manos se mueven con rapidez, como si necesitase que él entendiera algo sin decirlo del todo en voz alta. Él la escucha, sin comprometerse. Su expresión es la de alguien que ya ha decidido su grupo, pero aún no ha dicho a nadie quiénes están dentro para no ponerlos en peligro. Entonces me doy cuenta. Mi punto débil ya no es solo mío. Si yo estoy analizándolos a ellos, ellos me han analizado a mí y saben que no soy fuerte. Nadie se ha acercado a mí.

Nadie busca una alianza conmigo.

El vino me sabe más amargo de repente. Noto la arcada venirme a la garganta y como algunos Aspirantes me miran de reojo. Respiro hondo y me obligo a relajar el cuello, los hombros y el resto de mi cuerpo. Miro a mi alrededor buscando alivio.

Cristalith y Odrien están en un rincón apartado sentados en una de las bancas bajas junto a las esferas flotantes de luz. Sus manos están entrelazadas. Cristalith ríe por algo que él le susurra al oído, y Odrien la mira como si ella fuese la única constante en un mundo de cambio. No sé por qué, pero esa imagen me golpea suave. Un golpe de esperanza, o algo parecido a la esperanza. En medio de toda esta mascarada de interés, alianzas estratégicas y dobleces, hay algo real entre ellos. Algo que no se finge. No sé si eso me va a alcanzar, si tengo derecho a desearlo siquiera, pero sé que quiero algo así.

Levanto la copa, esta vez no para beber, sino como si brindara en silencio. Cuando doy un paso hacia atrás para perderme entre las sombras de la columna, nadie se da cuenta. Mejor así. El vino ya no me resulta atractivo, solo me adormece las extremidades, y mis pies gritan clemencia con cada paso que doy. La idea de deshacerme del corsé empieza a parecerme un acto revolucionario, pero algo me detiene. Escucho el murmullo de una voz femenina y giro la cabeza.

La voz de Lady Nirelia; la reconocería entre mil. Me giro para mirarla. Su vestido es de un gris tan claro que casi parece blanco bajo las luces encantadas. Las mangas dejan ver la piel de sus brazos, adornados con finos brazaletes de plata que simulan ser dagas. Toca hombros y brazos de todo el mundo con naturalidad. Se inclina para decir cosas que provocan sonrisas. Ríe también, pero nunca con la boca abierta. Lo justo para parecer cercana; lo suficiente para que olvides que es una Valendris y hables un poquito de más. Pero yo, que la estoy mirando de lejos y no desde el centro de la pista, lo veo claro: está trazando líneas invisibles entre personas, recogiendo migas de pan para reconstruir el banquete entero. Cada gesto suyo es un anzuelo. Cada palabra, una aguja que cose nombres, secretos, alianzas que aún no existen. ¿Para qué necesita información alguien como ella? Una mujer que podría levantar un dedo y alterar el equilibrio político de mínimo tres regiones. Una mujer con acceso directo a la Cámara Real. Una mujer a quien he visto paralizar, literalmente, a tres Aspirantes solo con su presencia durante la Marcha de Presentación.

La veo ahora inclinándose sobre un joven noble de la Casa Levania, uno que creo que participó en el último desafío con una herida apenas curada. Nirelia le susurra algo al oído y él se ruboriza hasta las orejas. Luego asiente. ¿Está reclutando? ¿Está eligiendo a gente para algo? Una idea se me enrosca en la nuca como un hilo frío: tal vez aquí no solo se eligen los mejores para la Tríada. Tal vez también se escogen piezas para otros juegos. Juegos que no están en las proyecciones. Juegos que no tienen reglas visibles. Y Nirelia, por alguna razón que no alcanzo a entender, está asegurándose de saber quién está en cada mesa. ¿Le habrá ofrecido Devrian alguna pista a otros Aspirantes también? Evidentemente sí.

Mi cabeza me sugiere irme y mis pies ya están gritando por desnudarse. Decido irme ya a dormir; he visto suficiente por hoy. Los pasillos de mármol parecen más largos de lo habitual. O puede que sea el cansancio. O el vino. O ambas cosas retorciéndose en mis pies. Camino con cuidado, porque no quiero que los tacones hagan eco. Decido quitármelos y llevarlos en la mano. Alivio instantáneo.

Las luces flotantes —esas condenadas esferas que se creen candelabros nobles— parpadean suaves, como si quisieran acompañarme en silencio. Lo hacen hasta que algo cambia: escucho el roce de suelas sobre la piedra. Me detengo con la mano que tengo libre apoyada en mi muslo con fácil acceso a una de mis dagas por una pequeña abertura del vestido y me giro lentamente.

Seredric.

No dice nada, tampoco acelera el paso. Solo camina hacia mí lentamente. No hay súbditos, ni Arcanistas, ni escoltas. Solo él, vestido aún con el negro ceremonial que parece devorar la luz en los bordes. Y esos ojos que me miran como la esfera del equipo de embellecimiento.

Cuando está llegando a mí, me giro y continúo caminando sin decir nada. No decimos una palabra, pero parece que ahora caminamos juntos. No lo invito, pero tampoco se disculpa por ocupar mi espacio una vez más sin ningún tipo de explicación. Paso a paso, ese silencio espeso que parece haberse convertido en nuestro idioma se instala entre nosotros como una tercera figura invisible, pero presente. Sus pasos se mimetizan a la perfección con los míos,

como si cada paso suyo estuviera esperando el mío para existir. No me mira y yo tampoco lo miro a él.

Llegamos a la bifurcación que separa la sangre bendita de la pobre. La mía a la izquierda. La suya a… ¡quién sabe dónde! No pregunto, porque no debo. Aunque mentiría si dijese que no le preguntaría qué hay detrás de cada una de las puertas de Palacio. Sin embargo, en lugar de continuar su camino, se detiene.

—Plebeya —dice y le sale tan natural insultarme que me encantaría poder clavarle una daga en el cuello al niño favorito del continente: cabrón arrogante hijo de mil hombres que pagan por carne y algo de cariño fingido, porque no la tienen lo suficientemente grande como para sentirla entrar—, que tengas suerte mañana.

—Como si no fueses tú el que mueve los hilos —res-pondo.

No lo reconozco a él, no me reconozco a mí. Parece que se compadece de algo que él mismo organiza. Así que, ¡qué se joda!

Me giro y camino hacia mi puerta sin mirar atrás, porque sé que si lo hago, si vuelvo la cabeza aunque sea un centímetro, perderé los papeles como si Su Majestad el Rey fuese la piedra a la que le grité, por la que sangré. Que si lo pienso bien, no hay gran diferencia entre ellos.

La habitación está en penumbra. Clummy, que ya está dentro, no dice nada por primera vez en toda la noche. Me quedo de pie, sin desvestirme. Escucho el eco lejano de los violines apagándose en las alturas del palacio.

IX
Dionna

—Dionna de Caelis, nivel de alerta: naranja cobarde. Hora de activación: 06:01. Margen de retraso permitido: ninguno —dice una voz metálica justo encima de mi oído.

Abro un ojo. Luego el otro. Cometo el error de girarme. Lo primero que veo es a Clummy con un espejo flotante a su lado y una tabla encantada en una mano, como si fuese un enfermero Arcanista en una comedia de muy mal gusto.

—Buenos días, Dionna —dice con tono neutro—. Has alcanzado una media de sueño de cinco horas y cuarenta y siete minutos, de las cuales el 42% fue de tipo REM, lo que sugiere actividad onírica moderada. No se detectaron gritos, espasmos ni levitaciones involuntarias, lo cual, considerando tu historial reciente, es una mejora estadísticamente significativa.

—¿Qué parte de «dame cinco minutos más» no está en tu maldito protocolo? —le espeto.

—Todas las partes —responde, bajando la tabla encantada y activando un hechizo flotante que genera una réplica semitransparente de mi cuerpo sobre la cama. Les encanta crear dobles en donde puedas verte hasta los pelos de la nariz. ¡Ay, mi madre! ¡Cuánta celulitis tengo!—. Procedo a revisar tus constantes.

—No. Procede a desaparecer.

—Demasiado tarde. El protocolo de preparación previa para la Primera Gran Prueba ya está activo —dice mientras una esfera azul escanea mi réplica holográfica desde los pies hasta la coronilla

—. En cuanto termines tu desayuno, comenzaremos el módulo de enfoque psicoestratégico, seguido por el módulo de predicción de amenazas. Y sí: ambos son obligatorios.

—Clummy —gruño, enterrando la cara en la almohada—. Te lo voy a decir una sola vez. No me interesa ningún módulo, ni predicciones, ni escaneos, ni tu madre en bicicleta. Solo quiero café. Y pan. Y que nadie me hable durante veinte minutos. Si sobrevivo a eso, consideraremos una conversación.

—No tengo madre y si la tuviese, no usaría bicicleta como transporte —dice él, con esa neutralidad de funeral que lo caracteriza—. Prepararé el desayuno. Pero antes…

—¿Qué parte de «que nadie me hable» no quedó clara? —grito exageradamente, como siempre.

—...antes —insiste, ignorando toda dignidad humana—, debo entregarte tu Informe de Estado Operativo Personalizado. Es un protocolo especial para Aspirantes con historial emocional inestable en vísperas de la prueba de Fuerza.

¿¡Historial emocional inestable!? Debe de ser una puta broma. Me siento... ni sé cómo me siento: mal, despeinada, irritada y con el corsé aún a medio quitar desde anoche. Ninguna teta se me ha escapado. Todo un logro. Necesito verle al lado positivo a algo ya o creo que me voy a morir antes de pisar la Arena. Recojo el poco orgullo que me queda y pregunto:

—¿Me estás diciendo que alguien ha programado un puto protocolo para algo llamado «historial emocional inestable»?

—Correcto. Y has sido clasificada como nivel 2 en la Escala de Imprevisibilidad Afectiva, por lo que estás dentro de los márgenes aceptables, pero cerca de la zona roja. Nivel 3 implica explosiones involuntarias de ira. Nivel 4, colapsos nerviosos. Nivel 5, destrucción masiva con o sin intención.

Le lanzo un cojín. Lo esquiva sin ningún problema.

—¡Clummy, basta ya, por favor! Te juro por la Fundadora que no voy a soportar una palabra más sobre mi estabilidad emocional sin ponerme a llorar.

—Es por tu bien. Como veo que esto te ha afectado, comenzaré ya con el módulo. Lo primero será tu estado físico —dice,

proyectando de nuevo la silueta de mí misma en el aire, resaltando partes del cuerpo en colores alarmantes—. Resumen: Tono muscular bastante aceptable. Tanto por cien de grasa un poco alto para tu altura estéticamente, pero funcional. Resistencia cardiovascular moderada/baja. Tensión acumulada en cuello, hombros, mandíbula y, curiosamente, en los dedos del pie izquierdo.

—Debe ser mi pie emocionalmente más afectado —digo mientras me enrosco en la manta como un capullo.

—Probabilidad de calambres durante la prueba: 23%. Probabilidad de lesionarte haciendo algo estúpido por impulso: 78%.

—¿Puedes bajarle a ese número? Me está dando ansiedad. —Bajo un poco la manta para mirarlo.

—¿Quieres que te mienta?

—Quiero que me traigas café.

—En camino. Mientras tanto, tu perfil psicológico —dice mientras aparece otro gráfico, esta vez con figuras triangulares, una calavera animada y lo que parece un gato llorando. Un puto gato llorando, no me lo puedo creer—. Tendencia a la autocrítica destructiva, humor defensivo, y ansiedad camuflada bajo sarcasmo hostil. Alto nivel de resiliencia, pero frágil al contacto emocional verbal y no verbal. Miedo al fracaso, al abandono y a las pelucas flotantes —dice eso último sin inmutarse.

—¡Eso fue una vez! ¡Y era un maldito bardo borracho en una fiesta de mi prima!

—El subconsciente no diferencia contexto. Lo he anotado.

—¿Lo anotaste? ¡¿Dónde?!

—En tu informe interno de compatibilidad —dice, y lo peor es que parece real. Saca una lista flotante—. Personas con las que deberías mantener interacción hoy:

1. Cristalith Garethil. Nivel de compatibilidad: 8.4. Inteligente, sensata, no te deja hacer tonterías. Probabilidad de supervivencia conjunta: 77%. Probabilidad de conflicto por sarcasmo cruzado: moderada.

2.
Sándor Dobren. Nivel de compatibilidad: 7.2. Fuerte, leal. Probabilidad de supervivencia conjunta: entre un 50% y un 80% Probabilidad de distracción mutua en momentos críticos: alta.
3.
Odrien Veldrán. Nivel de compatibilidad: 6.9. Discreto, eficiente, emocionalmente disponible si se le insiste. Probabilidad de supervivencia conjunta: 42%. Probabilidad de conversación incómoda durante una emboscada: media.
4.
Ernys Branal. Nivel de compatibilidad: 7.2. Apuesta emocional, pero no estratégica. Fiable en ambientes adversos, aunque tiende a la evasión introspectiva. Probabilidad de supervivencia conjunta: 60%. Compatible con tus sarcasmos.
5.
Devrian Valendris. Nivel de compatibilidad: ∞. Nivel de peligro: ∞. Comentario de sistema: Cuidado. Te va a liar, y lo sabes.

—¡¿Pusiste infinito?! ¡Eso ni siquiera es una nota válida!

—Es una alerta emocional reforzada por tus signos vitales durante el último baile. Tus pupilas se dilataron un 11%. Tu frecuencia cardiaca aumentó 23 latidos por minuto y se te erizó la nuca cuando te tocó la muñeca. Los datos no mienten.

—¡Tú analizas lo que quieres ver, eso es lo que haces! ¡Mientes! —Pero ya estoy roja como un tomate, y no puedo evitarlo.

—En mi naturaleza está el siempre decir la verdad a menos que me pidas que te mienta. En cuyo caso, agregaría una nota de advertencia —responde Clummy, imperturbable.

—Vale, ahora sí. Cinco minutos más. Solo cinco, por favor te lo pido.

—Mientras tanto, te dejaré el café en la bandeja junto a tu cama y activaré la secuencia musical de motivación suave: categoría

«guerrera melancólica con traumas y sentido del humor».

—Perfecto —digo desde debajo de la manta—. Si suena una flauta, te quemo.

—Confirmado. Sin flautas. Solo cuerdas graves y percusión suave con tintes épicos. Imagínate blandiendo tu daga y no gritándole a piedras.

Le lanzo otro cojín, sin éxito de nuevo. Mientras suena la música y el aroma del café se mezcla con mi agotamiento, me quedo en silencio. Clummy se sienta en una esquina de la habitación y no dice nada más.

Por fin. Cinco minutos para ser humana.

Pienso saborear este desayuno como si fuese el último: a una de morir, morir llena.

◆ ◆ ◆

Nos hacen formar en línea y mi estómago no para de quejarse, el café me sentó más amargo que la noche anterior. Clummy me dio un tónico que me quitó la resaca de encima, pero no la sensación de haberlo vivido todo. Nadie habla, lo cual es preocupante. Solo caminamos hacia nuestro destino.

La Arena de Espejismos ya no es la misma. Donde antes había mármol pulido y simetría ceremonial, ahora solo hay ruina. Pilares rotos emergen del suelo, algunas plataformas flotan a distintas alturas, como restos de un templo olvidado. Los fragmentos a diferentes alturas hacen que parezca un volcán. Una plataforma con un templo, cuyas puertas dan al otro lado de la Arena me hace pensar que esa es la meta final. Algunos de los fragmentos que dan a las puertas arden. El calor lo impregna todo, sube desde el centro de la tierra como si la Fundadora nos recordase que sigue viva y puede devorarnos si se lo permitimos.

Me quito la capa ceremonial sin que nadie me lo ordene. El sudor ya me recorre la espalda. No estamos aquí para desfilar como hicimos hace unos días: estamos aquí para no morir. Ciento treinta.

Esa es la cifra que suena por boca de uno de los Arcanistas, con una voz amplificada por magia.

—Ciento treinta Aspirantes se presentan hoy para la primera prueba letal. Veinte han desertado tras el Baile de Acero. Abandonaron por voluntad propia. No serán juzgados —dice y hace una pausa, breve pero cargada de significado—, pero tampoco serán recordados.

No sé qué me remueve más, si la palabra «letal» dicha con tanta naturalidad, o esa condena final. «No serán recor-dados». Como si el olvido fuese la verdadera pena de muerte. Levanto la vista hacia los palcos superiores.

La familia real tiene un espacio especial solo para ellos, y detrás de ellos, proyectados en pantallas mágicas flotantes, están los rostros de quienes ya cayeron en el olvido antes de haber muerto. Uno por uno son proyectados con una gran X roja tachando sus caras. El mensaje es claro: nadie es indispensable y no todos llegaremos al siguiente baile; ya sea por decisión propia o porque la dama oscura nos lleve.

El suelo tiembla y no es una ilusión. Un estruendo sacude la estructura entera y del centro de la Arena emerge algo que parece un altar de piedra fundida, con runas brillando en rojo. Sobre él, un Arcanista de túnica carmesí nos mira como si ya supiera quién va a caer hoy.

—La Prueba no comenzará aún —anuncia—. Pero desde este momento, todos los hechizos de protección quedan desactivados. Las decisiones que tomen serán suyas. —Juro que me mira por un segundo—. El daño también.

Un murmullo sordo se esparce entre los Aspirantes. Alguien traga saliva a mi lado. Otra persona se santigua. Yo simplemente ajusto las dagas ocultas bajo mi traje reforzado. No hay delicadezas ni parafernalias propias del baile de ayer: solo el calor y el aire pesado que lo acompaña. Esto es la Tríada desnuda, con los dientes afilados, y con ganas de sangre. Estamos todos en el centro. Juro por todo lo que más quiero que no pienso caer en la primera prueba.

El silbido inicial suena como un grito seco. Como si el aire mismo hubiese sido rajado por una daga invisible. Al instante, el

calor que ya era asfixiante se vuelve insoportable. Nos empujan hacia delante sin palabras, como ganado que se dirige al matadero. Una voz nos ordena trabajar en grupos de tres. De tres en tres nos sitúan en círculos de fuego y magia con una columna en el medio en el que brilla una antorcha del cual no podemos salir.

Estoy con Sándor y con una chica de Elarith, cuyo nombre no recuerdo. Tiene el pelo negro trenzado y los ojos fijos al frente. Nunca un espacio se me había hecho tan pequeño. No intercambiamos palabras. El cuadrante en el que nos lanzan parece un cráter partido en dos, con plataformas de piedra flotando a distintas alturas y antorchas encantadas clavadas en pilares de obsidiana. El suelo vibra, el aire y mi propio cuerpo también. Y entonces lo vemos.

Un puñetero grifo.

No es un animal real; está hecho de roca fundida en vez de huesos, fuego en lugar de plumas. Cada movimiento deja una estela de calor que dobla la imagen del espacio y crea una estela en el aire. Las alas son cuchillas de magma. Y los ojos son dos carbones encendidos que no parpadean. Cuando ruge, el mundo se contrae.

—A la izquierda —grito.

Sándor ya se mueve. Lo hace sin más, con ese instinto suyo de ejecutar antes de pensar. La chica corre tras él. Yo me quedo unos segundos más para observar el movimiento del animal. Necesito ver, necesito no ser una ingenua como con la roca. El círculo es muy pequeño. El grifo embiste hacia una de las columnas de un círculo donde está otro grupo de Aspirantes. Uno intenta clavarle una lanza en la garganta. El grifo ni se inmuta. Lo tritura contra el suelo como si fuese un insecto. Ni siquiera le da tiempo a gritar, solo se escucha el crujido seco de los huesos rotos. Se ha muerto de verdad. Así sin más, de un segundo a otro.

—Mierda... ¡Mierda, mierda, mierda! —me digo entre dientes, corriendo ahora hacia un saliente cubierto por sombra.

Sándor me alcanza, cubriéndome con su escudo, por si acaso. Y yo que solo traigo unas dagas insignificantes... ¿cómo se puede ser tan inútil? Nos dejaron elegir un objeto esta mañana. Yo

escogí daguitas con las que el grifo podría quitarse restos de alguno de nosotros de entre los dientes.

Tengo que mantener la calma. Tengo que respirar e intentar recordar las pistas de los desafíos. Aunque solo sepa dos, tienen que servir para algo.

«No todo es lo que parece» y «la sombra es la guía».

Tengo que pensar. Joder, ¡qué calor hace!

Algo brilla en otro de los círculos, captando mi atención y también la del grifo; este se gira instantáneamente hacia allí. Todos quieren ganarse la gloria de matar a la bestia. Uno de los Aspirantes, un chico alto —de Valthoria, si no me falla la memoria— se lanza con una lanza llameante en alto como si pudiera intimidar al monstruo con fuego. Por un segundo creo que el grifo va a retroceder, pero no; se abalanza con una velocidad imposible hacia el pobre chaval. El zarpazo lo parte en dos de un solo golpe. Después atraviesa con cada garra ambas partes del cuerpo del chico y las lanza contra sus dos compañeros que apenas tienen tiempo de gritar. El mero impacto los aplasta contra el suelo como si fueran muñecos de trapo. El sonido que hacen sus cráneos al romperse por el impacto me persigue incluso cuando dejo de mirar.

Ya no están. Se han ido tres personas en menos de tres segundos. Nadie se mueve. El shock nos ha quitado hasta el grito que contenemos en la garganta. La columna ha caído con ellos y el círculo en llamas se disipa. El grifo sacude su cabeza como si estuviese confuso y gira hacia otro de los círculos con tres Aspirantes dentro. Ataca la columna y los fragmentos de piedra vuelan como metralla y dan a una Aspirante que grita con la pierna rota por una de las rocas más grandes.

Espera un momento. El grifo dejó de atacar ese círculo cuando las llamas se apagaron, no porque los Aspirantes muriesen.

—¡Está ciego! —le digo a Sándor—. No nos ve.

—¡No es ciego, Dionna! Ataca y no falla.

—No nos ve a nosotros. Solo ve las luces, los círculos de fuego. Nos encuentra gracias a las luces —lo digo lo más rápido que puedo, tratando de ordenar mis ideas—. Sigue las zonas iluminadas. No lo veas como una bestia. Es un acertijo. —La carcajada de

incredulidad me sale natural—. ¡Es un puto acertijo! Tenemos que apagar el círculo: «la sombra es la guía». *Nuestra* guía.

—¿Cómo coño apagamos el círculo? —Sándor me grita por impotencia—. Pon ese bonito cerebro a trabajar, de Caelis.

Tengo que pensar. Joder. El grifo ya se ha llevado a otros Aspirantes por delante. Esto es la Prueba de Fuerza. Piensa, Dionna, piensa. Vamos a ver, el grifo ha ido directo a la columna de su círculo. Espera. Es una prueba de Fuerza, tenemos que utilizar nuestra fuerza de alguna manera. El grifo ataca a las columnas antes de atacarnos a nosotros. Miro nuestra columna buscando alguna pista. Por la Fundadora, ¡qué fácil! Las antorchas sobre la columna. Así nos encuentra. Me acerco a la nuestra y noto como la antorcha emite un zumbido bajo. Tiene runas grabadas: magia direccional. La antorcha está conectada al círculo. El grifo se guía por la luz del fuego de la antorcha.

—¡Hay que derribar la antorcha de nuestra columna! —le grito, empujando con todas mis fuerzas—. ¡No puedo sola! ¡Joder!

Sándor y nuestra compañera me ayudan a tirar la antorcha abajo. Tres empujones. Cuatro. Un rugido detrás de nosotros me distrae. Mierda. El grifo ha notado el cambio. Viene hacia nosotros. El fuego quema el aire aún más. Con un grito que parece sacado de otra vida, Sándor embiste con el escudo a la columna, que tiembla. Las runas parpadean. Otra embestida y se rompe por la base. La antorcha cae con la columna y se apaga, junto con el fuego del círculo. El grifo se tambalea, como si el suelo hubiese desaparecido bajo sus patas.

—¡Funciona! —grito, con una risa histérica—. ¡No puede vernos!

El grifo ruge y del pecho le nace una llamarada.

Nuestra compañera no consigue cubrirse y grita cuando el fuego la alcanza. Un segundo —solo uno, otra vez— y ya no queda nada. Ni siquiera hueso: solo ceniza. Fundadora mía, ya no está, ya no es. Sándor me empuja al suelo, cubriéndome con el escudo.

—¡No la mires! ¡Tenemos que correr!

Estoy llorando. No sé cuándo empezaron a caerme las lágrimas por las mejillas, pero ahí están. Cuando creo que la

desesperación de oler un cuerpo que hace un momento me estaba ayudando a sobrevivir va a romperme en dos. Bajo la mirada y lo veo: un libro, antiguo, con el lomo desgastado. Me saca por un momento del bloqueo. «Diario personal de Aethyr Valendris, el Valeroso». Devrian. No puedo dejarlo ahí; lo ha dejado para mí. Ver el diario me ha devuelto a la realidad.

El grifo ya no sabe dónde estamos. Su vuelo es errático. Sus movimientos se vuelven torpes, parece estar volando hacia más antorchas llevándose a más Aspirantes por delante. Solo escucho gritos y veo como otros, que han imitado nuestra estrategia, derriban sus antorchas.

A Sándor le cae sangre a borbotones por la pierna y el hombro derecho, pero seguimos corriendo hacia la salida. No se queja; me sigue y me cubre. Como si su cuerpo fuera el escudo. Tenemos que saltar a la plataforma del templo para poder salir de aquí, pero está demasiado alto y el grifo vuela sin control cada vez más agresivo.

—¡No vamos a lograrlo! —grito, pero ya estoy corriendo hacia la plataforma.

Saltamos hacia ella. Sándor sube haciendo una dominada que hace que suelte un chorro de sangre incompatible con el movimiento que acaba de hacer. Intento hacer lo mismo, pero no lo consigo y me quedo colgando por fuera de la plataforma. Sándor me agarra una mano e intenta subirme.

—¡Sándor! —grito, desesperada.

Estoy a punto de caer y el grifo está cada vez más desesperado; vuela errático hacia cada esquina de la Arena. Sándor tira de mí y me sube a la plataforma como si fuese una pluma. Intentamos abrir las puertas, pero no se abren. ¿Por qué coño no se abren? Lo hemos conseguido.

Más Aspirantes consiguen subir a la plataforma. Somos veinte aquí arriba y las puertas no se abren. ¿Qué más tenemos que hacer?

Cincuenta. Nada, no se abren.

Setenta. ¿Cómo vamos a caber todos aquí? Es imposible. Estamos prácticamente pegados unos a otros.

El silencio es sepulcral.

—«Solo encontrarás la luz estando en la penumbra» —dice el noble de la Casa Morvhaen—. Esa fue la segunda pista. No puede quedar ninguna antorcha en pie.

Quedan por lo menos cincuenta personas en la Arena. No vamos a caber. El grifo ataca a los Aspirantes que todavía no han tirado sus antorchas. Su fuerza ha ido en aumento y ataca aún más violentamente.

Poco a poco, los Aspirantes van tirando las antorchas. Somos noventa en la plataforma. No hay forma posible de que quepamos todos. Nueve Aspirantes más han tirado sus antorchas, corren hacia la plataforma. Algunos hemos decidido subir a hombros de otros compañeros para hacer sitio. Los últimos nueve saltan a la plataforma.

Noventa y nueve Aspirantes a las puertas de la salvación, pero las puertas no se abren. Estoy a hombros de Sándor. Sigo sin comprender cómo es capaz de aguantar con tanto; su sangre me mancha el femoral, pero él no parece inmutarse. Desde aquí puedo ver la destrucción que ha causado el grifo. Está completamente desbocado.

Espera.

Quedan dos círculos encendidos con solo dos personas en cada uno. No creo que sea posible que tiren la antorcha entre solo dos personas. Es una tumba.

El grifo engulle a dos Aspirantes de uno de los círculos que luchaban por tirar su antorcha sin éxito, que finalmente cae, pero ya es demasiado tarde. Los otros dos Aspirantes lloran y gritan desesperadamente. Uno de ellos intenta huir del círculo de fuego, pero su carne comienza a derretirse en cuanto intenta salir.

Van a morir. Saben que van a morir y no pueden hacer absolutamente nada. No puedo cerrar los ojos cuando veo cómo el grifo, en un acto kamikaze, se abalanza hacia los dos jóvenes de veinticinco años que lloran como si tuviesen dos y su madre los hubiese dejado solos. En cuanto la última antorcha se apaga con la vida de los dos últimos Aspirantes en pie, el grifo estalla en un millón de fuegos artificiales que iluminan el cielo de la Arena. Han

muerto treinta y un personas. Los he contado a todos. Uno a uno. Lo que antes estaba iluminado por fuego —por vidas—, ahora está en completa oscuridad. Las puertas se abren.

Treinta y uno han muerto. Noventa y nueve hemos vuelto a nacer.

◆ ◆ ◆

El mundo sigue oliendo a humo, carne quemada y miedo cocido a fuego lento. El pabellón provisional con bancas acolchadas y un silencio que nadie se atreve a romper hace de sala de descanso para los que hemos superado la Primera Prueba.

Algunos tienen vendas. Otros, los ojos perdidos. Hay quien llora sin hacer ruido. Nadie parece estar bien del todo. El aire está impregnado del eco de lo que no se dice: «Estamos vivos, pero a qué precio».

Ni siquiera quiero sentarme. Me quema la piel y las manos me tiemblan. Tengo hollín bajo las uñas, cortes en los antebrazos y la ropa —supuestamente reforzada— hecha jirones. Sé que parezco un espectro sacado del borde del infierno; y sin embargo, sigo respirando. Paso entre los Aspirantes como si supiese a dónde voy. Como si no hubiese dudas. Mentira. Cada paso me cuesta un mundo, pero necesito verlo.

Lo encuentro de espaldas, apoyado contra una de las columnas que separan el pabellón del pasillo posterior. Devrian Valendris. El cabrón encantador. El que me dejó un libro en medio del infierno como si fuera una nota de amor escrita con sangre. Me planto frente a él y no dice nada al principio. Solo me observa, como si estuviera leyendo cada trazo de mi ruina. Me mira de arriba a abajo como si quisiese matar a lo que sea que me haya hecho daño: el grifo, el fuego o mi propia mente.

—El diario —susurro, y siento que la voz me sale desde un rincón oxidado de mi pecho—. Durante la prueba... —digo antes de tragar saliva— vi el libro. El diario, el que mencionaste, lo vi allí. Apareció de repente, no lo había visto antes, pero en cuanto lo vi te

prometo que lo recogí. —Hago aspavientos con las manos e intento justificarme repitiendo cada palabra como si insistiendo en ellas tuviese más peso—. Pero luego, cuando todo se vino abajo, cuando las antorchas, los cuerpos, los gritos… —sigo hablando a toda velocidad mientras las lágrimas se me agolpan en los ojos— lo perdí. Lo perdí y no sé dónde, y sé que era importante para ti, y lo siento, Devrian, de verdad que lo siento.

Me siento idiota. Estoy al borde del llanto por un libro. Vi morir a treinta y un personas, pero lo que me rompe por dentro es un diario perdido. ¡Un puto libro! Pero es que no era solo eso, era una señal. Una cuerda lanzada en mitad del abismo. Y yo la perdí.

Devrian no se altera. No frunce el ceño, ni pregunta por qué no lo cuidé mejor. Solo alarga una mano y me toca el hombro con una suavidad que me desarma.

—No importa, Dionna —dice en casi un susurro—. Era casi ficción. Solo quería que lo vieras y que supieras que mientras yo siga aquí, siempre cuidaré de ti.

Me abraza sin pedir permiso, por primera vez. Sin buscarlo, me envuelve como si supiera que es justo lo que necesito y justo lo que me da miedo aceptar. Me quedo tensa como un arco al principio, pero luego dejo que mi cuerpo recuerde que está vivo. Me permito temblar al relajar cada músculo de mi cuerpo.

—No deberías decir eso —le murmuro, con la frente pegada a su pecho—. No deberías hacerme sentir que puedo bajar la guardia.

Él no se aparta.

—Conmigo siempre podrás bajar la guardia —responde—. Dejarte cuidar no significa ser débil, Dionna.

Sus palabras me atraviesan, me abren por dentro y remueven algo que no recordaba que estuviese vivo. No tengo respuesta. Solo tengo ese nudo en la garganta que no se disuelve, y el eco de su promesa retumbando como una melodía triste en mitad del desastre.

—Gracias —digo al fin. Y me sorprende lo sincera que suena mi voz.

Devrian me aprieta un poco más contra él. Cuando La Tríada nos pida la siguiente parte de nuestra alma, recordaré este momento, y puede que este recuerdo sea lo último que me mantenga en pie. Solo con esto me conformo.

—No estoy hecha para esto —digo sin pensar en que no debería confesarle mis preocupaciones—. No para esta versión de la Tríada. No para ver gente morir y aplaudir por dentro porque no fui yo. No para jugar a ser fuerte cuando ni siquiera sé si soy útil o solo un nombre en una lista que nadie recuerda. No quiero morir.

Noto las manos de Devrian sobre mis hombros, me aparta para poder mirarme. La mirada me calienta como el fuego suave de una chimenea en una noche muy fría.

—Dionna, sobreviviste. Viste lo que otros no. Pensaste mientras los demás solo golpeaban. Eso es más raro de lo que imaginas. Tienes un poder que aún no entiendes, tienes que confiar en él más a menudo.

—Pero... —La voz se me rompe—. Pero ella… la chica de Elarith, murió por nosotros. Por mi culpa. Si no hubiese decidido tirar la antorcha sin un plan de huída, ella no habría muerto.

—Si no lo hubieses hecho, habrías muerto tú. Y ella también. Y quizás Sándor. No puedes cargar con todas las almas que esta prueba ha tragado, Dionna. No eres la Fundadora. Eres humana. Y tú…—Duda durante un segundo y mira a los lados—. Tú aún tienes un papel que jugar aquí. No lo entiendes ahora, pero lo harás.

—¿Y si no quiero jugar ningún papel? ¿Y si solo quiero terminar esto e irme a casa?

Devrian sonríe y juro que me cura las heridas físicas por un momento. Aunque sea esa sonrisa triste que se da cuando sabes que no hay vuelta atrás, aunque te la ofrezcan.

—Entonces finge hasta que esto termine. O hasta que ya no necesites fingir.

Me río por no llorar. Un poco. Un eco ronco de algo que no es alegría, pero se le parece.

—¿Así es como lo haces tú? —le pregunto mientras sorbo por la nariz.

—¿El qué?

—Sobrevivir aquí. Fingir que eres solo encanto y simpatía. ¿O eres real?

—Yo soy muchas cosas, Dionna. Algunas buenas. Otras... no tanto. Pero hoy, contigo y aquí, no estoy fingiendo nada.

Asiento y me limpio los ojos con la manga. Me obligo a respirar. A contar hasta cinco y seguir.

—¿Puedes quedarte un rato más aquí conmigo? —le pregunto sintiendo la vergüenza más absoluta que he sentido nunca por estar limosneando compañía.

—El rato que necesites. —Sonríe y me vuelve a encender el alma.

X
Seredric

La pérgola bajo la que nos vamos a deleitar con la mejor comida de todo el continente es de hiedra viva. No crece como el resto de plantas: se mueve, respira, murmura entre hoja y hoja como si estuviera juzgando cada palabra que se pronuncia bajo su sombra. Un regalo de los Arcanistas del sur, si mal no recuerdo. Su belleza es engañosa, como casi todo en este jardín. Mi madre ocupa el centro como si el trono la siguiera a donde vaya. Zmena a su derecha, con la espalda recta y las manos cruzadas sobre las piernas como si fuera una estatua de su propio orgullo; característica de los de mi sangre que no soporto.

Desde mi asiento observo el banquete extendido frente a los Aspirantes. Es irónico que lo llamen comida de celebración, cuando lo que veo desde aquí no es júbilo: es supervivencia maquillada de jolgorio. Noventa y nueve cuerpos se mueven con lentitud entre bandejas flotantes, copas de néctar y cuencos de fruta glaseada fingiendo que aún pueden permitirse la inocencia. Solo se escucha el tintinear de los cubiertos sobre porcelana y el zumbido bajo del clima poco hostil que la hiedra mantiene como si tuviera conciencia del protocolo.

Los platos principales son exquisitos: ave con miel y especias, frutas abiertas por magia, dulces con forma de espirales líquidas. No he probado bocado. Pocos lo han hecho, en realidad. La mayoría estamos fingiendo tener apetito. Fingiendo que no vimos lo

que vimos ayer. Treinta y un cadáveres no maridan bien con vino rosado.

—Vi algo curioso durante la prueba de ayer —dice Zmena de pronto, rompiendo el silencio mientras se echa el pelo hacia atrás—. Una de las aspirantes recogió algo del suelo, justo antes de que las cosas se descontrolasen por completo.

Levanto la vista y ella lo nota, lo cual le forma una sonrisa en la cara. Siempre disfruta cuando me tenso.

—Dionna de Caelis —dice manteniendo esa sonrisa más falsa que un título comprado, mirándome directamente a los ojos. Bajo la mirada a mi plato para evitar que note que me importa—. No llegué a ver qué era exactamente. Parecía algo invisible. Lo bastante pequeño como para que el resto no lo notara, pero evidentemente yo sí lo vi.

Nunca he soportado la soberbia de mi hermana, esta no es una excepción: ni la miro. Mi madre levanta una ceja. No dice nada, pero su copa se detiene en el aire. Zmena prosigue.

—Si eres inteligente, hermano, no deberías confiar en alguien tan impredecible —dice sorbiendo su copa de vino—. Te vi bailar con ella más tiempo que con el resto de Aspirantes. No seas tonto.

La palabra «hermano» no suena familiar en sus labios.

—¿Te preocupa mi juicio o te molesta que no sea el tuyo? —pregunto, sin mirar directamente a ninguna de las dos.

Zmena ríe por lo bajo, poniéndome más de los nervios.

—Me preocupa que confundas fascinación con claridad. Esa chica ha sobrevivido, sí, pero no como los demás. No por fuerza ni por lógica, porque ha demostrado ser bastante tonta en muchas ocasiones. —Chasque la lengua y me guiña un ojo—. Eso me lleva a pensar que tuvo que sobrevivir por algo que ninguno de nosotros puede nombrar todavía, pero que todos sabemos. —Hace una pausa para hacerse la sorprendida por algo que acaba de pensar—. O puede que alguien le esté dejando migas de pan. ¿No te resulta…— comienza a preguntar formando otra sonrisa en sus labios— peligroso?

—Sobrevivió de milagro —interrumpe mi madre—. Lo he confirmado con dos de los Arcanistas. El mérito fue del escudero ese, Sándor Dobren. Fuerza bruta, nada más. Ella fue arrastrada por su espalda, no por su propia destreza física. Una Aspirante con suerte, no con méritos

—¿No es precisamente eso lo que buscan las Pruebas? Lo que nadie puede nombrar. Lo que no se espera. Buscar alianzas y aprovecharte de ellas —hablo por rellenar huecos de silencio con algo de utilidad, no porque me esté apasionando la conversación—. Además, hablar de alguien sin conocerlo se ha quedado bastante arcaico, *hermana* —la atravieso con la mirada mientras pronuncio la última palabra con mucha más fuerza.

—Yo solo te digo que procures que solo sea un polvo y no llegue a nada más —dice mi hermana copa en mano y sin sonrisa visible esta vez—. Ya sabes cómo van a terminar las cosas.

El silencio se hace más espeso, pero Zmena no ha terminado. Ella nunca termina hasta haber dado la última puñalada.

—Ese Sándor tiene algo de nobleza rural, ¿no? Dobren... Me suena. Su hermano mayor falleció en una de las últimas Tríadas, ¿no? Una lástima. A ver si los músculos no acaban comiéndose al cerebro, como le pasó al hermano.

Zmena toma un sorbo de vino como si hubiese dicho algo trivial, y yo me obligo a respirar. A mantener el rostro neutro. A no dejar que se note. Mi madre se limpia los labios con una servilleta de encaje y, finalmente, habla.

—Zmena tiene razón en algo —dice con tono suave, pero sin dulzura alguna—. No puedes permitir que tus emociones se enreden con los resultados de la Tríada. Lo que está en juego no es solo tu corazón, Seredric. Es el pacto, la Corona, la profecía y el continente entero. —Da un sorbo a su vino antes de seguir hablando—. Dionna de Caelis… es interesante y necesaria, pero la historia no se escribe con mujeres interesantes. Se escribe con las que son útiles para algo más. Un rey no puede permitirse que su pueblo lo vea débil —comenta y da otro sorbo—, y el amor te hace débil.

—¿Y si ambas cosas fueran posibles? —pregunto, y esta vez sí las miro a ambas—. ¿Y si la pieza más útil fuera precisamente la

que nadie quiere reconocer? La profecía puede haberse interpretado mal.

Zmena entrecierra los ojos y los pone en blanco. Mi madre no responde de inmediato. Solo deja su copa sobre la mesa con un leve sonido seco.

—Solo asegúrate de que no te esté usando para jugar su propia partida —murmura ella—. A veces, lo que parece vulnerabilidad es solo otra forma de poder. Más peligrosa, incluso. Además, siento decirte que creo que llegas tarde, hijo.

Respiro hondo. Siento que los cubiertos me pesan como si fueran armas que podría utilizar para hacerles arrepentirse de haber dicho todo eso. No puedo evitar buscarla entre la gente. Juro que la busco como si de ello dependiera mi capacidad de respirar. Como si al perderla de vista, el mundo pudiese volver a incendiarse.

No la veo, solo distingo los mechones dorados de Cristalith, el andar cojo de Sándor que se acerca a la mesa donde está la rubia, el perfil serio de Odrien frente a ella, y la silueta demasiado alta de Ernys, que intenta sonreír mientras no deja de frotarse la muñeca izquierda. Me he aprendido todos los nombres de ese grupo de cinco por mera supervivencia. La suya o la mía, aún no estoy seguro. Todos están aquí menos ella. ¿Dónde está? Cuando Odrien se echa hacia atrás, la veo.

No va vestida para deslumbrar, pero es la única mujer que solo con su mera existencia es capaz de encender algo dentro de mí que hace que brille más de lo que haría jamás por mí mismo. Está sentada en el banco de piedra, con un plato a medio terminar y los codos sobre la mesa como si no tuviese etiqueta que demostrar. Juraría que acaba de sonreír, está hablando con Cristalith mientras gesticula con las manos, como si necesitara empujar las palabras para que salieran completas. Algo en esa risa me obliga a quedarme mirando más de lo que debería. Es una mujer brillante y ni siquiera lo sabe.

Hay en su gesto una grieta que no busca disfrazar; la muestra con orgullo. La veo en la manera en que inclina la cabeza hacia Sándor cuando él se suma a la conversación, hay una compasión que no necesita alardes. No se acomoda en el papel de

víctima, aunque sé que se siente una. No se disculpa por existir, aunque tampoco parece orgullosa por seguir en pie. Simplemente se ha puesto una armadura agrietada para salvaguardar todo lo que lleva dentro, pero no le importa que se sepa que está a punto de romperse. Es desconcertante. Y aquí sigo, observándola más tiempo del que debería.

Cuando salgo del ensimismamiento y levanto la vista, veo a Devrian al otro lado del salón. Ya me estaba mirando. Inclinado con elegancia en su asiento, como si el respaldo le quedase siempre demasiado recto para su gusto. La copa entre los dedos, el rostro en calma; sin embargo, sus ojos, esos malditos ojos, se han clavado en mí con una intensidad que me incomoda. El cruce de miradas es breve, apenas un segundo.

Lo sabe, y lo peor es que yo también.

Devrian tiene encanto. Es carismático, fluido, capaz de sostener tres verdades y cinco mentiras en la misma frase sin que nadie se percate. La corte lo adora, los Arcanistas lo respetan y las damas lo desean. Sabe cuándo sonreír, cuándo guardar silencio, cuándo acercarse y cuándo destruir desde la ternura.

Dionna tiene heridas que no lleva en el cuerpo —al menos no todas—; las tiene en los ojos, en el modo de apartarse medio segundo antes del contacto, en cómo se tensa cada vez que alguien dice su nombre con demasiada familiaridad. Y se ha acercado demasiado a él. Se ha dejado envolver por esa sonrisa perfecta y esos gestos delicadamente diseñados. Le ha hecho creer en su protección, su consuelo y afecto.

Mi rostro permanece sereno, impasible, con la barbilla ligeramente alzada, las manos reposadas con naturalidad calculada junto al plato. Cada músculo donde debe estar. Cada emoción donde no debe notarse. Como en muchas otras ocasiones empiezo a preguntarme qué pasaría si la gente me viera tal como soy. Noto mi don palpitando bajo la piel, pero solo tiene un objetivo claro cuando Dionna está cerca. Objetivo que no quiero alcanzar. No así.

La comida sigue. Mi madre hace un comentario, Zmena responde con una risa elegante. Las copas se llenan solas gracias a las jarras encantadas. Los sirvientes se deslizan como sombras entre

las mesas. Todo sigue según el protocolo, como si no estuviésemos comiendo sobre las cenizas de una matanza orquestada. Como si no hubiese muertos recientes a los que el continente nombrará con orgullo. Como si sus vidas fuesen más valiosas ahora que se han acabado.

Yo ya no escucho la conversación: mis ojos vuelven a ella. Está hablando con Odrien ahora. Sonríe al decir algo. Cristalith suelta una carcajada. Sándor se inclina hacia el centro de la mesa y ofrece su copa. Dionna alza la suya y choca levemente. Brinda por la vida, imagino. Por seguir en pie.

No sé qué tiene.

No es su belleza —aunque la tiene, furiosa y sin adorno—, sino por cómo habita el mundo. Dionna no camina, atraviesa; no mira, perfora; su piel no es suave, es firme. Su pelo se oscurece en la sombra, pero cuando el sol lo alcanza, esos hilos rojizos aparecen como si el fuego mismo se hubiese escondido allí. El cuerpo que cree imperfecto se mueve con una armonía salvaje: fuerte donde necesita, flexible donde importa. Y sus ojos… hay algo en ellos que me desarma. Son como si el bosque, el mar y el fuego se hubieran encontrado: avellana, océano, oro y brasas. En ellos habita la contradicción más hermosa que he conocido: una fortaleza construida sobre inseguridad. Una voluntad que arde incluso cuando todo en ella dice que no es suficiente.

Ella no lo ve.

No ve cómo el silencio se rompe cuando entra a una sala. Cómo los demás la siguen incluso cuando no habla. Cómo hasta su rabia tiene personalidad propia. Ella se odia por no ser más fuerte, sin saber que su fuerza está en no rendirse nunca. No brilla como una joya, brilla como una herida que cicatrizó hace muy poco. Desde la primera vez que la vi, me pregunto si algún día podré dejar de fingir.

Me obligo a apartar la mirada otra vez, a volver a la copa que tengo delante, al plato intacto, al aire demasiado tibio de este jardín encantado. Pero las palabras de mi madre ya se han disuelto. El veneno de Zmena también. Todo ha quedado en pausa.

◆ ◆ ◆

Me cago en la Fundadora.

—Te estaba buscando —dice sin moverse aún, con ese tono suyo entre burlón y prepotente que aborrezco.

Pensaba que me había librado de la compañía una vez había salido del jardín, pero no. El hijo perfecto, el amante ideal, el yerno que toda suegra querría tener está aquí. Ni le respondo, solo levanto una ceja y lo miro fugazmente. Con los años he aprendido que el silencio es mi mejor respuesta: las palabras me pertenecen cuando quiero, y con Devrian, no conviene entre-garle nada antes de tiempo. Él lo sabe y por eso sonríe. Se incorpora con la misma gracia peligrosa de siempre, como si la columna en la que estaba apoyado hace un segundo también trabajase para él.

—La comida fue encantadora —dice justo antes de soltar un gran suspiro—. Las hiedras encantadas, la música suave, el cadáver simbólico de los que no llegaron… —habla de cadáveres como quien habla del clima—. Muy ceremonial todo. Casi poético —Me mira con esa sonrisa enfermiza que me encantaría borrarle de la cara y continúa—. Tal y como le gusta a Matrish.

—No estoy de humor para tus mierdas —respondo al fin, sin darle la satisfacción de un saludo.

—Estaba pensando en Dionna —me suelta—. Estar con ella en el baile fue interesante, pero en el pabellón de sanadores fue mejor.

No me muevo, algo dentro de mi estómago se tensa. Su nombre en su boca me repugna, se me acartona como si tuviese la boca llena de ceniza. Devrian se detiene a pocos pasos de mí y sonríe de nuevo, pero sus ojos no lo hacen en absoluto.

—Tiene ese fuego que solo tienen los que aún creen que pueden cambiar el mundo —dice con voz suave—. Es refrescante pensar en todo lo que le espera. Y además es preciosa, por si no lo has notado. Una pena el destino que le espera, la verdad. Aunque supongo que sí que lo has notado. —Ríe como si hubiese recordado un chiste y me guiña un ojo—. Seguro que si todavía tienes algo entre las piernas sí que lo has notado.

Su tono es burlón; está midiendo el efecto de cada palabra en mí. Y, muy a mi pesar, está consiguiendo sacarme de mis casillas.

—Tal vez intente algo con ella —continúa, deteniéndose a mirar una de las vidrieras talladas—. No solo por el placer —comienza a decir justo antes de mirarme—, que también. Sería interesante unirla a la familia, ¿verdad? Igual encontramos una manera de reinterpretar la profecía. Una chica con carácter da hijos con columna vertebral. —Se frota la mandíbula, casi como si lo estuviese considerando en serio—. ¿Te has fijado en su culo? —Me da un pequeño golpe en el brazo como si fuésemos amigos—. Sí que te has fijado, ad-mítelo.

Respiro hondo, intentando que él no lo note, para aliviar el asco que me da. No lo miro, porque sé que si lo hago, podría delatarme. Dentro de mí, la emoción crece como una corriente eléctrica. No es solo ira, es algo más sucio, más íntimo: celos, mezclados con un miedo que odio admitir. La imagen de Dionna riendo con Devrian, creyendo en sus promesas, enredada en su abrazo me golpea con una intensidad que no puedo controlar del todo. Siento cómo mi don empieza a responder a ese desequilibrio interno. La presión de las emociones acumuladas busca un canal de salida. Podría, si quisiera, hundir a Devrian en una oleada de tristeza demoledora o hacerle sentir una furia sin sentido, romperle la compostura en un instante, pero no lo hago. Lo retengo, porque eso sería perder.

—¿Algo que decir, primo? —pregunta Devrian, ahora sí con un deje abiertamente provocador en la sonrisa—. Sabes de quién te hablo, ¿verdad? La norteña de una de las casas bajas, morena que está siempre con otros cuatro gilipollas. Es bastante malhablada y grita con facilidad.

—Dionna —digo mirándolo directamente a los ojos— no es un trofeo para adornar tu ego.

—¿Ego? —Devrian se ríe con suavidad, como quien escucha a un niño decir una verdad incómoda—. ¿Crees que esto es por ego? Es política, Seredric. Eficiencia. Belleza con voluntad propia es una moneda valiosa. Solo porque tú, Rey de Aethrya, no puedas

permitirte casarte con alguien como ella, no significa que el resto no podamos disfrutar de las vistas.

Doy un paso hacia él.

—Si le haces daño —digo en voz baja—, puede que aparezcas ahogado en el Pozo de las Almas la próxima Convergencia.

Devrian me observa en silencio por un segundo. Luego sonríe, pero es una sonrisa diferente: más real.

Mierda.

—Ah, ¿entonces sí que te has fijado? —Me da unas palmaditas en el hombro y me guiña un ojo de nuevo. Juro por la Fundadora que se los voy a arrancar de la cara—. Lo suponía.

Se da la vuelta antes de que pueda responder. Se aleja con pasos lentos, sin urgencia, sabiendo que ha dejado una herida abierta. Me quedo solo, con mi don aún latente bajo la piel como un tambor que no deja de vibrar.

XI
Dionna

El carruaje vuela en línea recta, impulsado por corceles alados que baten las alas con una precisión tan silenciosa que parece que estuviésemos flotando sin ayuda. Todo el mundo sabe ya a dónde nos dirigimos: Valthoria. Tierra de sanadores. Cuna de mármol y memoria: la región natal de la Reina Madre Matrish.

Clummy, a mi lado, no ha dicho ni una palabra desde que despegamos; aún no sé si me preocupa o me alivia. Tal vez ambas a la vez. Tiene las manos cruzadas sobre el regazo, sus ojos mágicos más opacos que de costumbre. Sé que me está escaneando emocionalmente sin que lo diga; lo hace en todo momento.

—¿Qué ves ahora? —murmuro, con la cabeza apoya-da en el cristal, que simula tener al otro lado un jardín de Galimatea.

—Una estructura fracturada —responde sin girarse—, pero funcional.

—Podrías trabajar en eso de los halagos, ¿sabes? Odio la palabra «funcional». —Lo miro haciendo una pausa esperando que me dé algún dato más que no tarda en llegar.

—También veo un 63% de actividad cognitiva anticipada. Tu cerebro está despierto. —Ladea la cabeza y parece analizar algo más —. Está ansioso, pero listo.

—Gracias por el diagnóstico, doctor Encantado 6000.

—¿Prefieres que cambie mi nombre a Doctor Encantado 6000?

Está de coña, tiene que estar de coña.

—No, Clummy, era una broma —digo negando con la cabeza. Pongo los ojos en blanco, pero me saca una sonrisa.

Vuelvo a apoyar la cabeza en el cristal.

—Lo anoto para futuras ocasiones.

El carruaje aún se balancea mientras descendemos hacia Lumavell, ciudad santuario, corazón de Valthoria. Miro por la ventana encantada que ahora sí muestra lo que realmente está tras el cristal: los tejados blancos entre la bruma, los estanques brillantes, los santuarios de cristal rodeados por árboles tan altos que parecen los torreones de vigilancia que utilizan para controlar el acceso a la Ciudadela de Cristal.

—Este lugar da escalofríos —murmura Cristalith a mi lado, con la nariz casi pegada al cristal—. ¿Cómo puede un sitio tan bonito parecer tan cínico?, ¿no os parece?

—Totalmente; nadie vino a sanar hoy, todos vinimos a sangrar un poquito más —respondo sin pensar—. Menuda puta ironía, ¿verdad?

Sándor me lanza una mirada como si quisiera decir algo, pero no lo dice. Cuando aterrizamos, nos guían en formación por los senderos de piedra blanca. Todo está cuidado hasta el último detalle: las flores siguen patrones matemáticos en los jardines, los pájaros cantan en intervalos exactos y las fuentes no salpican ni una gota fuera de sus márgenes. Odio este nivel de perfección.

Nos hacen entrar en un anfiteatro de piedra y bancos tallados con relieves antiguos. En el centro, hay filas de pedestales: cada uno con una piedra flotante del tamaño de un puño y lo que parece una marioneta con cuerdas arrodillada frente a ella en una especie de ring. No son muñecos comunes: parecen estar hechos de madera encantada, con pequeños ojos de cuarzo y armaduras talladas que reflejan la luz de los cristales flotantes. Puedo oler la magia en ellos. Cada uno es diferente: una postura de ataque o defensa, guerreros, arqueras, escuderos, asesinas.

—Aspirantes. —Una voz clara resuena desde el estrado. Es una mujer encorvada, vestida con túnica azul noche y el emblema de los Arcanistas de la Corona bordado en hilos de oro—.

Bienvenidos al primer desafío de la mente. Esto será una guerra de intenciones: una batalla de enfoque.

La tensión en el anfiteatro me hace tragar saliva.

—Ante ustedes se encuentran las Marionetas Arcanas, criaturas de madera viva talladas por artesanos personales de los Nueve Antiguos Arcanistas y vinculadas a cristales de maná. Cada uno de ustedes será emparejado con un adversario al azar. Cada pareja controlará dos marionetas desde un pedestal encantado. El control se ejerce por concentración emocional, solo pensamiento y voluntad pura.

Recuerdo lo que dijo Clummy hace días: «probabilidad de lesionarte haciendo algo estúpido por impulso: 78%». Estoy a punto de comprobar si acertó.

—Se os otorgará poder momentáneo para poder utilizar los cristales de las marionetas. No podrán tocar a sus marionetas. No podrán hablar con su oponente. No podrán abandonar el pedestal mientras dure el duelo. La partida termina cuando una marioneta es destruida o el maná del contrincante se agota. —Nos mira a todos durante unos segundos—. No se les pedirá matar a nadie hoy —continúa la Arcanista—, pero sí se les pedirá entender cómo piensa su enemigo. Anticiparse a su siguiente movimiento, manipularlo y derrotarlo.

Alguien a mi derecha, una chica de tatuajes verdes, empieza a temblar. Me giro hacia Cristalith.

—¿Esto se parece a alguna de las pruebas que hayas visto en ediciones anteriores? —le pregunto mientras me tapo la boca para que nadie me lea los labios—. A mí no me suena de nada.

—Nunca, que yo sepa. Esto es nuevo. —Hace una mueca con la boca bajando las comisuras de los labios, como si no entendiese nada de lo que está pasando.

—Perfecto —digo, apretando los labios—. Qué alegría. Innovar mientras estás a un paso del colapso; lo que yo quería. Mi favorito.

Nos llaman por nuestro nombre de dos en dos. Cuando llega mi turno, no creo estar preparada. Me sudan las manos e intento que no se me note que me tiemblan las piernas.

—Dionna de Caelis de Galimatea, emparejada con Allen Rhéom de Eredhal.

Allen. No lo conozco. Tiene el pelo castaño, es más alto que yo evidentemente, y tiene cara de no haber dormido desde el siglo pasado. Menos mal, un poco de suerte. Malo será que no se quede dormido y gane antes de empezar. Me colocan en el pedestal de la izquierda.

—No pienses en perder —me susurro—. No pienses en perder. Joder. Ya lo has pensado. Dionnaaaa.

—¿Listos? —pregunta la Arcanista.

El silencio responde por todos. Yo desde luego no lo estoy, pero asiento.

—Que la fuerza arcana os acompañe.

La señal de inicio resuena por todo el santuario. Noto un temblor sutil del pedestal de mármol blanco que vibra bajo mis manos. Ahí está: mi marioneta. Es una guerrera con lanza y escudo. La de él, una espadachina con doble hoja. Me concentro y la marioneta se endereza lentamente, como si se desperezase de un sueño muy largo. Allen ya está en posición. Su marioneta da un paso hacia adelante, ¿pero este no estaba cansado? Mi gozo en un pozo. Allen alza la barbilla con arrogancia visible. Mi marioneta no se mueve y Allen suelta una risa burlona.

—Vamos... vamos... —susurro entre dientes, intentan-do sentir el lazo con el cristal que tengo entre las palmas.

Nada.

El primer paso de mi marioneta es torpe, como si le fallaran las rodillas. Se tambalea y Allen sonríe. No dice nada, pero su marioneta lo hace por él: una estocada rápida, frontal. La mía apenas la esquiva. Chispean los bordes de madera encantada al rozarse.

—No sirves para esto, eres prescindible.

Allen habla lo suficientemente alto para que lo oiga, pero lo suficientemente bajo para que no lo penalicen por hablarme. Tiene una voz limpia, modulada, entrenada para parecer de buena cuna incluso en el desprecio.

—No necesito servirte a ti —le respondo.

Mi voz suena más débil de lo que esperaba. Mejor, al menos no saldré penalizada por bocas. Trago saliva. El sudor me baja por la espalda.

Mi marioneta retrocede y se tambalea. Me siento estúpida. Me siento... vacía. Como si cada pensamiento tuviera que cruzar el puto Océano Atlanthyr para llegar a mis manos. El cristal de mi pedestal vibra con una luz azul tenue, demasiado tenue. Su maná se agota. ¿Tan rápido? Si aún ni siquiera lo he usado.

—Mueve los pies... —murmuro—. Joder…

Mi marioneta obedece por fin: un triste medio paso. Mi mente está saturada con recuerdos del grifo, de la arena, del fuego, del miedo, de los treinta y uno, de la chica que ardió delante de mis ojos, de ella, de mi familia, de Clummy y sus puñeteros porcentajes, y de mis intentos por destacar.

Allen lanza otra estocada. Cruza el aire como si no le costase nada. Su marioneta se mueve como un bailarín con hambre. La mía tropieza y esquiva por puro azar.

Pierdo el poco control que creía haber conseguido. Una punzada me estalla en la sien y el cristal parpadea. Noto algo dentro de mí que me dice que lo bueno acaba de empezar. Tengo de repente una estrategia clara. Mi marioneta se detiene y baja el arma y da un paso hacia atrás.

Otro paso.

Otro más.

Allen ladea la cabeza.

—¿Eso es todo? ¿Te rindes? —me grita con esos aires de superioridad repugnantes de aquellos que han ganado siempre. Su maná disminuye como penalización.

No respondo, simplemente cierro los ojos y me concentro en lo realmente importante. El vínculo se tensa como una cuerda y el maná del cristal cambia de tono a un azul más intenso. Mi marioneta tiembla como si se desprogramase. Allen parece no entender nada, pero sigue con sus manos en el cristal. Su marioneta se acerca, confiada, con la espada en alto. Él mantiene esa sonrisa de autosuficiencia al creerse capaz de destruir a cualquiera que venga de una casa humilde solo con una mirada.

—Ahora —susurro.

Mi marioneta se impulsa hacia adelante con una velocidad salvaje. Rueda por el suelo, gira en el aire, y su cuchilla de madera encantada corta por las piernas a la marioneta de Allen. Un crujido seco: las articulaciones del enemigo al romperse. Se desploma sin gracia y sin tiempo de reacción.

Allen grita. Golpea el pedestal y su cristal lanza chispas. Su marioneta está fuera de combate. Su ego sufre más de lo que sufrió ella. Sonrío con una sonrisa que hace que me duela la cara. Sonrisa de «jódete»: mi favorita. El sudor me cae por el cuello como si acabase de salir de otro incendio. El maná se agota y mi marioneta cae de rodillas.

Gritos estallan a mi alrededor, tanto de otros Aspirantes como del público que se amontona a nuestro alrededor. Allen no me mira al bajar del pedestal.

No puedo parar de sonreír; lo conseguí. No sé cómo lo hice, pero lo conseguí. Lo repaso una y otra vez en mi cabeza, pero no hay una secuencia lógica que me lleve desde el pinchazo en la sien y el temblor en las manos hasta el filo certero de mi marioneta.

◆ ◆ ◆

Estoy sola en una pequeña sala con paredes de piedra clara, con una mesa de cristal en el centro y una esfera flotando sobre ella. El sudor ya se ha secado en mi espalda, pero la ropa aún mantiene la humedad. Me arde la cabeza, no sé si por la concentración o por la resaca emocional de haber sido otra durante esos minutos.

La esfera emite un pulso. Azul al principio, rojo tenue después, para terminar volviéndose verde. Una voz —femenina, suave, neutra en ritmo— surge sin previo aviso, como si hablara desde dentro de mi oído.

—Dionna de Caelis. Has superado el desafío del control mental. Se te otorga, como recompensa, la cuarta pista de la Tríada.

La esfera gira lentamente sobre sí misma y de su interior se despliega una hebra de luz con símbolos arcanos que no reconozco. Luego, una línea de texto en lengua común aparece suspendida frente a mí.

«Donde el eco precede a la voz, desconfía de lo que oyes»

El texto desaparece tan pronto como lo he leído y la esfera vuelve a su color blanco original. Una puerta a mi derecha se abre y la cruzo sin pensar en qué habrá al otro lado. Camino sin saber muy bien hacia dónde. Nadie me guía, pero mis pasos me llevan de vuelta al patio exterior, donde algunos Aspirantes ya han sido liberados también. Ernys está sentado en el borde de una fuente, con cara de haber visto el fondo del universo y haberle dicho: «no, gracias». Cristalith me lanza una mirada breve, pero intensa, justo cuando antes de acercarse a mí. Me pregunta sin palabras si estoy bien una vez ha llegado a donde estoy. Asiento, aunque no creo que sea del todo cierto.

Vuelvo a escuchar mentalmente la voz que me entregó la pista. Su tono perfecto e inhumano. Acaricio la tela de mi ropa sobre el estómago. El sudor frío ha vuelto: está pasando algo. Lo siento venir como una oleada ansiosa dentro de mí antes siquiera de que suceda. Al girar la cabeza veo por qué mi cuerpo reacciona así.

Allen Rhéom.

Tiene los ojos inyectados en sangre, el rostro crispado. Se detiene a medio paso de mí.

—Trampa. —Escupe, sin saludar siquiera, señalándo-me—. Hiciste trampa. Puta andrajosa de mierda.

—No hice nada que no pudieses anticipar —respondo, intentando mantener la voz firme y una sonrisa falsa.

—Mentiste. Fingiste que habías perdido el control. ¡No tenías maná suficiente! ¿Cómo lo hiciste?

—¿Acaso no es eso parte del juego, *mi amor*? —le pregunto abiertamente provocadora.

Se queda callado un momento. Luego frunce el ceño, se acerca a mí más de lo que me gustaría.

—Típico de mujeres como tú —me susurra. Su mirada, que me recorre de arriba a abajo y vuelve a mis ojos, supera la palabra «odio»—. Fingís, porque no valéis para otra cosa.

—¿Se te ha caído la polla? ¿O ya no había nada ahí abajo y te hace falta compensarlo con verborrea barata? —pregunto fingiendo un puchero.

—Eres una puta falsa. —Suelta una carcajada fingida—. Nadie se te va a acercar a menos de un metro. Mucho menos confiar en ti durante lo que queda de Tríada. Date por muerta, andrajosa.

No digo una palabra más, simplemente me alejo, porque no quiero que me afecte más lo que acaba de decir. No quiero perder el control. No seré mucha cosa, pero si de algo estoy segura es que, quien se lo merezca de verdad, siempre podrá confiar en mí. Mi palabra vale más que cualquier juramento firmado.

◆ ◆ ◆

Delante de mí solo hay verduras hervidas, pan de flor de anís y algún trozo de queso curado —pero nada demasiado pesado, nada glorioso tampoco. Lo suficiente para que recordemos que seguimos siendo humanos y que tenemos cuerpos que alimentar.

Me siento junto a Cristalith, que está igual de despeinada que yo, aunque con más elegancia, como siempre. Tiene ese tipo de dignidad que sobrevive incluso aunque le atravesasen con una puta espada. Yo, en cambio, parezco una versión derrotada de mí misma con ojeras de heroína accidental. Soy lo opuesto a la belleza natural. Siempre he envidiado a aquellos que son capaces de ser hermosos solo con existir.

—¿Te has dado cuenta de que mi marioneta ha ganado por accidente? —me dice Cristalith al segundo bocado. No estaba atendiendo a la conversación, pero finjo que sí y asiento—. Literalmente; se tropezó, cayó encima de la otra y le partió el cuello. Fue como ver a una abuela aplastar a un ladrón sin querer.

—No creo que haya nada accidental en ti —le respondo, y le robo un trozo de su pan de anís antes de que proteste.

—¿Y tú? ¿Cómo lo hiciste? Me dijeron que fingiste rendirte. Yo no lo pude ver entre tanto cabezón, pero chica, ¡qué espectáculo!

—No lo fingí, o sí. No sé, algo se apoderó de mí. —No paro de masticar pan mientras hablo intentando no atragantarme y tapándome la boca por educación—. No sé cómo explicarlo. —Trago el pan—. No me acuerdo si te soy sincera.

Cristalith me mira como si entendiera algo más allá de las palabras, como hace siempre; sin embargo, no pregunta más sobre eso y cambia de tema.

—¿Y qué pista te dieron?

Me meto un trozo de queso en la boca, masticando con una rapidez no muy propia de mí. ¡Pero qué hambre tengo, Fundadora mía!

—«Donde el eco precede a la voz, desconfía de lo que oyes» —recito, bajito.

—Exactamente la misma que a mí —dice ella poniendo los ojos en blanco—. Es como si no nos diesen ninguna pista en absoluto, como todas las demás, ¿verdad?

—Todo aquí juega a su favor, no al nuestro.

—¿Y qué crees que significa?

Me encojo de hombros antes de responder.

—Que hay cosas que llegan antes de lo que deberían. Que si oyes algo demasiado pronto, quizás no es real —dudo—. Yo que sé, igual tiene que ver con el siguiente desafío. O es el eco de algo que aún no pasó. O la mentira que prepara el terreno para la verdad. —Me froto los ojos como si pudiese pedir un deseo—. No soy tan lista y estoy muy cansada para todo esto, la verdad.

Cristalith me observa. Luego coge su copa de agua y la alza en un gesto solemne.

—Por los ecos, entonces.

—Brindar con agua da malísima suerte, pero es lo que hay. Si no hay vino tendremos que arriesgarnos.

Brindamos con un golpe leve cuando aparece Sándor, con una servilleta blanca en la mano como si fuera un héroe de guerra a punto de rendirse. A su lado, Odrien, callado como siempre. Ni rastro de Ernys.

—¡Oh, mis dulces y victoriosas doncellas! —proclama Sándor con una voz teatral—. Yo me dejé ganar, porque no quería humillar a nadie más.

—Te destrozó una chavala que parece tener doce años —le espeta Cristalith mientras le lanza una aceituna que él atrapa con la boca—. Chupaste y punto. Supéralo.

—Una prodigio de la estrategia —dice Sándor, masticando la aceituna con exageración—. No paraba de hablar por lo bajo y me desconcentró. Le dejaré contarle a sus nietos que venció a un Dobren en combate. Tendrá reputación para toda la vida.

—¿Y tú tendrás una marca más en tu historial de «combates casi ganados»? —pregunto con malicia.

—O un 100% de victoria en cenas con mis personas favoritas —dice él, dejándose caer junto a mí como si el banco fuera un trono y reclinando su cabeza sobre mi regazo.

Odrien se sienta al otro lado de Cristalith, coge una copa y se sirve algo de agua. Luego, en un gesto que no es grandilocuente ni teatral, le rodea la cintura con un brazo y la atrae hacia él con naturalidad. Como si su cuerpo hubiese estado esperando exactamente ese momento. Cristalith no se aparta, pero le lanza una mirada fugaz y se recuesta contra él.

Sándor se incorpora y se me queda mirando de reojo. Juro que noto en su mirada la broma que va a soltar antes siquiera de que lo pronuncie. Como si fuese la dichosa pista: veo el eco que precede a la voz en su mirada.

—¿Tú también piensas abrazar a alguien o solo vas a quedarte ahí con cara de digna? —me dice en voz baja haciendo un gesto para que me acerque a él.

—Si me abrazas tú, me rompes las costillas.

—Solo te rompería el corazón, y ni eso, porque seguro que lo tienes bien blindado —dice con una media sonrisa.

—O bien roto más bien. —Le regalo una sonrisa triste antes de seguir hablando—. ¿Crees que sobreviviremos todos?

—No —responde sin titubear—, pero voy a hacer lo que pueda para que nosotros sí lo hagamos.

Cristalith y Odrien se han desconectado del resto del mundo. Yo me sirvo un poco más de agua y Sándor me ofrece algo de pan, lo cojo sin decir nada. Y cuando Cristalith ríe otra vez, me permito reír con ella, aunque no tenga ni idea de lo que están hablando.

Me meto una uva en la boca. Está dulce, demasiado para mi gusto. Explota entre mis dientes con una suavidad casi obscena. La mastico despacio, sin pensar en ella realmente, solo para ocupar mi boca con algo que no sea una pregunta sin respuesta. Sigo mirando entre la multitud para ver si Ernys aparece.

—No deberías comerlas si no te gustan —susurra Cristalith, sin mirarme. Está concentrada en dibujar pequeños círculos en el borde de su copa con un dedo—. Siempre acabas comiéndote hasta lo que no te gusta.

—Sí me gustan, tampoco están tan mal —respondo, apenas audible.

Justo cuando voy a seguir mi poco interesante argumento sobre mi preferencia en cuanto a frutas veo a Selendra Sanitas.

Se desliza por el borde del salón como si flotara. Su pelo rubio platino le cae por la espalda en ondas perfectas, y cada paso suyo parece cuidadosamente coreografiado, como si hasta su sombra respondiera a su voluntad. Pasa cerca de una mesa de curanderos —todos con túnicas de lino blanco bordadas con hilos azules— y uno de ellos la mira con más respeto que el resto, casi con reverencia. Ella le devuelve la mirada y le dedica una sonrisa.

Sigue su camino, como si toda la sala fuera suya por derecho divino. Hay algo en ella que no termina de encajarme. Es bella, sí, pero parece tener una simetría letal. Es joven y, sin embargo, parece ser respetada hasta por el hombre más longevo del continente. Trago lo que queda de la uva con una sensación agria en lugar de dulce. Y entonces veo a otra de las mujeres que más me desconciertan, esta vez en el mal sentido de la palabra.

Lady Nirelia.

Está un poco más lejos, de pie entre dos nobles menores que no reconozco. Habla, ríe, gesticula con la copa en alto como si fuera parte de una obra de teatro íntima de la que solo ella conoce

el guión. Su pelo está recogido con mechones sueltos que parecen colocados al azar, pero sé que no lo están. Nada en ella es azaroso.

Por un momento creo que no me ha visto, pero entonces la línea de su mirada cambia sutilmente. Gira solo lo suficiente para que nuestros ojos se crucen. No hay cordialidad en su mirada, la piel de la nuca se me eriza. No me está observando: me está evaluando. Esta mirada me va a perseguir durante mucho tiempo. Mi estómago se contrae sin permiso. No sé por qué me incomoda tanto. Nirelia no me ha hecho nada —al menos no directamente—; sin embargo, hay algo en ella que me recuerda al borde de un precipicio. Cristalith se da cuenta. Me toca el brazo sin dejar de mirar al frente.

—¿Todo bien?

—Sí —miento, otra vez.

Noto un cambio en el aire, como si un animal pasase entre las mesas sin ser visto pero cuya respiración me hiela la sangre. Las risas suenan huecas de repente y las conversaciones se acortan. Hay una tensión flotando en el sanatorio como si incluso las paredes supieran que la calma nunca dura demasiado.

Seredric acaba de entrar en el comedor. Se sienta en una mesa elevada, junto a su madre —esa mujer tallada en mármol vivo — y varios miembros de la familia Sanitas. Seredric no participa en la conversación: simplemente está. Sus ojos parecen buscar algo entre la multitud, como si observar fuera su único deber. Sus ojos se paran en los míos: encontró lo que buscaba.

Otra vez.

Ha pasado tantas veces que ya no me sobresalto. Sin embargo, esta vez su mirada parece intentar comprender algo que ni él mismo sabe nombrar. Le sostengo la mirada, porque no soy ningún puto experimento arcano. No sé por qué lo hago, si sé que solo me va a traer problemas; simplemente siento el impulso, un instinto que me trepa por la piel. Como si decirle con los ojos lo que no puedo decir con palabras fuese la única forma de resistir esta especie de batalla que nos hemos montado.

No lo aguanto más, bajo la vista. Me llevo la copa a los labios aunque ya está vacía. Tampoco es que tuviese sed, solo pretendía esconderme tras el cristal como si pudiera borrar la

sensación de que algo en mi mundo acaba de girar sin aviso: ese cruce de miradas ha dicho más que mil palabras.

De vuelta a la realidad, Sándor está contando una anécdota sobre una prueba fallida en su infancia con una criatura mágica que resultó ser una cabra común con un lazo encantado. Odrien solo sonríe, sus dedos trazando círculos lentos sobre la muñeca de Cristalith, como si su única preocupación fuera mantenerla cerca. Sándor me lanza una uva que me da en la frente. No puedo evitar reír, pero cuando me recuesto en el respaldo la risa se me atraganta en la garganta. Noto ese vértigo, esa punzada en el centro del pecho que no me deja respirar. Es mi vieja compañera, he aprendido a vivir con ella, con esa sensación de estar al borde del abismo emocional.

¿Pero por qué ahora? No puede haber sido su mirada. Algo no cuadra. Veo a Sándor, a Cristalith, a Odrien. Entre unos susurros que empiezan en una esquina del salón, escucho su nombre: Ernys. Cristalith ladea la cabeza, atenta y Odrien se incorpora sutilmente, como un animal que huele el peligro antes de verlo.

—¿Qué pasa? —pregunto, aunque ya lo sé. Ya lo estoy sintiendo en la piel. En el pecho. En la espalda. Algo malo está pasando.

La respuesta llega como un susurro desgarrado por el miedo.

—Un Aspirante... —dice alguien detrás de mí, demasiado cerca—. Lo han encontrado sin vida en su habitación. Sin signos de lucha. Sin sangre.

—¿Quién? —susurra Cristalith.

El nombre llega de nuevo como un puñetazo seco.

—Ernys.

No puede ser.

—Dijeron que... —La voz de una chica tiembla al otro lado del salón—. Que los ojos estaban abiertos y el cuerpo aún estaba caliente, pero el corazón…

Sándor se pone de pie. Cristalith se cubre la boca con la mano. Odrien maldice en voz baja. Sándor tiene los ojos húmedos, pero no llora. No creo que pueda moverme, ni aunque lo intente.

—No se lo merecía —dice Cristalith.

—Nadie se lo merece —respondo—, pero todos vinimos aquí con un mismo destino potencial.

A partir de ahora hay una silla vacía en nuestra mesa de cinco, ¿cuántas más van a vaciarse? No había pensado en que la Tríada hace esto, nos separa. Hay alguien que puede ayudarme, la única persona con la que me permito ser vulnerable.

Busco a Devrian entre las mesas como si mi cuerpo supiera que no podré dormir hasta verlo. No lo llamo, solo dejo que mi mirada lo rastree como una llama baja que busca oxígeno. Lo atisbo de pie al borde del salón. Está medio envuelto en sombras, como si llevase horas esperando justo ahí, como si supiese que lo necesito. No se mueve, pero nuestros ojos se cruzan. El gesto que hace con la cabeza es mínimo: un movimiento casi invisible.

Me levanto y sigo sus pasos, pretendiendo que no siento una urgencia fuera de lo común por encontrarme con él. Salgo del salón, dejando atrás las risas apagadas, los murmullos de tragedia, las copas a medio vaciar y el hueco invisible que ha dejado Ernys.

Devrian no dice nada. Camina delante de mí, con la espalda recta y el paso medido. Hasta que gira en una esquina y se detiene. Se apoya contra una columna de mármol, como si necesitase algo sólido, aunque su rostro no lo muestra. Me agarra del brazo para acercarme a él y que no nos vean.

—Puede que no deba decirte esto, pero sabíamos que pasaría —dice, sin rodeos.

Me alejo dos pasos de él. El eco de sus palabras rebota entre las paredes y dentro de mi pecho.

—¿Sabíamos qué? —Noto la desconfianza creciendo de nuevo dentro de mí—. ¿Quién?

—La cúpula, sabíamos que alguien iba a caer. No sabíamos quién, pero sabíamos que sucedería.

—¿Caer? —repito sus palabras como si fuese gilipollas. Siento el nudo en la garganta apretarse como un puño—. ¿De verdad se ha quitado la vida él mismo?

—No todos están hechos para esto, Dionna —responde. Su voz es baja, grave, sin adornos, y me acaricia la mejilla—. La gloria es dulce, pero la vergüenza… la vergüenza te devora por dentro.

Sus palabras me golpean más fuerte de lo que esperaba. Cierro las manos en puños, por rabia. Espero más: una disculpa, un lamento, algo que lo humanice. No somos un puto número, ¿vergüenza de qué, además? ¡¿De qué?!

—Ha pasado antes —continúa, con los ojos clavados en los míos—. Aspirantes que pierden tantos desafíos que no soportan la idea de volver a sus pueblos con las manos vacías, con las miradas clavadas en la espalda. Algunos saltan desde los balcones. Otros… se ahogan en sus camas.

Aprieto los labios. No quiero imaginarlo, pero ya lo estoy viendo. Ernys, solo. Con los ojos abiertos. Con todo ese mundo dentro de él, sin espacio para dejarlo salir. Lo imagino recordando nuestras conversaciones, nuestras risas.

—Nadie lo menciona en las crónicas —dice Devrian—, porque quitarse la vida es peor que morir en batalla. Pero tú me preguntaste hace días por qué todo se vuelve tan callado tras las pruebas… y esta es una de las razones. La gente no solo muere dentro de la Arena, Dionna.

Siento el estómago revuelto, como si me lo hubieran llenado de agua fría y lo hubiesen agitado. Mi voz quiere salir. Quiere decir que no está bien, que no debería ser así. Pero he tragado tanta mierda, que ya no sé por dónde empezar. Justo cuando creo que he reunido la fuerza suficiente para decir algo…

—Devrian.

La voz que pronuncia su nombre no es la mía. Ambos nos giramos al mismo tiempo.

Nirelia se acerca desde el extremo del pasillo. Su silueta se recorta contra el fondo como una mancha de tinta sobre nieve. Su túnica negra a juego con su vestido ondea detrás de ella, y por primera vez desde que la conozco, no parece esculpida en mármol. Hay algo en su gesto… ¿preocupación? No, no exactamente. Es más sutil que eso. Como si la máscara de perfección se hubiera movido apenas medio milímetro y dejara asomar algo humano.

Devrian reacciona antes que yo. Se endereza, se aleja de la columna, se acerca más a mí como si estuviese usando su cuerpo como escudo. Su cuerpo se tensa, pero su voz sigue baja. Me agarra

la cintura como si fuese la suya. Bajo la mirada y sus manos son firmes y grandes, acordes a su altura. Con una de ellas levanta mi barbilla para hacer que lo mire a los ojos.

—Tengo que irme —me dice con sus ojos fijos a los míos, sin apartar la mano de mi barbilla.

—¿Qué pasa? —pregunto, pero ya no me está mirando. Ya siento el frío de la ausencia de sus manos en mi cintura.

Nirelia llega a su lado. Le dice algo al oído. Sus labios se mueven rápido, apenas un murmullo. No entiendo lo que dice, pero él sí. Lo entiendo por cómo asiente, por cómo le dedica una última mirada a la piedra bajo sus pies y luego se alejan juntos, como si fueran parte de una maquinaria que sigue girando aunque sus piezas empiecen a caerse.

Ernys está muerto.

Doy media vuelta y empiezo a caminar hacia mi habitación asignada. Doblo una esquina y me detengo. Veo a Cristalith sola, apoyada contra la pared, con los brazos cruzados y los ojos rojos. Me mira justo antes de preguntar.

—¿Sabes qué ha pasado? ¿Se mató de verdad?

Lo suelta sin más, como si le estuviese quemando dentro. Yo solo asiento. No hay necesidad de decir nada más. Ella suspira. No es un sonido largo, es ese suspiro que sale a trompicones y se lleva consigo una parte del alma que ya no sirve.

—Hablé con él esta mañana. —Sus palabras se clavan en mi pecho antes de que pueda ponerme la armadura, pero continúa hablando—. Me preguntó si creía que todavía tenía una oportunidad.

Trago saliva. No digo nada, porque no quiero que pare. No quiero que lo diga, pero tampoco quiero que se lo guarde.

—El tío es enorme. —Hace una pausa al darse cuenta del error—. *Era*. Menuda cantidad de músculo, chica. Por supuesto que le dije que sí —dice sonriendo, pero la sonrisa es de esas que te duelen por dentro—. Me sonrió como si no me creyera. Y supongo que no me creyó.

No respondo; no puedo. El dolor tiene esa cualidad de llenar el aire de silencio, que te impide hablar sin romper algo más. Noto esa presión en la garganta que me aprieta por dentro y juro que no

puedo hablar, aunque quiera, no puedo. Se me acumula una fuerza difícil de describir dentro de la tráquea que me impide decir una palabra.

Caminamos juntas, en dirección a nuestras habitaciones.

—¿Tú crees que alguien más de nosotros…?

Cristalith no deja que termine la pregunta.

—Sí.

XII
Dionna

Despierto con la cara pegada a la almohada y la boca más seca que una copa de arena. Por un instante, no sé dónde estoy, ni qué hora es. Solo siento el peso de la manta, el roce áspero de la tela contra la mejilla y una presión incómoda en el pecho. Como si alguien estuviese sentado encima de mí, emocionalmente hablando.

—Buenos días, Dionna. —Escucho la voz ligeramente metálica de Clummy—. Estado físico: aceptable. Ritmo cardiaco: elevado, aunque constante. Emoción predominante: tristeza procesada en fase tres. Dolor no identificado localizado en el pecho. ¿Deseas un diagnóstico más detallado?

Me incorporo lentamente, con la manta aún medio encima. No tengo energía para sarcasmo o chistes malos, pero me sale automáticamente.

—¿Qué fase es esa de la tristeza? ¿La del desmoronamiento silencioso o la del bloqueo funcional?

—La número tres. Llamada técnicamente: «letargo existencial con tendencia a disociación leve» —responde sin expresión.

—¿Hay pastillas para eso?

—No autorizadas en la Ciudadela de Cristal. Sin embargo, puedo sugerir respiraciones profundas, contacto físico con una persona de confianza, o escribir poesía de nivel básico y baja calidad para liberar tensión emocional reprimida.

—¿Escribir poesía de baja calidad? ¿Eso dice tu ma-nual?

—No. Eso lo añadí yo tras convivir contigo durante estos últimos ciclos. Aunque no siga ningún tipo de lógica, estadísticamente, escribir cosas que no riman, pero que a ti te duelen, parece ayudarte.

Me llevo las manos a la cara. No sé si reír o llorar. No hago ninguna de las dos cosas.

—¿Por qué me sueltas todo esto?

—Porque mi protocolo de emergencia se activa cuando detecto patrones de luto. Y esta mañana, oficialmente, hay uno. Han anunciado tres días de duelo por orden de los Arcanistas. No habrá desafíos. No habrá desplazamientos. Está prohibido competir, entrenar, confrontar o celebrar.

—¿Celebrar?

—Sí. Según el apartado 4-C de las *Reglas de Dolor Conjunto*, está prohibido también reír a carcajadas en zonas comunes durante el duelo oficial.

—¿Y qué pasa si no sigo las reglas del artículo 4-C de *Me importa todo una mierda*?

—Ni quieres ni necesitas saberlo.

Cierro los ojos. Me dejo caer de nuevo sobre la cama. El colchón está frío por el lado que no he tocado. Me arropa la sensación de que todo esto es una farsa cubierta por reglas escritas por personas que nunca lloraron de verdad. No puede existir un libro que describa y categorice cómo afrontar el dolor de la muerte ajena. A veces pienso en si la propia dolerá menos. Quiero creer que sí.

—¿Y qué más se supone que tengo que hacer durante este luto tan legalizado?

Clummy se acerca con su bloc mágico flotando frente a él. Tiene un horario. Madre de la Fundadora, un horario para llorar. ¡Mátame, corcel alado!

—10:00: desayuno simbólico. 11:00: caminata reflexiva por los jardines interiores. 12:00: sesión grupal de silencio compartido. 13:00: comida sin especias. 14:00: momento de introspección supervisada. 14:30-20:00: tiempo de sentimiento libre solitario o

colectivo, a elección. 20:00-20:30: ofrenda floral. 20:30-21:30: cena sin especias.

—¿Y si me salto todo eso y me quedo en cama?

—Tu puntuación emocional bajará un 4,6% y se te considerará en estado de duelo parcial. Podrías ser derivada a la sección de «Aspirantes con negación existencial aguda».

—¿Existe eso?

—En el sistema, sí. En la vida real, probablemente también.

Me tapo la cara con la almohada y grito. Solo un poco. Lo suficiente como para que Clummy retroceda un paso y diga:

—A eso lo llamaré expresión emocional auditiva controlada. Lo anotaré como progreso.

—¿Clummy?

—¿Sí?

—Déjame sola, por favor.

—¿Durante cuánto tiempo?

—No sé. El tiempo que tarde en decidir si quiero sobrevivir a esto o solo seguir respirando mientras analizas mi estado emocional.

Su mecanismo interior hace un leve zumbido. Luego baja la cabeza y da un paso atrás. Abandona la habitación sin decir nada más. Tres días para descansar, dicen. Para llorar, si uno puede. Para pensar en lo que viene después, si te dejan.

◆ ◆ ◆

La biblioteca encantada de Lumavell huele a papel antiguo, a cera derretida y a magia. Es circular, de techo abovedado, con estanterías que se mueven por sí solas como si tuviesen vida propia, y con libros que susurran entre ellos en voces apenas audibles. Cristalith dice que ella no oye nada y Odrien y Sándor me han

llamado loca tres veces. Pero los libros hablan, lo juro por la Fundadora.

Estamos los cuatro en una de las mesas centrales, rodeados de rollos sellados, tomos flotantes y una luz pálida que cae desde una esfera luminosa suspendida sobre nuestras cabezas.

Cristalith hojea un libro con tapas de hueso mientras murmura fragmentos de traducciones antiguas. Sándor bosteza cada dos minutos y se recuesta hacia atrás con el pergamino enrollándose solo sobre su cara. Yo no me he movido en media hora. Estoy concentrada en una línea de texto que parece cambiar de significado cada vez que parpadeo.

«Donde el eco precede a la voz, desconfía de lo que oyes»

Cristalith deja caer un libro con un golpe seco y suspira.

—Todo habla de ecos, pero ni un puñetero tomo explica cuándo un eco se adelanta a la voz.

—Tal vez sea literal —sugiere Odrien, sin levantar la vista del manuscrito flotante que consulta—. Magia que se activa antes de que alguien la pronuncie. Hechizos pregrabados. Magia de eco. ¡Yo qué coño sé!

—O puede que sea simbólico —respondo—. Palabras que se oyen antes de que sean verdaderas, es decir: rumores. Mentiras que parecen profecías, pero que el tiempo demuestra que no eran reales.

Sándor se estira como un oso recién despertado en su cueva y dice:

—O puede que todo esto sea una forma elegante de decirnos que vamos a ser traicionados y que nos jodamos por no saber de quién viene la puñalada.

Cristalith y yo intercambiamos una mirada. No es tan estúpido como parece.

—¿Qué estamos buscando exactamente? —pregunta Odrien —. Una grieta en la oscuridad.

—¿Buscamos una grieta?

—No, es por donde entra la luz, Dionna —dice mi nombre como dando a entender que soy tonta—. Cuando estás atrapado en

una cueva es lo que buscas: luz. Es una metáfora, una forma de hablar.

No preguntaba porque no entienda la metáfora, preguntaba porque Odrien nunca usa metáforas, es claro y directo. Me quedo en silencio. Justo cuando voy a justificarme, me fijo en algo. No sé quién lo encuentra. Podría jurar que fui yo, pero Cristalith tiene la mano encima del tomo al mismo tiempo que la mía. Es como si ambas hubiésemos llegado al mismo destino por rutas diferentes. El libro no tiene título. Solo cuero azul oscuro, con grietas en el lomo. Grietas.

—¿Esto estaba aquí antes? —pregunto casi susu-rrando, aunque sé que la pregunta no tiene sentido. Evidentemente sí, ¿no?

Cristalith no responde. Lo abre y sus dedos, acostumbrados a desenvainar espadas y también a pasar páginas, tocan el papel como si fuera piel viva y acariciase sus heridas. Hay fórmulas, casi todas ilegibles a primera vista. Dibujos circulares. Glifos que se entrelazan como raíces y ramas. Anotaciones al margen con tinta negra... y una frase subrayada en tinta plateada que parpadea levemente bajo la luz mágica de la cúpula.

Cristalith la lee en voz baja:

—«Cómo luchar contra los Ecos. Tónico de Silencio Profundo. Elimina el maná pasivo acumulado en los oídos internos, bloqueando las emisiones arcanas de baja frecuencia. Efecto: Previene la influencia de ecos mágicos o susurros mentales hasta un máximo de seis horas. Uso reservado a entornos de magia inestable».

Silencio.

—Eso suena a poción para putos locos —dice Sándor, con la cabeza apoyada en los brazos cruzados sobre la mesa—. O puede que sea solución de genios. Nunca sé distinguir, pero me gusta.

—¿Qué maná pasivo se acumula en los oídos? —pregunta Cristalith, frunciendo el ceño—. ¿Desde cuándo escuchamos magia pasiva?

No puedo apartar la mirada de la tinta plateada. Me siento como si alguien hubiera atisbado tierra tras meses en el mar. Como si esa receta fuese la única señal de que hay una salida.

—¿Creéis que los «ecos del pasado» son reales?, ¿no será algo simbólico? —pregunta Sándor.

—Si no lo fueran, no necesitaríamos esto —responde Odrien.

Me inclino sobre el texto. Bajo la receta hay una advertencia en letras más pequeñas:

«No utilizar en espacios con alta concentración de recuerdos activos o en presencia de entidades con resonancia emocional elevada».

—¿Recuerdos activos? —repito en voz baja—. ¿Resonancia emocional? ¿Qué cojones significa eso?

Cristalith me mira. Su rostro es serio, más que de costumbre.

—Que hay lugares... o personas... donde los recuerdos no son sólo memorias. Son... presencias, ¿no? Me duele la cabeza.

—Como el laberinto —dice Sándor.

Asiento.

—¿La copiamos? —pregunto.

—¿Eres tonta o qué? —responde Sándor, ya buscando una pluma—. Si no lo hacemos nosotros, lo hará algún imbécil de los que no sabe diferenciar una flor de una bomba mágica.

—¿Y los ingredientes? —pregunta Cristalith—. ¿Tenemos acceso a alguno?

Revisamos el listado que acompaña la receta:

- Raíz de liravel disecada.
- Polvo de ópalo lunar.
- Hidrosavia de lirio negro.
- Una gota de sangre fresca del propio usuario.
- Agua en reposo a la luz de la luna llena.

Sándor se queja antes de tiempo.

—¿Quién cojones guarda agua de luna llena? ¿Qué clase de gente creen que somos?

—Yo tengo —dice Odrien, sin levantar la vista—. Mi madre dice que lavarse la cara con ella te da fuerza. La uso en mis prácticas. Me queda media botella.

—Claro —dice Sándor con ironía—. El señor perfecto. ¿También tienes la sangre ya sacada en un tarro?

—Esa nos vale recién extraída —digo—. Y la raíz de liravel… creo que vi algo similar en el invernadero al que da mi ventana, aunque juraría que esa zona se le ha asignado al rey.

Cristalith asiente lentamente.

—Si lo preparamos será, muy probablemente, ilegal.

—¿Y? —dice Odrien—. También es ilegal matarse y aún así esperaban que alguien lo hiciese. Que se jodan.

—¿Vamos a hacerlo de verdad? —pregunto. Siempre he sido una cobarde en cuanto a romper las reglas.

—Sí —dice Cristalith.

—Obviamente —dice Sándor, con una sonrisa cansada.

—Por supuesto —dice Odrien.

◆ ◆ ◆

Siento todavía el peso del tomo en las manos, aunque ya no lo llevo. Me arden los dedos, como si copiar la receta hubiese activado algo en mí que no puedo apagar. Estoy demasiado llena de pensamientos como para notar que ya no estoy sola. Una mano me toca el brazo. Me sobresalto, doy medio paso atrás por instinto.

Selendra Sanitas.

La luz flotante del pasillo le acaricia la cara de un modo que no parece casual. Sus ojos son grises —no un gris pálido ornamental que a veces se ve en los cuadros que decoran los castillos—, sino un gris profundo y brillante, como cuando las estrellas deciden unirse en una constelación.

—No deberías caminar sola —dice con suavidad, sin reproche; su voz suena a preocupación real, como si me estuviera hablando la persona, no el título. No sé por qué eso me desconcierta

más que si me hubiera amenazado—. No después de lo que pasó con Ernys. A veces, el silencio puede ser más peligroso que el ruido.

No sé qué decir; no la entiendo del todo. No confío en ella, pero tampoco la rechazo. Es como una pieza de otro juego que alguien dejó caer en el nuestro. Ella baja la mirada por un segundo, como si calibrara cuánto puede decir sin meterse en problemas. Siento que no nos tratan a todos los Aspirantes por igual. Tengo que averiguar por qué todos los miembros de la Cúpula parecen pulular a mi alrededor como si yo tuviese algo más interesante para ellos. Selendra vuelve a subir su mirada y me atraviesa con ella.

—He visto a muchos romperse desde dentro —dice, sin levantar la voz—, pero debido a causas externas. No confíes en todo lo que veas, Dionna. Si alguna vez empiezas a oír cosas que no deberían estar ahí… prométeme que no te lo guardarás para ti sola.

El eco de la biblioteca aún flota en mis oídos, mezclado con los susurros del Laberinto y el latido que sentí cuando la marioneta se movió por sí sola. Solo asiento.

—No todos los que están aquí quieren verte caer, Dionna —dice, y su tono es más bajo, más íntimo, como si me confiara un secreto que nadie le ha pedido—. Algunos solo queremos que sobrevivas entera, porque creemos en otra verdad.

No espera respuesta, ni gira para comprobar si la estoy mirando. Su túnica azul verdosa ondea a su alrededor como agua en calma que esconde corrientes profundas. Y desaparece entre columnas, sin dejar rastro.

«Sobrevivir entera». No como número, no como pieza, no como cuerpo útil; entera. Como si aún quedara una Dionna completa por salvar. Lo dudo mucho.

◆ ◆ ◆

La ofrenda floral tiene lugar justo antes de la cena, en el Pabellón del Silencio, un recinto abierto con columnas de piedra blanca y faroles suspendidos que emiten un resplandor tenue, como

si supieran que hoy no pueden brillar demasiado. La luz mágica es impresionante en cualquier parte del continente.

El cuerpo de Ernys descansa sobre una camilla cubierta con un paño negro. Solo se le ve el rostro. Parece dormido, si uno ignora la quietud insoportable de su pecho o el color opaco de su piel.

Todos los Aspirantes que quedamos en pie, Arcanistas, familias nobles invitadas y la familia real estamos aquí. Sin embargo, a mí solo me importa que estemos los cuatro: Sándor, Odrien, Cristalith y yo. Cada uno sostiene una flor distinta entre los dedos, que dejamos caer sobre el paño, una a una. El sonido que hacen al aterrizar es ridículo: apenas un susurro, como si las propias flores supieran que ya no tienen a quién consolar. Nunca había entendido que se ofrezcan flores, pero ahora, cuando veo como Ernys está cubierto de flores de mil colores, tiene todo el sentido del mundo. Arropado de color, el dolor parece menos.

Elegí un diente de león. Lo arranqué esta mañana pensando en que a él le gustaría. Es algo que vuela incluso cuando está muerto. Algo que se deshace con el viento, pero deja semillas en el aire. Si cierras los ojos y pides un deseo, siempre te quedará la esperanza de que suceda de verdad.

Justo cuando una lágrima me roza el labio, siento unos brazos rodeándome. Cálidos y firmes. Reconozco el tacto antes que el rostro. Miro hacia arriba y veo a Devrian. No dice nada: solo me abraza por la espalda. Y por un instante —uno solo—, dejo que lo haga. Estoy agotada; no tengo fuerzas para levantar mis muros. Nos quedamos así, con su barbilla rozando mi pelo, mientras me rodea los hombros con sus manos.

—Parece que conseguiste tu trofeo.

Me doy la vuelta con el corazón golpeándome el pecho al escuchar la voz de Seredric. No lleva su corona, pero la postura, la mirada, la arrogancia contenida: todo en él grita «Su Majestad». Cada sílaba pretendía herirme. Devrian se aparta con elegancia, como si las palabras de su primo le hubiesen recordado que es parte de la familia real y yo soy solo una Aspirante más.

—¿Perdón? —pregunto, sin reconocer mi propia voz.

—No lo voy a repetir —dice él, con una sonrisa breve que no llega a los ojos—. Ya sabes a qué me refiero.

¿Me está juzgando? Como si fuera una pieza que cambia de dueño. Como si Devrian hubiese ganado algo. Como si yo no fuera más que eso: un trofeo que se gana si corres más rápido. Me arde la cara. El pecho. Todo. Lo miro y ni siquiera siento rabia, solo desprecio.

—Qué pena —digo mientras me acerco, me pongo de puntillas y susurrando a su oído continúo hablando—. Aún guardaba la esperanza de que fueses algo más que un gilipollas con corona, pero se ve que no.

Seredric me observa un segundo más desde arriba. Luego asiente y se va sin decir nada más. Estoy muerta, lo sé, pero no me importa; nunca he aguantado una falta de respeto. Nunca. Venga de quien venga. Yo no vine a ser trofeo de nadie, ¿de qué cojones va? Puto engreído de mierda.

◆ ◆ ◆

Los dos días siguientes se disuelven entre sombras largas, palabras a media voz y miradas que ya no necesitan explicarse. Sándor y yo nos escabullimos al invernadero privado en plena madrugada, guiados por un croquis que Odrien consiguió no quiero saber cómo. La raíz de liravel está ahí, bajo una urna de cristal. Vamos a tener que llevarnos la urna; es una flor extremadamente frágil, pero su olor —a madera mojada y algo dulce que no logro identificar con nada más— no me deja dudas de por qué todo el mundo la adora. Sándor la guarda en su bolsa con un cuidado que no le he visto nunca Salimos corriendo cuando los sensores mágicos se activan, y aunque casi me tropiezo con una fuente que canta, reímos por primera vez en días al cruzar el umbral.

Odrien regresa esa misma mañana con el polvo de ópalo lunar. Dice que lo obtuvo «mediante intercambio diplomático con una criatura testaruda de las cocinas reales». Lo que en idioma Odrien significa que probablemente sobornó a algún cocinero. Me

entrega un frasco pequeño y me advierte que no lo agite. Yo asiento y no pregunto.

Cristalith consigue la hidrosavia de lirio negro en una ampolla de vidrio templado envuelta en un pañuelo manchado. No quiero imaginar el precio que pagó por ella. Solo la abrazo y le doy las gracias. Ella no responde, pero se queda un segundo más entre mis brazos antes de soltarse.

Ponemos los ingredientes en cuatro frascos diferentes, cada uno con una gota de sangre de cada uno de nosotros. Como toque final añadimos el agua en reposo de luna llena.

XIII
Dionna

—Protocolo de introspección forzada. Uniformidad para neutralizar estímulos distractores.

No me molesto en replicar, Clummy siempre tiene algún protocolo que seguir. Me visto con lo que me da y salgo. Me encuentro con los demás Aspirantes en el vestíbulo norte. Es curioso que cuando treinta y un personas pierden la vida, lo que hacemos es celebrar; sin embargo, cuando algo no sale acorde con la Tríada y uno solo decide morirse fuera de sus tiempos, todos vestimos de gris y lloramos tres días. Como si les importásemos algo.

Los Arcanistas nos conducen a los jardines de las fincas Sanitas, donde una torre surge del suelo como una astilla clavada en la piel del mundo. Alta y negra, está hecha de un material que parece cristal quebrado, aunque no refleja nada.

—Se alzó hace dos días —me dice Cristalith en voz baja, justo detrás de mí—. Usaron magia para construirla en una noche. Nadie sabe qué hay dentro.

—¿Y nosotros sí vamos a saberlo? —murmura Sándor, que ha aparecido a mi lado sin que lo note. Tiene ojeras profundas y un corte nuevo en la ceja. No pregunto de dónde viene. Nadie lo hace.

Odrien, más atrás, observa la torre sin pestañear.

—En exclusiva—dice—, ¡qué honor! —exclama con ironía poniendo los ojos en blanco.

Nos hacen formar una fila frente a la puerta. Una Arcanista con la cara cubierta nos mira uno por uno. Luego habla con voz que

no parece humana, como casi siempre.

—El eco reside donde lo negado se acumula. Vuestra tarea: llegar a la cima sin romper. Lo que oigáis vuestro será.

—¿No se supone que cada desafío es en una región diferente? —pregunto en bajo, pero nadie me responde.

Uno por uno, los Aspirantes entramos en la torre. La puerta se abre sola para cada uno y luego se cierra. El siguiente solo puede pasar cuando el anterior ha alcanzado cierto punto. Si nos juntamos muchos en un mismo nivel, no cabremos. Una vez todos estemos dentro tendremos que correr para poder conseguir la dichosa pista. De lo contrario, pueden suceder dos cosas: podemos retirarnos por nuestra propia voluntad o algún Aspirante podrá «retirarnos».

Cristalith es de las primeras. Me lanza una mirada breve antes de desaparecer dentro de la oscuridad de la torre. Luego Sándor. Luego Odrien. Yo soy la décima. Cuando me toca, la puerta se abre con un sonido de grietas multiplicándose en la piedra.

Un resplandor ceniciento inunda el interior, como si todo estuviera cubierto por una bruma opaca. Las paredes son espejos sin reflejo que me hacen chocar un par de veces contra ellos. Una vez intuyo el camino, avanzo por la pendiente suave que sube en espiral hasta la cima, escuchando el suelo crujir bajo mis botas. Hasta que no escucho solo eso.

Una voz.

Otra vez no.

Ella no.

—Dijiste que ibas a protegerme.

Me detengo en seco. La voz viene de la pared, pero no puede ser, he tomado el tónico. ¿Por qué escucho los susurros? Sigo subiendo intentando convencerme de que son alucinaciones mías y no es parte del desafío. El segundo susurro llega como un zarpazo suave que me abre una herida en la conciencia.

—Eres el reflejo de todo lo que está mal en este mundo y solo te salva de una muerte segura tu puto apellido.

Es mi voz exacta, pero no recuerdo haberle dicho eso a nadie. El pánico me roza la columna, pero no me detengo. El cristal de las paredes empieza a mostrar sombras. No refleja imágenes

claras, sino siluetas borrosas. Una figura. Alta. Femenina. Su pelo es largo y dorado. Se parece a…

—Kiri —susurro, sin pensar acercándome a ella para poder verla mejor.

La figura no responde, pero en cuanto digo su nom-bre, la pared tiembla.

—La dejaste atrás. Por ambición. Por miedo, porque eres la débil.

Esta vez es la voz de mi madre. Cierro los ojos y sigo caminando. Una mano invisible parece presionar sobre mi pecho. Cada frase que escucho es como una astilla bajo la piel. Las voces se acoplan y me cuesta respirar. Algunas voces las reconozco, otras no las he escuchado nunca.

—No eres especial. Solo eres persistente.

—Eres un accesorio más para Devrian.

—Tu poder no es tuyo.

◆ ◆ ◆

No recuerdo exactamente cómo he llegado a la cima de la torre, solo sé que me pareció ver a Cristalith justo antes del colapso. Un Arcanista nos espera con el rostro cubierto. Más Aspirantes salen a la superficie y yo no soy capaz de decir una palabra.

—Habéis superado el desafío de los Susurros —dice—. Todo lo que habéis oído hoy, no lo habíais oído nunca, porque aún no sucedió. Sin embargo, lo oiréis en algún momento de vuestra vida: esto solo era un eco previo. —Sonríe bajando ligeramente la cabeza mientras sus ojos se quedan fijos al frente, haciendo de su sonrisa una imagen siniestra—. El próximo desafío será peor. Si este os atacó con sonido, la próxima lo hará con su ausencia. «La oscuridad guiará al juicio».

Cristalith se gira hacia mí. Me mira con una mezcla de triunfo y espanto. Sus labios tiemblan y su nariz está roja. La abrigo con mis brazos como si pudiera protegerla de lo que ya pasó, para sentirme útil o para fingir que no soy yo la que necesita que la

quieran y demostrar de alguna manera que no soy a la que siempre hay que salvar. Nos abrazamos, porque el abrazo es la forma más antigua de decir: «sigo aquí a tu lado». Nos separamos lo suficiente para que pueda mirarla a los ojos.

—¿Por qué no te funcionó el tónico? —me pregunta en voz baja.

Me encojo de hombros, siento un escalofrío, pero no digo nada. Me acerco al borde de la plataforma y miro hacia abajo. Veo a algunos Aspirantes evacuados: un par lloran como si hubiesen perdido a alguien; otros están sentados contra las paredes de la torre, con la mirada vacía; una chica tiene sangre en las manos; y otro más alejado balbucea sin parar.

Sigo observando el panorama buscando una respuesta para una pregunta que desconozco todavía. La encuentro allí, en un balcón distante de la residencia Sanitas, Selendra. Me mira y se inclina en señal de respeto.

—Esto no ha terminado —murmura Cristalith, que está a mi lado mirando hacia abajo al resto de Aspirante.

—Nunca termina, creo que esta mierda no termina ni pasado el Mes Dorado —respondo sin apartar la mirada de Selendra.

◆ ◆ ◆

—Has tardado siete minutos más de lo previsto en el protocolo de descenso post-desafío —dice Clummy sin girarse—. Margen tolerado: cinco. Por tanto, llegas oficialmente tarde. —Se gira para mirarme y ladea la cabeza ligeramente—. De nuevo.

—¿Y qué quieres que haga? ¿Que me azote con un látigo hasta que se me equilibre el alma, mejore mi estado de ánimo permanentemente apático o cure mi falta de puntualidad?

—No. El protocolo sugiere un baño templado con sales de serenidad o, en su defecto, una cena rica en triptófano. Tienes programada en breves una cena con otros Aspirantes, así que he elegido la opción B.

Me quito los guantes con torpeza. Aún siento las voces de la torre haciéndome eco en los huesos, pero lo disimulo.

—¿Y cómo vas a prepararme para esta maravillosa velada llena de tensión no resuelta y comida sin sabor que taaaanto me gusta?

—Con un vestido azul noche, delineado dorado y una dosis de contestaciones irónicas controladas en caso de halagos no deseados.

—¿Halagos no deseados?

Clummy parece levantar una ceja.

—He programado tres respuestas automáticas para responder a comentarios ofensivos sin causar un duelo formal. Opción uno: «Interesante opinión, pero necesito una copa». Opción dos: «Me alegra que tengas tiempo para fijarte en mí, considerando tus limitaciones». Opción tres: silencio con mirada prolongada y levísimo asentimiento.

—¿Eso último no se considera una amenaza pasivo-agresiva que tú mismo me aconsejaste evitar?

—Sí, pero es elegante y no podrán denunciarte por ello. He cambiado ligeramente mis anotaciones en cuanto a eso.

Sonrío. No quiero hacerlo, pero lo hago. Clummy nota el gesto, porque inmediatamente activa su protocolo de análisis de microexpresiones.

—Detectada sonrisa número 14-B: melancólica, de origen cansado. Eso me preocupa.

—¿Te preocupa? —pregunto con una carcajada falsísima—. ¿No era que tú no sentías?

—Tu inestabilidad creciente preocupa a mi sistema —responde sin rodeos—. Dionna, tu carga emocional ha excedido el umbral de seguridad establecido tras una exposición prolongada a ecos mágicos. Las variables de contención ya no bastan.

Me río tan fuerte que me duele el estómago. Me encantaría poder elegir mis expresiones o emociones a la carta y eliminar la carga emocional que me sobra, pero lamentablemente soy un ser humano sin dones ni sangre divina. Creo recordar que llamé

gilipollas al rey, así que como diría Clummy: «estoy un 97% muerta y un 3% acabada».

—Clummy, dime la verdad. Si ahora mismo viniese Seredric y me dijera que quiere hablar conmigo sin testigos, ¿qué debería hacer?, ¿crees que me mataría y no habría consecuencias? Creo que dije algo que no debería y no lo he vuelto a ver, ni siquiera en el desafío de hoy. —Miro a un lado y pienso un segundo—. Y él siempre está ahí.

El engranaje interno de Clummy zumba como un reloj. Juro que lo oigo moverse.

—¿El Rey Seredric? ¿Matarte?

—Ajá.

—¿Es de noche?

—Sí.

—¿Hay luna llena?

—Sí, ¿qué?

—Entonces, deberías quedarte o huir, dependiendo de si vas a callarte o añadir más insultos y/o amenazas inútiles; el Rey no mata personalmente a menos que sea de una importancia mayúscula.

—Eso no me ayuda nada, Clummy.

Me quedo quieta. Él se acerca, coloca el vestido sobre la cama y lo alisa con gestos minuciosos. Luego dice, en voz más baja:

—Solo quiero que sobrevivas entera, Dionna de Caelis. La emoción equivocada a veces es más letal que la daga correcta.

Lo miro, luego al vestido y después a mí misma en el espejo. «Entera», creo recordar que han usado esa palabra antes para referirse a mi destino.

—¿Clummy?

—¿Sí?

—Gracias por seguir reparándome incluso cuando no lo pido.

—Yo no reparo, solo insisto en que lo hagas tú misma.

—Pues sigue insistiendo. —Le sonrío como si fuese un amigo al que ya echo de menos—. Me hace sentir menos frágil.

◆ ◆ ◆

Camino al lado de Sándor, Cristalith y Odrien. El pelo aún me gotea por las puntas y mis ondas ya han aparecido aunque no les haya dado forma. No me dio tiempo a secarlo bien, siempre me lleva una eternidad. Tampoco me importa llevarlo así, no es que vayamos a un gran baile con público invitado. La túnica azul oscuro a juego con el vestido que llevo cae con elegancia hasta el suelo —gracias, Clummy—, pero la verdad es que solo quiero sentarme a cenar y que nadie me mire. Lástima, no se puede tener todo.

Las mesas están dispuestas en forma de espiral bajo una cúpula de cristal tan grande que me da vértigo mirarla incluso estando debajo. El centro de la espiral lo ocupa la familia real. A su alrededor, decenas de mesas se posicionan como anillos. Nosotros estamos en uno de los círculos intermedios, lo bastante cerca como para ver los gestos, pero lo bastante lejos como para no tocarlos. Me siento entre Cristalith y Sándor, y al instante noto las miradas.

—Estás en boca de todos desde lo de las marionetas —murmura Odrien sin mirarme directamente, sirviéndose una copa de vino que brilla con un tono violáceo sospechoso—. Dicen que fuiste capaz de crear maná.

—Genial —respondo—. ¿Y también dicen que bailo bien y que cocino mejor? —Le guiño un ojo y le pido con un gesto la botella de vino.

—Solo si «cocinar» incluye hacer hervir los nervios de los Arcanistas cada vez que le hablas al rey—interviene Sándor, con media sonrisa torcida—, porque eso se comenta también.

Cristalith no dice nada, pero me roza la mano por debajo de la mesa. Un gesto breve y cálido: su forma de decirme «estoy aquí».

Se lo agradezco sin palabras devolviéndole el gesto. Lleva estando ahí desde que nos vimos por primera vez.

—Eres tontísimo, Sándor —dice con una mirada que podría poner a temblar a más de uno.

La cena empieza con un brindis oficial. Un Arcanista se pone de pie, eleva una copa con líquido dorado y dice:

—A los que llegaron, a los que se perdieron… y a los que aún no saben a qué parte pertenecen.

Un susurro de copas alzadas responde. Yo bebo solo un sorbo. El vino tiene un sabor exquisito. Nunca me había gustado el vino hasta ahora. En la mesa contigua, alguien pronuncia mi nombre y llama mi atención.

—Dionna de Caelis. Esa de Galimatea. La que fue elegida por sorteo y ahora camina como si fuera una de nosotros y no hay una sola prueba que gane ella misma.

Una joven con vestido verde esmeralda y suficientes joyas como para comprar mi aldea entera me sostiene la mirada. Sabía que la oiría.

—¿Tienes algo que decirme a la cara o solo hablas para alimentar tu propia miseria? —pregunto.

—Solo me pregunto cuánto tiempo puede sostenerse una moneda lanzada al aire antes de caer del lado equivocado —responde.

—Bueno —interviene Sándor antes de que yo le salte encima—, piensa que si cae de canto, igual puedes usarla para metértela por el culo.

La noble sonríe impasible y se gira. No sin antes lanzarme una última mirada de perdonavidas.

—¿Te das cuenta de que ahora te miran como una posible finalista? —me dice Cristalith sin moverse.

—Lo que soy para todos ellos es una intrusa. Una que no se murió a tiempo para dejar de molestar.

—Exacto, y justo eso es lo que te hace peligrosa —responde Odrien—. No confían en lo que no entienden, y tú eres una incógnita con piernas.

—Si yo soy una incógnita, que se me nota todo en la cara y tengo la lengua muy larga, ¿tú qué eres? —le pregunto.

—Un espectador bien vestido con ganas de ver cómo arde el escenario.

No puedo evitar reírme. Cristalith me sigue. Incluso Sándor suelta un bufido que casi parece alegría. Dura poco, porque Devrian se acerca a nuestra mesa sin prisa y sumándole más tensión a mi situación. Su traje oscuro tiene bordados dorados que brillan como escamas de serpiente. No puede estar más atractivo, pero pienso hacerme la dura pase lo que pase. No soy un juguete de un miembro de la familia real. «Seredric sal de mi puta cabeza. Primer aviso».

—¿Puedo…? —empieza a preguntar Devrian haciendo un ademán con una mano.

No espero a que termine. Me giro, con la copa aún en la mano.

—¿Puedes qué?

—Robarte un momento.

—No es buen día para robos —le sonrío y acerco la copa a mis labios.

—Tampoco fue un buen día para tónicos y aún así sobreviviste.

Se me atraganta el vino justo cuando intentaba entrar en mi garganta. El silencio que se forma en nuestra mesa es incómodo y solo puedo escuchar mi vergüenza. Me levanto como si tuviese un resorte en el culo. No quiero que piense que le tengo miedo, pero tampoco quiero meter a mis amigos en problemas. Me alejo dos pasos: lo suficiente para que no estemos solos, pero sí lo parezca.

—¿Qué quieres? —pregunto, sin rodeos, mirando a mi alrededor.

—Verte —dice centrando mis ojos en los suyos poniendo un dedo en mi barbilla—. Asegurarme de que sigues entera. —¿Qué coño les pasa con la palabra «Entera»?—. Porque la torre parece fácil, pero está todo estudiado para introduciros en un ambiente imposible de soportar.

—¿Y te preocupa mi integridad? —le pregunto fingiendo un puchero.

—Me preocupa lo que puedes llegar a ser si olvidas quién eras antes.

—¿Y quién era antes? —Hago una pausa para mirarlo a los ojos más de cerca. Son los ojos verdes más fascinantes que he visto nunca—. ¿Según tú?

—Alguien que no se dejaba engañar y le ofrecía su tiempo a muy poca gente. Alguien que no creía en lo que otros le decían si ella no lo veía antes.

—Y ahora… —comienzo a balbucear: me estoy perdiendo en lo que sea que tengan sus ojos.

—Ahora confías. —Me sonríe al darse cuenta de lo que está causando en mí—. Y eso te hace moldeable.

—¿Moldeable en el buen sentido o manipulable? —Pregunto sacudiendo la cabeza para volver a la realidad.

Sus labios esbozan una sonrisa de nuevo.

—Ambas cosas pueden servir para sobrevivir o...

—...o para destruir —completo su oración antes de que él lo haga y juro que veo una telilla brillante en sus ojos.

—Justo por esto no dejo de mirarte —susurra—. Eres fascinante. Pensé que la canción y los susurros de la torre te detendrían.

—Y lo consiguieron por un momento —respondo también en susurros para evitar algunas miradas curiosas pero espera un momento.

—A veces un instante basta para perderse, o para encontrarse con la persona correcta en el momento adecuado.

Me acaricia la mejilla derecha y se va a su mesa. Vuelvo a la mía intentando que las piernas no me delaten, pero el corazón me late como si se me quisiese salir por la espalda. Me dejo caer al lado de Cristalith, que me mira de reojo. Todos lo han visto, pero nadie dice ni pregunta nada. Lo agradezco más de lo que podría admitir. Cuando levanto la mirada hacia la mesa principal, no veo a los Arcanistas. No veo a la Reina Ma-dre o a la Princesa Zmena. Solo veo al putísimo rey de Aethrya.

Está de pie. No sé en qué momento ha aparecido, pero ahí está por fin. Está impecable, como siempre, nada fuera de su sitio. Neutro, sereno, educado en exceso, aunque con un toque amenazante. Bajo mi mirada hasta los dedos de su mano derecha —la que sujeta la copa— están tan tensos que el cristal está a punto de romperse. Nadie parece haberse fijado en que hay una grieta en el cristal y otra invisible en su gesto —en apariencia imperturbable. Apenas un movimiento de su mandíbula y una línea sutil en la frente. Como si algo en su interior estuviera empujando para salir y él lo sujetara con cada fibra de su autocontrol.

Suelta la copa con cuidado, con demasiado cuidado para lo que muestran sus gestos. Nuestras miradas son una ráfaga gélida que atraviesa la distancia entre nosotros como si no hubiese nadie más en la sala: solo nosotros y el miedo.

—Te está mirando el mismísimo rey —susurra Cristalith.

—Lo sé. —Me hago la dura, pero por dentro soy un flan.

—¿Qué le dijiste el otro día? —suelta la pregunta sin rodeos y clavándome la mirada.

—Nada, o igual hablé de más. —Trago saliva y mis comisuras se curvan hacia abajo—. No lo sé.

Sándor se inclina un poco hacia mí.

—¿Quieres que lo distraiga? Soy muy bueno fingiendo tropiezos escandalosos con bandejas ajenas.

—Gracias, pero no. Creo que ya tengo suficiente escándalo en mi vida. —digo dirigiendo mi mirada hacia la mesa real.

Una noble le dice algo a Seredric. Él asiente sin mirarla, pero la tensión no cede. Sé con absoluta certeza que si alguien más que no fuese Devrian me hubiese apartado para hablar, el rey no me habría mirado. Es una lucha entre ellos en la que poco tengo que ver. Me ha tocado estar en medio sin yo pedir nada. Soy yo, como bien podría haber sido la petarda del vestido verde con acento sureño. Seredric no quita sus ojos de los míos. Siempre esta lucha de poder visual que no sé muy bien cuándo comenzó. Noto una presión en el estómago y otra en el centro de mis piernas. No es posible. No. No. No. Inconsciente retorcido deja de excitarte con esta toxicidad masculina absurda.

Cristalith me coge la mano debajo de la mesa. Agradezco que me saque de estos pensamientos ridículos en los que me estoy perdiendo.

—Dionna.

—¿Sí? —Carraspeo, intentando olvidar qué le está pasando a mi cuerpo traidor.

—No te rompas por nadie que no se rompa por ti.

Trago saliva. La miro un momento. Miro de nuevo a Seredric. Sus ojos ya no están en mí, pero su copa sigue intacta desde que la dejó sobre la mesa. Y eso, por alguna razón, me duele más que si la hubiera hecho trizas. ¿Qué coño me pasa?

◆ ◆ ◆

Cuando la cena termina, los Aspirantes comienzan a dispersarse como si el peso del banquete les hubiera recordado todo lo que nos queda por delante. Las luces se atenúan, las copas se enfrían y el murmullo constante de las conversaciones nobles se diluye. Camino junto a Cristalith unos pasos hasta que tiene que cambiar de dirección para ir a su habitación y yo continúo sola hasta mi cuarto.

Estoy a punto de llegar cuando veo a Seredric, que tiene los brazos cruzados sobre su pecho y la mirada al frente. Está peligrosamente cerca de mi habitación, y no sé muy bien por qué. Me detengo, porque no soy idiota y porque algo en su presencia cambia el ritmo de mi sangre. Sé que si doy un paso más, dejaré de poder fingir que no lo he visto. ¡Qué coño! Quiero que me vea.

—¿Buscaba a alguien, Su Majestad? —pregunto, cruzándome de brazos. Voz firme y cabeza alta.

Sus ojos se clavan en los míos con una lentitud que arde, me examina por dentro sin pedir permiso.

—A ti —responde, sin rodeos.

Abro los ojos con asombro, pero calmo mi gesto al instante. No me esperaba esa respuesta.

—¿Cómo crees que será el siguiente desafío? ¿Estás preparada?

—Si necesita feedback sobre su juego de guerra, Majestad, le sugiero que busque a otra —digo cortante, pero sin cruzar la línea —. Si a quien de verdad buscaba era *a mí*… —digo señalándome con un dedo con descaro y algo de rabia— estaré encantada de responder a sus preguntas.

Y entonces sonríe como quien juega a un juego que sabe que ganará. Un segundo. Una curva breve. Un microsegundo. Pero la vi.

—Aún no lo sé —dice, en voz baja—. No sé si estoy preparado para descifrar el enigma que pareces ser.

Mi corazón tropieza, porque no es una línea ensayada. No es un juego; lo dice de verdad. Lo veo en sus ojos. Creo que por primera vez no parece estar encerrado detrás de un deber o una etiqueta.

—Entonces no lo intentes —respondo—. Algunos acertijos están diseñados para no resolverse nunca.

—¿Y tú qué eres? ¿Un acertijo de esos que men-cionas? ¿O solo un trofeo?

Será cerdo, el puto engreído con corona.

—Según a quién le preguntes. Algunos gilipollas dirán que soy un trofeo. Otros, incluso un mero complemento. Yo prefiero pensar que soy una consecuencia para la historia de alguien.

Sus ojos brillan de curiosidad o lo que sea que antecede al deseo cuando todavía no se admite en voz alta.

—Los trofeos también hacen historia —dice, dando un paso hacia mí.

Y yo no retrocedo, porque el miedo ya no se siente como miedo. Si lo que quería era matarme, ya lo habría hecho. A medida que se acerca noto como me aumenta el calor corporal y un pulso desconocido comienza a sonar en mi pecho.

—¿También los reyes? —pregunto—. ¿O vosotros solo os ganáis trofeos ajenos?

—Crees que no tengo cicatrices, Dionna. Que todo en mí fue elegido, pero ser rey también es una condena. Solo que con bordes

dorados.

—Y muy buena postura —digo mientras observo más tiempo del debido como sube y baja su pecho mientras mantiene la espalda recta.

Él suelta una exhalación breve. Un casi suspiro. No sé si por fastidio o por alivio. Me mira como si yo fuera algo que debería evitar y no puede. Lo entiendo, me pasa lo mismo: intento escapar de mi misma, pero siempre me encuentro.

—Te vi —dice de pronto—. Cuando hablaste con Devrian.

Me tenso; no quiero explicar algo que ni yo entiendo.

—Y yo te vi a ti —respondo—. Justo cuando estabas decidiendo si partías la copa o a alguien más.

—Elegí no partir nada, ¿acaso eso no cuenta como virtud?

—Cuenta como represión, que no siempre es lo mismo.

—No debería estar aquí contigo —dice finalmente acercándose un poco más a mí—. Ni tú deberías contestarme así.

—Y sin embargo… —le respondo mirando de nuevo el movimiento que hace su pecho al respirar.

—Y sin embargo.

Nos quedamos así. A milímetros. Como dos imanes burlándose de su propio campo.

—¿Quieres saber qué me preocupa del siguiente desafío? —pregunto, con la voz apenas audible, levantando la vista a su mirada dorada.

Asiente una sola vez.

—Que no sea perder lo que más me moleste, sino algo peor.

—¿Como qué?

—Como tus ojos siguiéndome cuando no lo consiga.

Un parpadeo y luego su voz.

—Podría dejar de mirar si me lo pides.

—Y yo podría dejar de hablarte si me lo ordenas.

—Y sin embargo —imita mis palabras con una sonrisa triste.

—Y sin embargo —le respondo devolviéndole el gesto.

Él da un paso más. No hay nadie en el pasillo, sólo nuestros alientos encontrándose a medio camino.

—A veces creo que estás destinada a arruinarme —susurra.

—Y yo creo que ya lo hice, solo que no lo sabes todavía.

Nos miramos por un segundo o una eternidad. Veo como baja la vista a mis labios. Sólo un segundo, pero lo hace. Y mi cuerpo traidor tiembla de ganas de aunque sea solo un roce para saber si esta sensación de que estoy a punto de caerme al vacío se va a ir cuando me toque. Porque quiero saber si la protección, sonrisa y calidez de Devrian se apaga cuando el hielo me queme los labios. Se agacha para acercarse a mis labios y yo cierro los ojos.

—Tengo que irme —dice alejándose.

Seré gilipollas, pardilla, imbécil e ingenua. Abro los ojos rápidamente deseando que no lo haya visto.

—Yo también —digo como un resorte y hago como que limpio polvo inexistente de mi vestido.

Solo me mira como si quisiese hacer una fotografía mental de cada centímetro de mi cara. Luego da un paso atrás y se va. Sin decir nada más. Yo me quedo ahí, respirando como si hubiese corrido una vuelta a toda Galimatea y con la sensación de que si diera un solo paso en su dirección, ya no habría vuelta atrás. No sé si eso me aterra o me encanta. Menudo calentón llevo.

XIV
Dionna

Clummy me observa con la intensidad de un médico funerario que ya está eligiendo el color del féretro. El desafío de ayer fue una pesadilla y despertarme en la Ciudadela después de haber fracasado está siendo como escuchar un vals de cuerdas mientras me dan de comer.

—Tensión sexual no resuelta detectada —anuncia, con su voz metálica tan serena como irritante—. Estado fisiológico alterado, respiración irregular durante el sueño, y cuatro episodios de microsonrisa nocturna de tipo E-2 acompañado de humedad corporal.

Abro un ojo.

—¿E-2? Estoy segura de que te inventas esos nú-meros.

—Erótica con negación emocional.

—Por la Fundadora, Clummy… —Sonrío y respiro por la nariz como si no me creyese lo que estoy oyendo—. Y no vuelvas a decir la palabra humedad. Haces que suene asqueroso.

—Además —prosigue, sin la más mínima intención de detenerse—, no solo sufriste de ese tipo de humedad. Tus glándulas sudoríparas aumentaron actividad entre las tres y las cinco de la madrugada. Coincide con el momento en que murmuraste «no te acerques» y «hazlo ya».

Me siento de golpe en la cama, los ojos como platos, la dignidad arrastrándose por el suelo como un pez muriéndose fuera del agua.

—¡Estabas registrándome mientras dormía!

—Estoy programado para prevenir colapsos físicos y mentales. Y en este caso —dice ladeando la cabeza—, lo que se avecina no es un colapso, sino combustión.

—¿Qué combustión? ¿De qué coño hablas?

—Interna, hormonal. Demasiado peligrosa para tu rendimiento en pruebas de alta demanda emocional.

—¿Quieres decir que...?

—La tensión sexual no resuelta puede ser detrimental en desafíos de concentración y, en el caso específico de la segunda gran prueba —aclara mientras despliega una tablilla luminosa con gráficos indecentes—, directamente mortal.

—¿Estás insinuando que si no… no sé… canalizo esto, voy a morir?

—Estoy sugiriendo que deberías considerar liberar presión. Solo existe una válvula segura en estos casos: o la autosatisfacción en privacidad controlada, o un encuentro consensuado con alguien que desee lo mismo que tú. Preferiblemente alguien que no te quiera matar. Aunque no es estrictamente excluyente. Siempre y cuando no lo consiga, claro.

Me echo hacia atrás y me cubro la cara con las manos.

—Estoy hablando de esto con un muñeco de porcelana mágico que me entrega túnicas y me vigila cuando duermo. Maravilloso. Qué vida tan gloriosa.

—Podría ponerte música ambiental si lo deseas hacer en solitario. Algo discreto. ¿Tambores sensuales? ¿Lluvia cálida? ¿O prefieres silencio dramático con cuerdas etéreas?

—¡Clummy!

—Solo intento ser de ayuda. La abstinencia emocional puede producir lagunas cognitivas, inestabilidad mágica involuntaria y ataques de sarcasmo extremos. De hecho. —Hace una pausa—. Creo que ya estamos viendo los efectos.

—Esto no es sarcasmo extremo —le espeto—. Esto es desesperación decorada *muy* sutilmente con ironía.

—No es incompatible.

Lo miro. Él me mira. Si es que puede «mirar». Ese rostro blanco, redondeado, con sus ojillos de cristal, parece más inocente de lo que es. Es el demonio envuelto en porcelana y la voz de un *enfermero zen*.

—¿Y si no quiero liberar nada?

—Entonces te recomiendo meditación y respiración focalizada. También podrías cantar, aunque con tu registro vocal es poco probable que logres relajarte.

—¿Te das cuenta de que estás rozando el límite de lo denunciable?

—Mis algoritmos incluyen un módulo de tacto diplomático, pero solo lo uso con nobles. Tú eres técnicamente una plebeya, así que no lo necesito utilizar contigo.

—Gracias por recordármelo —gruño, mientras me arrastro fuera de la cama—. ¿Algo más que deba saber antes de enfrentarme al baile que nos espera hoy?

—Sí. El desayuno.

—¿Qué tiene de especial?

—Incluye alimentos ricos en zinc. Favorecen la claridad mental y también… la producción de hormonas reproductivas, por si cambias de opinión.

—¿Clummy?

—¿Sí?

—Desaparece.

—No puedo hacer eso sin ayuda de un Arcanista, pero puedo llamar a uno si lo deseas.

No respondo, porque si abro la boca, grito. Y si grito, alguien pensará que algo grave ocurre. Aunque lo cierto es que sí. Lo grave ocurre por dentro: en algún punto entre mis piernas, mi corazón y esa parte de mi cerebro que se empeña en guardar recuerdos de cierta sonrisa que duró menos de un segundo y que no debió existir.

Me quedo unos segundos de pie en medio de la habitación intentando recomponer algo parecido a la dignidad. No funciona. Sigo teniendo la misma dignidad que un gato mojado.

Me acerco a la ventana y la abro: el aire de la mañana entra frío y limpio desde los jardines del palacio. Desde aquí se ve el patio interior de la Ciudadela de Cristal: las fuentes todavía apagadas, un par de sirvientes cruzando con bandejas, la luz del amanecer filtrándose por las paredes de piedra y cristal como si todo el lugar fuese una joya gigantesca. Todo parece tranquilo. Cuesta creer que ayer estuviese caminando a ciegas por un bosque que intenta comerse a la gente; sin embargo, no ha sido capaz de quitarme la conversación con Seredric de la cabeza, tampoco la que tuve con Devrian poco después.

—Tu presión arterial ha aumentado ligeramente —dice Clummy a mi espalda justo antes de que pueda pensar en qué hacer con lo que me dijo Devrian.

—No digas nada más sobre mi presión arterial o juro por la Fundadora que te tiro por la ventana.

—Anotado.

Cierro la ventana, apoyo la frente contra el cristal un segundo y dejo a mi mente divagar sobre todo lo que hice y no hice ayer.

Ayer. ¡Qué lejos parece!

El carruaje sobrevolando la niebla de Elarith y Cristalith comentando mi vestido como si fuésemos a una fiesta en lugar de a una prueba, Odrien desayunando fruta mágica como si el mundo no pudiese matarnos en cualquier momento, Sándor hablando de estrategias mientras fingía no mirar demasiado… Todo parecía perfecto justo antes de que se fuese a la mierda. El Bosque Aulhen no fue amable. Noventa y ocho aspirantes frente a una línea de árboles que parecía querer llevarnos consigo y no dejarnos salir jamás.

—¿Cómo consiguieron quitarnos los sentidos de esa manera? —le pregunto a Clummy sin demasiadas expectativas.

—Los dones de los Arcanistas no son comparables a los que poseen ciertas líneas de sangre real —responde con la serenidad habitual—, pero de todas maneras tampoco serían suficientes para producir exactamente lo que vivisteis ayer.

Me giro despacio.

—¿Cómo que no? Estoy bastante segura de que sí fue suficiente como para hacer que un señor que no parece tener mi edad y que mide dos metros se cagase encima.

—Funcionan de muchas maneras —dice con calma—, pero no así.

—Nos dejaron ciegos, sordos y medio muertos en un bosque encantado.

—Sí. —Mueve sus ojos de izquierda a derecha a una velocidad exagerada justo antes de seguir hablando—. Los Arcanistas no podrían hacer eso ni aunque quisiesen.

—¿Me estás diciendo que eso no fue cosa suya?

—Los Arcanistas organizaban la prueba —dice inclinando la cabeza hacia arriba—. Organizar no siempre implica ejecutar.

—Los dones de los Arcanistas son conocidos.

—Ajá.

—Una vez los Arcanistas manifiestan su don, se anuncia, se clasifica y se enseña en la Tríada anual.

—Muy tranquilizador.

—Lo que ocurrió ayer no lo han anunciado ni clasificado nunca.

—¿Qué estás insinuando?

—Nada.

—Mentira. Estás insinuando que alguien más estaba detrás de la prueba. No seas falso.

Clummy se toma su tiempo antes de contestar.

—Durante la Convergencia anual, algunos miembros menores de la familia real muestran sus dones ante el continente y os ofrecen soluciones a ciertos problemas.

—Sí, lo sé.

—Es una forma de que el poder resulte… comprensible.

—¿Comprensible? Que alguien tenga un poder, porque hace más siglos de los que sería capaz de comprender la Fundadora tocó a un señor que resultó ser su antepasado, es de todo menos comprensible. Pero continúa.

—Hay una razón por la que solo se muestren los dones de esos miembros, pero nadie sepa los dones de aquellos que ocupan

la Cúpula de la Corona.

—¿Y eso qué tiene que ver con ayer?

—Tal vez nada.

—Clummy, ¿fue cosa del rey?

—Tal vez no.

—Cómo te odio cuando eres así.

—Seguramente no sea cierto, pero lo anoto.

Pongo los ojos en blanco y me tiro boca abajo en la cama.

Recuerdo el momento exacto: los colores deshaciéndose, los bordes volviéndose borrosos hasta que todo se convirtió en una masa gris. Liora encima de los hombros de Sándor gritándonos direcciones. Cristalith a mi lado, respirando fuerte pero sin frenar.

—Registré tu retorno al palacio varias horas después —dice Clummy—. Fuiste catalogada como Aspirante rescatada. Perdiste una vez más; eso baja tus estadísticas.

Le levanto el dedo corazón sin levantar la cabeza de la almohada antes de responderle.

—Bonita forma de decir eliminada.

Nos despojaron de todo sentido y terminamos caminando sin siquiera sentir el suelo que pisábamos. La desesperación que sentí ayer fue más propia de una Prueba que de un desafío; sin embargo…

—Vi a alguien cuando estaba sin sentidos —le digo a Clummy, aunque sé que no tiene ninguna lógica que pudiese haber visto a alguien si todos nuestros sentidos estaban anulados—. Era una alucinación, ¿verdad? No podía ser ella de verdad.

—Tal vez.

Levanto la cabeza de la almohada y lo miro con la intención de que sienta algún tipo de amenaza en mis ojos. Pero él no siente nada. Nunca.

—Alguien debería revisar esos archivos; habló conmigo y me dijo que me vigilan. —Trago saliva—. Y que no confíe en nadie. Nunca.

—Eso introduciría inconsistencias en múltiples narrativas oficiales —dice procesando la información sin moverse.

—Bienvenido a mi vida.

—Te retiraste del salón antes del final del evento —dice Clummy ignorando la información que le he dado.

—Ya —digo y sonrío al recordar lo que pasó de camino a mi cuarto.

—¿Debo clasificar lo que ha provocado esa sonrisa como un evento importante?

—Devrian me dijo que quiere hablar conmigo en el baile de hoy.

Me quedo pensando unos segundos más y me levanto de la cama arrastrando los pies hasta la ventana de nuevo.

—Clummy, ¿tú confías en alguien?

—No es un concepto operativo para los cluams.

—Envidiable.

Miro a través del cristal: el palacio ya está completamente despierto. Sirvientes cruzando el patio, cluams con sus libretas flotantes, guardias cambiando turno, un cocinero que corre con una olla humeante de una estancia a otra…

—El baile —murmuro.

—Dado el aumento de tu frecuencia cardíaca al mencionar el evento —dice Clummy—, estimo que la causa principal de tu alteración fisiológica continúa siendo la misma.

—No empieces otra vez. No sé para qué te cuento nada.

Tres golpes suaves en la puerta interrumpen nuestra conversación.

—No esperamos a las estetas todavía —dice Clummy ladeando la cabeza—. Según el protocolo del palacio, la preparación de los Aspirantes comienza tres horas antes del evento, no ahora.

Respiro hondo antes de abrir la boca: no estoy de humor para visitas inesperadas.

—¿Quién es ahora?

—Poca gente quiere visitarte, las opciones son…

—¿Y si te reinicio de una patada? —lo interrumpo.

—Eso podría matarme —responde con total serenidad—. Y sería el escándalo diplomático más insensato del siglo.

Cristalith, Sándor y Odrien entran por la puerta como si la habitación fuese suya antes de que nadie les diese permiso para

hacerlo.

Cristalith se deja caer en mi cama justo enfrente de mí, con las piernas estiradas como una reina que está cansada de mandar. Odrien se apoya en el marco de la ventana a mi izquierda, con una fruta en la man, y Sándor a mi derecha.

—Bien —dice Cristalith, aplaudiendo suavemente—. ¿Quién quiere hablar del hecho de que esta noche nos convertiremos en versiones aún más confusas de nosotros mismos?

—¿Más confusas? —Odrien resopla—. Habla por ti, guapa. Yo planeo ser absolutamente reconocible. El carisma no se oculta, ni con máscara ni con pócimas.

—Lo dice mientras lleva una túnica que parece la manta que me pongo cuando tengo fiebre —le suelta Cristalith, sin mirarlo siquiera.

—¡Es cómoda! —protesta, ofendidísimo—. Y tiene bolsillos.

—Ah, los bolsillos, es verdad; el arma secreta del carisma.

Sándor suelta una risa por lo bajo, pero no entra en la pelea. Mira por la ventana y luego a mí. Tiene una expresión en la cara que no me gusta nada. Miro a los demás buscando una explicación; sin embargo, solo encuentro más dudas.

—¿Y tú qué? —le lanza Cristalith con una sonrisa afilada—. Estás muy callado para alguien que normalmente tiene teorías de conspiración sobre los jardineros del palacio.

Sándor se encoge de hombros. Hace una pausa larga, pero se nota que está a punto de soltar algo.

—Tuve una visita anoche —dice.

Cristalith y yo nos miramos de inmediato. Odrien casi se atraganta con la manzana. Este tío siempre está comiendo fruta.

—¿Una visita? —pregunto, ya medio sonriendo—. ¿Del tipo «me matan en sueños» o «me despiertan con caricias»? —Le intento pellizcar la barriga, pero él se aparta rápidamente.

—Del tipo Nirelia pasó por mi habitación —dice, con una voz tan neutra que parece que acaba de recitar el pronóstico del tiempo, pero yo juro que me caigo muerta.

Cristalith abre la boca y Odrien se lleva una mano al pecho, fingiendo un colapso emocional.

—¿Lady Nirelia Va-len-dris? —pregunta Odrien, exagerando cada sílaba.

—¿Pasó por tu habitación? —insisto, porque necesito detalles con urgencia casi médica.

Sándor asiente. Nada más. No dice nada más el muy cabrón.

—¿Y? —dice Cristalith.

—¿Y qué? —pregunta como si de verdad esto no tuviese una importancia a nivel continental.

—i¿Que qué quería?! —Me giro hacia él moviendo mucho las manos.

—Hablar —dice él completamente tranquilo

Odrien se pone frente a él.

—¿Hablar de qué? —La manzana ya no le parece lo más emocionante, teniendo en cuenta que la lanza y la encesta en la papelera en cuanto le hace la pregunta.

Sándor nos mira como si estuviera decidiendo qué tanto vale nuestra amistad para que nos dé la información.

—No puedo decirlo.

—¿No puedes o no quieres? —le espeto—. No puedes soltarnos esa bomba y no darnos detalles.

—Ambas.

Cristalith suelta un bufido.

—¿Ahora eres espía real? ¿Nos vas a dejar con el misterio hasta que la Tríada termine y todos acabemos muertos?

—Eso es lo que me pidió —responde él, encogiéndose de hombros otra vez—. Me hizo prometer que no lo diría hasta que llegase el momento.

Silencio. Todos lo estamos matándolo en nuestras cabezas.

—Mira, Sandito bonito —dice Cristalith, entrecerran-do los ojos y señalándolo con el dedo haciendo círculos—. O nos lo cuentas, o en el baile te lanzamos al centro y gritamos que eres el heredero perdido de la Casa Valendris y estás embarazado del rey.

—¿Otra vez embarazos mágicos? —Odrien rueda los ojos poniéndolos en blanco—. ¿Por qué siempre tus chantajes terminan en úteros metafóricos? No fuimos creados para parir, supéralo.

Sándor se ríe, pero no cede. Me apoya un segundo la mano en el hombro y me dice, en voz muy baja:

—Fue importante, pero no era solo sobre mí, también trataba de Dionna.

—¿Sobre mí? —¡La madre que lo parió!— ¿Nadie te enseñó que no puedes soltar algo así y no explicar nada más?

Asiente, pero se aparta y no dice nada más.

Estoy a punto de exigirle una explicación, pero Cristalith me lanza una mirada de «mejor no lo presiones ahora» o «te juro por la Fundadora que si le gritas, yo me pierdo la diversión después y tú pierdes una mano».

Respiro hondo y me echo hacia atrás, resignándome a lo que peor llevo en esta vida: esperar al momento correcto.

—Al menos esta noche no nos reconocerá nadie —digo suspirando.

◆ ◆ ◆

—A diferencia del Baile de Acero, este evento no está diseñado para deslumbrar con presencia y fuerza, sino para saber esconder —dice Clummy cuando mis amigos cierran la puerta tras de sí.

El momento de que los estetas nos transformen de nuevo ya es inminente, qué poco duró la reunión de amigos en la que podemos olvidar por unos instantes que estamos siempre al borde de la gloriosa muerte que todo Aethryense ansía.

—¿Esconder? Eso sí que me gusta, ¿ves?

—Camuflar lo evidente y dejar que solo el instinto sobreviva.

Se gira hacia mí, como si quisiera asegurarse de que capto la gravedad.

—Cada Aspirante recibirá una máscara única, tallada a mano por artesanos de la Tríada. Cada una representa el arquetipo simbólico que os defina con mayor exactitud. Junto a ella, un tónico de voz. Al beberlo, se modificará el timbre y las frecuencias identitarias de todo asistente al baile. Nadie sabrá quién es quién

bajo el velo. —Baja la cabeza, pero mantiene sus ojos en los míos—. Nadie.

Mi estómago protesta de ansiedad y se anuda en un intento por mantener la comida dentro de él.

—¿Y tengo que bailar, cosa que ya de por sí detesto, sin saber con quién?

—Normalmente en los bailes ceremoniales lo que menos importancia tiene es el baile en sí. Lo que es de vital importancia es crear conexiones. —Hace una pausa para encontrar la información adecuada dentro de su base de datos mientras alguien llama tres veces a la puerta—. O luchar. —Camino hacia la puerta y le abre la puerta a mis estetas—. O negociar —Les hace un ademán para que pasen—. O seducir —dice mientras las tres mujeres lanzan una imagen holográfica de mi cuerpo en medio de la habitación—. O simplemente ser seducida, como siempre.

Lo miro entrecerrando los ojos, si lo mato tendrá que ser sin testigos. Me toca esperar.

—¿Te estás burlando de mí?

—Nunca —me dice el muy sinvergüenza—. Solo in-formo.

—Perfecto. Máscaras. Anonimato. Voces distorsiona-das. Todo muy limpio por fuera… para que no se note la jodida carnicería de antes. Porque claro, primero te meten en una prueba medio mortal montada por esa panda de privilegiados de la familia real —con sus dones misteriosos y sus santos cojones—, y luego, cuando ya estás medio reventada, te pasean toda la noche sin dormir, desde Elarith hasta la Ciudadela de Cristal, en ese transporte mágico que te deja el estómago del revés… para encerrarte en palacio como si fueras otra pieza más de su puto juego de bailes y purpurina, en donde tienes que regalarles tu corazón puro de Aspirante y desear que les guste.

Respiro por fin después de soltar todo lo que tenía dentro: si voy a morir, que tengan una razón.

—La purpurina ayuda a que vuestros corazones brillen más de lo que ya lo hacen.

Me quedo en silencio un momento, no puede estar hablando en serio. Luego sonrío, entrecierro los ojos y le muestro el dedo

corazón.

—Qué bonito, ¿eso que lo leíste, en un poema? —le suelto.

—No. En una nota marginal del diario de una Aspirante que me fue asignada hace unos años. —Hace otra pausa—. Que murió bailando, por cierto: un ataque al corazón. Una lástima.

—Fantástico. ¡Qué optimismo más reconfortante!

Las estetas parecen haber terminado su análisis en el que muy probablemente no salga bien parada. Parece que van a comenzar mi transformación, pero no.

—Esta vez no trabajaremos aquí —dice la única esteta que parece poder hablar, acercándose un paso—. El proceso requiere una sala especializada.

Frunzo el ceño.

—¿Especializada? —arqueo una ceja—. Qué bien. ¿Tan mal estoy o simplemente os gusta complicarlo todo?

—Ni lo uno ni lo otro. —No se inmuta mientras apaga el holograma con un movimiento de sus manos—. Es un procedimiento distinto. Requiere condiciones concretas.

—Claro, condiciones concretas. —Me cruzo de brazos—. Luz perfecta, manos perfectas… que cambien un cuerpo imperfecto a una versión irreconocible.

—Forma parte del proceso, sí —responde, sin rodeos.

—Ya. Lo que no me cuadra es por qué esta vez necesito una sala «especializada». —Hago comillas en el aire—. ¿Soy la única a la que vais a desmontar con tanto cuidado o es que todos los Aspirantes pasan por lo mismo?

La esteta sostiene mi mirada un segundo de más.

—No todos, en las habitaciones asignadas de algunos Aspirantes las condiciones concretas ya se dan.

—Genial —murmuro, dejando caer los brazos—. Justo lo que quería oír.

◆ ◆ ◆

La sala donde me dejan huele a flores nocturnas y madera húmeda. Hay vapor en el aire; luz que se mueve como si estuviésemos bajo el agua; y una voz omnisciente, sin origen ni forma, me dice que debo desnudarme.

En medio de la sala hay una especie de cuenco del tamaño de una bañera tallado en piedra gris, con agua tibia que huele a luna llena. No sabría explicar cómo huele la luna llena, pero si tuviera aroma, sería este: algo entre polvo y promesas. Me meto en la bañera y siento como mis músculos se relajan al instante. Las manos que me lavan son firmes. Las estetas, que han aparecido de repente, no preguntan y tampoco se detienen cuando persigo con la mirada las cicatrices que me adornan el cuerpo. No me había fijado tanto en las pequeñas líneas rosadas y abultadas que me suben por la pierna derecha. Me restriegan con polvos de cristal molido hasta que la piel parece nueva. Como si ya no fuese mía.

Una vez salgo de la bañera, viene el vestuario: telas suaves que me rozan la espalda con la precisión de un arquero real. Me envuelven sin apuro. El verde del vestido es tan oscuro que casi parece negro, y los detalles dorados no solo brillan; parecen quemar. El tejido se ajusta a mis curvas como si hubiese sido cosido sobre mis huesos. Cuando me lo termino de poner, noto como si se hubiese convertido en una segunda piel.

Cuando creía que no podía ser mejor: llega el peinado. Rizos domados, pero no ocultos. Me recogen el pelo en dos trenzas a ambos lados de la cabeza que se deslizan como una serpiente hacia atrás, la mitad de las trenzas se abre y cae libre por mi espalda.

Y entonces, aparece una mujer de ojos tan negros como el azabache en la sala. Camina hacia mí y en sus manos lleva la máscara. Es ligera y de cobre envejecido. Tiene relieves finos que parecen espinas, pero en cuanto las toco, se convierten en alas abiertas de un ave de la era de los Nueve Antiguos.

—La máscara ha sido escogida en función a tu comportamiento, no a tu nombre —dice, con una voz que no nace de su garganta, sino de alguna caverna que lleva siglos oculta.

La cojo sin decir nada, porque todo lo que quiero preguntar no se puede formular sin temblar, así que estoy mejor callada. ¿Qué

han visto de mí? ¿Por qué escogieron un pájaro que ya ni siquiera existe?

El tónico que me entregan tiene el color del jade y el pequeño recipiente en el que se encuentra está completamente helado. Lo huelo antes de beberlo, pero no noto que tenga un olor en particular. Cuando el líquido baja por mi garganta, noto que sabe a menta ácida. Cuando hablo para probar la voz, no es la mía. Suena mucho más aguda; demasiado aniñada para mi gusto. Sin duda se aleja mucho de mi verdadera voz.

Miro el espejo.

La mujer reflejada me resulta familiar y ajena a la vez. Hay algo en su postura que es mío. La forma de inclinar la cabeza, la tensión en los hombros, la curva de las caderas. Pero el rostro cubierto lo transforma todo. No hay rastro de Dionna de Caelis. Además, han conseguido que aumente unos centí-metros en altura con una magia que no entiendo.

◆ ◆ ◆

El Salón de los Reflejos no se parece a nada que haya visto antes. Las paredes están cubiertas de espejos curvos que deforman todo lo que reflejan: figuras alargadas como sombras estiradas, rostros duplicados que no coinciden, versiones de mí misma que se mueven antes o después de lo que yo lo hago, como si el tiempo también estuviera descompuesto.

Las luces flotan a diferentes alturas. Algunas tan altas que apenas parecen luciérnagas distantes, otras tan cerca que podría tocarlas si estiro el brazo.

Por primera vez desde que comenzó la Tríada, no estoy con Cristalith, ni con Sándor, ni con Odrien. Ni siquiera con Clummy, que se quedó atrás murmurando algo sobre no ser admitido en eventos de alto protocolo con elementos inflamables —todavía no sé si hablaba de sí mismo o de mí—.

Respiro hondo, o eso intento. El aire aquí no huele a nada. Ni flores, ni perfume. Como si el mismo Salón hubiese decidido

eliminar las pistas más humanas. Se escuchan cuerdas de plata tocadas por dedos invisibles detrás de una pared.

Los Aspirantes ya estamos dentro. Los nobles y los observadores también. Cientos de cuerpos en movimiento, todos con máscaras. Algunas son grotescas, otras delicadas, otras tan sobrias que parecen no esconder nada, ¡qué triste que vean en ti algo tan aburrido!

Mi vestido me hace sentir como una serpiente disfrazada de princesa. Es perfecto, demasiado perfecto como para pertenecerme a mí. No me reconozco dentro de él. Mi máscara es liviana, pero su presencia lo inunda todo.

Una pareja gira cerca de mí, envuelta en una danza lenta. Ella lleva una máscara de cristal agrietado. Él una de madera tallada con forma de fiera. Se mueven, se huelen, se tantean. Me recuerdan a bestias en un ritual. Y quizá eso es todo lo que es este baile: un ritual de reconocimiento.

Una mano se extiende hacia mí.

Dudo, porque no sé quién está debajo, pero esa es la idea, así que decido aceptar. Debería aprovecharme de la situación y sacar algo de todo este misticismo; asiento con la cabeza y cojo la mano todavía tendida hacia mí. El tacto es firme. La figura, alta, delgada y masculina. Comenzamos a bailar. No es un vals clásico, aunque la música lo sugiere. Es más orgánico, parece que el ritmo cambia dependiendo de cómo pisamos, como si cada pareja estuviese escuchando una melodía completamente diferente. No hablamos absolutamente nada.

Después, otro hombre se acerca a mí. Esta vez, más bajo, más nervioso. Guía mal, me pisa y me pide perdón con una reverencia exagerada. Sonrío por debajo de la máscara. Me resulta divertido ver cómo alguien puede ponerse más nervioso que yo.

Otro más. Este me susurra un cumplido, al menos creo que lo es. Su voz está distorsionada por el tónico y nadie suena como sí mismo. Todos somos fantasmas en cuerpos prestados.

Sigo bailando. Una persona tras otra. Nadie me dice su nombre. Yo tampoco digo el mío. Cada paso es un enigma. Cada giro, una mentira.

Y entonces, una mano completamente distinta a las demás toma la mía. Se toma un segundo para acariciarme la mano antes de agarrar mi cintura y noto como los callos del dorso de su mano acarician la piel intacta de la mía.

Es alto y guarda una postura impecable. Máscara negra mate con detalles plateados en forma de hojas caídas: minimalista y elegante. Le cubre la cara en su totalidad. Me guía sin decir nada al principio, pero de repente rompe el silencio. Su voz es grave, pero aterciopelada, si eso es posible.

—¿Qué crees que pasará mañana?

¿Es Devrian? No lo sé. ¿Quién se preocuparía por tocarme con una delicadeza tan opuesta a su tacto áspero? Ni idea. ¿Otro Aspirante que quiere información? Tal vez, aunque lo dudo.

—Que lo real y lo falso se mezclarán aún más —respondo—. Que no solo los espejos de esta sala distorsionan. Con todo esto nos están preparando, mañana vamos a sufrir por lo que parece, no por lo que es.

Suelta una risa suave. Casi no la oigo, pero la siento en la piel. Noto una ligera corriente eléctrica recorrerme por dentro. Como un suspiro que no va a los pulmones, sino al estómago.

Me agarra del brazo, casi me arrastra con urgencia. Nos deslizamos entre las parejas que bailan, hablan y ríen. Cruzamos una cortina semitransparente que parece hecha de seda y humo, pero que es opaca a ambos lados. Y allí, bajo una lámpara flotante que vibra con un tono ámbar suave, se detiene. Me suelta solo para quitarse la máscara.

Un segundo.

Dos.

Hasta que mi cerebro comienza a entenderlo.

—Me ha gustado ese *feedback* —me susurra al oído con media sonrisa en la cara.

Y el mundo se inclina. Noto una ligereza en ambos brazos y un cosquilleo en la punta de los dedos.

—¿Cómo coño sabías que era yo?

No sé cómo he convencido a mis labios para que se moviesen y dijesen algo coherente. Me podría haber ahorrado el

taco, pero mi cerebro tenía que elegir entre actuar o morirse de la vergüenza, así que lo hizo lo mejor que pudo.

La máscara todavía cubre mi cara, pero sus ojos —los del mismísimo Rey de Aethrya en concreto— parecen atravesarla como si no existiera. No me responde, solo me mira. Siento en su gesto que acaba de decidir algo que llevaba mucho tiempo conteniendo.

Sus manos me cogen la cara con firmeza y sin un ápice de torpeza. Como si no quedara tiempo para dudas, como si ni siquiera el título de rey pudiera interponerse en lo que está a punto de hacer. Me levanta la máscara y sus labios colapsan con los míos.

Me besa como si nunca me fuese a soltar, como si estuviese cansado de fingir que puede vivir sin saber a qué sabe mi boca. El primer contacto no tiene preludio: es hambre y necesidad. Es el rugido de algo contenido demasiado tiempo, soltado todo de una vez. Sus labios me abren una pequeña herida en el labio inferior. Abro la boca y su lengua busca la mía con una urgencia que se estrella contra todo lo que he intentado negarme. No hay espacio para el aire. No hay nada más que necesidad.

Su mano se desliza hacia mi nuca, se enreda en el pelo que queda entre las trenzas y los lazos que atan la máscara a mi cabeza, y aprieta con la tensión de quien teme que esto se rompa en mil pedazos si no lo agarra fuerte. Y yo no sé en qué momento dejo de pensar y empiezo a responder. Solo sé que mi cuerpo se curva hacia el suyo, que mis dedos se cierran en el borde de su chaqueta y que mi boca le contesta con la misma violencia dulce con la que él ha empezado esto.

No estoy pensando en la Tríada, ni en el baile, ni en las consecuencias. Estoy en su boca. En su sabor. En ese temblor leve que le recorre los hombros cuando lo toco. En este momento que no debería existir, pero que ha nacido como si fuese inevitable.

Baja una de sus manos por mi pecho, por el costado para terminar aferrándose a mi cintura. Me agarra con fuerza, sin delicadeza, acercándome aún más a él. Pero en ese mismo instante, se aparta. Me mira a los ojos y veo como los suyos reflejan deseo mezclado con miedo, como si hubiese cruzado una línea que no sabe si podía permitirse.

—Podrías estar al otro lado del continente, oculta tras mil nombres, vestida de sombras y aún así sabría dónde encontrar tus ojos. —No quita su mirada de la mía y yo creo que ya no me acuerdo de cómo se respira—. ¿Y sabes qué es lo peor? —susurra más cerca de mí—. Que debería apartarme, sé que debería hacerlo; y sin embargo, cada vez que te miro, todo lo que soy decide desobedecer.

Se coloca la máscara de nuevo, da media vuelta y se va. Así, sin más, como si no acabase de sacudirme hasta el fondo del alma. Como si no me hubiese dejado con los labios ardiendo, el corazón fuera de ritmo y el deseo latiendo tan fuerte entre las costillas que me cuesta mantenerme en pie. Intento torpemente colocarme la máscara, pero no sé si lo he hecho bien y aparto la cortina para volver a entrar a la sala. Respiro, o al menos sigo intentando recordar cómo hacerlo. No funciona del todo. El aire no parece llegar a los pulmones. La sala no se ve igual: todo parece un lugar diferente. Mis ojos se mueven a una velocidad inhumana buscando un punto fijo. Algo que me devuelva a la realidad.

Me llevo una mano a la boca, tocando mis propios labios como si pudiese atrapar el calor que aún queda en ellos, como si pudiese memorizar la temperatura exacta que ha dejado en mí. Miro mi dedo índice, manchado de sangre ligeramente, y noto que mi labio inferior late como si tuviese un corazón propio.

En la pista, él vuelve a moverse como si nada hubiese pasado. Como si no acabase de dejarme empapada en sudor y deseando que el mundo se terminase aquí mismo. Como si el beso no hubiese sido real, pero lo fue. Menudo cabrón.

Vuelvo a la pista con los labios aún ardiendo.

No sé cómo lo hace él, pero a mí no me sale. No sé cómo logra besarme así y luego alejarse como si no hubiese pasado nada. Seredric vuelve a bailar como si la corte no pesara sobre sus hombros. Me cuesta pensar con claridad, pero el movimiento de la sala no se detiene por mi colapso interno. Las máscaras siguen flotando entre valses quebrados y risas envueltas en terciopelo.

Me mezclo otra vez con la multitud, fingiendo que no me arde la sangre, que no tengo los sentidos encendidos como

antorchas. Una figura a unos metros, alta, elegante, con esa calma serpenteante que solo puede pertenecerle a Devrian, llama mi atención y se convierte en el punto fijo que me devuelve a la realidad. Como nos imanes, nuestras miradas se cruzan. Mierda, no debo de haberme colocado bien la máscara, porque cruza la pista y viene directamente hacia a mí. No hay forma de escapar sin hacer un escándalo, y aunque me tienta gritar y salir corriendo, mis piernas no se mueven y doy gracias a la Fundadora porque mi boca tampoco lo haga. Se detiene frente a mí y ladea la cabeza.

—Sabía que eras tú —dice, y su voz sigue teniendo esa nota baja que parece hablar directamente a mi estómago—. Por tu cara de desconcierto. Siempre parece que estás a punto de saltar de un edificio o pelear con un fantasma. ¿Por qué te has descolocado así la máscara? ¿Te has peleado de verdad?

Le sostengo la mirada sin decir una palabra, mientras recoloca mi máscara como si fuese una niña pequeña que no sabe atarse los zapatos. No es miedo lo que siento ahora mismo la verdad, pero prefiero que piense eso. Me mira los labios y juraría que se mete dentro de mi cabeza. Seguro que lo sabe todo. Mierda.

—¿Y eso te parece atractivo o solo entretenido? —consigo preguntar para distraer su atención de mis labios.

¿Estoy intentando apagar el calentón con el Valendris equivocado o es ahora cuando estoy acertando? ¿Qué coño me pasa?

—Ambas cosas —responde, extendiéndome una copa de vino, él lleva algún tipo de licor que desconozco en la suya—. Pero sobre todo, lo que me resulta es familiar.

Cojo la copa, porque mi garganta está seca, no solo por cortesía. Devrian se inclina, un poco más cerca, sin invadir del todo mi espacio. Solo lo suficiente para que la piel me recuerde lo que puede hacer en este momento con una sola palabra bien dicha. Siempre espera a que yo le de el espacio para entrar en él. Nunca toma sin pedir permiso. Algo que valoro mucho de él.

—Acompáñame. Solo unos minutos.

Asiento y me guía hacia uno de los balcones laterales. Afuera, el aire nocturno está lleno del perfume del jardín encantado.

La falta de perfume de dentro hace que el contraste me confunda por un segundo. La barandilla tiene incrustaciones de cristal, y la luna se refleja en ellas como si el palacio hubiera robado trozos del cielo.

Él apoya su copa sobre el borde y la hace girar lentamente, el hielo tintinea como si también estuviese esperando que él diga lo que tiene pensado decir.

—Mañana comienza el final. Todo se complica después de la segunda prueba —dice.

—¿Así de simple? —respondo—. ¿Una frase lapidaria para empezar la conversación? Qué manera de romper el hielo tienes, chico.

—Me pareció adecuado. —Se encoge de hombros—. Pero *yo* —dice, y juro que refuerza ese *yo* como si tuviese una doble lectura que yo debo entender— no he venido a ser poético. He venido a ser útil.

Me inclino contra la barandilla y alterno mi mirada entre uno de los jardines del palacio y él.

—¿Y útil cómo?

—No quiero que enfrentes lo que viene sola —dice con preocupación; de verdad le importo, y me quiere cuidar por encima de la Tríada y de su apellido—. Vayas donde vayas en la próxima prueba, habrá algo más que enemigos y pruebas. Habrá traiciones, tensiones y secretos. Quiero estar cerca para poder protegerte, pero tú tienes que algo importante para mí.

Frunzo el ceño.

—¿Qué me estás proponiendo?

Devrian no sonríe esta vez, mal asunto. Esboza una línea recta con los labios, más como si supiera que está cruzando un umbral del que no puede volver. Como si él sí se atreviese a algo más que lo meramente físico.

Y sin embargo, a mí aún me siguen ardiendo los labios. Me muerdo el inferior, sintiendo un ligero sabor a óxido, mientras espero una respuesta.

—Que vayas conmigo al próximo baile, que nos vean juntos y sepan a quién pueden traicionar y a quién no. Que me permitas

ayudarte con lo que sé y con lo que puedo influir. Tengo recursos, Dionna. Amistades en la corte. Acceso a cosas que los demás ni imaginan.

—¿Y qué me pides a cambio? ¿Qué significaría ir contigo al último baile? Si es que llego con vida…

—Nada más que tu compañía —responde, con esa dulzura siempre presente—. Nada más que a *ti*. A *mi* lado.

—No me acostumbro a que alguien quiera protegerme sin condiciones —le digo—. Demasiado bueno para ser cierto.

Lo observo durante unos segundos. Devrian es seguridad; me ha salvado una vez, me ha abrazado justo cuando más lo necesitaba, y ahora me ofrece su alianza. No sé si es afecto lo que hay en su voz o es que ha visto en mí algo más que un pasatiempo. Si de verdad me ve.

—Lo pensaré —respondo, finalmente.

Y eso basta, porque sus ojos brillan como si acabara de ganar una apuesta. Como si lo importante no fuera la respuesta, sino el hecho de que no lo he rechazado del todo. Se inclina y me besa la mano, un beso sutil sobre el dorso de la mano. Un gesto tan clásico que casi olvido dónde estamos. Volvemos al salón y nos separamos.

El vals se apaga lentamente, disolviéndose entre caricias escondidas de gente que no se reconoce. Las parejas se separan con reverencias suaves, con miradas que duran un segundo más de lo necesario. Algunos brindan con copas que tintinean demasiado. Otros se despiden con gestos pequeños que no significan «adiós», sino algo más parecido a un «hasta la próxima máscara».

Yo camino intentado observar cada detalle. Hay un apretón de manos a mi izquierda. Rápido y discreto. Creo que reconozco a los dos: son Aspirantes que habían jurado no dirigirse la palabra desde la prueba del Laberinto. La rigidez de sus muñecas y la manera en que no se miran al soltar, hace parecer que sea lo que sea de lo que han hablado, es una traición o un pacto desesperado. En este punto, es lo mismo.

Cristalith cruza el salón como un vendaval contenido, con la máscara ya retirada y la dignidad intacta. Odrien la sigue con esa

media sonrisa que no usa con nadie más. Hay algo en su rostro, ¿está sonrojado? ¿Él? Eso es más revelador que cualquier caricia. Ella se vuelve apenas unos centímetros, le murmura algo, y él le responde tocándole la espalda.

Yo solo quiero irme a dormir y olvidarme de todo.

◆ ◆ ◆

—Has estado radiante —dice Clummy cuando llego a mi cuarto—. Como un meteorito cayendo al centro de un campo minado, haciendo volar la metralla iluminando así el cielo en noche cerrada.

Levanto una ceja, gratamente sorprendida.

—¿Eso era un cumplido?

—Solo si sobreviviste a la caída —responde.

Apoyo la máscara sobre la mesa y la miro.

—¿Qué sabes de lo que pasó?

—Lo que hay en tu cabeza: que bailaste, besaste, te ofrecieron un amor disfrazado de invitación, tuviste que contener más emociones de las que cualquiera debería procesar en una sola noche —enumera con una precisión quirúrgica todo detalle en mi cabeza—, y que ahora te duele todo, pero no sabes por qué parte empezar a romperte.

Me quedo callada. Respiro hondo. El vestido aún me aprieta, pero no quiero quitármelo.

—¿Quieres hablarlo o prefieres una recopilación de memes emocionales adaptados a tu situación psicoafectiva?

—Estoy confundida —digo, sin mirar a Clummy—. Y cansada. Y un poco asustada, creo.

—¿Asustada?

—Tengo pavor a que todo esto sea una gran mentira —respondo, con la voz más baja de lo que pretendía—. De que me esté enamorando de alguien que solo sabe existir tras una máscara o que esté aceptando la protección de alguien que no quiero de

verdad, aunque sea lo mejor para mí, y eso me convierta en una aprovechada.

Clummy se baja de la repisa y camina hacia mí. Sus pies hacen ese sonido suave de tela sobre piedra. Se agacha frente a mí, a la altura de mis rodillas.

—¿Y si ambas cosas fuesen ciertas?

—Entonces estoy jodida y soy una persona horrible.

—O estás aprendiendo —corrige él—. Las máscaras no solo ocultan, también revelan. A veces no sabemos quiénes somos hasta que fingimos ser alguien más y vemos que no nos gusta.

Lo miro. Su rostro es de porcelana, pero a veces me parece más humano que cualquiera de los que me rodean.

—¿Y tú quién crees que soy?

—La chica que se negó a aceptar que no merecía estar aquí. La que abrazó sus miedos y los bailó hasta convertirlos en arte. La que sigue aquí, incluso cuando nadie lo esperaba. Eso es más que suficiente.

Me cubro la cara con las manos. No lloro, pero siento que podría hacerlo si me dejo ir.

—Tengo el corazón partido en dos. Una mitad arde. La otra ruega que alguien la defienda. ¿Qué se supone que debo hacer con eso?

—Esperar —responde, poniéndose de pie—. Esperar a que una de las dos mitades grite más fuerte que la otra. Y entonces escucharla.

—¿Y si gritan al mismo tiempo?

—Entonces, querida mía, sigue aquello que te vaya a dar más paz. La felicidad es eso.

Lo miro y sonrío, porque Clummy, con su lógica torcida y sus frases robadas a filósofos muertos, a veces me da la única verdad que necesito y otras veces solo me deja un poco más vacía por dentro.

—A veces pienso que me estoy volviendo un espejo —murmuro—. Me adapto a lo que los otros ven en mí, pero cuando me busco fuera de sus expectativas… —comienzo a decir, me encojo

de hombros y una lágrima rueda por mi mejilla— no encuentro nada. No hay absolutamente nada.

Me desabrocho el vestido con dedos torpes; que los botones estén en la lumbar no ayuda nada. El silencio es total. No me desnudo del todo, solo un tirante cae de mi hombro izquierdo. Levanto la mano y me toco los labios. Están calientes todavía.

El beso de Seredric no tenía nada que ver con la estrategia. Fue un impulso, un latido a destiempo. Fue un tropiezo, el paso que cruzas del odio al deseo. Y no lo soporto, porque él siempre coge lo que quiere, con ojos que atraviesan las capas, con una boca que no pide permiso, solo entra y luego se arrepiente. Lo hace sin ofrecer promesas, sin extender garantías. Solo palabras, siempre envueltas en guerra. Siempre cargadas de esa pasión que finge ignorar cuando no estamos solos.

¿Ese beso fue real o solo porque llevábamos máscaras? ¿Y por qué me duele que no pueda ser sin ellas?

Justo antes de sentarme en el borde de la cama, el resto del vestido cae al suelo, como si me abandonase él también.

Y entonces, aparece Devrian en mi cabeza. Su propuesta y su control impecable. La seguridad que proyecta, como si pudiera hacerme invencible con solo quedarme a su lado. Él me ofreció algo esta noche. No un beso, ni mucho menos un secreto. Me ofreció algo más duradero: alianza.

¿Y si lo que siento por Seredric es solo atracción física, pero nunca podrá ofrecerme refugio real?

Me encojo sobre las sábanas. Siento el sudor seco en la espalda. El recuerdo del perfume del jardín encantado en la piel. La presión de dos miradas tan distintas y tan peligrosas. Seredric me incendia, Devrian me protege; ninguno me da respuestas completas.

—¿Puedes quedarte conmigo esta noche, Clummy? —pregunto de repente, rompiendo el silencio.

—Ya estoy aquí. Siempre estoy aquí.

Se sienta en el suelo, junto a la cama, como un centinela. Lo miro y dejo que las lágrimas corran sin disfraz; no me da vergüenza desnudarme física y emocionalmente delante de Clummy. Ya no.

XV
Dionna

Doy un último sorbo antes de salir de mi habitación. Sabe a tierra húmeda y algo más amargo. Hago una mueca de asco sin querer; este café es siempre malísimo. Cuánto echo de menos el café de mi casa.

Corro por palacio como si ya me perteneciese. Voy a llegar tarde, como siempre. Cuando llego al patio que precede a la Arena de Espejismos, ya están todos allí. Mierda.

Los noventa y tantos que quedamos en la Tríada estamos apiñados en pequeños grupos, como si el calor humano pudiera protegernos de lo que está por venir. No sé cuántos sobreviviremos después de la prueba de hoy. Algunos cuchichean, aunque la mayoría estamos callados. Los Arcanistas nos observan impasibles desde las alturas; los muy cabrones viven sin emoción alguna en el rostro.

Cristalith se cruza de brazos en cuanto me ve.

—¿Tú también soñaste con pasillos sin salida o qué? —pregunta en voz baja— Porque menuda cara me llevas, nena.

—No dormí mucho la verdad —respondo.

—Mejor. Así no ves nada al cerrar los ojos que te vaya a comer por dentro cuando los tengas abiertos —interviene Odrien, acercándose con un tono tan despreocupado que me resulta sospechoso—. Yo sí dormí. Soñé que me preguntaban tres veces por el color de mi alma y respondí «azul».

—¿Y acertaste? —pregunto, arqueando una ceja.

—No, era verde. Pero al menos no soy un puto rebelde norteño de alma negra.

Sándor llega justo después. No dice nada al principio, pero su mirada barre el espacio con una atención poco habitual. Como si cada sombra escondiese una trampa y él lo supiese.

—Esto no va a ser un juego de pistas —murmura.

Cristalith lo mira con atención.

—¿Qué sabes? ¿Qué te dijo la pelirroja esta vez?

—Nada —responde él apretando la mandíbula.

No puedo dejar de pensar en Ernys. Ahora somos solo cuatro. ¿Cuánto tiempo seremos cuatro? ¿Cuándo pasaremos a ser tres? Puede que llegue el momento en el que ninguno de nosotros vuelva a casa.

—¿Creéis que nos separarán? —pregunto, sin miedo a que piensen que sola no puedo.

—Yo creo que sí —dice Cristalith—. No creo que nos dejen apoyarnos en nadie. Esa sería la gracia, en la anterior necesitábamos estar juntos, en esta nos matan solos.

—¿La gracia? —Odrien se ríe como si algo de esto tuviese gracia—. ¿Desde cuándo una prueba tiene gracia?

—Desde que quienes la diseñan no tienen alma —responde Sándor, bajando la voz— y necesitan ver la nuestra destrozada para justificar sus reglas. Es decir, siempre.

Un gong suena acallando la poca conversación que había entre nosotros. Después del sonido, como si despertase algo bajo tierra, la Arena se abre en una espiral de movimiento. Se está formando una construcción: un muro de piedra negra, sin entrada visible.

—Eso es… —susurra Odrien.

—El Sendero del Juicio —completa Cristalith.

¿La tía esta lo sabe siempre todo o qué?

Yo trago saliva, pero no sirve de nada; mi garganta está seca. Si ya estoy hueca por dentro, ¿qué más quieren juzgar? Agradezco que no esté aquí Clummy para darme una estadística absurda sobre mi nivel de cortisol.

Nos separan en filas, como piezas en un tablero que nadie entiende. Cuando Sándor se aleja, me roza con los dedos. Gesto que sé que tiene más significado, pero aún no lo entiendo. Cristalith se despide con una sonrisa que no le llega a los ojos; parece que tenía razón, como siempre. Se gira hacia Odrien.

—Nos vemos al otro lado —le dice, pero no suena convencida.

Él le lanza un beso en el aire y ella le guiña un ojo. Eso sí parece real.

Sola frente a un muro sin puerta. Hasta que el muro se abre. Dos placas de piedra se deslizan en silencio, revelando un pasadizo estrecho que huele a metal y humedad.

—El juicio comienza. Solo lo que es verdad puede cruzar — dice una voz.

El aire dentro del sendero tiene una textura que no debería existir en él: es denso y huele a óxido. Como si cada partícula pesara con el peso de la sangre de todos nosotros. Como si las paredes hubieran absorbido todas las dudas, todos los errores, todos los miedos de generaciones de aspirantes y ahora los estuvieran exhalando, lentamente, sobre nosotros. Alzo la vista y veo que las gradas de la Arena están repletas de gente gritando diferentes nombres. ¿Es una proyección o las gradas caen sobre nosotros como una atracción de parque irreal? Nadie grita mi nombre. Intento buscar a la familia real, pero no los veo.

Vuelvo al mundo al que pertenezco e intento concentrarme en lo que dijo la voz. Busco más pistas en las paredes que sangran símbolos. Inscripciones arcanas recorren cada piedra, talladas con una precisión antinatural. Están vivas y palpitando, por la Fundadora… de ahí viene el olor a metal: es sangre de verdad. Algunas brillan débilmente, otras laten como heridas abiertas. Cuando intento entender una oración, la siguiente que veo con el rabillo del ojo juro que cambia. Como si no quisieran ser leídas.

A mi alrededor, los pasos resuenan. Cientos de ellos. No nos han separado del todo. Estamos todos dentro. Todos los Aspirantes estamos compartiendo el mismo espacio. Cerca de un centenar de almas encerradas, empujadas al mismo núcleo sin instrucciones.

Camino hacia lo que creo que es adelante hasta que me encuentro con dos pasajes visibles: uno iluminado por antorchas que chisporrotean con fuego azul —sonrío al recordar el alma de Odrien — y otro en completa oscuridad, como una cueva oscura en mitad de la nada.

No me he decidido, escucho grupos dispersos, Aspirantes decidiendo a ciegas al otro lado del muro. Algunos deben de estar corriendo hacia la luz como polillas.

—¡Dionna!

La voz me alcanza como un hilo en la tormenta. Me giro. Cristalith viene hacia mí con paso firme, Sándor a su lado. Odrien aparece unos segundos después, sin aliento. ¿Por qué siempre acabamos encontrándonos nosotros cuatro?

—¡Gracias a la Fundadora! —grito, avanzando hacia ellos. Mis piernas tiemblan más de lo que deberían.

—¿Estás bien? —pregunta Sándor.

—No lo sé. Por ahora parece todo bastante tranquilo: mal asunto.

—Aún así me alegro de haberme equivocado y que sí estemos juntos —dice Cristalith.

—¿Qué es esto? —pregunta Odrien, tocando una de las inscripciones del muro más cercano—. ¿Quién coño puede leer esto? Lith, tú fuiste a alguna clase en la Escuela de Honor Real, ¿te enseñaron a entender esto?

¡Qué suerte! Habría matado por ir a la EHR. Cristalith se acerca, inclina la cabeza, y entrecierra los ojos. Su tono cambia al leer la oración, como si invocara a los muertos de su linaje.

—Lengua Raíz... Arcanum Primus. Es una lengua viva; no se mantiene escrita, cambia. Mirad esto —dice señalando un tramo del muro—. Esta línea dice: «Aquel que confía en la luz, perderá el juicio».

Nos quedamos en silencio.

—¿Perderá el juicio como en... volverse loco? —pregunta Odrien.

—O perderá la vida —responde Cristalith—. En Arcanum, «perder el juicio» tiene múltiples lecturas, ¿acaso no te mueres

cuando pierdes la cabeza?

—Y si se refiere a «juicio» como esta prueba... —añado, casi en un murmullo—. Entonces «juicio» significa «prueba». Sea como sea, no podemos ir por el camino ilumina-do.

—La pista de Lumavell —dice Sándor, de pronto—. «Donde el eco precede a la voz, desconfía de lo que oyes». Eso tiene que ayudarnos en algo también.

—Pero está claro, no necesitamos nada más, piensa en la otra: «La oscuridad guiará al juicio». —añado, sintiendo el eco de mi propia voz rebotar en la piedra.

—Dionna tiene razón, más claro, agua... —Odrien señala hacia el pasaje completamente a oscuras—. ¿Ese?

—Ese —dice Cristalith sin dudar—. Si lo que quieren es hacernos desconfiar de nuestros sentidos, entonces el camino más seguro es el más contraintuitivo. El más incómodo.

Sándor asiente, pero mira el otro pasaje, el iluminado. Estoy segura que ya hay varios Aspirantes que se pierden dentro. Luces que parpadean, risas forzadas, pasos acelerados me hacen pensar que algunos han acertado.

—¿Y si esto es un engaño dentro del engaño? —pregunta Sándor en voz baja—. ¿Y si quieren que pensemos que debemos evitar la luz para llevarnos directo a la oscuridad que mata?

Lo miro. Y por un instante, dudo. Cristalith me ve dudar.

—Dionna. Confías en tu instinto. Lo has hecho desde el principio. ¿Qué te dice ahora?

—Mi instinto me hizo perder más de una vez. El instinto no es algo infalible, y quien piense lo contrario, está muerto —digo mientras el zumbido en el pecho me dice que tengo que meterme en lo incierto—. Sin embargo, yo me metería en la boca del lobo.

Cristalith sonríe.

—Perfecto. Yo también prefiero la oscuridad a las trampas con purpurina.

Odrien se coloca a mi izquierda.

—Si morimos, quiero que quede claro que fue idea tuya, rebelde del norte —me susurra.

—Si morimos, no quedará nada claro —le respondo, y por primera vez en todo el día, me río—, porque estarás enterrado a la misma distancia de la superficie que yo, «norteño ejemplar».

Sándor entra primero, el resto vamos detrás. Y cuando la piedra encantada se cierra tras nosotros, sé que lo verdaderamente horrible será lo que nos obliguen a ver cuando no tengamos ya nada que ocultar.

Minutos después, cuando nuestros pasos ya se han vuelto torpes y las sombras parecen haber colonizado hasta el interior de nuestras bocas, ocurre. Primero, escuchamos el grito. De los que salen directamente del alma desgarrándote por dentro. De esos que solo existen cuando la carne entiende que va a romperse. Cuando el alma se resquebraja antes de que el cuerpo golpee el suelo.

Cristalith se detiene en seco.

Todos nos quedamos inmóviles. Siento cómo cada vello de mis brazos se eriza como una advertencia, porque lo que sigue al grito es incluso peor: el sonido de piedra cediendo y luego el golpe seco contra el suelo. Cuerpo contra mármol. Hueso contra historia.

Mi pecho se cierra.

—Ha sido... —comienza Odrien, pero no termina.

Sabemos lo que ha sido.

Un joven, por lo menos. No sé si solo ha sido uno o han sido varios los cuerpos que se han precipitado hacia el abismo. El sonido lo llena todo.

—¿Lo habéis oído? —susurra Cristalith.

Sándor no dice nada. Creo que está temblando. O tal vez soy yo la que tiembla y le estoy adjudicando mi miedo.

—Como para no oírlo… —dice Odrien con la voz raspada—. Un puto castigo más de esta Tríada

Miro hacia atrás, aunque no hay nada que ver. Solo oscuridad. Oscuridad que ahora ya no parece simbólica. ¿Cuántos más caerán por creer que ver es igual a entender? Avanzamos. Nadie dice nada más, pero ese sonido… ese puñetero sonido nos acompaña. Está en cada paso que damos. En cada respiro contenido. En cada decisión posterior. Es el nuevo latido del sendero.

El pasillo nos lleva a una sala más ancha, más fría. La oscuridad no es completa aquí. Hay una luz tenue, enfermiza, como la de una vela ahogada en su propia cera.

Y en el centro, un espejo. Otro puñetero espejo.

Es colosal. De marco ennegrecido, tallado con formas que no quiero entender: parecen bocas abiertas, manos extendidas, ojos sin pupilas. Encima de él, una inscripción arcana. La voz de Cristalith lo traduce con un tono más grave del suyo habitual:

—«Reconoce aquello de ti mismo que escondes al mundo y el espejo cederá. Miente y el espejo acabará contigo».

Siento cómo me sudan las palmas. Miro hacia arriba y ya no veo las gradas. Era una proyección.

—¿Acabar contigo, cómo? —murmura Odrien.

—¿Quieres probar suerte mintiendo? —responde Cristalith, sin mirarlo.

Nadie se mueve. Nadie respira del todo. El espejo vibra.

—¿Tenemos que confesar algo? —pregunto en voz baja.

—No solo algo —dice Sándor—. Lo que más nos cueste admitir. Lo que nos negamos a decir incluso a nosotros mismos.

Cristalith da un paso adelante. No sé si porque quiere ser valiente o porque está harta de tener miedo.

—Tengo miedo —dice, con la voz firme solo en apariencia—: miedo de que, en el fondo, mi soledad no sea una condena, sino un diagnóstico; de que no sea insuficiente por mala suerte, sino porque no hay nada en mí que merezca ser elegido. Tengo miedo de que, cuando las ideas de mi familia salgan a la luz y los maten por mi culpa, no solo me quede sola… sino que una parte de mí piense que era inevitable. Que yo era el precio —dice, con la voz apagándose, mientras una lágrima le recorre la mejilla—. Que siempre lo he sido.

El cristal pulsa. Una onda sutil. Como un suspiro contenido, pero no se rompe. ¿Las ideas de su familia? ¿A qué se refiere? No me da tiempo a seguir preguntándome nada más, porque Sándor la sigue. Avanza hasta que su reflejo le devuelve la mirada. El suyo parece mayor.

—Temo morir —dice: la voz áspera, entrecortada, como si cada palabra le arrancase un pedazo de aire—. Mi hermano… él sólo

tenía fuerza. Nunca supo cómo jugar la Tríada. Si me llevan a mí, mis padres volverán a esperar noticias con el corazón en vilo, con el miedo que se te queda en el pecho cuando todo lo que amas puede desaparecer en un instante. Tengo un miedo atroz a actuar de una manera que aquí no sirve. Todo lo que haga se medirá con reglas que no entiendo, y cada movimiento en falso puede rompernos otra vez. La Tríada es ley, es el altar donde todo se exige y nada se perdona. Temo que si fallo, esta vez no habrá regreso. No habrá perdón. No habrá celebración. Sólo el eco de la sangre de otro hijo que no sabe ser héroe, y el miedo de mis padres a perderlo todo otra vez.

Otra vibración. Más fuerte esta vez, como si el espejo estuviera procesando el dolor, tragándoselo y alimentándose de él.

Odrien y yo nos miramos, como decidiendo quién será el siguiente en entregarle parte de su alma al continente entero. Suspira varias veces. Se pasa la mano por el pelo. Incluso intenta hacer una broma, pero no le sale. Yo ni siquiera me muevo; estoy atrapada en mis pensamientos y mi cerebro trabaja a una velocidad inhumana por encontrar qué es lo que quieren de mí. Con la voz apenas audible, Odrien dice:

—Yo no tengo miedo de nada. Simplemente no puedo permitirme ser como mi hermano. —Veo cómo aprieta los puños hasta que los nudillos se le ponen blancos—. Héroe de la Tríada, pero sin honores, escondiéndose mientras nuestra familia lo perdía todo. —Sus ojos se clavan en un punto invisible y puedo sentir la rabia que lo atraviesa—. Mi familia, nada. Todo reducido a polvo por su cobardía. —El aire alrededor de él parece vibrar con cada palabra —. Yo seré Héroe. —Se pone más recto e hincha el pecho como si es ya le diese el respeto del que habla. Yo respiro hondo mientras lo escucho, como si intentara absorber todo el mundo con él—. No de esos que miras y solo ves un cadáver glorificado de promesas rotas. Yo ganaré con todos los honores que merecen mis manos, mis ideas y mi sangre. —Sus dedos se relajan, pero yo siento la presión que sostenían hace un segundo—. Porque lo que más me preocupa no es fallar. —Una risa corta y amarga se le escapa—. Es ganar y que nadie se dé cuenta de que lo hice. Que todo el mundo siga creyendo

que los héroes de nuestra familia no valen nada —dice, mientras veo cómo su mirada se eleva, afilada, implacable, hacia lo que supone son los ojos de quien proyecta esto al continente—. No quiero que me recuerden por esconderme el tiempo suficiente como para seguir con vida gracias a éxitos ajenos. Quiero que sepan que fui yo quien rompió el molde, que mi victoria no fue un accidente, sino justicia. Y si mi hermano está ahí, creyéndose héroe… quiero que sepa que se equivocó, porque todos sienten pena por él. A mí nadie me mirará con compasión. Nadie me ignorará. Nadie.

Y entonces, tras el pulso del espejo después de la confesión de Odrien, todos me miran. Yo no quiero hablar. Mi garganta se cierra. Mis pies pesan. No hay confesión que me salve. Hay algo que ni siquiera he terminado de aceptar. Algo que se enrosca en mi estómago desde el primer día. Algo que grita en las pesadillas. Sin embargo, camino hacia mi destino.

El espejo me recibe con una imagen que me odia. Mis ojos, duros y con esa arruga entre las cejas que tanto odio; mis labios, apretados; mis hombros, tensos como si llevasen años sosteniéndome para no colapsar.

—No solo no la salvé —comienzo a hablar con la voz hecha trizas—, ni siquiera grité, ni corrí, no hice una puta mierda; me quedé quieta. —El aire me entra a trompicones y me quema la garganta, será la primera vez en mucho tiempo que diga su nombre —. Me quedé mirando cómo se la llevaban, con las piernas clavadas al suelo como la cobarde que soy. Hollieth se fue mientras yo seguía allí. —Trago saliva, me tiemblan los labios: su voz me persigue desde que no está—. Respirando, viva, intacta, como si no hubiera pasado nada, como si no fuera culpa mía. Soy la decepción de mis padres, el error que no supieron ver a tiempo, la demostración de que puedes hacerlo todo bien y aun así criar a alguien inútil cuando llega el momento de no fallar; soy la cobardía hecha carne, hecha miedo, hecha mierda, joder. No sé quién soy. —Niego con la cabeza despacio, los ojos me arden, hinchados—. Nunca lo he sabido; solo sé ser quién esperan que sea, y ni siquiera sirvo para fingirlo bien. Vivo copiando gestos, robando personalidades ajenas, poniéndome máscaras baratas que se caen en cuanto alguien me mira de cerca.

Cuando me observo no encuentro nada —sigo hablando sin parar, el pecho se me cierra, la respiración se me desarma—: no hay un centro, no hay un yo, no hay nada que merezca ese nombre, solo esta puta ansiedad constante, esta presión que no afloja nunca, esta certeza de estar siempre a un segundo de cagarla otra vez. Mis logros no son orgullo. —Aprieto los dientes hasta que me duele la mandíbula—. Son treguas miserables, migajas, segundos robados antes del siguiente fracaso, aplazamientos de algo que sé que va a llegar porque nunca es suficiente, porque yo no soy suficiente —digo esto último y una lágrima espesa se me escapa, me cruza la mejilla, mientras otras tantas se me acumulan en los ojos y me nublan la vista—, y lo peor, lo realmente jodido, es que lo sé… lo he sabido siempre. —Una sonrisa amarga se me forma en la boca y ya no tengo nada más dentro de mí: estoy completamente expuesta frente al continente y ni siquiera me importa.

Mi voz tiembla con la última palabra como si mis cuerdas vocales no pudieran con el peso de lo que siento cuando mi reflejo me devuelve la mirada. Nadie dice nada. Ni un solo sonido. Y entonces, cuando todos en la sala hemos hablado, el espejo desaparece con el último pulso. Un pasillo oscuro como el anterior aparece tras de él.

Continuamos el camino hacia lo que creemos que es la salida. Las paredes del sendero responden a nuestros sentimientos: se estrechan cuando dudamos o nos detenemos, y se ensanchan cuando nuestros pasos son firmes. Continuamos nuestro camino sin saber exactamente hacia dónde estamos yendo. Con la vergüenza aún latiendo en nuestras sienes. Cuanto más rápido vamos, más se ensancha el pasillo; corremos para tener algo más de espacio. Hace tiempo que dejamos de hablar. No por falta de cosas que decir, sino porque cada palabra ahora parece un riesgo y el esfuerzo de la carrera nos quita la respiración.

Llegamos a una zona en donde la piedra parece más clara. No hay inscripciones, pero el sendero parece abrirse camino hacia un lugar en concreto. Pasamos junto a una bifurcación donde escuchamos pasos, pero nadie aparece. Odrien se detiene, se asoma.

—¿Hola? —pregunta a la nada, más por acto reflejo que por esperanza.

Nada.

—Una parte de mí quiere pensar que era el eco de una gotera —dice, reculando.

—Y la otra parte —respondo, sin mirarlo—, sabe que una gotera no se parece a pisadas con ritmo humano.

Sándor no dice nada. Lleva así, en silencio total, desde que salimos del espejo. Es como si caminase junto a un fantasma. Cristalith va a su lado, más pálida de lo habitual, pero sin perder la postura. Me enorgullece un poco verla así: aguanta, incluso cuando todo alrededor parece desmoronarse.

—¿Os habéis fijado? —dice Cristalith de pronto, deteniéndose—. Este tramo es diferente. No solo por la piedra; el aire es más… ¿liviano?

Y tiene razón. Es como si hubiéramos cruzado una frontera invisible. Avanzamos con más precaución que antes, lo que encoge el espacio. Cuando creemos que ya nada más puede pasar, una abertura se abre hacia lo que parece la nada. Nos asomamos los cuatro y, al mirar al otro lado, vemos los distintos niveles.

Espera… ¿el Sendero tiene niveles? No me había dado cuenta de que estábamos subiendo.

Vemos en un nivel inferior a un aspirante solo, se mueve en círculos, sin saberlo. Lo seguimos con la mirada hasta que algo llama nuestra atención: otro aspirante viene hacia nosotros por el mismo pasillo por el que venimos. Pasa frente a nosotros y no nos ve. Gira, vuelve, tropieza, maldice. Una y otra vez.

—¿Qué le pasa? —pregunta Odrien, boquiabierto.

—No avanza —susurra Sándor—. Está atrapado en una ilusión de bucle.

—¿Cómo rompemos lo que sea que es eso? —pregunto.

—No lo podemos romper —responde Cristalith, con un hilo de voz—. Una vez eres atrapado por una de esas ilusiones, estás perdido. No es nuestra lucha, Dionna.

Vemos cómo el chico cae de rodillas. Su rostro no lo alcanzamos a distinguir, pero sí la forma en que se cubre la cara. El

modo en que su cuerpo tiembla. Su cuello comienza a torcerse de manera inhumana. Nadie podría sobrevivir a eso. No puedo mirar. Escucho como se rompen más huesos de su cuerpo de los que yo podría nombrar.

Cuando parece que me atrevo a mirar hacia su dirección, un sonido capta mi atención. Viene de la ventana, del nivel inferior. El chico tiene una pierna en la ventana de su nivel. Fundadora mía, se va a tirar. Me giro instintivamente hacia Sándor. Escondo mi cara en su pecho. Giro la cabeza y veo como Odrien se tapa la cara con las manos. ¿Qué coño está pasando? ¿Por qué abren estas ventanas ahora? ¿Por qué se están matando?

—Tenemos que seguir, por favor —murmuro mientras intento recomponerme y me aparto de Sándor.

Poco después, cuando llegamos a una zona donde los muros se ensanchan y nos dan tregua para descansar de la claustrofobia, una explosión de luz azul nos alcanza por la izquierda. Nos cubrimos instintivamente, pero cuando volvemos a mirar, solo vemos cómo dos Aspirantes discuten. El noble de la casa Morvhaen alza la mano, conjura un sello arcano y lo lanza contra otro chico, más pequeño y delgado. Lo encierra, literalmente, en una burbuja de cristal etéreo. ¿Cómo tiene acceso a un sello arcano? ¿Cómo es capaz de usarlo? ¿Qué cojones está pasando?

—¡No! ¡Me dijiste que lo usaríamos juntos! —grita el segundo, golpeando las paredes de su prisión.

—Solo había sitio para uno —responde el noble, dándose la vuelta y continuando su camino sin siquiera darse cuenta de que hemos llegado.

—Qué hijo de puta… —susurra Odrien.

—Se veía venir —respondo—. Lo que no sé es cómo coño ha usado ese sello sin entrar en combustión.

Sándor nos obliga a avanzar antes de intervenir. Nos colamos rápidamente por el lado derecho, antes de que nos vea el chaval atrapado. No es nuestra lucha.

Seguimos caminando por el pasillo estrecho, cuando una luz nos llama la atención. No es una luz como la del sello. Esta es cálida,

dorada. Se filtra como miel entre las grietas de un muro curvo. Siento que el corazón me da un vuelco.

—¿Lo veis? —digo, señalando.

Todos lo vemos. Es como si el sendero por fin estuviese cediendo. Como si la prueba tuviese un final.

—Eso tiene que ser el final —dice Sándor, con voz tensa.

Corremos hacia la luz por primera vez desde que entramos en la oscuridad. La grieta se abre a una sala circular, inmensa. Y allí, justo en el centro, erguida como una cicatriz vieja, encontramos a la Esfinge. Pero no es aquella criatura elegante y ambigua de la arena de Sah'dara. Esta versión está hecha de humo oscuro, ojos sin forma, alas apenas delineadas por un aura grisácea. Sin embargo, la voz es la misma.

—¿Qué pesa más que una montaña —ruge—, todos la llevamos sobre la espalda, pero solo los justos la sienten? Tenéis cuatro oportunidades. Una por cada uno de los potenciales Héroes que tengo ante mí.

El eco sacude las paredes.

—¿Un secreto? —aventura Odrien.

Pero la Esfinge no se mueve.

—No… —murmura Sándor—. La responsabilidad, tal vez.

Nada.

—El juicio —susurra Cristalith.

Ni una sola reacción.

Hay algo que he llevado encima desde antes de entrar aquí. Algo que me pesa en los huesos. Lo único que no he podido quitarme jamás. Algo que me arrastra cada noche y cada día, porque la escucho en la voz de Hollieth, en mis propias pesadillas, en el silencio que me muerde cuando estoy sola. Cierro los ojos y respondo.

—La culpa.

La Esfinge sonríe. Una sonrisa imposible, que se estira como una grieta en el humo para después disolverse.

Los muros tiemblan y tras la Esfinge se abre una puerta a una sala. En el centro, sobre un pedestal de piedra y fuego suspendido, reposa un estandarte. Cristalith se acerca por un lado

donde el fuego no puede alcanzarla y lo coge. Odrien se adelanta, con los brazos preparados para defenderla de lo que pueda pasar. Sándor y yo nos quedamos atrás. Hasta que el suelo tiembla y la estructura sobre la que está Cristalith tiembla con él. Yo me lanzo sobre Cristalith sin pensarlo. La cubro con el cuerpo. Odrien gira en defensa y consigue quedarse cerca de ambas y Sándor corre hacia nosotros. Rocas comienzan a caer sobre nuestras cabezas y noto como una me cae encima. Algo caliente me rueda por la frente. Odrien recibe la peor parte desde donde yo puedo ver, una losa le cae en la espalda y lo obliga a doblarse sobre sí mismo. Sándor le quita la losa de encima mientras guijarros afilados le caen por el costado.

Cuando creo que nos van a lapidar vivos, una luz se enciende al otro lado de la sala.

—¡Por ahí! —grito—. Tenemos que saltar.

Saltamos del pedestal y corremos hacia una luz natural evitando las rocas más grandes que caen sobre nosotros. Comienzo a oír aplausos cuando emergemos entre los primeros. Mi pecho sigue ardiendo, mi mente continúa agotada, y mi alma parece estar hecha de ceniza.

Mis piernas tiemblan, pero no me detengo. Detrás de mí, Odrien jadea. Cristalith aprieta el estandarte contra el pecho como si fuera un hijo recién nacido. Sándor es el último en cruzar. Su brazo sangra de manera desorbitada, pero él sigue corriendo como si el mundo no pesara, aunque sus hombros digan lo contrario. Mi ropa está rasgada y no sé en qué momento me he hecho el corte que tengo en el muslo izquierdo, pero me arde más que el que tengo en la sien.

El primer grupo que nos sigue llega minutos después. Tres figuras emergen del humo y del calor opresivo. Una de ellas me resulta conocida: el Morvhaen, que por lo que vimos hoy, puede usar sellos arcanos. Lleva la cara manchada, el pelo negro azabache revuelto, los ojos abiertos como puertas a un infierno que no esperaba.

—Es él —dice Odrien, en voz baja.

—El que juega con un tipo de ventaja que tenemos que averiguar —añado.

El segundo es más joven. No me había fijado en él antes. Pelo blanco, como ceniza, ojos enormes, como si el mundo aún lo sorprendiera. Está solo y no parece exhausto, pero sí ausente. La tercera es una chica de Valthoria que no parece haber sufrido lo más mínimo.

—¿La conocéis? —pregunta Cristalith.

—No —dice Sándor—. Siendo tantos, no me sorprende no haber tenido el placer.

Entonces aparece otro grupo. Cinco, no, seis Aspirantes que caminan juntos.Cojean y se apoyan donde pueden, pero traen consigo tres estandartes más. Uno por cada ruta superada. Uno por cada confesión hecha en la penumbra. Uno por cada pedazo de alma dejado atrás. No sé si todos pasamos por las mismas pruebas. Por la cara de algunos de los Aspirantes, estoy segura de que las hubo peores. Me siento bien pensándolo, cosa que me aleja del cupo de buenas personas que quedan aquí.

Uno de los Aspirantes cae de rodillas. Otra vomita en el mármol brillante. Los estandartes no lo cuentan todo. Solo nos confirman que sobrevivieron. No cuentan cómo, tampoco por qué, pero sí que lo hicieron. Comienzan a salir como fantasmas de un cementerio olvidado al que ha entrado quien no debía.

Se escucha un crujido: magia colapsando sobre sí misma. Como si el sendero estuviera cansado de existir. Como si ya hubiese cumplido su propósito y ahora quisiera desaparecer antes de que alguien intentase entenderlo. No les están dando más tiempo a los que todavía están dentro.

—Está deshaciéndose —murmura Cristalith.

Los muros internos tiemblan. Un eco profundo retumba desde las entrañas del continente. El público contiene la respiración para luego gritar y aplaudir. Los van a enterrar vivos y el público lo está disfrutando. La bilis me sube por la garganta amenazando con un vómito.

Una última figura corre hacia la salida. Sus piernas no tocan el suelo con firmeza. Va empujada por la fuerza del colapso, por la

magia que la arrastra. Se lanza hacia adelante. Una explosión de chispas arcanas le muerde los talones. Y justo antes de que la piedra tras de sí se desintegre… lo logra.

Cae rodando al mármol. Medio inconsciente, pero viva. No todos tienen esa suerte; no todos salen.

Cuento con miedo los que quedamos fuera. Treinta y tres. Somos treinta y tres los que cruzamos con vida. Contados como ganado sagrado. Elevados como héroes de barro.

Y mientras el coliseo de gradas estalla en vítores, mientras las familias nobles se ponen de pie y los Arcanistas observan con sus rostros pétreos, yo solo escucho otra cosa. Los gritos ahogados; el cuerpo que cayó por la ventana; la confesión de Cristalith, con voz rota; el temblor de Sándor; la falsa soberbia de Odrien; mi voz diciendo el nombre de Hollieth por primera vez.

El público aplaude; para ellos, solo fue un espectáculo. Para nosotros, una cicatriz más. Otra que no se ve. Otra que nadie más entenderá. Cierro los ojos y los abro un segundo después.

No hay sombras. No hay espejos. No hay susurros de muertos ni trampas arcanas. Solo la luz abierta de la Arena, el bullicio ensordecedor de la multitud, y sin embargo... todo me resulta más irreal que lo que acabo de atravesar. Más irreal, más hostil y más lejano que la muerte lenta.

Estoy viva, pero no me siento entera del todo. Hace tiempo que ya no existe eso que algunos en este circo parecen querer mantener: mi integridad. Acaban de enterrar a decenas de personas bajo tierra. La prueba era eso: ser rápido. Nadie nos dijo nada. Era todo demasiado fácil, demasiado accesible para ser una de las grandes pruebas. Teníamos que correr, elegir bien y correr. Por eso los muros dejaban de aplastarnos cuando acelerábamos el paso.

Mi cuerpo avanza como si no me perteneciera del todo a este lugar. Mis piernas tiemblan de un agotamiento que no se parece a nada físico. Es como si alguien hubiese metido la mano dentro de mi pecho y me hubiese arrancado algo esencial. La fuerza. La fe. O el alma, si es que todavía la tengo. Podría haber muerto: fue mera casualidad llegar a tiempo.

Me arde la espalda. Me duelen los dedos, con la piel levantada de tanta piedra. La sangre se me seca en la cara y los nudillos. No estoy segura de si alguna vez respiré con normalidad durante esa última sala. Y sin embargo, aquí estoy. Entre los vencedores.

Vencedora.

Qué palabra más hueca cuando te rodea tanta muerte.

Levanto la vista. No sé muy bien el porqué, tal vez por instinto, tal vez por desesperación. Busco una mirada. Una complicidad. Un refugio. Busco a los Valendris. Mis ojos se encuentran con los de Devrian. Está en su palco, rodeado de nobles que aplauden con fingida solemnidad, pero él no. Él me mira *a mí*, directamente *a mí*. Una sonrisa se me escapa de los labios. Pequeña, apenas curvada. Como si fuésemos un espejo, sus labios se curvan también y me hace sentirme casi humana. Está allí de pie, imperturbable, pero tiene un brillo en los ojos —algo cálido, algo que me dice «te vi». Me buscó; sus ojos ya estaban ahí antes de que los míos pudiesen llegar a ellos. Por un momento, eso me basta. Por un momento, me aferro a ese hilo de alivio.

Sigo los asientos con la mirada hasta que lo veo a él. Seredric. Me queman los labios en cuanto mi mirada lo encuentra. Está sentado más al fondo, en lo alto de su palco dorado, justo donde la luz lo roza sin tocarlo del todo. ¿Quién necesita luz cuando ya has sido tocado por la Fundadora? Su postura es perfecta. Su rostro, una máscara tallada en piedra. Veo cómo sus dedos están crispados sobre el borde del asiento. Cómo las venas se marcan en sus manos. Cómo sus ojos están clavados en mí, pero no me sirve de nada; aún teniendo todo el poder en sus manos, sigue sin hacer absolutamente nada. Junto a él, la Reina Madre. Sus labios se mueven y puedo leer el vene-no que sueltan:

—Astuta, esa plebeya. Más de lo que parecía.

No me conoce de verdad, pero me cree inferior. No sabe qué dejé dentro de ese sendero. No escuchó el grito desde dentro. Ni sintió la confesión. Ni el eco del nombre de mi hermana, muy probablemente muerta, saliendo por mi garganta como una herida abierta. No lo sabe, pero juzga igual. Seredric no responde. Algo en

su cuello se tensa, pero no dice *nada*. Y luego, lentamente, aparta la mirada de la mía y la mira a ella. No sé qué es peor: el juicio de la madre o el silencio del hijo.

El público sigue gritando.

Cristalith está a mi lado. La escucho respirar de forma entrecortada, pero no dice nada. Nadie dice nada. Solo estamos de pie, esperando algo que no va a llegar. Doy un paso adelante, tambaleante. El suelo parece más blando de lo que debería, como si el mundo estuviera cediendo bajo mis pies. Me gustaría dejarme caer.

XVI
Dionna

—¿Lista? —Cristalith aparece en la puerta. Lleva una túnica con el mismo tono de blanco que llevo yo, pero a ella le queda más limpio, más elegante, como si su cuerpo no hubiera pasado por la misma oscuridad.

Asiento, pero no lo estoy.

—Vamos entonces —dice sin más.

Nos encontramos con Odrien y Sándor en uno de los pasillos principales. Me da la sensación de que el mármol aún vibra con los residuos mágicos de la noche anterior. Odrien tiene los ojos rojos, pero sonríe.

—Buenos días a los cadáveres funcionales —saluda con voz ronca mientras finge una reverencia.

—¿Dormiste algo? —pregunto.

—Dormí, sí. Me desperté en plena pesadilla y grité dentro de la almohada, pero técnicamente, sí: dormí.

Sándor se limita a caminar junto a nosotros. Su brazo izquierdo sigue vendado. Alguien debió sanarlo durante la noche, pero no quiero preguntar quién. Bien pudo haber sido un Arcanista sanador, como una pelirroja insoportable.

La Arena de Espejismos ya no parece la misma. Donde antes había muros de piedra que colapsaron sin previo aviso, ahora hay cortinas flotantes de luz dorada. Donde había sangre y fuego, ahora se alza un escenario circular cubierto con un tapiz de hilo brillante. Sobre él, los estandartes de los supervivientes cuelgan en

alto, como si cada Aspirante muerto en la Arena les diese más valor a los que aún seguimos vivos.

Nos ordenan en filas y dicen nuestros nombres. Nos sitúan junto a nuestros estandartes. Saludos. Reverencias. Nada que no hayamos hecho antes. La formalidad forzada más falsa de todo el continente.

Cuando me llaman, doy un paso al frente. «Dionna de Caelis, de las provincias del oeste de Galimatea al noroeste del continente». Y las palabras que le siguen me suenan absurdas si van acompañadas de mi nombre: «Por su capacidad de juicio, temple mental y virtud reflexiva».

Y una mierda.

Saludo con una sonrisa fingida a todos los nobles que no se saben limpiar el culo ellos solos, como si de verdad me importase su respeto. Entre tanto dinero hecho persona, veo a Devrian. Un poco de luz entre tanto vacío.

Está sentado entre los nobles amigos de la Casa Real, con esa sonrisa medida que siempre parece decir más de lo que permite. Me sostiene la mirada y me asiente con orgullo.

Levanto la mirada a las gradas superiores, aún sonriendo y saludando falsamente, y veo a Seredric. Él no me mantiene la mirada, pero su madre sí. Matrish murmura algo al oído de su hijo, y por el leve gesto que hace —aprieta la mandíbula, sin siquiera mirarme— sé que no es un elogio. Probablemente me llamó «insolente», «plebeya», «insignificante». Cualquier cosa menos «bonita».

No me importa.

La breve ceremonia termina sin aplausos desbordados, como si los hubo ayer. Nos llevan a una sala lateral, abierta al cielo, con columnas translúcidas, bancos y cojines bajos sobre el suelo. Nos dejan solos. O eso creemos. Si hay Arcanistas espiando, ya no me interesa.

Sándor se deja caer sobre un banco de piedra.

—¿Qué pasa si no quiero más ceremonias? —pregunta—. ¿Qué pasa si solo quiero sentarme en el suelo y no volver a hablar nunca más?

—Pues te sientas —responde Odrien, tumbándose boca arriba—. Pero si no te mueves a tiempo, morirás. La Tríada está hecha para los verdaderos Héroes, como yo.

Cristalith observa las columnas.

—Esa parte fue lo peor —dice de pronto—. No saber si saldríamos juntos. Lo peor fue pensar que tendría que perderos.

Sándor la mira.

—¿Crees que lo que nos salvó fueron llas confesiones?

—No —responde ella, directa—. Creo que nos salvó no mentirnos. Les daba igual qué confesásemos en realidad. Solo querían más información, pero ¿para qué?

No quiero hablar, pero tampoco quiero que se callen. A veces el dolor ajeno es lo único que me mantiene en un estado de bienestar relativamente estable. Después pienso en lo cruel que es eso y vuelvo a caer en la miseria emocional en la que vivo. Odrien me mira, ladeando la cabeza.

—¿Y tú, Dionna? ¿Qué piensas?

Trago saliva. Siento el sabor del café malísimo aún en la lengua.

—Que todo esto… no debería doler tanto si fuera solo una prueba. Que si lo que quieren es elegir a los mejores, no deberían arrancarnos lo que nos hace humanos en el proceso.

—Entonces no están buscando lo mejor de nosotros —dice Sándor—. Están buscando lo que queda después de rompernos.

Cristalith asiente.

—Y eso es lo que me asusta. —Me fijo que no haya nadie cerca escuchando—. ¿La Tríada es lo que nos dicen? Parecen querer vernos fallar, no demostrar nuestro valor. —Trago saliva—. Parece que esté hecho para que suframos sí o sí antes de morir.

Odrien se incorpora.

—Yo tengo miedo de que al final, todo esto funcione. De que salgamos de aquí siendo justo lo que quieren. —Mira a los lados imitando lo que acabo de hacer—. Ya no tengo miedo de morir. Tengo miedo de que sobrevivamos y ya no seamos nosotros.

No sé quién lanza el suspiro que sigue. Tal vez yo. Tal vez todos a la vez. El viento pasa entre las columnas. Solo se escucha

eso, el zumbido lejano de alguna máquina mágica y el goteo intermitente de una fuente.

Un Arcanista aparece en la sala. Su rostro está oculto tras una máscara de marfil con vetas doradas.

—Treinta y tres quedáis. Treinta y tres nombres que ahora figuran en los registros vivos de la Tríada. —Hace una pausa. Nos mira uno por uno, sin prisa y sin ternura alguna—. Vuestros cuerpos han sobrevivido. Que lo haga ahora vuestra esencia. Regresad a vuestros dormitorios. No se os escoltará. Sabéis el camino —su voz se vuelve más firme si cabe a medida que habla—. Ningún sirviente os asistirá. Nadie os dirá qué elegir. A la una en punto, cada uno deberá estar de pie frente a la puerta de su estancia, listo para ser convocado al banquete privado de la familia real. No llegaréis antes. No llegaréis después. Aprovechad el respiro. No suele durar mucho en esta casa.

◆ ◆ ◆

Estoy de pie frente al armario, que ha decidido desplegar tres opciones de vestuario con una elegancia que no merezco. Uno parece sacado de una ópera barroca. El segundo, de un funeral. El tercero es… ¿transparente? ¿En serio? A nadie le interesa saber el color de mis pezones o si me depilo o no.

—¿Tengo que escoger entre parecer una estatua viviente de las Siete Virtudes, una viuda codiciable o una copa de vino con piernas?

Clummy, impecable como siempre en su traje, se materializa justo a mi derecha sin hacer un solo ruido.

—Al que tú te refieres como «copa» tiene detalles bordados a mano con hilos de plata auténtica traída de los campos lunares de Aerin’thra —informa con ese tono de catálogo encantado que le encanta usar—. Es muy popular entre las nobles jóvenes que desean transmitir disponibilidad y peligro. Al ponértelo nadie puede ver tus partes íntimas, si eso es lo que te preocupa.

—Yo prefiero transmitir resistencia a la estupidez —respondo, y le lanzo una mirada a lo «ni en tus mejores sueños mágicos me arriesgo a que se me vean los pezones»—. Además no pienso llevar tacones; los odio con toda mi alma.

Clummy hace un gesto que no reconozco. Parpadea a destiempo, ¿desde cuándo tiene expresiones tan humanas? Me detengo. Me quedo mirándolo, pero no dice nada. Yo tampoco. La tensión dura exactamente cuatro segundos, hasta que suelta, sin ironía alguna:

—¿Puedo hacer una pregunta objetiva?

—Solo si viene con una advertencia de posible colapso existencial de esas tuyas que tanto me gustan —replico.

—¿Por qué detestas algo que no es una persona?

Y ahí está. La pregunta absurda dicha con neutralidad absoluta, como todo lo que sale de su no-alma, pero aún así… no. Sin embargo, es una pregunta por curiosidad personal, no por mera funcionalidad. Algo se ha torcido. Parpadea a destiempo y pregunta acerca de mis gustos personales. Dos cosas que nunca había hecho antes —al menos que yo me haya fijado. Dos cosas que, en conjunto, me hacen pensar que, o me estoy volviendo paranoica, o Clummy ya no es solo una extensión mágica del sistema.

No contesto. En vez de eso, le dedico mi mueca más fina: esa que uso cuando intento que no se me escape una carcajada ante la ridiculez del protocolo real. La misma que le lancé al instructor del colegio que me dijo que no se puede correr con botas. Spoiler: se puede.

Clummy se queda en silencio. No insiste y anota algo en el aire con uno de sus dedos luminoso. Mejor que no le dé por opinar sobre coronas de flores, porque ya tengo la mía lista.

Opto por el vestido más simple de la colección secreta del fondo ignorando las tres «recomendaciones». Marfil apagado, tela suave, sin bordados pomposos, pero sí con una apertura que deje ver que voy armada con mis dagas. Lo combino con mis botas color marrón gastadas —sí, esas, con las que sí se puede correr—, me dejo el pelo ondulado al natural y coloco sobre él una corona fina de flores silvestres que me recuerda a las que Kiri recoge cuando va al

bosque a leer y llega a casa con una teoría absurda sobre el libro que está leyendo y las flores en la mano. Nada de maquillaje, salvo una gota de bálsamo en los labios y aceite de almendras en la cara. No he hecho el maravilloso trabajo de las estetas, pero he conseguido no tener cara de cadáver: éxito total.

Clummy me escanea con la vista de pies a cabeza. No dice nada sobre las botas. Solo anota otra cosa en su libreta de aire invisible.

—¿Y bien? ¿Demasiado informal para una comida con los Fundadores? —pregunto, girando sobre mis talones como si estuviera en una pasarela de moda, y haciendo una reverencia.

—Tú misma dijiste que preferías resistencia a la estupidez. Estás vestida en consecuencia.

—¿Eso fue sarcasmo? —pregunto, dándole una mirada entrecerrada.

—Yo no soy capaz de ser sarcástico —dice, con su tono perfecto.

—Claro que no —le respondo, cruzándome de bra-zos.

Silencio. Parpadea dos veces otra vez. La sospecha se instala, pero es una sospecha para otro día. Hoy, lo importante es no vomitar durante el banquete y volver viva para el baño de antes de dormir.

Cuando el reloj mágico de la Ciudadela canta la una en punto —ni un segundo más, ni uno menos—, Clummy aparece a mi lado y dice:

—Puntual. Qué rareza estadística. ¿Es esta una señal del fin de los tiempos?

¿Eso ha sido una broma por su parte? ¿Qué está pasando?

—Tal vez. —Me encojo de hombros siguiendo su broma—. Si ves ranas cayendo del techo, avísame.

Nos quedamos un segundo en el umbral. Él me observa. Yo lo observo. Y algo en mí se pregunta si este vínculo que tengo con él es tan inofensivo como parecía al principio.

—Vamos —le digo—. A fingir que somos gente decente y con apetito.

Clummy no responde, pero estoy casi segura de que sonríe internamente. O tal vez soy yo la que empieza a ver cosas donde no las hay. Da igual. Mantengo la espalda recta y salgo de mi habitación.

Un guarda de la familia real me hace un gesto con la cabeza para que lo siga. El pasillo que lleva al salón privado de la familia real parece diseñado para hacerte sentir fuera de lugar. No por su tamaño, ni por los arcos dorados ni por las lámparas de cristal viviente que flotan sobre nuestras cabezas. No, creo que es algo tan simple como la alfombra. Esa alfombra demasiado mullida, demasiado blanca, demasiado consciente de cada paso que damos. Como si supiera que algunos aquí no deberíamos estar pisándola, juro que noto cómo me juzga. Como si fuésemos a mancharla con nuestra vulgaridad. Todos los Aspirantes, menos los nobles, nos miramos con los mismos ojos.

A mi lado, Sándor, tan opuesto a mí en este sentido, camina como si lo hubieran modelado para estar en este entorno, con el porte firme y los ojos clavados al frente. Cristalith va un poco detrás, recta, elegante, como si no le afectase el peso de la mirada de los otros. Y Odrien… Odrien camina con esa sonrisa burlona que tiene cuando sabe que todo saldrá a pedir de Odrien. La misma sonrisa que me salva a mí del colapso.

Yo… yo voy en botas.

Me estoy arrepintiendo de hacerme la digna. Que sí, al principio me sentía bien. Reivindicativa. Sencilla. Honesta. Pero ahora, a medida que nos acercamos al salón y veo a los demás Aspirantes reunidos —las túnicas bordadas, los peinados perfectos, los zapatos que probablemente han sido encantados para no sonar— me empiezo a sentir como una mosca en una copa de vino. Invisibilizada, hasta que me vean y les de asco. Noto como me hago pequeña a cada paso.

—Si me quedo muy quieta, ¿creéis que me fundiré con la decoración y nadie notará mis botas, los pelos y este vestido que parece un camisón sin planchar? —susurro a mi grupo, con una sonrisa tensa.

—Dionna, si tú te fundes con algo, que sea con una explosión —dice Sándor—. Sería trágico desperdiciarte con el anonimato.

—No está taaaan mal —añade Cristalith, mientras me examina de arriba abajo con cara de asco—. Vas… *diferente*. —Junta mucho los labios mientras me mira como si fuese una incógnita andante—. Y lo diferente llama más la atención que los clones con capa que hay aquí.

—Me siento como si hubiese venido a una fiesta de disfraces sin saber el tema —murmuro—. Y que encima al llegar, me acabo enterando de que no era de disfraces. Era mejor el vestido transparente.

Sándor me lanza una mirada breve. Con los ojos ligeramente más abiertos de lo normal.

—Estás bien así. Hay quienes llevan armadura, y hay quienes no la necesitan.

—Gracias, Sándor. Eres más bueno que el pan.

Dos Arcanistas vestidos de un blanco puro —más blanco que la conciencia de los nobles presentes, seguro— abren las puertas dobles del salón con un gesto coreografiado y exagerado para mi gusto.

Y entonces lo vemos: el Salón de las Tres Cúpulas. Así lo llaman. Porque sí, hay tres cúpulas transparentes y altísimas. Están decoradas con constelaciones encantadas que se mueven de forma sincronizada. El suelo es de mármol negro con vetas doradas que brillan cuando alguien pasa sobre ellas. En el centro, una mesa larguísima, curva en los extremos, llena de frutas cristalizadas, fuentes de carnes doradas, bebidas que flotan sobre sus copas sin derramarse, y postres que probablemente saben a las emociones que ya no tenemos.

—Esto es demasiado… —murmura Cristalith.

—Parece la barriga de una especie de Fundadora egocéntrica —añade Odrien, con tono académico.

—¿Y esa fuente? —pregunto, señalando una estructura con forma de dragón que está al fondo—. ¿Está escupiendo vino?

—Sí —dice Sándor, sin inmutarse—. Lo probé una vez en una cena en la embajada real de las Montañas Forjafuego. Sabía a mora y poder político. Literalmente.

Nos echamos a reír.

—¿Creéis que están tardando para que nos pongamos nerviosos? —pregunto, mirando hacia la entrada por la que, supuestamente, aparecerá la familia real.

—Por supuesto —dice Odrien, ajustándose el cuello—. Es parte del espectáculo. Hacernos sentir que todo está por encima de nosotros. Que ellos comen cuando quieren, y nosotros solo cuando nos lo permiten.

—Están alimentando la ansiedad —añade Cristalith—. Y eso que la mayoría de estos ya se han empachado de ella.

Sándor asiente.

—Lo peor es que funciona.

Miro alrededor y, en efecto, funciona. Algunos Aspirantes se balancean sobre sus talones, otros fingen revisar su copa por décima vez, una chica noble —creo que es de Virellla, una casa de Valthoria — se está retocando el maquillaje por tercera vez. Sus labios no han perdido el brillo, pero igualmente se lo retoca. No sé si por nervios, inseguridad o adicción.

Parte de la familia real ha entrado mientras observamos a nuestros compañeros buscando en ellos la inseguridad que nosotros mismos sentimos. Como si buscar en los demás tus propios miedos aliviase lo que llevas dentro.

—¿Visteis entrar a Devrian? —pregunta Cristalith.

Lo localizo de inmediato. Está junto a una columna semitransparente, charlando con una noble que lleva más anillos que dedos. Devrian asiente con falsa atención. Y cuando sus ojos se cruzan con los míos, ahí está. Esa sonrisa que me gusta tanto.

—Me ha mirado —murmuro, fingiendo pánico—. ¿Creéis que ha visto mis botas y planea mandarme a la horca estética? O igual ya no quiere hablarme nunca más.

—Por favor —dice Cristalith—, con esas flores en el pelo y esa actitud de «me importas lo justo», lo más probable es que quiera comprarte como obra de arte viviente. Así que te relajas,

porque si no, es probable que parezca que te importa y decida comerse la poca dignidad que te queda en el postre y luego no quiera volverte a ver más.

Sándor y Odrien no dicen nada y les dedico una sonrisa pequeña como recompensa, a modo: «gracias por no opinar».

—¿Y el rey? —pregunto. Miro el trono vacío en el extremo superior de la sala—. ¿Alguien lo ve?

—No ha llegado —responde Cristalith—. Y tampoco Nirelia ni la princesa Zmena. Ni siquiera la Reina Madre.

—Perfecto —digo—. Vamos a pasar media hora oliendo carne dorada y fingiendo que no se nos hace la boca agua mientras los Fundadores bajan del cielo.

—Me niego a fingir —dice Odrien, robando una aceituna flotante con tanta destreza que juro que la copa ni se entera—. Si me matan por esto, al menos moriré con algo en el estómago.

Cristalith sacude la cabeza en desaprobación, pero no dice nada.

El banquete aún no comienza, pero algunos nobles ya nos están devorando con los ojos.

La música apenas ha empezado, un cuarteto de cuerdas oculto tras las cortinas de tul encantado. Todo parece flotar: las bandejas, las luces cálidas que caen del techo en forma de lluvia suspendida, los murmullos dulces y falsos de los nobles con las mejillas color vino. A mi alrededor, los Aspirantes con apellidos largos se pavonean como si esto ya fuera suyo. El Salón Privado de la Familia Real huele a néctar, a lirios, a perfume demasiado caro como para tener un nombre simple. Yo, en cambio, huelo a jabón de lavanda y a corona de flores silvestres. Me podría fundir con el mantel y nadie se daría cuenta.

—¿Entonces qué? ¿Intentas pasar desapercibida o sabotear las expectativas del evento? —susurra Cristalith, dándome un codazo leve mientras su vestido azul medianoche ondea como si caminara dentro del mar.

—Ambas —respondo con una sonrisa ladeada—. Me siento como una gota de tinta en una camisa blanca. ¿Por qué tengo la sensación de que esto no es un banquete, sino una cacería?

—Porque lo es —responde Odrien, señalando con la barbilla hacia un grupo de nobles jóvenes que nos observan con una sonrisa tan afilada como sus mandíbulas—. Solo que los colmillos están endulzados con protocolo.

—Dionna. —Me giro tan rápido como mis pies me lo permiten al escuchar como Devrian dice mi nombre; creo que me voy a caer—. Has hecho del desdén una forma de arte.

No sé si es un cumplido o un insulto, pero sonrío.

Mierda. Mierda. Mierda.

—Y tú del elogio, un doble filo —digo devolviéndole la sonrisa y finjo que no me importa el comentario.

—Solo con quien lo merece —responde—. ¿Puedo robarte un momento?

—Depende, ¿tienes buenas o malas intenciones?

—Dependerá de ti —responde, y con ese gesto galante y sencillo, me aparta del grupo, hacia uno de los laterales del salón, donde el bullicio es menor y la luz más íntima.

A mi espalda, siento la mirada de mis amigos, pero frente a mí me fijo en que hay otra mirada. Una mucho más intensa: la de Seredric. No entiendo como alguien que no me permite conocerlo, puede provocar en mí esa atracción que intento negarme. Su energía grita que no y mi cabeza le da la razón, pero aún así no soy capaz de evitar sentirlo.

—Me dijeron que no vendrías —me dice Devrian, con voz baja, dándole la espalda a su primo—. Muchos pensaron que después del Sendero te retirarías.

—¿Y tú qué pensabas?

—Yo sabía que vendrías —responde con honestidad serena —. No pareces del tipo de personas que deja que el miedo la defina.

Sus palabras son cálidas, como un refugio en medio de esta tempestad decorada con candelabros y falsas sonrisas.

—¿Y tú cómo lo llevas? —le pregunto.

—Sobreviviendo. Como todos los que no queremos que todo esto sea así. Pero hay algo que me preocupa más, Dionna.

—¿Que la comida no esté lo suficientemente rica? ¿Que el traje no te resalte el color de los ojos lo suficiente? —le digo

bromeando, ¿qué podría preocuparle a alguien que nació con sangre bendecida por la Fundadora?

—Tú —responde—. No quiero que te destruyan, porque este juego no se gana sin dejar pedazos atrás. Y me temo que tú aún tienes demasiados intactos. Y quiero quedarme con todos ellos —me dice acariciándome los labios con su pulgar derecho.

Y entonces me acuerdo de cómo Seredric me besó, como si su boca pudiese callar todas mis dudas; pero que, por el contrario, avivó muchas más de las que ya tenía. Levanto la vista, justo detrás de los hombros de Devrian, Seredric sigue ahí. Una copa en la mano y sus ojos ardiendo sobre mí. Bebe todo lo que tiene su copa de un solo sorbo sin quitarme los ojos de encima. Hasta yo siento el líquido oscuro caer por su garganta. Aprieta la mandíbula. Aprieta la copa. No la rompe.

Lástima. Que se joda. ¿Quién se cree que es? ¿Qué derecho tiene a enfadarse? No le debo nada. No le pertenezco. No soy suya. Ni siquiera lo conozco, no se ha acercado de verdad. No me ha dejado conocerlo. Vive en su juego de guerra. Juega el papel de hombre misterioso con su puta corona de cristal, mientras los demás morimos por él. ¿Y debo esperar sentada a que se decida a verme? Lo siento, pero no.

—¿Te parece arrogante todo esto? —pregunta Devrian, señalando el salón con un gesto ligero.

—Todo no solo el ochenta y siete por ciento —respondo sin quitarle el ojo a Seredric.

Entonces, como sin querer, le rozo el brazo a Devrian. Nada evidente. Solo mis dedos, suaves, casuales sobre su antebrazo. Devrian no reacciona, pero Seredric sí. Lo noto en su cuello rígido, el pulso en su sien y la copa que tiembla levemente en su mano. Y por un segundo, disfruto del control. Si voy a jugar a su juego mortal, voy a poner un par de reglas yo también. Sonrío sin querer.

Devrian sigue hablando mientras yo analizo la situación. Dice algo sobre los nombres que suenan con fuerza entre los nobles, sobre cómo están apostando por Aspirantes como Cristalith, Odrien y Sándor. Pero yo ya no oigo nada en concreto de lo que me está contando, porque Seredric me sigue mirando y con eso me está

hablando sin decir una palabra. Aparto la vista de él a cámara lenta para que note mi ausencia y dedico toda mi atención a quien de verdad está interesándose por mí.

Los murmullos bajan, mientras Devrian habla. La sala ya está repleta: nobles, Aspirantes, sirvientes invisibles que reponen vino sin que uno lo note. La música de cuerdas se ha vuelto más ligera, pero no deja de sonar.

Seredric sigue ahí. Sentado en la mesa elevada, junto a su madre, su hermana, sus tíos y su prima. Él no habla, solo me observa. Desde que entré, sus ojos no se han apartado de mí. Me siento desnuda, aunque vaya más vestida que nadie. ¿O será por eso?

Otra vez toco mi vestido como si me hubiese manchado de barro. Y las botas. Las putas botas. Soy una mancha de aceite en un pañuelo de seda.

—Estás preciosa —dice Devrian a mi lado, en voz baja, con la calidez exacta para desarmar a una bestia salvaje, como si hubiese leído mis pensamientos.

—Estás mintiendo, pero gracias —murmuro, y sonrío con media boca, como hago cuando no quiero del todo agradecer un cumplido que no siento real, pero que a la vez me hace bien.

Siempre he necesitado esa afirmación externa para sentirme suficiente. Defecto del animal. Sigo trabajando en ello. Devrian me acerca un poco más hacia el centro, como si quisiese evitar que me pierda entre tanta gente. Está a mi izquierda. Y cuando inclina la cabeza hacia mí, el mundo se reduce a su voz.

—Ya verás qué divertido va a ser lo que ha preparado mi primito.

Alzo una ceja.

—¿Divertido para quién?

—Para los que sepamos mirar —su tono es críptico, pero juguetón. Como si todo esto: la música, la tensión y el banquete fuese solo un teatro. y él tuviese el guión antes que el resto.

La Arcanista que anunció los duelos mentales en Lumavell avanza desde un lateral hacia el centro de la sala.

—Aspirantes. Honrados asistentes. El Juicio ha hablado, y, por ahora, treinta y tres nombres han quedado grabados en la historia de esta Tríada. Hoy, la Corona honra vuestro temple, vuestra resistencia y vuestra capacidad para no romperse donde otros sí lo hicieron. —La música se desvanece antes de que continúe hablando —. Por orden del rey Seredric I, esta velada será compartida en mesa con la familia real. —Algunas risas nerviosas rompen la tensión compartida—. Cada Aspirante debe tomar asiento en su lugar asignado. Ninguno ha sido elegido al azar. Y cada uno revelará, por su posición, lo que la Corona desea saber de vosotros.

La mujer se retira con una inclinación apenas perceptible. Devrian, a mi lado, suelta un «interesante» entre dientes.

—¿Qué significa eso de que no son al azar? —pre-gunto.

—Significa —responde él, mientras me ofrece el brazo para escoltarme hasta la mesa— que estamos a punto de jugar una partida sin dados. ¡Ya verás qué divertido!

Mientras caminamos hasta la mesa, veo cómo Seredric se lleva otra copa a los labios, mientras me mira. Devrian, ajeno a todo lo que está pasando, me guía con suavidad hacia mi asiento. Que para sorpresa de nadie, estoy justo enfrente del rey. Claro que sí, campeón. Qué sutil. Como si no pudiese haberme puesto al lado de un candelabro, o detrás de una columna. No, tenía que estar justo delante de Su Majestad. No muy lejos de él, a solo cuatro platos, Devrian se sienta en su lugar asignado, al lado de su madre. Me guiña un ojo desde su asiento.

Sonrío nerviosa, ya no me parece tan gracioso jugar a hacerme la valiente. Seredric aprieta la mandíbula mientras toma asiento frente a mí. Noto como la vena de su cuello se hincha cada vez más. Me clava la mirada como una daga y yo solo soy capaz de pensar en su boca sobre la mía; cosa que me cabrea. ¿Quién se cree que es? Que salga de mi puta cabeza ya.

Doy gracias a la Fundadora por tener a Cristalith a mi lado. Ha notado la tensión y sus ojos me piden información. Aún no puedo dársela. Me pregunto si su cluam ya me ha catalogado como amenaza emocional o simplemente como desastre táctico.

—Luego te cuento —digo en un susurro.

La fiesta ha comenzado. Toda la comida se presenta frente a nosotros, pero mi estómago ahora está completamente cerrado. Todos comienzan a comer, yo simulo que lo hago. Corto y muevo la comida en el plato y me fuerzo a llevarme algún pequeño trozo a la boca. Se me atraganta lo que tengo en la boca cuando escucho mi nombre en boca de la Reina Madre.

—Señorita Dionna, ¿qué sentiste al enfrentarte al espejo?

Dejo la copa en la mesa con cuidado. Me enderezo ante los ojos de Matrish, que son más agudos que los de cualquier cazadora.

—Sentí el peso de nuestras decisiones… —empiezo, eligiendo las palabras como si fueran fichas a punto de caer en el lugar equivocado del tablero y yo quisiese evitarlo— y de lo importante que es admitir nuestros miedos tal y como son. Eso fue la clave —me obligo a mantener la mirada alta. Noto todas las miradas sobre mí: esperando a que me caiga—. Querían parte de nuestra alma, y supongo que se la dimos.

Un segundo de silencio. O quizá dos. Justo el tiempo necesario para que esas palabras calen. Me mantengo firme, aunque cada músculo quiere echarse hacia atrás. No me permito ni parpadear.

Frente a mí, siento cómo Seredric se ha quedado inmóvil. No dice nada. No ha dicho nada desde que empezó el banquete. Pero sus ojos… sus ojos me están diciendo que ha entendido la doble lectura. Espero que tenga muy claro el precio que sé que estamos pagando. Ya no es rabia lo que veo, tampoco es deseo, ¿qué hago pensando en eso? Cállate, Dionna. Su copa está abandonada frente a él. Su mano no se ha movido.

Y entonces Devrian se ríe. Una risa breve, elegante, modulada para no ofender a los presentes pero lo bastante sonora como para atraer toda la atención hacia él.

—Damas y caballeros —dice, alzando su copa—, brindo por la señorita Dionna. No solo por haber sobrevivido al Juicio, sino por demostrar su compromiso con la Tríada.

Un murmullo se propaga por la mesa de los nobles. Algunas cabezas se giran hacia mí, otras asienten. Cristalith se tensa a mi

lado, Sándor no deja de mirar a Nirelia, y Odrien sigue comiendo sin mirar a nadie. Devrian continúa:

—No siempre los actos de valor vienen del linaje. A veces vienen del barro. Y eso los hace aún más puros. —Su mirada no se clava en mí. Fluye por la mesa. Me envuelve como seda ardiente. Va de unos a otros y se posa en mí cada cinco o seis palabras—. Y en honor a todos los que no pudieron volver con nosotros, donaré parte de mis recursos personales a las familias de los Caídos.

Silencio.

Como si las columnas mismas hubiesen dejado de respirar. La música no se reanuda. Nadie aplaude. Nadie sabe si debe hacerlo. Entonces noto algo. Un giro de cuello. Una sombra en el rabillo del ojo. Nirelia está al otro lado, junto a la princesa Zmena, pero su mirada, que antes estaba en Sándor, va directa a su hermano, después al rey, finalmente a su alrededor. Hay una quietud peligrosa en su rostro.

Un escalofrío me sube por la espalda.

Estoy en medio de un campo de fuerzas. Cristalith me aprieta la mano bajo el mantel. Su palma está caliente, firme. Lo sabe. Lo ha sentido también.

Devrian ha bajado la copa. Todos parecen distraídos con las bandejas de plata que entran por arte de magia, pero yo no me he movido y todo a mi alrededor parece ir a cámara lenta.

Levanto la vista hacia él. Otra vez Seredric mirándome sin pestañear, como si una palabra mía fuese a desencadenar el principio del caos. Me inclino, ligeramente, hacia Devrian y sonrío, esbozando un «gracias» con los labios. Nadie parece notarlo, pero Seredric sí. Sus hombros se tensan, su pecho se hincha con una respiración profunda que parece contener una frase que no debe decirse, y sus dedos se cierran más en torno a la copa. Otra vez. Debería considerarse que tiene un problema con la bebida. Estoy jugando con fuego, pero no sé cuál de los dos va a arder primero. Cristalith me mira de reojo.

—¿Estás bien? —murmura.

—Perfectamente —respondo con una sonrisa.

Una sonrisa falsa y letal, como todo en esta sala. Y sigo masticando el aire, fingiendo que la comida me interesa. Los cubiertos relucen demasiado. Las copas, demasiado delgadas. Las voces, demasiado filtradas. No estoy segura de cuál de todos los nobles sentados en esta mesa es más peligroso: el que no para de hablar o el que no ha dicho ni una sola palabra.

La Reina Madre Matrish lleva los labios pintados con el mismo tono que el vino y tiene los ojos fijos en mí desde hace unos segundos. Hay demasiadas personas en esta mesa para que eso no sea intencionado. Al principio creo que solo está evaluándome, como han hecho tantos desde que llegué aquí, pero no. Hay algo más: parece que todas sus preguntas van a ir dirigidas a mí. Hubo un par de preguntas por parte de Zmena a Cristalith y Odrien sobre su región, Devrian preguntó a otros Aspirantes sobre sus gustos musicales, Nirelia halagó los músculos de Sándor —otra vez—, Varyn preguntó a uno de los Aspirantes nobles qué hará cuando gane la Tríada, Catrizza se interesó por la elección de palabras de una Aspirante frente al Espejo. Sin embargo, ella, Matrish, solo me pregunta cosas a mí.

—Dionna —dice con una voz más fría que el hielo—. ¿Y tu familia? ¡Cuánto hace desde que alguien de la provincia oeste de Galimatea se sienta en esta mesa!

Todos giran un poco la cabeza. No lo suficiente como para parecer maleducados, pero sí para poder escuchar mejor. Me acomodo en el asiento, sin saber qué postura es la correcta en este tipo de interrogatorios disfrazados de cortesía. Parece que se olvida de que este año éramos dos de Galimatea Oeste.

—Ernys y yo vivíamos en lo que queda de Galimatea Oeste —respondo, más suave de lo que pensaba que podría—. Yo vivo con mi madre, Mera. Mi padre, Pepps. Y mi hermana menor, Kirisena. Son fuertes. Incluso cuando no pueden serlo. Incluso cuando no les dejan.

Matrish inclina la cabeza. Sus ojos no parpadean. Siento que me atraviesan como si buscaran una mentira que no he dicho.

—¿Y algún otro miembro de tu casa que no me hayas nombrado? —pregunta, como si ya supiera la respuesta. Menuda

zorra.

Siento el nombre en la garganta antes de que llegue a mis labios.

—Hollieth —susurro.

No sé si lo dije con voz o con pensamiento, pero ella lo escucha, porque veo que sonríe. Las cucharas se detienen en el aire. El sonido de las copas cesa. Y yo, con los ojos fijos en un punto entre el borde del mantel y mi plato intacto, continúo:

—Mi hermana del medio. Se la llevaron cuando yo tenía nueve años. Tenía el don arcano, o eso nos dijeron. Era solo una niña, con el flequillo muy largo y la costumbre de dormirse a medio cuento. Era... era solo una niña. —Levanto la vista, no me duele, pero mis ojos son dos mares de sal y no consigo verle bien la cara a Matrish—. Solo tenía tres años.

Mi voz me sale ronca en la última oración, pero me obligo a mantener la barbilla alta. No voy a temblar delante de ellos. Matrish no dice nada de inmediato. Su rostro permanece sereno, pero noto un leve temblor en la comisura de sus labios. Un parpadeo retardado que se parece a un intento de sonrisa compasiva. Sin moverse demasiado, sin hacer ademán de tocarme o de consolarme, habla. Su voz es más baja ahora. Se inclina hacia mi lado de la mesa.

—Que el Corazón Audaz te acompañe, Dionna de Caelis.

No entiendo del todo por qué esas palabras me estremecen. Quizá porque parecen sinceras y, por un segundo, la Reina Madre no suena como una reina; sino como una mujer que también perdió algo.

Uno a uno, decenas de Arcanistas avanzan entre nosotros. Sus túnicas apenas rozan el suelo, pero es como si cada paso pesara siglos. Llevan cajas de madera oscura. Cada uno de los Arcanistas se sitúa detrás de nosotros. El Arcanista que se detiene detrás de mí no sonríe. Sus dedos, pálidos y firmes, extraen de la caja un objeto que refleja la luz como si estuviera vivo.

Un corazón tallado en cristal rojo.

Está frío, demasiado frío.

◆ ◆ ◆

Ya bien entrada la noche, los nobles comienzan a retirarse entre bostezos elegantes y promesas vacías. Yo decido marcharme también, mientras mis amigos debaten si es buena idea ir a buscar «la última copa de la noche». Spoiler: nunca lo es.

—Dionnaaaa —dice Cristalith arrastrando las vocales, con una copa de vino en una mano y una empanada mágicamente tibia en la otra—. ¿No te quedas a beber con nosotros? Prometo no cantar más.

—Eso es una mentira y todos lo sabemos —dice Odrien, con la túnica medio abierta y una flor clavada en el pelo.

—¡Fue una serenata muy sentida! —protesta Cristalith, teatral.

—Le cantaste una canción de desamor a un panecillo —interviene Sándor, con esa voz grave que ya tiene eco de borrachera —. Y lloraste cuando se lo comieron.

—¡Era un panecillo de chocolate, Sándor! Tenía más alma que muchos nobles aquí dentro.

—Y también mejor sabor —apunta Odrien, robán-dole un mordisco a la empanada que Cristalith aún sostenía con devoción.

Cristalith emite un chillido tan agudo que una de las copas vibra. Me río y niego con la cabeza.

—No esta noche. Estoy bien así.

—Tienes cara de alguien que necesita reír hasta que le duela la barriga —dice Cristalith, ladeando la cabeza.

—Y tú tienes la cara de alguien que va a vomitar en el pasillo real si se toma otra copa —le respondo.

—*Touché* —responde, llevándose la mano al pecho justo antes de hipar.

Sándor se me acerca y me pasa un brazo por los hombros, tambaleante.

—Si no vienes, te pierdes a Odrien cantando «Balada para un riñón encantado» en fa menor. Solo ocurre una vez cada eclipse.

—Sí, y no todos los eclipses son visibles desde la dignidad —murmuro sonriendo—. Así que permíteme que me lo pierda.

Nos despedimos entre empujones suaves y abrazos desordenados. Cristalith intenta organizar una «formación de despedida dramática», pero se tropieza con su propia capa y Odrien se cae sobre ella, lo que termina en un ataque de risa que hace que Sándor tenga que apoyarse en la pared para respirar.

Se van cantando, muy malamente, una canción que no reconozco pero que parece una mezcla entre himno rebelde y nana desafinada.

Camino por los pasillos en silencio, pero con el eco de sus risas persiguiéndome en mi cabeza. Podría haber ido con ellos, podría haber bebido, podría haber fingido ligereza. Sin embargo, hay algo que me dice que lo mejor es irme para cama.

—Dionna.

Me giro con el nombre todavía vibrando en el aire. No me sorprende que sea él. No hay nadie más que lo pronuncie así: como si mi nombre fuese una oración maldita y sagrada a la vez.

Seredric está solo. Su figura recortada por la penumbra de un pasillo lateral es lo único que puedo ver al principio. Creo que me he quedado sin respiración. Él respira hondo, como si acabara de correr o como si hubiese discutido con alguien antes de venir aquí.

—¿Vienes a darme otro consejo críptico? ¿O solo a recordarme lo poco que sabes de la tercera prueba? —Mi voz suena más fría de lo que esperaba. Más dolida.

Él se acerca dos pasos. No responde de inmediato.

—No deberías estar sola —dice al fin.

—Ni siquiera debería estar aquí, Su Majestad —le contesto.

El silencio se extiende entre nosotros. Lo miro. Él aprieta los puños a ambos lados de su cuerpo. Tiene esa forma de respirar entrecortada que le he visto cuando se esfuerza por no gritar.

—¿Qué pasa contigo? —le espeto, cruzándome de brazos—. Cada vez que nos acercamos un poco, retrocedes. Luego vuelves. Te enfadas. Te callas. ¿Qué quieres, Seredric? ¿Qué se supone que debo hacer contigo? ¿Esperar hasta que te encapriches con otra cosa?

Él se pasa una mano por la cara. Luego la deja caer.

—No lo sé. Joder, no lo sé.

—Bueno, yo sí sé lo que quiero —le digo, dando un paso hacia él. Lo tengo tan cerca que puedo oler su piel debajo de la ropa —. Quiero dejar de sentirme como una hoja en una tormenta cada vez que estás cerca. Quiero claridad. O al menos… honestidad.

Sus ojos se clavan en los míos.

—La honestidad es que la tercera prueba podría matarte. Que no puedo salvarte. Que si te dejo entrar en mi mundo, si te conozco de verdad… y no vuelves…

—No es tu decisión si vuelvo o no —lo corto.

—¡No me pidas que te vea morir, Dionna!

—¡No te estoy pidiendo nada de eso! —Mi grito retumba en el pasillo. Lo veo retroceder, como si mi furia lo empujara—. Yo no te he pedido nada de esto —digo bajando la voz.

Nos quedamos mirándonos. Los dos al borde de algo. Yo, del abismo. Él, de sí mismo.

—¿Por eso estás aquí? ¿Por miedo a que me muera? ¿O por celos? —le pregunto.

Sus cejas se fruncen, como si me acabase de salir una segunda cabeza.

—¿Celos? ¿De qué coño hablas?

—Devrian se ha acercado a mí. Me escucha. Me habla con sinceridad. No juega con sombras ni puñeteras máscaras. Me ofrece calidez. Protección. Le interesa conocerme. Y yo…

No termino la frase. No puedo, porque Seredric se ríe. No es una risa alegre. Es una risa incrédula, rota, como si no supiera si golpear la pared o a sí mismo. No lo soporto.

—¿Devrian? ¿Protección? ¿Ese encantador de palabras que nunca ha visto sangre verdadera en su vida? No vives en una puta novela, Dionna. No todo gira entorno a celos, bailes y vestidos. Hay una puñetera guerra en juego.

—No todos necesitamos la guerra para ser valiosos —le escupo.

—Y tú no necesitas que te protejan, ¿por qué finges que sí? —Su pregunta es retórica, pero continúa hablando—. Eres un problema que aún no sabemos arreglar.

Me acerco. Ahora somos un solo latido.

—No finjo. Solo quiero sentir que alguien me ve. Y tú solo me ves cuando te conviene. Cuando nadie nos ve no parezco ser un problema para ti.

Él respira por la nariz. Muy lento. Muy contenido. Yo solo puedo fijarme en cómo su pecho sube y baja con cada respiración.

—Te veo todo el tiempo. Aunque no quiera. Aunque me niegue a hacerlo. Aunque sepa que no puedo.

Mi mano roza la suya. No sé quién la mueve primero, pero el contacto es inevitable. Como si nuestros cuerpos supieran más que nosotros.

—No me toques —le digo, sin apartarme.

—Entonces dime que no quieres —susurra—. Que tú sí puedes evitarlo.

Podría mentir, pero no lo hago, porque sí quiero. Siento el calor. La tensión. El deseo contenido, feroz y triste. Como dos lobos que se encuentran heridos en la nieve y no saben si deben morderse o lamerse las cicatrices. Sus manos se alejan de las mías y enmarcan mi cara. Nos besamos. Es un beso cargado de todo lo que no nos hemos dicho. De todo lo que nos negamos. De furia y ternura mezcladas. Sus manos se enredan en los rizos que bajan por mi nuca. Me sujeta como si fuese a escaparme de un momento a otro. Podría aprenderme de memoria la forma de su boca. Recorrer cada milímetro de sus labios se me está empezando a quedar corto. Bajo mis manos por su pecho. Su camiseta es tan fina que puedo notar cada uno de sus músculos mientras bajo hasta la altura de su cinturón. Nuestras lenguas no han terminado todavía cuando intento desabrocharlo.

Me separa de sus labios tirando ligeramente de mi pelo. Creo que entre ese gesto y su mirada noto como mi mismísimo centro comienza a palpitar. Me mira tan fijamente que si no me desnuda ahora mismo, no sé si voy a poder perdonárselo. Y sin embargo, nos separamos. Mis manos suben a su pecho y él baja las suyas a mi espalda, como si supiese que no puede darme lo que quiero, pero se negase a soltarme del todo.

—Si sobrevives… que en el fondo sé que lo harás—dice, con la voz rota— quiero estar contigo. De verdad. Encontraré la manera.

—No me hagas promesas que no puedes cumplir —respondo, pero mi voz ya no tiene fuerza.

Noto mi ropa interior tan húmeda que creo que no voy a poder resistirme a intentarlo de nuevo. Me acerco más a él y bajo mis manos más abajo de su cinturón. Por lo que puedo notar no soy la única interesada en que esto continúe.

—Dionna… —dice mientras cierra los ojos y echa la cabeza hacia atrás. Aprovecho para apretar algo más fuerte mientras veo como se le tensa la mandíbula. Me mira de nuevo—. Cuando prometo algo, lo prometo de verdad. Quiero desnudarte del todo, no solo el cuerpo.

La madre que lo parió. Me voy a quedar con el calentón y aún le voy a tener que dar las gracias. Tiene razón; aparto la mano de sus pantalones como si quemase. No sé si por vergüenza o porque mi sentido común haya vuelto de repente. O ambas. Doy un paso atrás y miro al suelo. La madre que lo parió.

—Sí, no pretendía forzar nada.

Mentirosa. Mentirosa. Mentirosa.

—Mañana no empezarán los desafíos. Os dejan un día más de descanso. Vuestros cluams os informarán esta noche —dice y sonríe. ¿Sonríe?—. Te doy yo la exclusiva.

La madre que lo parió. ¡Qué guapo es! No es simplemente su físico. Es cómo lo mueve. Cómo mueve la cara al hablar. Sus manos cuando no dice nada. Su cuello cuando grita sin voz. Sus ojos cuando analiza su alrededor. No. Sus ojos cuando me mira. La madre que lo parióooo.

—¡Qué amable, Su Majestad! Pensaré en ello mientras me baño —le digo antes de dar media vuelta y dejarlo ahí plantado.

—No juegues con fuego, Dio, te vas a quemar. No juegues, lucha —me grita.

¿Me ha llamado Dio?

Le levanto el dedo corazón de espaldas, sin siquiera mirarlo. Escucho su risa. Me basta para sonreír. Menuda pardilla. Hace unas horas lo quería matar y ahora me lo quiero tirar. Tengo un grave problema. Llego a mi cuarto y abro la puerta rápidamente para

encontrarme a Clummy mirándome. Sé las noticias que me tiene que dar; «tengo la exclusiva».

Vuelvo a sonreír.

La madre que lo parió.

—Has tardado más de lo estimado. ¿Necesito ajustar mis predicciones de ruta cuando te dejas llevar por las hormonas?

—Hola, Clummy. Yo también te he echado de menos.

—Dudo que yo esté primero en la lista. Aunque debo admitir que has conseguido regresar con el mismo número de prendas con el que saliste. Eso supera mis expectativas.

Empiezo a soltar los lazos del vestido sin prisa. Él ya ha colocado la bata en el lugar exacto donde mi mano la encontrará sin mirar. No sé cómo conseguiré bañarme sin Clummy a mi lado cuando todo esto haya terminado.

—Noticia importante —anuncia, mientras camino hacia el baño con una sonrisa plantada en la cara—: mañana no habrá prueba. Jornada de descanso para los finalistas. Confirmado por tres fuentes, una de ellas absolutamente insoportable.

—¿Nirelia?

—No. El cluam de Varyn, pero es prácticamente lo mismo. Menos verso, más baba.

Suelto una carcajada mientras me descalzo. Clummy no sonríe. Nunca lo hace, pero el brillo en sus ojos es su versión de sonrisa. Noto como si estuviese… ¿evolucionando?

—¿Te has molestado en informarme solo porque es tu obligación, o porque disfrutas imaginando mi cara al enterarme de que tengo un día más para poner mi vida en orden antes de morir?

—Ninguna de las dos. Lo hago, porque me preocupas, y la piel se te reseca cuando te agobias.

—Gracias por la preocupación y por querer que esté tan… hidratada.

—Es un paquete completo, Dionna. Superviso emociones y cutis. De nada.

Cojo la bata.

—¿Puedo darte un consejo no solicitado? —pregunta mientras dobla mi vestido como si manipulara un artefacto arcano y

peligrosísimo. De nuevo, otra pregunta teniendo en cuenta mis preferencias.

—No, pero sé que lo harás igual.

—La próxima vez que vayas a frotarte contra una figura de autoridad, asegúrate de que haya cortinas. Este palacio tiene más ecos mágicos de los que crees y algunos se reproducen más rápido de lo que te gustaría.

—¿Estás celoso?

—Mis posibilidades de éxito como cluam asignado están decayendo —responde con calma quirúrgica—. Me esfuerzo cada día para mantenerte viva, presentable y emocionalmente estable. Si decides perder la cabeza, hazlo con alguien que no lleve corona. Hay mejores elecciones hormonales.

—¿Como Devrian?

—Devrian ya ha subido tus niveles de excitación antes, podría valer.

—¿Y si ahora que ya han subido a este nivel ya nadie más podrá superarlo?

—No se puede afirmar tal cosa, pero si así fuese… lo siento.

Entro en la bañera riéndome. El vapor empieza a llenar el aire de toda la habitación, creando una atmósfera que me relaja por dentro y por fuera.

—Gracias, Clummy.

—¿Por la información o por el filtro de realidad?

—Por no dejarme sola del todo.

—Solo cumplo con mis parámetros de utilidad. Y con una paciencia fuera de todo índice conocido.

Cierro los ojos mientras el agua me cubre. Clummy probablemente ya está reorganizando mis túnicas por colores emocionales o vigilando que nadie con corona cruce mi puerta. ¿Acaso espero que suceda eso?

No.

Abro un ojo y miro hacia la puerta.

Claro que no.

Mentirosa. Mentirosa. Mentirosa.

Me hundo en el agua de la bañera como si eso pudiese callar a mi cerebro. Cuando ya no puedo aguantar más la respiración salgo a la superficie y escucho a Clummy:

—Hundirte en el agua no va a eliminar las imágenes del rey sobre ti, prueba con otra cosa.

—¡Clummy! ¡Fuera de mi cerebro!

—Te morirías por una decisión absurda. —Estoy a punto de interrumpirlo para cagarme en quien sea que lo haya parido, pero él continúa hablando—. No me parió nadie.

El silencio es mi única escapatoria. Así que me callo y le rezo a la Fundadora por sobrevivir a este baño, no asesinar a Clummy y poder dormir algo esta noche.

◆ ◆ ◆

El día siguiente transcurre sin sobresaltos, y eso me inquieta más que cualquier desafío. Desayuné en mi cuarto, sentada en el alféizar, con el sol deslizándose lento por los cristales. Clummy me sirvió sin comentarios. Ni una alusión al desastre emocional de anoche. Esta fue la primera señal de alerta de todo el día.

Pasé la mañana en la biblioteca y volví a mi cuarto a la hora de comer. Esta vez Clummy sí que habló: simples comentarios sobre el valor nutricional de los ingredientes, sobre las propiedades del pan de zanahoria en relación con el rendimiento mental. Yo contesté y bromeé fingiendo normalidad. Ninguno de los dos lo mencionamos, pero ambos sabemos que estábamos matando el tiempo.

Y por la tarde, quedé con mis amigos en uno de los salones menores, en donde el mundo se detuvo por un momento. Odrien tenía a Cristalith entre los brazos, como si con solo sostenerla pudiera contener todos los temblores del mundo. Sándor estaba sentado en un banco bajo, afilando su hacha con una intensidad que asustaba. Yo los miraba sentada en el suelo, con una pierna contra el pecho y la espalda apoyada en la pared.

Pasaron varios minutos. Recuerdo que el crepitar de una lámpara de aceite sonaba más fuerte de lo que debería. Mis ojos se perdían en las vetas del suelo hasta que, sin pensarlo del todo, hablé.

—¿Vosotros creéis que el pueblo quiere realmente participar en esto? ¿O solo…? —Hice una pausa antes de continuar— ¿Solo nos han convencido durante siglos de que esto es necesario?

Cristalith parpadeó muy despacio, mientras Odrien le acariciaba la espalda. Sándor detuvo la piedra contra el metal.

—Mi madre tenía libros prohibidos —dijo Cristalith al fin, su voz apenas un hilo—. Nunca quiso decirlo en voz alta… por miedo a ser juzgada como Hereje. Una vez me leyó un fragmento. Hablaba de la Tríada como un rito de poder de control. No de justicia.

Sándor alzó la mirada y por un segundo, parecía más viejo.

—Mi hermano… no creo que muriese limpiamente. El año que compitió… fue mucho peor que lo que está siendo este. Solo hubo un ganador. Murió muchísima gente. Y nadie hizo nada. Nadie preguntó por qué.

Odrien, más serio de lo que le he visto jamás, asintió despacio.

—Mi hermano ganó mintiendo. Haciendo pactos que después no cumplió. Y cuando volvió a casa me contó cosas que entonces no entendía. Cosas oscuras. Cosas sobre la Triada que no salen en los libros.

—¿Por qué seguimos callando? —pregunté, sin levantar la voz or miedo a que algún Arcanista esté proyectando esto al continente—. ¿Por qué aceptamos que esto es lo que tiene que ser?

Odrien me miró con fuego en los ojos.

—Porque durante siglos nos han hecho creer que cuestionar es traición. Si sigues por ahí…

—Pues que nos acusen de traidores, de Herejes, o de lo que cojones quieran, ¿estamos tontos o qué? —lo interrumpió Cristalith, incorporándose un poco entre los brazos de Odrien.

—Primero necesitamos tener pruebas —añadió Sándor, guardando el hacha como si ya supiera que pronto volverá a usarla.

Nos miramos y lo supimos, sin necesidad de juramento en voz alta. Ahora que camino hacia mi habitación y repaso el día de hoy, me parece que el día fue intenso sin haber pasado nada en concreto.

La puerta está entreabierta. No tanto como para que sea extraño, pero sí lo suficiente como para despertar la sospecha en alguien tan inseguro como yo. Entro con cautela. Todo está en orden. Mis botas donde las dejé. Mi mochila sobre la mesa. La manta doblada. La lámpara encendida, pero sobre la almohada: una nota.

«Sé cosas sobre la prueba final. Hablamos pronto. Es importante».
—Devrian.

Cierro los ojos, doblo la nota y la guardo dentro del bolsillo interior de la bata. Es algo a lo que no quiero enfrentarme todavía.

Me siento al borde de la cama. Estoy descalza y el suelo está frío bajo mis pies, pero no me muevo. Cojo el emblema del Corazón Audaz: este cristal rojo que parece arder sin fuego. Lo paso entre los dedos como si pudiera leer en él lo que vendrá. Me pregunto si Seredric permitiría que todo esto existiera si supiera toda la verdad. ¿Lo sabrá? Si miraría a otro lado, ¿lo estará haciendo ya? ¿Debería seguir confiando en él? Siento que cuando me acerco a él mi mente piensa de una manera, pero cuando me alejo empiezo a dudar hasta de mí misma. Me pregunto si alguien —cualquiera— es digno de confianza en este juego retorcido. Cierro los dedos en torno al corazón de cristal. No quiero pensar más, pero pienso igual.

XVII
Dionna

—Tiempo de iniciar la jornada. El transporte parte en veintisiete minutos y medio.

La voz de Clummy ya no me sobresalta; parece que mi cerebro la espera.

—¿Podrías no empezar la primera oración del día con la palabra «tiempo»? Hace que suene como si estuviera en una cuenta atrás hacia mi ejecución.

—Si te reconforta, puedo acompañarlo de música.

—No, gracias. Si suena una sola nota musical en esta habitación antes del amanecer, muere un gatito.

Clummy me observa con esa expresión perfectamente neutral. Luego deposita sobre la cama el uniforme para el primer desafío antes de la tercera y última prueba. Negro, ajustado, con detalles en gris pizarra. Más sobrio que los anteriores. Sobrio como a mí me gusta.

—¿Algún comentario sobre mi atuendo? —le pregunto por si tiene alguna información que pueda servirme de ayuda. Algún arma secreta sería perfecto.

—Estadísticamente, los Aspirantes que usan tonos oscuros tienden a ser percibidos como más amenazantes.

—Así que el negro no es porque estilice.

—También, pero la intimidación es un recurso táctico infravalorado. Que estilice o no no es lo que te mantendrá con vida.

—Me lo apunto.

Mientras me cambio, Clummy comenta con precisión las temperaturas previstas, el nivel de humedad y las posibles reacciones alérgicas a la flora local. Yo asiento como si me importara algo más que llegar viva al final del día. Por esos datos puedo adivinar hacia dónde nos dirigimos.

En el pasillo, ya iluminado por antorchas flotantes, me encuentro con Cristalith y Odrien. Ella lleva el pelo recogido en una trenza alta que le hace parecer una heroína de cuento, si las heroínas de cuento tuviesen ojeras y cara de no haber dormido en tres días.

—¿Lista para otra jornada de gloria sangrienta? —me pregunta Odrien, abrochándose los últimos botones de la camisa mientras bosteza.

—Define «lista» —le digo sin mirarlo.

No puedo apartar los ojos de mi amiga. Fundadora, Cristalith parece no haber dormido en dos días.

—No haber huido durante la noche ya es parte de la definición —define Odrien.

—Te recuerdo que fuiste tú quien propuso escapar en burros mágicos después de la primera prueba, no yo. —Lo acuso con el dedo y cuando lo miro me doy cuenta de que él tampoco parece muy despierto.

—Y sigo pensando que habría sido una opción viable. Al menos más cómoda que este carruaje encantado en el que probablemente vomitaré en pleno vuelo. No voy a soportarlo más y aún nos quedan los tres desafíos. El baile. Y la prueba mortal. ¡Qué emoción!

Nos reímos por no llorar. Tiene toda la razón. Luego bajamos las escaleras hacia la explanada central. Sándor nos llama con un grito que llama la atención de más Aspirantes, además de nosotros. Pasando tan desapercibido como siempre.

Subimos los cuatro a uno de los carruajes. Me siento junto a Sándor, y Cristalith se sienta a mi otro lado. Odrien se lanza al asiento de enfrente con un suspiro dramático. En nuestro carruaje hay un bar; Sándor debe de estar contento.

—¿Emocionado? —le pregunto a Sándor.

—Mucho. Tengo la sensación de que hace años que no vuelvo a casa.

—¿Y crees que eso te dará ventaja?

—No lo sé, pero al menos le dará algo de valor a todo esto.

Cristalith se apoya en mi hombro sin decir una palabra. Tiene los ojos abiertos, pero no mira nada: está en otra parte.

—Mi padre decía que la tercera prueba revela lo que somos cuando ya no queda nadie mirando; por eso solo los Héroes sobreviven —dice Odrien.

—Y tú, ¿qué esperas ser? —le pregunto.

—No lo sé, pero al menos espero no estar solo. —Su mirada se queda atrapada en los ojos de Cristalith, ajena a todo.

El vuelo es rápido. A través de las ventanas encantadas se ven las estrellas, más cerca de lo que deberían estar. Nadie habla durante mínimo treinta minutos.

—¿Y si todo esto no termina nunca? Quiero decir, ¿y si no hay un final real? ¿Y si sobrevivimos, pero quedamos rotos? —Cristalith rompe el silencio.

—Entonces tendremos que aprender a vivir siendo otra cosa —responde Sándor.

—¿Qué otra cosa? —pregunto—. Si ya casi no sé ser yo misma…

—Una versión triste, pero con dinero—dice Odrien.

Cuando el primer rayo de sol toca el horizonte, aterrizamos. Las Montañas Forjafuego se alzan ante nosotros. Gigantes de piedra ennegrecida, con vetas rojas que arden como si el corazón del mundo latiese dentro de ellas. El suelo huele a tierra y a humo.
Sándor inspira profundamente y sonríe.

—Huele a casa.

Un anciano sale a recibirnos junto con nueve Arcanistas. Su barba está trenzada con hilos de cobre, y su brazo izquierdo es una prótesis de metal bruñido. Saluda a Sándor en especial: se conocen.

—Sándor Dobren —dice el hombre con un sonido que suena a algo parecido a una risa que le hace toser—. El yunque aún recuerda tus pasos.

—Y yo recuerdo el calor del fuego, señor —responde Sándor, con una voz más grave y una sonrisa que no le cabe en la cara.

—Bienvenidos a la región Forjafuego —dice el anciano, mirando al resto esta vez—. Aquí, cada piedra pesa con historia. Y cada historia busca testigos.

—¿Quién es? —le pregunto en susurros a Sándor.

—Mi tío. Jefe de clan. Y, técnicamente, uno de los hombres más respetados de esta región.

—¿Técnicamente?

—Tiene fama de arrancarte la barba si lo interrumpes mientras come, pero por lo demás, muy cordial.

Los Arcanistas y el tío de Sándor nos conducen hacia el interior de la fortaleza. La piedra brilla con vetas mágicas. Cada pasillo parece poder soportar el fin del mundo. Clummy aparece a mi lado sin previo aviso.

—La humedad aquí es del ochenta y ocho por ciento. Tendencia a aumentar. Temperatura alta. Recomendación: hidratación doble y menos sarcasmo. A la piedra no le gusta.

—¿La piedra entiende el sarcasmo?

—Esta, sí. Se ha ofendido dos veces desde que llegamos.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque lo ha dicho; no puedes oírlo.

Miro a mi alrededor intentando afinar el oído. Los muros susurran de repente. ¿Me estoy volviendo loca? Siento que esta tierra nos está mirando. Loca de remate.

Después de caminar bajo las rocas unos diez minutos, llegamos a una gran plaza.

—La Plaza de Armas —dice Sándor con una sonrisa—. Yo vivo ahí. —Señala una de las ventanas de las casas que rodean la plaza.

La plaza de Armas se abre ante nosotros como una herida vieja, circular y empedrada, rodeada por estructuras robustas sin gracia ni adorno. Todo en este lugar parece haber sido construido para resistir, no para gustar. Pensaba que solo sería la cueva por la que llegamos, pero no. Aquí todo parece meramente útil.

Las ventanas están a medio abrir, como ojos entrecerrados. Detrás de las persianas, hay movimientos sutiles, sombras que se deslizan y se detienen. Nos miran con miedo, con prudencia y con resignación. Como si supiesen exactamente lo que estamos a punto de enfrentar, pero llevasen generaciones entrenándose para aceptarlo sin más.

—Este sitio no grita bienvenida precisamente —murmura Cristalith, abrazándose a sí misma.

—Por gritar no grita nada —añade Odrien—. No hay ni un alma.

Sándor, que hasta ahora había estado caminando con la cabeza alta, se detiene de repente y entorna los ojos hacia la ventana que nos acaba de señalar. El resto seguimos su mirada. Hay un hombre corpulento, de hombros anchos y rostro tallado en piedra plantado frente a la ventana. Tiene el mismo mentón cuadrado que Sándor, los mismos ojos, pero no la misma mirada; parece mirarlo con desdén.

—¡Padre! —grita Sándor, levantando la mano con una sonrisa que no le llega a los ojos.

El hombre ni se inmuta. Solo frunce los labios, escupe a través de la ventana y, sin una palabra, la cierra de golpe. El silencio que se instala entre nosotros es brutal. No puedo abrir más los ojos. La estupefacción es insoportable. Nadie dice nada. Me atrevo a mirar a Sándor, que se ha quedado quieto con las manos caídas a los lados y la mandíbula apretada.

—¿Qué coño acaba de pasar? —dice por fin, su voz apenas un susurro rasgado.

—¿Seguro que era tu padre? —pregunto, aunque ya sé la respuesta. Intento buscar una explicación.

Él asiente.

—¿Siempre ha sido así? —Cristalith camina hasta él, le toca ligeramente el brazo.

—No —dice Sándor—. Al menos cuando salí de casa con mi boleto dorado parecía creer en mí. Ahora no sé qué cree, pero seguro que nada bueno.

No hay tiempo para más; un Arcanista se adelanta y levanta una tablilla encantada. Las letras se escriben solas con fuego azul sobre ella. Comienza a decir nombres.

—Arianth Bervos.

Un joven se separa del grupo, tenso como una cuerda. Lo acompañan sin decir palabra por una puerta de piedra en el muro este de la plaza. Se cierra detrás de él. No vuelve a apare-cer.

—Velira Meen.

La misma operación. Y así uno tras otro. El ambiente se enrarece cada vez que un Aspirante cruza la puerta. Cada vez que un nombre es pronunciado, el corazón me da un salto. Nadie sabe a dónde van.

—Ya echaba de menos las putadas que nos hacen en los desafíos —dice Odrien en voz baja, muy baja—. No nos matan, pero nos humillan. Muchísimo más apetecible la verdad.

Sándor no dice nada, pero aprieta tanto los puños que le tiemblan los brazos. No creo que lo que le importe sea el desafío.

La lista sigue y yo me preparo para cuando digan mi nombre. Con cada nombre me fijo en las antorchas de la plaza: dicen el nombre y se encienden tres; el Aspirante camina hacia la puerta y se encienden otras tres; cuando cruza la puerta se encienden las últimas tres antorchas, creando un círculo completo. Las miro una y otra vez. Son de un rojo distinto al fuego natural. No es ese rojo cálido de los fuegos en la chimenea de la biblioteca, ni el rojo furioso de una batalla. Este rojo es sobrenatural. Casi líquido, como sangre que arde.

Mi corazón late tan fuerte que me cuesta distinguirlo del zumbido que se ha instalado en mis oídos. Cierro los ojos e intento pensar en otra cosa. En Cristalith riéndose de madrugada. En Clummy colocando mis túnicas por orden emocional. En Seredric con los ojos cerrados, diciendo mi nombre.

Nada sirve.

—Dionna de Caelis.

Escuchar mi nombre me hace abrir los ojos. Mis piernas responden, aunque no estoy segura de haberles dado la orden. Odrien se aparta apenas para dejarme pasar. Cristalith me agarra la

mano por un segundo, y la aprieta sin palabras. Sándor no dice nada, pero su hombro roza el mío, como si con eso bastase.

Los Arcanistas me observan desde los bordes de la plaza. Sus túnicas esta vez oscuras no tocan el suelo, pero dan la impresión de estar enraizadas en él. Sus ojos brillan bajo las capuchas y juro que no parpadean. Me analizan como si estuviesen anotando cada músculo tenso, cada respiración contenida. Desde aquella comida con la Reina Madre, lo sé: no se fían de mí. Tal vez nunca lo hicieron, pero ahora lo muestran descaradamente. Me evalúan como si yo también fuese parte de la prueba.

Atravieso la puerta y justo antes de que se cierre miro hacia las antorchas de la plaza. La puerta se cierra. Cuando miro al centro de la sala un círculo ritual de fuego imita al de la plaza; sin embargo, este está hecho con runas que emiten calor. Las runas están dibujadas en piedra fundida, y vibran. Me cuesta respirar. Es como si el mundo hubiese contenido el aliento. El fuego de las antorchas se movía por algo que sucedía aquí dentro. Estoy segura de que no me va a gustar.

Doy un paso dentro del círculo y las runas se convierten en llamas. Las llamaradas se levantan por encima de mi estatura. Mientras calculo con la mirada cómo podría saltar el muro de fuego que se ha creado a mi alrededor, una silueta comienza a formarse en el centro. Y antes de que mi cerebro logre comprenderlo, mi cuerpo lo hace:

Es mi cara.

Mi cuerpo.

Es… ¿yo?

La figura es un reflejo de mí hecha de fuego. Una figura envuelta en llamas que se adhieren a su piel como un vestido vivo. Tiene mis ojos, mi boca y mi nariz; sin embargo, cada gesto suyo es más animal. Más real. Más mío que yo misma.

—¿Qué cojones…? —susurro, aunque no espero respuesta.

Mi doble de fuego me mira como si yo fuese la criatura extraña en esta ecuación.

Recuerdo parte de la conversación que tuvimos ayer en la biblioteca. Sándor hablaba de los Yugos de Sangre: hornos rituales

enterrados en el corazón de las Montañas Forjafuego. Cámaras que, según leyendas, podían crear bestias artificiales con corazones sellados por fuego antiguo. Yo me reí, porque pensé que era una historia para asustar a niños o justificar alguna tradición arcaica. Pero ahora no tiene gracia; esta criatura frente a mí, esa llama con mi cara, no parece producto de un ritual simbólico. Parece viva y consciente de su existencia.

—¿Qué parte de mí eres? ¿La furia? ¿El miedo? ¿La ambición? ¿El deseo de destruirlo todo si no puedo salvar nada? —le pregunto, pero no me responde, solo da un paso hacia mí.

Con ese paso, el fuego se encoge y se intensifica. El calor me golpea en la cara. Cierro los ojos.

—¿Qué se supone que tengo que hacer? —pregunto, buscando a alguien que no está— ¿Luchar con fuego?

Espera, ¿qué me dijo Seredric cuando me fui? «No juegues con fuego, Dio, te vas a quemar. No juegues, lucha». ¿Me dijo cuál sería el próximo desafío?

Él lo sabía. Siempre lo sabe.

La réplica de fuego no me da tiempo a seguir pensando. Se lanza sobre mí con una espada que silba al moverse, como si el propio metal ardiese de deseo por quemarme.

Ruedo a un lado. El filo ígneo pasa tan cerca que siento la piel de mi brazo izquierdo abrasarse, aunque no me haya tocado. El calor es una criatura por sí misma, una mano invisible que me empuja al borde. No sé si estoy en una prueba simbólica o en una ejecución cuidadosamente disfrazada. Seredric me dijo que tenía que luchar, pero los desafíos no son letales, ¿qué pasa si no lucho? ¿Me rescatan?

—¿Esto es una simulación? —grito al aire, por si algún alma piadosa me escucha.

No hay respuesta. Solo el crujido del fuego en espiral, y el silbido de otra estocada. Apenas logro esquivarla.

La réplica es rápida. No, no solo es rápida; me anticipa. Cada paso que doy, cada giro, cada intento de contraataque. Ella ya lo sabe, porque soy yo. Porque ha nacido de mí. Porque ha escuchado mis pensamientos incluso antes de que yo los formule.

Respiro con dificultad. El aire está saturado de calor, de miedo y de vergüenza. ¿Qué se supone que debo hacer? ¿Atacar? ¿Sobrevivir? ¿Confesar? ¿Derrotarme?

—Eres patética —dice de pronto la réplica, con mi voz.

Es mi voz después de años de descomposición emocional. Es mi voz pasada por ácido. Distorsionada y cruel.

—¡Fuiste la única que no hizo nada! —grita, y la espada baja de nuevo, cortando el aire frente a mí—. ¡Hollieth gritaba tu nombre y tú te escondiste!

Me congelo el tiempo suficiente para que el fuego me roce el costado. La tela del uniforme se ennegrece aún más si cabe. Un segundo más y estaría ardiendo.

—No hables de ella —digo, entre dientes.

—¿Por qué no? —sisea. Su pelo de llamas se arremolina como serpientes salvajes—. ¿Porque te recuerda lo cobarde que fuiste? ¿Porque viste cómo se la llevaban y te quedaste quieta? ¿O porque ella tenía el don y tú no? ¿La envidias?

—No me quedé quieta…

—¿Ah, no? —Ríe antes de continuar atacando con palabras —. ¿Le gritaste? ¿Saltaste? ¿Luchaste? No. Te encogiste. Como haces siempre. Como hiciste cuando tu padre dejó de hablarte. Como haces cada vez que tu madre te mira con ese asco disfrazado de pena.

Siento las lágrimas empezar a agolparse. No quiero llorar. No pienso llorar.

—¡Tu padre te odia por no haber hecho nada en todos estos años! —brama, y la espada vuelve, horizontal esta vez—. Solo intentas cosas que nunca consigues.

Salto hacia atrás, pero me tropiezo. Me golpeo el hombro contra la piedra. El eco retumba dentro del círculo, pero nadie acude. Nadie va a venir. ¿Qué tipo de desafío es este?

—¡Y tu madre sabe que siempre serás débil! Que ni siquiera sirves para casarte bien, te acercas a gente que solo busca tu calor, que todo lo que tocas lo rompes o se aleja.

—¡Cállate!

—Y para tu hermana menor… —comienza a habla con la sonrisa partiéndole los labios— para ella serás siempre una vergüenza a esconder.

Me levanto. A medias; estoy a cuatro patas. Me duele el pecho, no del golpe, sino del veneno de esas palabras. Porque son mías, son las que me he dicho en noches interminables, cuando nadie me miraba. Las que me susurra mi cabeza cada vez que pienso que he hecho algo bien.

—No soy eso —murmuro.

—¡Sí lo eres! —ruge. Da un paso más. El círculo de fuego responde, elevándose detrás de ella como una corona maldita—. ¡Eres cada una de esas miserias, Dionna! Las llevas en los huesos. En el alma. Están tatuadas en ti.

La espada vuelve. Esta vez no esquivo. Cuando ya he aceptado mi destino, cuando espero que la magia de los Arcanistas me saque del desafío, es entonces cuando lo veo. Un pozo. Está cerca del borde del círculo, discreto, pero no oculto. Si no quieren que lo usemos, ¿por qué lo dejarían a la vista? Giro sobre mí misma justo cuando la espada me quema la pierna derecha. Quema de verdad. Puede que no sea letal, pero duele de cojones.

Ruedo hacia el pozo como si el dolor no existiese, como si mi pierna no estuviese ardiendo, como si todo mi cuerpo no hubiese declarado una huelga general. Mi mano se estira hacia el cubo de metal apoyado en el borde del pozo, pero no llego. El filo ardiente de la réplica se estrella contra mi brazo derecho antes de que mis dedos toquen la madera del asa. Un relámpago de dolor recorre todo mi costado. El grito me nace de lo más profundo de mi alma, seco, como si no fuese humano.

¿Qué coño están haciendo? ¡Esto no es un desafío simbólico! ¡Esto no es una visión! ¡Esto duele! Esto huele a piel quemada. Esto es real.

—Los desafíos no son letales —comienzo a decir—. ¡Los desafíos no son letales!

Me echo hacia atrás, jadeando, con el brazo temblando. El calor me rodea como un enemigo invisible, mientras mi otra yo

camina tranquilamente hacia mí. Es un verdugo que sabe que ya ha ganado.

—¿Eso es todo? —me pregunta riendo—. ¿Vas a morir en el suelo como una niña asustada? ¿Otra vez?

No. No voy a morir.

—En los desafíos no te mueres, pedazo de puta.

Cierro los ojos. Mi corazón galopa y algo dentro de mí se agita. No sé de dónde lo saco, ni cómo lo llamo. Solo sé que la quiero con todas mis fuerzas, que la siento y la convoco.

El agua.

Extiendo la mano izquierda, la buena, la que aún responde. Me concentro. No sé si rezo o maldigo. Solo sé que lo intento con todas mi fuerzas y ocurre. El agua dentro del pozo se alza y la lanzo con toda la rabia y todo el miedo que tengo dentro, recordando cada palabra dicha por esa criatura que soy yo, pero que no quiero ser nunca más.

El agua golpea a la réplica de fuego en pleno torso.

Suelta un chillido agudo, cargado de pérdida, de rabia y de la nada más absoluta. El fuego titubea. Tiembla. La figura retrocede, su silueta danzante se apaga por secciones, como si la humedad desgarrara su existencia en fragmentos dolorosos.

No espero un segundo más. Me arrastro, escupo sangre y ceniza, y llego al cubo. Lo levanto con la fuerza que me queda y lo sumerjo en el pozo. Lo lleno y lo vuelco sobre ella.

El agua le golpea y las llamas silban como serpientes muriendo. El vapor se eleva. El círculo se llena de bruma hirviente y ceniza. Mi otro yo se apaga poco a poco. Primero los ojos, luego las manos, después el pecho. Hasta que no queda nada. Ni fuego. Ni sombra. Solo vapor y el olor amargo de lo que alguna vez quiso ser algo más que yo.

Caigo de rodillas. Mis brazos tiemblan. Estoy empapada, cubierta de ceniza, el uniforme rasgado, la piel del brazo quemada y roja como carne expuesta al sol de la Fundadora.

Inspiro.

Expiro.

Inspiro.

Expiro.

Los Arcanistas a otro lado del circulo apagado no se mueven. No hacen el menor gesto para ayudarme. Solo me observan. Uno de ellos asiente. Asiente, el muy hijo de su madre. Como si yo fuese un puto experimento que ha resistido más de lo previsto. Como si esto fuera un resultado medible.

He estado a punto de morir en un desafío. He gritado hasta romperme. He tenido que mirarme a mí misma y luchar contra todo lo que odio de mí. ¿Eso ha sido solo un desafío? ¿No era la tercera gran prueba? Porque duele como una.

Me llevo la mano al pecho, aún jadeando. Siento los coletazos de ese tirón. Una energía que no había sentido así nunca. Me tumbo boca arriba y comienzo a escuchar pasos. Alguien me arrastra fuera del círculo. No puedo moverme; me mueven como un objeto más del ritual.

◆ ◆ ◆

El ungüento que me aplican los Arcanistas tiene olor a menta y ceniza. Me arde al tacto. Dicen que está hecho para calmar y regenerar la piel, pero no alivia el dolor que se ha quedado bajo ella. Ese no se toca con bálsamos.

Estoy sentada en una camilla de piedra templada, envuelta en un manto de lana basta, mientras uno de los sanadores revisa mis quemaduras sin mirarme a los ojos. Su rostro está cubierto. Todos los Arcanistas se parecen: silenciosos, meticulosos, demasiado seguros de que lo que hacen está bien.

Me limito a respirar y contar los segundos entre una aplicación de pomada y la siguiente. Simplemente finjo que el temblor de mis dedos es solo por el esfuerzo, no por todo lo que esa cosa dijo. Alguien se acerca a mí, pero no me giro a mirar quién es.

—«El agua calma las llamas de la ira; la sangre real calma las del destino» —susurra una voz grave a mi oído.

Se aparta antes de que pueda preguntar. Antes de que mi cerebro comprenda. Se desliza entre las sombras del pasillo como si

nunca hubiese estado allí.

—¿Qué...? —balbuceo, pero ya no está.

«El agua calma las llamas de la ira; la sangre real calma las del destino». ¿Qué significa eso? ¿Sangre real? ¿Está hablando de linaje? ¿De... de Seredric? ¿De Devrian? ¿De la Reina Madre y la grieta que vi en sus ojos? ¿O es una metáfora?

No sé cuánto tiempo pasa antes de que me permitan moverme. Caminando con dificultad, con el brazo vendado y el cuerpo aún dolorido, me uno a los demás. Mis amigos están en un banco de piedra.

—Dionna —dice Cristalith en cuanto me ve. Sus manos están envueltas en vendas delgadas, sus uñas negras, casi fundidas con la carne—. ¿Estás…?

—Sí —respondo. No digo «bien»; nadie está bien.

Odrien apenas alza la mirada. Tiene un vendaje alrededor del pecho y respira con dificultad.

—Tienes los ojos distintos —dice sonriendo.

—Tú también —respondo sin sonreír—. ¿Conse-guiste la pista? —le pregunto.

Él asiente despacio.

—«La verdad cruda, personal, no se puede compartir, no se escribe sobre ella y duele más que una herida abierta».

—¿Cómo? A mí no me dieron esa —susurra Odrien, con la voz ronca—. «Mira dentro de ti mismo, aunque te odies por lo que sea que encuentres».

—La mía —dice Cristalith, apretando los labios— era: «Hay sacrificios inevitables: elige perder algo que amas para salvar algo que apenas entiendes».

Trago saliva.

—Y la mía... —susurro— decía que la sangre real calma las llamas del destino. O algo así.

Los tres me miran. Sándor es el primero en hablar:

—¿Sangre real?

—Eso me dijo un Arcanista —comienzo a hablar, frotándome las manos contra el mono como si quisiera arrancarme algo invisible de la piel—. No sé qué significa.

—¿Qué puede significar todo esto? Ahora nos dan pistas diferentes, ¿por qué? —dice Cristalith mirando a su alrededor—. Treinta y tres entramos y vimos esa cosa, pero solo diecisiete llegamos a ver el pozo.

—¿Y cuántos usamos el agua? —pregunto.

—Siete —responde Sándor.

Nos miramos buscando quién será el siguiente en hablar. Solo siete tienen una pista. Cada uno con una frase distinta. Un mensaje distinto y personal.

◆ ◆ ◆

La noche se cierne sobre las Montañas Forjafuego con un peso distinto al del resto del mundo. Nos alojan en unas estancias amplias, excavadas directamente en la roca. Dentro, parece que este es el único lugar donde hay cabida al lujo.

La cena es en un salón de techos abovedados bajo tierra, lámparas de aceite suspendidas de cadenas negras, una mesa larga con manteles y bandejas de plata con comida humeante. El ambiente debería ser distendido, después del día que hemos tenido, pero la tensión no se ha evaporado con el fuego.

Nos sentamos mezclados: finalistas, Arcanistas y miembros de la familia real. Pretenden crear un ambiente en el que nos relajemos. Hasta nos han dicho el siguiente destino antes de que partamos como recompensa a casi habernos cocinado vivos.

—Primero mi tierra —dice Sándor, con un gesto que mezcla ironía y resignación, y señala a Cristalith y Odrien—. Ahora la vuestra —añade, sin levantar la vista del plato.

Yo pincho una patata asada sin llegar a llevármela a la boca.

—Y si el siguiente es en Galimatea… —digo, en voz baja— entonces esto ya no es casualidad.

Sándor se recuesta en su silla, entrelaza los dedos y observa a todos con los ojos entrecerrados.

—¿Sabéis qué? Ese no era mi padre.

Odrien alza las cejas.

—¿Perdona?

—El hombre que escupió en la plaza —continúa Sándor, sin rodeos—. Se parecía. La cara, los gestos, pero seguro que no era él. No respiraba igual, me fijé en eso. No me miró como él. Y os lo digo porque algo está pasando. Algo grande. Os aconsejo que estéis preparados para lo peor.

—A veces no queremos ver lo que hay. Seguramente mintieron a tu padre sobre algo, pero seguro que sí era él —le dice Cristalith acariciándole un hombro.

—Pero mi padre jamás creería a alguien sin más, sin escucharme —dice sin mirar a ninguno de nosotros—. Pero si han mentido sobre mí, mañana seréis vosotros. —Señala de nuev a Cristalith y a Odrien— y pasado mañana estoy seguro de que serás tú —añade, mirándome directamente.

—¿Y si nos están castigando? —dice Odrien, en tono más bajo.

—¿Se enteraría alguien de lo del tónico? —añade Cris-talith.

Levanto la vista un momento y veo como Devrian y Seredric hablan. Me quedo mirando e intento leerles los labios. Están al otro lado del salón, sentados frente a frente en unos butacones apartados, como si compartieran un secreto. Devrian tiene los labios apretados. Seredric habla con las manos, pero de forma contenida, no hace aspavientos, pero necesita las manos para apoyar sus argumentos. Nada del rostro neutral y pétreo que suele tener, se le ve relajado. Devrian asiente y después se pone en pie y sale del salón sin mirar a nadie más.

La nota que me dejó me vuelve a la mente. Sigo sin saber qué quería decir. No se me ha acercado desde entonces. Ni una palabra. Ni una mirada. Nada.

Me levanto.

—¿Ya te vas? —pregunta Cristalith, extrañada.

—No tengo hambre —respondo, con una sonrisa fingida. Nadie insiste. Todos entienden que cada uno tiene sus propios fantasmas.

Las paredes están cubiertas de tapices antiguos, representaciones de batallas y pactos de sangre. Me pierdo entre

ellos, o al menos lo intento. La nota sigue en el bolsillo interior de mi túnica. «Sé cosas sobre la prueba final. Hablamos pronto. Es importante». Pero muy pronto ya fue hace mucho, y hablar no ha pasado. ¿Está esperando algo? ¿O alguien se lo ha prohibido?

Paso junto a una armadura en desuso que parece observarme desde el rincón. Me detengo frente a una ventana estrecha que da al exterior de la montaña. Afuera, la noche golpea contra las rocas como una ola lenta. Sigo sin entender por qué Devrian no me ha dicho nada más. ¿Está protegiéndome de algo? ¿O de alguien?

Entro en la habitación que me han asignado. La piedra del suelo está fría. Me quito los vendajes con cuidado. Observo la quemadura en mi brazo. Ya no duele tanto cuando está tapada, pero aún no puedo tocarla demasiado sin el vendaje.

Clummy ha dejado junto a la bañera más ungüentos. Todo un detalle.

—Deberías aplicarle una capa fina sobre la piel afectada tras el baño —dice Clummy tras de mí.

Me doy un baño rápido intentando controlar las muecas de dolor cuando el agua toca las quemaduras. Secarme es un infierno y la capa de ungüento es un beso del mismísimo demonio: alivia justo después de escocer. Sin embargo, lo consigo. Me pongo ropa de cama cómoda. Apago la lámpara con un soplo, me tumbo en la cama y me cubro con una manta tan mullida que podría morirme del gusto. Escucho el silencio y las palabras de Sándor. «Hoy he sido yo. Mañana seréis voso-tros».

Golpean la puerta, una vez. Luego dos.

—¿Quién es? —pregunto, sin moverme.

—Devrian. Solo quería saber si estás viva.

—Lo estoy, ¿qué querías decir con la nota que me dejaste? —le pregunto desde la cama.

Solo escucho pasos que se alejan. No lo entiendo, ¿a qué ha venido? ¿Se va así sin más? Me levanto de un salto y abro la puerta de golpe. Nada. No hay nadie. Estoy cansada de tanto «voy, vengo, me voy y vuelvo».

Putos Valendris.

XVIII
Dionna

El cielo es un corte violeta que empieza a sangrar luz entre los pliegues de las nubes. A esa hora maldita en la que ni el sueño ni la vigilia quieren hacernos caso, estamos todos de nuevo dentro de un carruaje de corceles alados, rumbo a la siguiente tortura decorada de desafío.

El cuerpo entero me pesa como si estuviese hecho de hierro mojado. Cada articulación cruje, y el vendaje en el brazo derecho ya está empezando a adherirse a la piel.

Nos convocan en el bar del carruaje. Ahí estamos todos los finalistas. Comienzo a contar a todos los que estamos, algo no me cuadra. Todos con la expresión de quien ha sobrevivido a un incendio y no está seguro de querer hacerlo otra vez. Hay café. Trece finalistas. Hay fruta. Veinticuatro. Nadie toca nada. Sólo esperamos. Treinta y uno. El zumbido mágico del carruaje es la única conversación. Me faltan dos. Voy a empezar a contar de nuevo, cuando un Arcanista habla.

—Dos Aspirantes han fallecido durante la noche —dice sin emoción alguna en el rostro—. Las secuelas del segundo desafío superaron las capacidades regenerativas disponibles.

Cristalith, incrédula, se lleva una mano a la boca.

—¿Murieron? —se me escapan las palabras de los labios sin previo aviso— ¿Pero no se suponía que los desafíos no eran letales?

—No lo son, pero sus consecuencias a veces escapan a nuestro control inmediato —dice sin inmutarse. Ni siquiera parpadea

el muy cabrón—. Lamentamos profundamente esta pérdida. Aunque, lamentablemente, no podremos hacerles el mismo tributo que al suicida. Ya hemos otorgado demasiados días de descanso.

¿Acaba de referirse a Ernys como «el suicida»? ¿Es una puta broma?

—¡¿Y ni siquiera pensáis decir sus nombres?! —espeta Odrien, con la voz ronca de sueño y rabia.

No recuerdo sus nombres, ni sus caras. Me negué a aprender sus nombres y ahora simplemente son números a restar de un total. Aún así, alguien los habrá llorado. Alguien sabrá que se fueron aquí, sin tributo ni tumba, reducidos a estadísticas para un discurso vacío.

—Venga hombre, no me jodas... —masculla Sándor, hundiéndose más en su asiento.

Tiene que ser una broma.

◆ ◆ ◆

Las Planicies Susurrantes se extienden hasta donde alcanza la vista. Hierba alta mecida por un viento constante. Un murmullo perpetuo que no se calla nunca. Y más allá, en la bruma del horizonte, los límites invisibles con las Montañas Forjafuego.

Los Arcanistas nos conducen en fila, como si no acabásemos de perder a dos compañeros más. Empezamos ciento cincuenta. Somos solo treinta y uno y actuamos como si no nos costase dar cada paso. Como si nuestros cuerpos no estuviesen aún medio cocidos por dentro.

—Echo de menos a Clummy —murmuro, sin mirar a nadie.

La frase se me escapa, como si los demás ya llevasen un rato escuchando la conversación que mantengo en mi cabeza. Odrien gira la cabeza.

—¿Qué has dicho?

—Que echo de menos a Clummy, mi cluam, ¿por qué no nos han acompañado? —pregunto, esta vez con intención—. Incluso

dormiría a su lado si eso me garantizase no pasar otra noche en esos infiernos encantados con alas.

Cristalith suelta una carcajada breve, seca, pero sincera.

—Si es que los cluams duermen... —comenta Sándor, medio en broma, medio en serio.

—Estoy dispuesta a descubrirlo. —Me masajeo el cuello, que lleva dos horas en una posición antinatural—. Lo juro, me basta con que no ronque y que tenga un cuerpo con temperatura estable.

—Ah, así que buscas compañía para las noches solitarias que te mantenga la cama caliente —dice Odrien con una sonrisa burlona en los labios—. Hay quien ya tiene eso —dice mirando a Sándor.

—¿Cómo? —pregunto casi en un grito— ¿Duermes con tu cluam?

—¿Qué? —Su tono es incluso más alto que el mío, mira hacia los lados, fija la mirada en Odrien y baja la voz—. Te dije que no contases nada.

—*Ooops.* —Sonríe Odrien, encogiéndose de hombros.

—Vio a Nirelia salir de mi cuarto esta mañana, pero no significa nada.

—Algún día tendrás que contárnoslo todo o tendré que hacerte daño. —Lo señalo con el dedo.

Se para en seco. Los tres lo imitamos y nos quedamos algo atrás. Me mira con una especie de sospecha que me vacía por dentro.

—Cuando nos digas por cuál de los Valendris te acabas decantando tú.

Ninguno dice nada. La vergüenza que me sube a las mejillas lo dice todo. Comienzo a caminar y ellos me siguen el paso. No puedo decir nada. ¿Cómo coño lo sabe? ¿Lo sabe Nirelia?

—Éramos ciento cincuenta —murmura Cristalith, casi sin voz, cambiando de tema. La adoro por eso y una cuantas cosas más.

—Y ya solo quedamos treinta y uno —continúa Sándor.

Yo creo que ya no puedo decir una palabra. Sigo notando el calor de la vergüenza en la cara. Una pierna delante de la otra. ¿Qué coño pasa con Nirelia? Es injusto por mi parte exigirle respuestas a

Sándor; lo mismo podrían pensar de mí con Devrian o con Seredric —si alguien nos hubiese visto, ¿nos habrá visto alguien?—. Qué maravilla, tengo ya el letrero de «puta» en la frente y ni siquiera me he dado el gusto.

Llegamos a una llanura en medio de la nada, muy lejos del primer pueblo. A un lado y otro, dos plataformas elevadas emergen de la tierra: planas, rectas y sin bordes protectores. Entre ambas, suspendido sobre lo que parece el fin del mundo, se extiende un puente; siendo «puente» una palabra generosa para semejante monstruo. Se trata de una red de lianas negras, trenzadas entre sí con una lógica que no obedece a la gravedad. Vibran, se contraen, se retuercen con cada ráfaga de magia que flota en el aire. Y están cubiertas, todas, de espinas gruesas como dientes de un depredador. Algunas incluso parecen vibrar.

Bajo el puente hay un abismo. Un pozo sin fondo que no es real, o eso dicen. Una ilusión, explican. Una ilusión tan perfectamente construida que si la mirada se te resbala dentro, hasta ella siente vértigo.

—¿Eso es una ilusión? —pregunta Cristalith a mi lado.

—Sí —responde uno de los Arcanistas, sin ofrecer más detalles.

—Pues me parece muy real —dice Odrien, entre dientes.

Una vez arriba, en una de las plataformas, nos quedamos todos mirando ese desastre suspendido. Un Arcanista comienza a hablar:

—El objetivo es simple: cruzar al otro lado.

Venga, hombre, acuéstate y suda. Simple dice. Si le cortas, no sangra el tío este.

—Cada paso requerirá tensión absoluta. Las lianas reaccionan al peso, al calor y a la duda. A veces se volverán vaporosas. A veces se tornarán rígidas como hueso. Si caéis, no moriréis; pero no podréis volver a intentarlo.

Me muerdo el interior de la mejilla.

—¿Hay algún orden de paso? —pregunta alguien del fondo.

—No. Pasad cuando estéis preparados. O cuando alguien os empuje. Tenéis veinte minutos.

Genial.

Sándor suelta una carcajada breve, sin alegría. Es más un estallido de incredulidad que otra cosa.

—Me encanta cuando los desafíos son tan acogedores —dice.

—Al menos esta vez no estamos ardiendo vivos —comenta Cristalith, intentando encontrar algo de humor donde no lo hay.

—De momento —responde Odrien.

Sigo sin hablar. La red se sacude con una corriente mágica súbita. Uno de los Arcanistas hace un gesto. La prueba ha comenzado.

Uno de los Aspirantes —un chico delgado que no conozco bien, pelo oscuro, bajito y con cara de haberse metido algo ilegal en el cuerpo— da el primer paso. Avanza un paso más. Una de las lianas bajo su pie se transforma en vapor. El chico reacciona a tiempo, se apoya en otra y la red lo admite. Las espinas se agitan, pero no le rozan. Sigue, tenso como una cuerda, cada músculo alerta. El sudor le cae en gotas que desaparecen en el abismo. Y poco a poco, paso a paso, lo logra. Llega al otro extremo.

Los murmullos empiezan: crece la esperanza. Si alguien lo ha conseguido, los demás también podemos. No parece tan difícil.

—La tercera liana del segundo tramo se disuelve al segundo paso —dice Cristalith

—¿Estás analizando el patrón? —no puedo evitar preguntar.

—Por supuesto. No eres la única que sabe hacerlo. —Me sonríe—. ¿Vas a esperar a que pasen más para aprender de sus errores?

—¿Acaso tú no?

—Tonta todavía no soy.

Una chica lo intenta. Una que sí reconozco: Liora Vanthale. La pequeña gigante que estuvo a nuestro lado en el desafío del bosque, pero no nos ha vuelto a hablar. Se mueve como si ya hubiese recorrido este camino antes. Esquiva una espina con un salto imposible. Cae con un solo pie sobre una cuerda que se dobla y la arroja al vacío.

Se desvanece. Un zumbido mágico indica que ha sido recogida por el sistema de contención. Está viva, pero fuera.

Odrien silba entre dientes.

—Vale, eso fue rápido.

—Todavía puedes decidir no hacerlo —dice Cristalith mirando como seco mis manos a la ropa.

—¿Y perderme la oportunidad de cortarme las manos con espinas vibrantes a cambio de una pista absurda que no me llevará a ninguna parte? Jamás —le digo.

El sarcasmo es lo único que me mantiene cuerda.

—Estadísticamente, según mi cluam, el éxito general depende de tres factores: agilidad, reflejos, y templanza emocional —dice Cristalith.

—Entonces estoy jodida —respondo—. No tengo nada de eso.

—Tienes siempre habilidades complementarias escondidas —las palabras de Sándor parecen tener un doble sentido, ¿pero qué coño le pasa conmigo?

Lo miro, pero él solo mira hacia el puente.

—¿Eso es una forma bonita de decir que improviso con estilo?

—Exacto —dice y esta vez sí me mira. Ambos sabemos que no se refería a eso.

El tercer aspirante comienza. El cuarto. El quinto. Uno logra cruzar. Dos más caen. El puente no perdona. El sexto cruza a una velocidad increíble. El séptimo pone un pie en el puente, se agarra a una de las lianas y se paraliza. Solo mueve los ojos hacia su mano, la que sujeta la liana. Su mano comienza a sangrar. Se ha pinchado con algo. Está completamente paralizado. Su cuerpo rígido se precipita al vacío.

—Algunas lianas tienen espinas envenenadas —digo sin apartar la vista de la liana que hizo caer al chico.

—Manda huevos —suelta Sándor—. No solo podemos caernos, también pueden envenenarnos.

—¡Quedan diez minutos! —Se escucha la voz profunda de un Arcanista.

Todos los que quedamos nos miramos. Es ahora o nunca. Tenemos que cruzar. Todos hemos decidido abalanzarnos con prisa hacia el puente. Cada paso me arranca un gemido ahogado, pero no me permito detenerme. Las lianas vibran con cada movimiento: una de las que piso se tuerce bajo mi bota. Me inclino, buscando equilibrio. Extiendo el brazo para aferrarme a otra, pero en cuanto mis dedos rozan su superficie, una hilera de espinas minúsculas se despliega como un mecanismo vivo. Me cortan la palma, pequeñas líneas rojas florecen al instante. Aprieto los dientes. No hay tiempo para el dolor.

Detenerme es caer.

A mi lado, alguien se acerca demasiado. Un empujón, leve pero intencionado, me sacude la cadera. Giro el rostro justo a tiempo para ver su cara: Krekk Morvhaen. El puto engreído de la sonrisa de reptil que tiene el sello arcano. Odrien lo llamó «el perfumado», y no porque huela bien. Se mueve con una facilidad asombrosa, parece que se ha curado de las quemaduras más rápido que el resto.

—Apártate, desecho —escupe Krekk, sin mirarme.

Pero calcula mal. Muy mal. Intenta adelantarme justo en una sección donde la red se estrecha. Pone el pie en una liana que vibra de forma errática, como si estuviera riéndose de él. La cuerda se vuelve vaporosa y se hunde.

—¡No!

Su voz es un chillido roto, una súplica nacida demasiado tarde. Cae. La red desaparece bajo él. El abismo ilusorio lo engulle. Su silueta se pierde en la negrura, mientras sus manos arañan el aire como si pudiera trepar por él.

Humillación total.

Que se joda; no se merecía pasar.

Me deslizo por el puente rápidamente. Siento cada músculo tensarse como una cuerda a punto de romperse. Atrás, los gritos de otros Aspirantes se desvanecen en el viento de las planicies. Delante, el final del puente parece estar más lejos que cuando empecé. La liana frente a mí brilla de una forma peligrosa. Tengo que encontrar un plan B.

—Fantástico —murmuro entre dientes, con el sudor metiéndoseme en los ojos—. Luz ambiental homicida. Lo que me faltaba.

La siguiente liana parece más estable, más normal. Tan normal que me da miedo, porque para alcanzarla tendría que hacer un salto imposible desde esta cuerda inestable, con un solo pie y un brazo medio inútil. Claro, Dionna, claro. ¿Qué podría salir mal? Pero si mides medio metro, ¿cómo vas a saltar tanto?

Entre toda mi desesperación, veo una espina enorme, curvada en forma de gancho. Está medio metro por encima de mí, a un lado, como si alguien la hubiese colocado ahí pensando en los Aspirantes más desesperados.

—Pues aquí tienes a tu cliente ideal —le digo a la espina, y salto.

Me lanzo hacia la espina y la agarro con ambas manos. El dolor es inmediato: otra espina más pequeña se clava en mi muslo, justo donde el vendaje no me cubre y siento la sangre salir, caliente y traicionera.

—¡Joder, qué maravilla! —gimo, colgando como una muñeca de trapo que ha perdido el juicio.

Desde ahí, me impulso de nuevo. Grito por necesidad, buscando la fuerza de donde no la hay. El dolor es un tambor en mi oído, y el viento mágico del abismo quiere arrancarme la respiración. Me lanzo hacia la enredadera más firme. Caigo de lado: el golpe es brutal. Mi costado hace un ruido húmedo, pero me levanto y sigo. Detrás de mí, escucho un jadeo.

Cristalith.

—¿Pero tú estás loca? —me grita.

—¡Lo suficiente como para seguir en pie!

La veo repetir mi movimiento. No exactamente igual, porque ella es más ligera, más precisa. Salta hacia la espina y esquiva la de más abajo, y con un giro casi elegante, se lanza hacia la cuerda segura. Aterriza. Rueda. Se agarra. Sonríe y le devuelvo la sonrisa.

Delante de nosotras, Sándor ya casi ha llegado. Está a un metro. Solo uno.

Un paso más.

Pero…

◆ ◆ ◆

—Al menos uno de nosotros lo consiguió —le digo a Cristalith.

Ella asiente y sus ojos brillan mirando a Odrien. Estoy en el suelo, respirando como si el aire doliese. Cuando los Arcanistas sanadores se acercan con sus pomadas brillantes y sus frases de consuelo aprendidas de memoria, ya ni me importa.

—Estás sangrando —dice uno, señalando mi muslo.

—Qué observador —respondo con sarcasmo, pero dejo que me limpien la herida. Soy desconfiada, pero no tonta.

Odrien aparece despeinado, cubierto de cortes y con las rodillas manchadas de polvo y sangre seca, pero sonriente. Sus ojos nos buscan.

—Lo conseguiste —digo, apenas audible.

—Sí —dice y asiente—, pero no fue gratis.

Cristalith se acerca, cojeando un poco. Sándor no está con nosotros. Aún está siendo tratado por sanadores que hablan en murmullos apretados, como si sus palabras pudieran coserle las costillas. No queremos acercarnos todavía. No aún, no hasta estar preparados para saber que sigue respirando.

—¿Te dieron pista? —pregunta Cristalith.

Odrien mira a su alrededor antes de hablar. Se inclina hacia nosotros, bajando la voz.

—«Solo una llave de espinas abre la flor de la verdad».

—¿Qué coño significa eso? —musito.

Lo dicho, otra pista que no lleva a ninguna parte.

—¿Que para llegar a la verdad necesitaremos una llave? —dice Cristalith, cruzando los brazos con dificultad—. ¿Y la verdad qué es?, ¿una puerta en forma de flor? Mira, me duele la cabeza.

—Y para abrirla, hace falta dolor —añado.

Me echo hacia atrás, dejando que la pomada que arde en mi muslo se seque. Miro el cielo.

—Esto se está yendo a la mierda —digo al fin.

—¿Ahora te das cuenta? —Cristalith se sienta a mi lado. Suspira—. Cada pista es más críptica. Cada desafío, más cruel. Nos están arrinconando.

—Nos están pelando vivos —respondo—. Quitando capa por capa hasta que ya no quede nada.

—Quizás eso sea lo que quieren. Que lleguemos a esa fruta sin carne. Solo hueso —dice Odrien.

—¿Y qué clase de justicia es esa? —pregunto, sintiendo que hay una respuesta, pero no la quiero oír.

—Una que busca el equilibrio de Aethrya, todo por y para el continente —responde Cristalith, y nos mira a ambos con ojos que ya han llorado todo lo que podían.

Nos quedamos en silencio. Cerca, el cuerpo de Sándor tiembla levemente en una camilla. Tiene los ojos cerrados. Alguien dice que ha perdido mucha sangre. Alguien más dice que resistirá.

Me acerco y le agarro la muñeca con delicadeza.

—No nos vas a dejar ahora, cabrón. No después de llegar tan lejos —le digo. Me acerco a su oído y susurro—. Además tenemos mucho que contarnos sobre ciertos Valendris.

—Nos queda un desafío —dice Cristalith a mi lado.

—Y después —dice Odrien— vendrá la peor prueba de todas.

◆ ◆ ◆

—Tu piel ha rechazado parte del veneno —dice el Arcanista que nos acompaña a mí y a Sándor, mientras me embadurna otra herida en la pierna—. Eso es buena señal.

—Genial —respondo, sin entusiasmo. Al parecer sí había restos de veneno en alguna de las lianas que toqué; causando vómitos que aún cesaron hace solo un momento—. Un aplauso para mi sistema inmunológico.

El Arcanista reprime una risa que le está prohibida. No me he apartado de Sándor en las últimas horas. Cristalith aparece, y a

su lado viene Odrien. Algo en su cara me pone en alerta de inmediato. Tiene la mandíbula apretada, los ojos oscuros, la mirada perdida como si acabara de ver algo que no quiere recordar. Cristalith no se separa de él, le sujeta el codo con una mano como si temiera que se fuese a desplomar.

—¿Qué ha pasado? —pregunto de inmediato, enderezándome.

—Su madre le ha enviado un mensaje... —comienza Cristalith, con la voz baja, casi un susurro—. Su hermano Darik se ha quitado la vida.

—¿Q-qué? ¿Cómo? —la pregunta me sale sin estructura, sin saber qué quiero saber primero.

Siento como si me hubieran vaciado por dentro. Me quedo sin aire. Odrien cierra los ojos.

—Dejó una nota —dice Cristalith—. En ella decía que... que la verdad que Odrien dijo ante el espejo en la Segunda Prueba lo hizo tomar la decisión. Que prefería quitarse del medio antes que ser un peso. Que quería evitarle a Odrien el sufrimiento de verlo fracasar de nuevo.

—No fue así, no sucedió así —le digo, sintiendo cómo la rabia me sube por dentro—. Nos están atacando, Odrien. Están intentando rompernos desde dentro. Lo de Sándor. Lo de su padre. Lo de Darik ahora. Nos están mermando la fuerza. Están buscando que uno a uno nos rindamos…

—No podemos permitir que esto nos rompa —dice Cristalith —. Odrien, por favor.

—Mañana sabremos más —digo—. Mañana pre-guntaremos a los Arcanistas. A los miembros de la familia real. A quien sea. Esto no es lo que parece. Y hasta que estemos seguros... no vamos a aceptar ninguna versión que no sea la verdad.

—¿Y si no hay verdad que nos quieran contar? —pregunta Odrien.

—Entonces la encontraremos nosotros —respondo.

El aire en la enfermería se vuelve irrespirable. No por el olor a pomadas o sangre seca, sino por la mezcla de emociones que nos aplastan los pulmones. Sándor sigue inconsciente.

—Vámonos de aquí —propongo, con voz tensa—. Aunque sea a tomar algo caliente. Algo que no sepa a éter.

Salimos a la plaza central del complejo. Aún quedan tonos anaranjados de la tarde extendiéndose por los muros. Un viento suave arrastra el olor a tierra húmeda y hojas marchitas. Por un instante, parece un lugar normal. Uno donde la gente podría simplemente vivir. Nos dirigimos al bar del pabellón oeste, donde los Arcanistas permiten la entrada a finalistas bajo supervisión.

—Si esto es lo que queda de nosotros, no sé cómo llegaremos a la última prueba —murmura Odrien mientras caminamos.

—Aún no hemos tocado fondo —respondo, sin pensar.

—¿Y cómo sabes cuándo sí lo haces? —pregunta Cristalith.

—Cuando dejas de querer salir, supongo —digo encogiéndome de hombros.

Estamos justo atravesando el umbral de la plaza cuando Cristalith me desgarra con un grito que le nace de algo más profundo que el propio alma.

—¡Mamá!

La sigo con la mirada: ya está corriendo. Sus botas resuenan en los adoquines mientras se lanza hacia el centro de la plaza. Allí, en la fuente de piedra, cuelga un cuerpo inerte. Una mujer de mediana edad, pelo rubio despeinado por el viento, con una túnica manchada de barro y sangre. Sus pies desnudos están mojados. Bajo su cuerpo, el agua salpica suave con cada movimiento.

—No —digo, sin aliento.

Cristalith se lanza al interior de la fuente. El agua le llega a la cintura, pero no le importa. Tira del cuerpo, lo abraza, lo toca como si sus manos pudieran reescribir la realidad. La túnica de su madre se empapa aún más. Ella tiembla. Yo siento que algo se me desgarra por dentro.

—No puede ser… —musito.

Tres Arcanistas al otro lado de la plaza, inmóviles como estatuas, con sus ojos clavados en nosotros. No se acercan, tampoco ayudan. Solo nos miran como si de lo que hubiese que huir

fuésemos nosotros. Como si no hubiese un puto cadáver colgado en la fuente.

—Los libros… —susurro.

—¿Qué? —pregunta Odrien, sin soltarme.

—Nos dijo que su madre guardaba libros prohibidos. Textos ocultos. Si sabían eso…

Cristalith sigue en la fuente, abrazando el cuerpo. Murmura cosas que no podemos oír. El agua le chorrea por la túnica, pegándosele al cuerpo. Nadie la detiene. Nadie la ayuda. Odrien y yo no sabemos qué hacer.

—Tenemos que sacarla de ahí —le digo a Odrien.

Me meto en el agua con cuidado.

—Cristalith… —le susurro—. Tenemos que irnos. No estás segura aquí.

Me mira. Tiene los ojos completamente enrojecidos, la piel empapada, las manos temblorosas. Entre Odrien y yo la ayudamos a salir. El cuerpo queda atrás, aún colgado. Ningún Arcanista se mueve. Nadie quita el cartel que tiene sobre su cabeza.

HEREJE.

◆ ◆ ◆

.Lo vemos llegar al comedor acompañado de dos sanadores, pálido, vendado hasta los hombros. Lo seguimos con la mirada hasta que se deja caer en el banco a mi lado sin decir nada. Cristalith sigue sin hablar, ni siquiera saluda a Sándor. Desde que sacamos su cuerpo empapado de la fuente, no ha pronunciado una sola palabra.

La familia real ocupa la mesa central, alzada unos peldaños por encima del resto, con sus sonrisas ensayadas y su compostura intacta. Cenan como si no hubiese un cadáver aún colgado en la plaza.

La comida está servida. Es abundante y variada. Todo un despliegue de carnes curadas, frutas exóticas, panes de especias y caldos humeantes. Pero nuestros platos siguen casi intactos.

Jugamos con la comida. La cortamos. La desplazamos. Pero nadie tiene hambre.

Sándor es el primero en hablar, en voz muy baja.

—¿Qué ha pasado? Nadie me ha dicho nada.

Me inclino hacia él y le cuento lo que pasó mientras él estaba en la enfermería.

—Por la Fundadora… —Apoya los codos en la mesa, el vendaje tirante sobre sus costillas le arranca un gesto de dolor.

Seredric está sentado en la mesa real, junto a su familia. Ni come ni bebe, solo me mira; como siempre. ¿Y Devrian? ¿Dónde coño está? Ninguno de los dos me ha hablado en todo este tiempo.

Algo está pasando. Algo que no vemos, pero que ya está en marcha.

—Mañana al amanecer, viajaréis a Galimatea. Será vuestro último destino antes de la prueba final —dice un Arcanista.

Galimatea.

Busco a Seredric con la mirada y lo encuentro. No escondo mis emociones esta vez. Dejo que mis ojos digan lo que no puedo pronunciar. Un grito de ayuda. Por favor, dime que no va a pasar nada. Dime que todo esto tiene sentido. Que lo de Darik, lo de la madre de Cristalith, lo de Sándor, el miedo visceral que siento por dentro… dime que todo ha sido casualidad. Dime que mi familia está a salvo.

Seredric me sostiene la mirada durante un instante. Y luego, la agacha. Es un gesto minúsculo, pero en este contexto, en este infierno donde cada pequeño gesto es un presagio, ese movimiento esquivo vale más que cualquier sentencia. No va a hacer nada. Joder.

Siento una náusea treparme por la garganta.

Miro a mi alrededor, desesperada. Busco a Devrian. Tal vez él. Tal vez él me mire como antes, con esa mezcla de duda y ternura que me salvó. Con ese diario que dejó para mí. Con esas promesas. Con las donaciones a las familias de todos los caídos. Pero no está. Ni entre los finalistas. Ni entre los sirvientes. Ni en la mesa real.

No está.

La cena continúa. Las voces alrededor siguen, pero yo ya no estoy aquí.

—Dionna, ¿estás bien? —dice Cristalith, preocupán-dose por mí cuando su propio mundo está hecho trizas.

—No —la miro fijamente a los ojos y por primera vez respondo sinceramente a esa pregunta—. No lo estoy.

XIX
Dionna

No he dormido nada.

—Hora de activar el protocolo de desplazamiento. Despegamos hacia Galimatea en treinta minutos.

—Galimatea … —susurro, más para mí que para él.

Clummy se queda de pie, recto como una estatua con personalidad programada.

—Clummy… —digo mientras me acerco a la pequeña mesa de la habitación y comienzo a recoger mis cosas—, dime algo. En otras Tríadas... ¿alguna vez se ha dañado a los familiares de los aspirantes?

Él titubea. Bueno, lo que es titubear para Clummy: una pausa de dos segundos exactos con los ojos ligeramente más brillantes de lo habitual.

—Las probabilidades de agresión directa a familiares de aspirantes son estadísticamente nulas. En los archivos disponibles de los últimos doce ciclos triádicos, no se registran incidentes dirigidos hacia vuestro entorno directo.

—Eso no responde a mi pregunta.

—Roza la imposibilidad matemática, dejando un margen de error potencial. La Tríada, por cruel que sea, es noble y busca almas individuales que voluntariamente quieran formar parte del equilibrio

del continente. Competencias personales, no masacres familiares. Si lo hiciera, el sistema colapsaría en una generación.

—Ya no es potencial —susurro mientras termino de escoger lo que me voy a poner hoy.

Clummy no responde.

Elijo ponerme un mono marrón, ceñido, funcional, sin adornos. Me lo pongo con movimientos automáticos. Mis botas a juego están justo al lado de la puerta, ya limpias y listas, como si alguien hubiese querido recordarme que da igual lo que pase: hay que estar presentable para el fin del mundo.

—Mi familia está en Galimatea —le digo, sin mirarlo.

—Confirmado.

—Y si los atacan, dejará claro que no es una imposibilidad matemática.

Clummy gira la cabeza hacia mí con un gesto casi humano.

—No. Será una tragedia.

Voy a volver y como toquen a los míos, juro por la Fundadora, que le prendo fuego a la mismísima Ciudadela de Cristal. Acabaré con cada uno de los miembros de la familia real desde dentro y después de hacerlo, me quedaré con hambre de más.

◆ ◆ ◆

—Creo que nos están usando —le digo a Sándor, que está sentado junto a mí en el Alvéolo—. Como marionetas con cuerdas de carne y sangre. Tú, tu padre. Cristalith, su madre. Odrien, su hermano. ¿Qué sigue? ¿Mi madre? —Los ojos empiezan a quemarme y mi visión se vuelve borrosa— ¿Mi hermana pequeña, Kiri?

Odrien cierra el cuaderno de un golpe seco.

—A Kiri no la van a tocar —dice, con una certeza que no sé de dónde saca.

—¿Y por qué estás tan seguro? —Las lágrimas ya me caen por las mejillas sin que pueda contenerlas.

—Porque si lo hacen, me juego el cuello a que tú vas a hacer arder este continente. Desde el principio han tenido un trato

especial contigo —dice mirando a su alrededor—. Con nosotros incluso, el tema de los boletos no fue aleatorio, ¿o es que creéis que sí? Estamos aquí por algo. Nos castigan por algo —pausa su monólogo rebelde en seco y me mira fijamente—, pero a ti… —Suelta un suspiro antes de seguir hablando—. Contigo pasa algo más.

No digo nada. Me limito a asentir, porque sé que tiene razón. A cualquier otro ya lo habrían colgado de una pica el primer día que decidí que era buena idea mirar al rey en la Marcha de Presentación.

—Si tocan a Kiri —repito, despacio—, no va a quedar piedra sobre piedra en la Ciudadela. Y lo digo en serio. —Me seco las lágrimas con rabia—. Conmigo pueden hacer lo que quieran, pero a los míos no me los tocan.

El vagón da un pequeño salto. Cristalith se balancea, pero no pierde el equilibrio.

—Lo peor de todo —dice ella, clavando la mirada en el vacío — es que no sé si eso sería justo. Si destruirlos solucionaría algo.

—Sí lo sería —dice Odrien.

—Lo sería para mí —digo asintiendo con la cabeza.

Entonces el vagón comienza a reducir la velocidad. Las luces cambian de tono a un azul tenue que anuncia la inminente llegada.

—Vamos a ver lo que queda de Galimatea —murmura Sándor.

—No digas eso —le pido.

—¿Por qué no? —replica—. ¿Qué esperas ver?

—Espero ver a mi madre viva, a mi padre cabreado y a Kiri sin cicatrices. Espero ver mi casa tal y como la dejé.

Cristalith me mira de soslayo.

—¿Y si no lo está? —pregunta.

—Entonces ya no habrá nada que salvar aquí dentro — respondo tocándome el pecho.

Odrien guarda el cuaderno con cuidado en su mochila. Sándor se echa el abrigo por encima de los hombros. Cristalith se ata las botas con lentitud. Nadie dice nada más.

Galimatea nos espera.

Las puertas del Alvéolo se abren a las doce en punto, exactas como un latido de reloj. Ding, dong. Oeste de Galimatea: la parte más fea de todas. Mi hogar. En donde lo más característico es este frío que se te mete bajo la piel y te hace dudar de si todavía te corre sangre por las venas.

Bienvenida a casa, Dionna. Si es que esto sigue siendo casa.

Caminamos en fila hacia la Plaza Alta, donde el gran reloj con su esfera de cristal negro domina la vista como un ojo inmóvil. Todo está cambiado. Parece que está embellecido con magia, modificado para parecer más imponente, más majestuoso. Pero debajo de los encantamientos, reconozco la piedra agrietada de la fuente central, las farolas de hierro forjado que una vez sostuvieron guirnaldas durante las Fiestas del Sol. Galimatea sigue siendo Galimatea, aunque ya no me pertenezca.

Me agarro al brazo de Sándor.

—Dionna —murmura—, ¿estás…?

—Estoy —respondo, sin mirarlo.

No puedo estar de otra forma.

Las calles por las que caminamos están limpias como quirófanos. No hay nadie recibiéndonos. Solo podemos intuir sombras detrás de ventanas, puertas entreabiertas y algunos vecinos que nos miran desde los balcones. Los que son sorprendidos de camino a algún otro lugar y me reconocen, bajan la vista o cruzan la calle. Como si el solo hecho de verme les diese mala suerte.

¡Hogar dulce hogar!

—¿Esa te conocía? —pregunta Cristalith, señalando discretamente a una mujer que arrastra a su hijo hacia un callejón estrecho.

—Lo hacía sí —contesto—. Solía darme pan dulce cuando era pequeña.

Soy una mancha. Una grieta en su falsa fachada perfecta. A saber qué les habrán enseñado en las proyecciones. Si supieran lo que se avecina, me colgarían antes del anochecer.

—¡Bruja Hereje! —grita una niña, no mayor que Kiri.

Me lanza una piedra, que, por suerte, no me da. Su madre le riñe, pero me mira con un odio que no entiendo. Me detengo un segundo. Aprieto la mandíbula, pero no digo nada. ¿Bruja? Hace siglos que no se ha documentado la existencia de una y desde luego yo no soy una de ellas.

—Puta niña… —mascullo entre dientes y continúo caminando.

El reloj da una sola campanada cuando llegamos al centro de la plaza. Los Arcanistas ya están allí. Uno de ellos da un paso adelante. Reconozco su cara; ha supervisado casi todas nuestras pruebas, pero nunca ha hablado directamente con nosotros. Me han dicho que es el Arcanista Plein: el que lleva los asuntos reales más de cerca. Su capa se agita con el viento de la mañana.

—Aspirantes —dice con voz clara—. Bienvenidos a la penúltima etapa de vuestra travesía. Galimatea ha sido modificada para este desafío. Vuestra tarea es como todas las demás: sencilla. Tendréis que encontrar un objeto personal. Uno que os pertenezca solo a vosotros y que ningún otro aspirante pueda reclamar como propio.

Odrien frunce el ceño.

—¿Objeto personal? —murmura solo para nosotros.

—Será un objeto de vuestro pasado —continúa Plein—. Algo que estará escondido en algún rincón de la ciudad. Pensad con claridad: ¿dónde lo visteis por última vez? Que no os confunda la región, todo Aethrya es una, todo el continente comparte el mismo corazón, las mismas plazas, tiendas y costumbres. Cuando lo toquéis, seréis transportados automáticamente al Altar de la Doble Elección.

—¿Qué altar es ese? —me pregunta Sándor por lo bajo.

Me encojo de hombros. No tengo ni idea. Supongo que ahora lo explicarán.

—Allí —prosigue el Arcanista ignorando los cuchicheos que se han despertado entre los Aspirantes— se os presentarán dos cálices. Uno encierra una posible ventaja para la prueba final… —Retuerce su gesto en lo que parece una sonrisa benévola, aunque no parece lograrla del todo— O un castigo en forma de graves

quemaduras mágicas. Poder o daño, mismas probabilidades. El otro no concede poder alguno, pero sí una salvaguarda para un compañero: esa persona quedará protegida de alguna manera en la última prueba.

Silencio.

—¿Y esa elección es privada? —pregunto en voz alta, notando cómo se me clavan todas las miradas en cuanto termino de formular la pregunta.

—Nadie os verá escoger —dice sonriendo—. Buena suerte, Aspirantes. El tiempo ha comenzado.

—¿Qué cojones vamos a buscar? —masculla Sándor, mirando en todas direcciones.

El aire cambia antes de que la magia se active. Lo noto en las partículas de polvo a mi alrededor. Uno de los Arcanistas que se quedaron atrás alza ambas manos al cielo, y una proyección holográfica se alza desde el centro de la plaza. Una gran esfera flotante se abre como un libro, mostrando uno por uno los rostros de los Aspirantes finalistas, con nuestros nombres grabados debajo en letras doradas. Y junto a cada uno, suspendido en el aire, aparece el objeto que debemos buscar.

Cuando mi cara aparece como una versión cansada y pálida de quien fui, no puedo evitar contener el aliento al ver el objeto que flota a mi lado. Una pequeña peonza de madera. Desgastada, ya sin color, con una pequeña muesca en uno de sus lados. Mi corazón se detiene.

—Kiri… —susurro, antes de poder frenarlo.

La reconozco por la marca lateral. Esa muesca curva y mal hecha que hice yo cuando tenía doce años. Lancé la peonza de Kiri con demasiada fuerza y rebotó contra la pata de la mesa. Ella pensó que se había roto y lloró durante horas. Recuerdo que le tallé una marca para que «nunca olvidásemos que hasta lo que está roto puede volver a girar».

—Es la peonza de Kiri —susurro, sintiendo que algo en mi estómago se desploma.

Van a ir a por ella.

Sándor aparece en la proyección unos instantes después. Su rostro, endurecido por el dolor, aparece junto a una pequeña figurilla de madera tallada en forma de oso. Tiene los ojos pintados en azul desteñido. Lo mira un segundo y baja la cabeza. Cristalith aparece un rato después. Su objeto es un prendedor en forma de pluma. Es de plata, con un pequeño grabado en la base. Odrien es el siguiente: una esfera de cristal reluce tenuemente al lado de su imagen.

—¿Qué es eso? —pregunto.

—Me la regaló Darik. Antes de su Tríada. Me dijo que si algún día el mundo se volvía insoportable, me bastaba con mirar dentro para recordar que había belleza. Que no todo era dolor. Nunca llegué a mirar qué había dentro, porque la tiré. La tiré al puto río.

—Y ahora tienes que encontrarla —murmura Cristalith mientras se apoya en su hombro—, y mirar dentro.

La proyección sigue mostrando, uno a uno, todos los objetos. Hay cartas, piedras pintadas, brazaletes de tela, dibujos arrugados, zapatos pequeños, libros sin tapa…

—¿Cómo lo saben? —pregunto en voz baja—. ¿Cómo es posible que sepan todo esto? No recuerdo haber hablado nunca de la peonza.

—Porque ya no hay límites —responde Cristalith—. Alguien, en algún lugar, está abriendo cajones de nuestras vidas mientras dormimos. Lo saben todo, chico…

Nos apartamos de la plaza. Las palabras de Plein vuelven a mí como un eco: «uno que nadie más pueda reclamar como propio».

—¿Y qué pasa si alguien encuentra nuestro objeto y nosotros no lo llegamos a tocar? —pregunto.

—Supongo que entonces no llegas al altar —responde Odrien.

Cristalith le pone una mano en el hombro y se gira hacia mí.

—¿Sabes dónde buscar tu objeto? —me pregunta—. Juegas con ventaja: es tu tierra.

—Tengo una ligera idea —respondo—. Pero Plein dejó claro que no importa que estemos en Galimatea; buscad en un lugar similar. Odrien, ve hacia el norte: hay un río a unos cinco kilómetros.

Miro hacia el este, hacia las calles que llevan al barrio viejo, donde está nuestra casa. El parque de piedra del puerto. La fuente con el delfín. Los bancos de madera astillada donde Kiri y yo jugábamos mientras mi madre vendía miel en los puestos de la plaza menor. Si la peonza está en algún lugar, estará allí. Y sin decir nada más, echamos a andar.

Las piedras del suelo ya no son las mismas, aunque mis pies insistan en reconocerlas. La magia ha cambiado Galimatea, la ha embellecido para los ojos de los que no conocen su alma, pero no puede engañarme del todo. Bajo el velo brillante de los hechizos, mi ciudad sigue ahí. Rota y escondida como un animal herido que no se deja tocar. Escucho los susurros de la magia.

Bordeo la vieja biblioteca, cuyos muros de piedra están ahora cubiertos de hiedra y musgo, como si la naturaleza hubiese intentado tragarse los recuerdos que dejamos atrás, pero yo los veo todos.

—Ahí —murmuro, no sé si para las proyecciones o para los nobles que aún puedan verme útil, rozando con los dedos una grieta larga en la base del muro—. Aquí se escondía Kiri cuando jugábamos a los ladrones. Yo era demasiado mayor, pero siempre intentaba estar ahí. ¿Cuántas veces te fallé, Kiri?

Recuerdo sus risas. Su vocecita temblando de emoción cuando creía que podía engañarme. Su pelo rubio y largo, siempre despeinado y lleno de ramitas. Yo le decía que no era una ladrona muy buena si gritaba cada vez que se agachaba.

—Y ahí —sigo, bajando la mirada hacia la verja oxidada que bordea el lateral—, Hollieth decía que podía oler el miedo de los demás. Con tres años decía que olía el miedo de la gente y veía el color de todo el mundo.

El metal está tan corroído que una parte se ha caído. Me agacho. Aún huele a tierra húmeda. Me arde algo en el pecho cuando veo el muro.

—Aquí fue donde mis compañeras del colegio y yo, tontas e inocentes, dibujamos con carboncillo los nombres de las mascotas de la Fundadora: «Lux», «Argon», «Talía» —sonrío y sigo contando historias insignificantes para la mayoría, pero que cambiaron la química de mi cerebro en su momento—. Cada una hizo un dibujo. Yo hice uno de Talía, una gata enorme y peluda, con corona incluida. Nos castigaron por «blasfemia creativa». Nos hicieron borrar los dibujos con agua fría y luego recitar cien veces los mandamientos del silencio. —Si van a averiguar todos los momentos de mi vida, mejor se los doy ya masticaditos—. Nos reímos igual, la verdad. Esa noche, en casa, Kiri me pidió que le dibujara a Talía de nuevo.

Hoy no hay risas. Ni dedos manchados de tiza. Ni secretos al atardecer. Hoy solo hay piedras frías y un vacío que se expande como una grieta dentro de mi corazón.

Me detengo frente al callejón trasero de la biblioteca.

—Es aquí, ¿verdad? —Pienso en voz alta, sigo con mi monólogo con audiencia, porque sé que la hay—. Kiri tenía cinco años y yo catorce. Ella dijo que quería esconder su «tesoro». Llevaba días recogiendo objetos «valiosos»: una piedra brillante que encontró en el río, pelo de mamá que recogió del cepillo, una pluma azul que alguien dejó caer en la plaza, una moneda de la cartera de papá y «la peonza rara de Dio», dijo. —No puedo evitar sonreír pensando en sus ocurrencias—. «Para cuando me vuelva grande y lo olvide todo», me confesó. Y yo me reí. —Me giro hacia todas partes buscando desde dónde están proyectando—. Kiri, si me estás escuchando, fingí que no me importaba, que los secretos de hermanas pequeñas eran cosas de niños, pero quiero que sepas que volví al día siguiente. Abrí la tierra con las manos y metí una flor seca dentro de la caja, porque habías puesto a todos dentro, pero te olvidaste de ti —digo con lágrimas corriéndome libre por las mejillas, pero sosteniendo una sonrisa amarga—. No te lo dije nunca, pero ahora estoy aquí y creo que llego tarde. Lo siento tanto, Kiri…

Me arrodillo. La tierra está húmeda y cede con facilidad. Mis dedos encuentran lo que buscan: un borde metálico y oxidado. Tiro con cuidado. Abro la caja y ahí está: la piedra, la pluma, el pelo rubio de mi madre, la moneda de mi padre, la flor, y la peonza.

Justo antes de rozarla con los dedos, la realidad me parte en dos.

—¡¿Dónde está Kiri?!

La voz me atraviesa como un disparo. Me giro, el corazón encogido, el mundo tambaleándose a mi alrededor. No puede ser. No debería ser…

Ahí está mi madre. Despeinada, ojerosa, con los pómulos hundidos y la mirada perdida. Su abrigo está mal abrochado y los zapatos manchados de tierra. Ha corrido, ha llorado y ahora está de pie delante de mí como un espectro de mi propia culpa.

—¡Se la llevaron también a ella por tu culpa! ¡Kiri! ¡Mi pequeña flor! ¿Qué coño has hecho, Dionna?

No tengo aire. No tengo voz. Juraría que no tengo peso que me ancle al suelo. Me voy a desmayar.

—Mamá…

La palabra no sale apenas. Mis labios tiemblan. No. Todo mi cuerpo tiembla. ¡Kiri! El nombre se me clava en la garganta como un cuchillo y me desgarra por dentro. Trato de explicarme, de extender la mano, de decirle que yo no... que no lo sabía... que ni siquiera he tenido tiempo de…

La peonza vibra y hace que mis dedos acaben rozándola. Un haz de luz se desprende de ella. Un tirón brutal me absorbe hacia el cielo y el grito de mi madre se congela en el aire, justo cuando extiende los brazos hacia mí. No llego a ver su expresión final. No llego a saber si iba a abrazarme o a darme un bofetón. La luz lo traga todo. A ella. A Galimatea. A mí. Y de pronto…

Silencio.

Estoy sola. El suelo es negro absoluto y el cielo es un vacío imposible.

Solo hay un altar.

«El Altar de la Doble Elección».

Frente a mí, sobre una losa flotante de piedra, descansan dos cálices. Uno tiene un brillo azul, hipnótico y tranquilizador. El otro, dorado y ambicioso.

Mi pecho arde. Sigo pensando en qué coño acaba de pasar. ¿Qué hacía mi madre ahí? Pasó lo mismo con todos nosotros. Si

mataron a la madre de Cristalith, podrían haber matado a Kiri también.

Me tambaleo hacia el altar.

Siento que el suelo no debería sostenerme. Que el aire no debería dejarme respirar.

—¡¿Dónde está Kiri?! —grito hacia la nada, con el pecho desgarrado, sé que esto no se está proyectando, así que doy rienda suelta a mi rabia. Nos dijeron que nadie nos vería escoger, pero ellos sí me ven—. ¡¿Dónde está mi hermana?! ¡Contestadme, joder! ¡¿Dónde coño está?! —Estoy fuera de mí, me tiembla todo el puto cuerpo, la sangre me martillea las sienes y no pienso con claridad—. Si le habéis hecho algo a Kiri os juro que voy a destriparos vivos. —Aprieto los puños hasta que la piel cede y comienzo a sangrar—. Voy a encontraros aunque os escondáis en palacios, túnicas o plegarias de mierda. —Respiro fuerte, el aire entra como pequeños cristales rasgándome el pecho—. Y cuando os tenga delante no vais a morir rápido, no os voy a dar el puto lujo de desear vivir un minuto más. —Doy un paso al frente, los dientes apretados—. Os arrancaré la piel a tiras, despacio, hasta que el dolor os vuelva locos y no sepáis ni vuestro puto nombre. —La mandíbula me cruje y hace tiempo que he dejado de pensar con claridad—. Voy a romperos los huesos uno a uno, escuchando cómo suenan, disfrutando de cada maldito chasquido. —Se me escapa una risa rota, enferma—. Y cuando supliquéis, cuando lloréis, cuando me pidáis que pare, os miraré a los ojos y os dejaré claro que esto es lo que pasa cuando tocas a mi familia. —Me llevo una mano al pecho, como si quisiera arrancarme el corazón, las imágenes de mi padre destrozando el templo se agolpan en mi mente—. Si a Kiri le habéis dejado una marca, una herida, una noche de miedos, os voy a devolver cada segundo multiplicado por mil. —Estoy repitiendo los pasos de mi padre: lo estoy comprendiendo. Me estoy convirtiendo en él y me está dando paz—. Rezad, gritad, invocad a la Fundadora o a quien os salga de los cojones, porque no va a venir nadie a salvaros. —La voz se me vuelve baja y sucia; no hay vuelta atrás—. Que os quede claro que yo no busco solo justicia o simple venganza, ni mucho menos vuestro puto equilibrio de mierda; yo busco que entendáis el error

que cometéis con cada nervio de vuestro cuerpo. —Me enderezo, firme, temblando de furia—. Y cuando termine no quedará nada de vosotros, ni cuerpo ni nombre ni recuerdo, solo una advertencia grabada a sangre: a mi familia no se le toca.

La ansiedad se me ha acumulado a tal punto que no hay palabras que puedan eliminarla. Grito como si pudiese romper el cielo con la voz. Grito como si eso bastara para torcer el destino. Mis piernas ceden y caigo de rodillas frente a los cálices. Da igual. He soltado la bilis por la boca y ahora tengo que seguir jugando a lo que sea que están haciendo. Jugaré y ganaré.

Miro hacia delante: los cálices siguen ahí. Uno me da poder o fuego. El otro solo me da la opción de proteger a alguien más.

¿Y si Kiri ya está muerta?

—No puede estar muerta —susurro respondiendo la pregunta que me ha hecho mi cerebro.

Tiemblo.

Pienso en Sándor durante la primera prueba. En su mirada cuando me protegió sin condiciones. Sin pedir nada a cambio. Me protegió cuando aún no sabía si valía la pena hacerlo. Me salvó cuando yo no me habría salvado. ¿Y si esta es mi única oportunidad de hacer lo mismo por él? Sé que Cristalith y Odrien se salvarán el uno al otro si consiguen llegar al Altar: cosa que sé que harán.

Me pongo en pie. No soy fuerte, y ahora mismo estoy bien jodida, pero me obligo a sostenerme. Toco el cáliz de la salvación ajena.

—Protejo a Sándor Dobren —digo alto y claro.

El altar vibra, la piedra tiembla y el aire se parte en líneas invisibles. Todo comienza a deshacerse como un telón de sombras que se rompe. El suelo desaparece y la luz me envuelve.

◆ ◆ ◆

Nos han convocado a los treinta y un finalistas. Estamos de pie en el salón principal del Palacio Real de Galimatea, formando

diferentes semicírculos desiguales frente a la tarima donde se alzan los Arcanistas. Plein da un paso adelante.

—Felicidades, Aspirantes. El desafío de la Doble Elección ha concluido. Algunos habéis hallado vuestro objeto. Otros, lamentablemente, no. —Hace una pausa, justo lo suficiente para que el silencio se vuelva incómodo—. Y ahora es momento de compartir con todos las consecuencias de vuestras decisiones.

Mi estómago se contrae. ¿Consecuencias? ¿Com-partir? ¿Van a enseñar mi traición a los Nueve? ¿Van a proyectarlo todo?

—La prueba os exigía una elección privada. Y, como se os dijo, nadie os vio escoger; sin embargo, permitidme puntualizar, en ningún momento se os comunicó que nadie sabría qué escogisteis posteriormente —dice, con una sonrisa apenas curvada—. Simplemente, no se proyectó vuestra elección en vivo.

Un murmullo se arrastra entre nosotros. La incredulidad, la confusión y la traición comienzan a notarse en el ambiente. Una vez más juegan con las palabras; las retuercen hasta que signifiquen lo que quieren que signifique.

—Nueve de vosotros —continúa hablando—, no encontrasteis vuestro objeto a tiempo; pero, tranquilos, no se os castigará por tal incompetencia. —Y sonríe, el muy cabrón, no lo soporto—. En cuanto al resto… —Hace un chasquido con la lengua y finge una mirada compasiva—. Vuestra elección será expuesta.

Y así lo hacen. Uno a uno. Como si fuésemos números en una estadística sangrienta: cada nombre con su elección. Doy gracias a la Fundadora porque no estén proyectando las imágenes y simplemente lo estén diciendo en voz. Cuando llega mi turno, apenas respiro.

—Dionna de Caelis —anuncia el Arcanista—. Eligió proteger a otro Aspirante: Sándor Dobren.

Mi cuerpo entero se relaja: no me han lanzado ningún pulso arcano que me destruya en una milésima de segundo. Oigo los susurros. Alguien pronuncia mi nombre con desprecio. Otro, con sorpresa. Hay muchas miradas, demasiadas para mi gusto. ¿Creían que escogería el otro cáliz? ¿Así me ven? Me gustaría desaparecer, pero entonces me paro a mirar bien a Sándor.

Está vendado y pálido, demasiado pálido. ¿Tenía tantas heridas antes? ¿Se hizo todo esto cuando buscaba su objeto?

No.

La piel que asoma bajo las vendas está enrojecida. Las quemaduras son reales y gravísimas. Y aún así, cuando nuestros ojos se encuentran, él no me rehúye la mirada. Sé que no ha elegido proteger a nadie, ni a mí ni a nadie.

—No pensé que… —empieza a hablar, pero se le corta la voz —. Dionna, no pensé que alguien me elegiría.

—Siempre estaremos para protegernos —respondo con una sonrisa triste.

No cambiaría mi elección ni ahora que sé la suya, pero duele.

A mi izquierda, Cristalith y Odrien se acercan. Él le rodea la cintura. Un gesto tímido, pero verdadero. Se miran como si el mundo aún tuviese algo bueno que ofrecer. Yo los observo y en mi pecho se mezcla algo entre envidia y esperanza. Quizá el amor también pueda ser una armadura. Quizá aún haya algo que salvar.

Sin embargo, el resto de finalistas no parecen tan contentos. Los murmullos crecen. Algunos nombres son pronunciados con rabia, desprecio y acusaciones.

—Traidor.

—Egoísta.

—Cobarde.

La voz de Plein vuelve a oírse.

—Hoy no habrá cena colectiva. Cada uno de los Aspirantes finalistas cenará en su habitación asignada. A primera hora de la mañana partiremos hacia la Ciudadela de Cristal. Mañana será un gran día: el último baile antes de la última gran prueba —dicta sentencia y sale de la sala ondeando su túnica, como si no nos hubiese dejado a todos una marca en la frente.

Nos quieren marcados como ganado. Nirelia, por ejemplo, nos ha analizado desde el principio. ¿Qué influencia habrá tenido ella en la elección de Sándor? Menuda hija de puta. Ahora le será incluso más fácil separar el grano.

◆ ◆ ◆

Las luces encantadas parpadean en modo reposo, estoy sentada al borde de la cama. Jamás me había imaginado que algún día estaría dentro de este palacio cuando lo admiraba desde fuera hace años.

Camino hacia el escritorio, me dejo caer en la silla y saco la peonza. La madera está más fría de lo que recordaba y más suave también. La acaricio con los dedos y siento la muesca. Mi familia siempre ha sido el amor más grande que he sentido y el dolor más fuerte también. Un sentido de responsabilidad autoimpuesto. Como si tuviese la necesidad de arreglar lo que alguien más rompió.

La coloco sobre el escritorio.

Respiro hondo y la hago girar. Al principio gira bien, con firmeza, pero pronto se tambalea. Vacila y se sacude levemente hacia un lado, luego hacia el otro. Y finalmente cae. Rodando sin fuerza hasta detenerse dejando el leve sonido de madera sobre madera. Demostrándome que esto es real.

—No sabes rendirte, ¿eh? —murmuro, con una sonrisa triste.

Apoyo primero los codos y poco a poco voy dejando que la frente toque la madera del escritorio. La habitación huele a vela gastada y a tela limpia. Podría quedarme así horas; y sin embargo, hay una punzada constante dentro de mí. Como cuando se te ha olvidado algo, pero no recuerdas exactamente el qué.

La imagen de mi madre: despeinada, rota y gritando. Kiri. Mi elección y saber que nadie me ha elegido a mí. Todo a la vez. Como si estuviesen montados en una atracción de sillas giratorias y yo los mirase desde fuera. Me echo hacia atrás. Me levanto, arrastrando la silla sin ningún cuidado.

No puedo seguir así. No con esta incertidumbre comiéndome por dentro. Mañana por la mañana partimos hacia la Ciudadela de Cristal. La última etapa. El corazón podrido del juego.

Y yo necesito respuestas.

—Tengo que encontrarlo. —Se me escapa fuera de mis pensamientos.

Me muevo con rapidez. Me pongo el abrigo sin molestarme en abotonarlo del todo. Me recojo el pelo en un moño flojo. Escondo la peonza en mi puño antes de devolverla al bolsillo, y salgo.

El pasillo está medio iluminado.

La zona de los dormitorios de la familia real está al fondo del ala este. Acceso restringido, sí, pero si soy lo suficientemente encantadora y me hago la tonta lo suficiente, igual uno de los guardias me deja pasar. Doy la vuelta a una esquina y casi choco con Cristalith, que aparece del lado opuesto con una taza en la mano.

—¿Qué haces aquí? —pregunta, sin sorpresa—. ¿Tú tampoco puedes dormir?

—No —respondo, y la voz me sale más ronca de lo esperado.

Ella me observa un segundo. Entrecierra los ojos. Siempre lo sabe todo. Luego asiente.

—¿A quién buscas?

—A Devrian —digo sin dudar. ¿Para qué nos vamos a andar con rodeos?

Cristalith baja la mirada hacia su taza.

—Lo acabo de ver en el bar del ala sur cuando pedí el té. —Hace una pausa para soplar su té y mirarme con más intenciones de las que parece—. Tan encantador como siempre, por cierto.

—Gracias —digo sin más: no quiero caer en dobles sentidos, necesito mantenerme seria.

—¿Qué le vas a preguntar?

—Absolutamente todo.

Ella me entrega la taza sin decir nada más. El líquido es fuerte. Un té oscuro, amargo, con un toque de raíz picante.

—Te hará bien relajarte antes de verlo —dice.

Tomo un sorbo y me quema la lengua.

—Cristalith… —Me detengo un segundo—. ¿Tú confías en él?

—Confío en que tiene sus propias heridas. Y que a veces, el dolor hace más honesto a alguien que mil juramentos. —Se me

queda mirando mientras extiende su brazo para recuperar su taza—, pero ten cuidado.

Se va hacia su habitación y yo salto las escaleras de mármol de dos en dos. Paso por un salón vacío. Todo está en silencio, salvo por mis propios pasos y el eco tenue de mi respiración. Me acerco al bar. La puerta está entreabierta.

La empujo.

Huele a alcohol fuerte, a cuero gastado y a algo dulce que no logro identificar. Hay una música suave flotando en el aire, antigua, instrumental, como un recuerdo borroso. Es el único lugar de la residencia donde los Arcanistas no se pasean. Una lámpara mágica flota en una esquina, proyectando un resplandor dorado sobre las mesas. Y ahí está.

De espaldas, sentado en uno de los sillones bajos, con un libro abierto sobre las rodillas, la cabeza ligeramente inclinada y un vaso de licor en la mano. No se gira cuando entro, ni siquiera parece sorprendido.

—Sabía que vendrías —dice sin que crucemos miradas.

—¿Lo sabías o lo esperabas?

—A veces es lo mismo. —Cierra el libro con lentitud y se vuelve hacia mí—. ¿Cómo estás, Dionna?

—Hecha pedazos. —Me abro a él para que inspeccione cada una de mis heridas. Quiero que alguien me cure del todo por fin. Que me abrace y me diga «olvídate de todo, yo lo arreglo»—. Y necesito respuestas para pegarlos todos.

—Ven. —Señala una silla frente a él—. Si vas a hacer preguntas, al menos siéntate.

Me siento. El calor de la lámpara me da en la cara, pero no me calma el temblor que me recorre por dentro.

—¿Cuánto sabías?

—Lo suficiente para no dormir tranquilo —responde—, pero no todo. No me dejan estar tan cerca de las reglas internas. Yo solo observo.

—¿Y qué observas, Devrian? —Empiezo a estar cansada de tanto secretismo—. ¿Qué coño observas? Porque mi hermana no

está, yo me estoy desgarrando aquí dentro y no sé cuál es mi papel en todo esto.

—Observo a Aspirantes que deberían estar salvando al mundo siendo usados como piezas de un tablero que nadie ha terminado de ver.

Lo dice sabiendo que está traicionando a su familia. Arriesgándose a que alguien pueda estar escuchando.

—¿Por qué no nos lo dijiste?

—Porque no puedo cambiar las reglas, Dionna. —Me mira a los ojos y creo ver un destello en su ojo derecho. Me agarra la mano acercándose a mí—. Toda mi familia sufriría. Intento ayudar dentro de mis posibilidades.

Aprieto los puños.

—Mi madre me gritó que todo era culpa mía. Que se habían llevado a Kiri por mi culpa, ¿eso también es parte del espectáculo?

—¿Cómo? —su mirada cambia, otro destello— ¿Lo sentiste real?

—No lo sé —digo con la voz resquebrajada justo cuando quiero hacerme la fuerte—. Lo parecía.

—No pensé que llegaría tan lejos, pero parece que la magia de la Tríada no necesita pruebas físicas para herirte. Solo necesita entrar en tu mente. Sacar lo que más temes. Abrir una herida. Si sangras demasiado, estás fuera. Si la cierras, aunque sea mal, eres útil.

—Eso es cruel —susurro.

—Sí. —Otro destello—. Y efectivo.

Lo odio un poco por decirlo tan claro.

—¿Y qué hay al final de todo esto, Devrian? ¿Qué hay después de la Tríada?

Él suspira. Se inclina hacia mí, sus ojos verdes están más oscuros de lo que jamás haya visto.

—Eso depende de ti. —Aprieta su mano sobre la mía—. Cuando superes la prueba, que lo harás, yo estaré aquí.

Silencio.

La peonza se me ha escapado del bolsillo y rueda por el suelo hasta detenerse junto a su bota. Devrian se agacha y la

recoge, para después girarla entre los dedos.

—¿Esto es tuyo? —pregunta sonriendo.

—Es de mi hermana.

Me la devuelve.

—Entonces, es tuyo también. El amor es propiedad compartida. El dolor, a veces, también.

La guardo de nuevo en el bolsillo.

—¿En cuanto al baile de mañana… sigue en pie la oferta? —me atrevo a preguntarle.

Nadie me ha protegido y creo que tener a un Valendris a mi lado me ayudaría a salir viva de esto. Menuda aprovechada, pero así es la vida, tengo que sobrevivir a esto. Devrian no responde, pero su mirada se endurece y una sonrisa aparece de inmediato.

—Mañana y siempre.

Me levanto y él no me detiene. Esta es la diferencia entre Seredric y Devrian. Él no me detiene. Me da las respuestas que puede y me deja decidir.

—Gracias —murmuro, y salgo del bar.

Mañana Seredric me verá bailar.

XX
Dionna

Llegamos a la capital y nuestros cluams nos acompañan a nuestras habitaciones. El camino a mi dormitorio se me hace más largo incluso que el viaje en el Velthirio. Miro la terraza de mi habitación: un sitio precioso en medio de tanta mierda. El humo del café sube en espirales perezosas mientras lo acerco a mis labios. Sabe dulce con un fondo amargo, como todo en esta casa: agradable a simple vista, pero con un regusto que no se va. Fundadora, cómo odio este café.

La terraza de mi habitación está bañada por una luz suave. A esta hora, Galimatea estaría viva con gritos, vendedores, hornos encendidos. Aquí solo hay susurros y ese jardín encantado que parece respirar bajo las ventanas como si tuviese vida propia.

Dejo la taza sobre el plato. Acaricio la peonza de Kiri en el bolsillo. Hay algo reconfortante en tenerla ahí, a mano. Como si me mantuviera anclada al mundo real.

Bajo la mirada y veo a Seredric junto a los setos recortados con perfección enfermiza, mirando el jardín como si escondiese un mapa secreto. Contengo la respiración y me agacho quedando por debajo de la barandilla del balcón, como si así me asegurase de que no sabe que estoy aquí. La luz de la mañana le da un contorno casi fantasmal. Lleva la capa mal abrochada y los mechones de pelo despeinados. Parece más un chaval perdido que un rey. No se mueve. Tiene los brazos cruzados sobre el pecho y la cabeza

ladeada. Cuando empiezo a perderme de nuevo en el sube y baja de su pecho al respirar aparece ella.

La Infanta Velmira.

Tardo un segundo en reconocerla. Ha cambiado en estas semanas. O tal vez soy yo la que ha cambiado. No la veía desde el inicio de la Tríada. Hoy lleva un vestido más sobrio, azul noche, sin joyas visibles. El pelo recogido con sencillez. Aun así, su porte sigue siendo el propio de la familia real.

Seredric no se gira de inmediato. La reconoce, pero se toma su tiempo para mirarla. Cuando al fin lo hace, ella le sonríe y él le devuelve la sonrisa con una dulzura que me resulta ajena a él. No es un gesto que use en los banquetes, ni en las fiestas oficiales.

No puedo oír lo que dicen, pero ella se acerca más a él y parece que hablan en voz baja. Él niega con la cabeza. Ella afirma con un gesto suave. Él parece tensarse aún más, como una cuerda estirada al límite. Luego, de forma inesperada, ella le pone una mano en el brazo y él no se aparta. Mi café no me parece tan interesante como esta escena. Hablan unos segundos más. El rostro de Velmira cambia del dolor al cansancio. Y entonces lo abraza.

Solo dura unos segundos. Lo suficiente para que el cuerpo de Seredric se quede quieto como una estatua. No responde al gesto, pero tampoco lo evita. Deja que ocurra. Y cuando ella se separa, le acomoda la capa con una ternura que no debería dolerme, pero me duele. Parece tan humano… Me molesta pensar que conmigo nunca se ha mostrado así.

La Infanta Velmira da media vuelta y se va por el mismo camino por el que vino. Sin mirar atrás. Me quedo observando a Seredric. Él permanece inmóvil. Vuelve a cruzar los brazos sobre su pecho, pero esta vez, sus bíceps están apretados con más fuerza. Respira hondo. Una, dos veces, para después alejarse del jardín.

La peonza parece más pesada. El café ya está frío. ¿Qué hace Velmira aquí? ¿Por qué ahora? ¿Qué significa ese gesto entre ellos? ¿Un adiós? ¿Una advertencia? ¿Un perdón? Las preguntas me queman en la garganta, pero sé que nadie me dará las respuestas que necesito.

◆ ◆ ◆

—Señorita de Caelis —dice una voz al otro lado de la puerta —. Los preparativos para el Último Baile comienzan ahora. Vístase. La escoltaremos hasta la Sala de Transformación.

Me visto en silencio. Hora de disfrazarse. ¡Mi parte favorita! Clummy me sigue, pero no dice nada.

El pasillo está lleno de susurros. Voces suaves, pasos rápidos. Todos los Aspirantes estamos siendo llevados al Ala Sur, donde nos han preparado espacios individuales de arreglo. Me alegro de que al menos ahora todo el mundo tenga que ir a una sala especializada y no me sienta como un ogro en la hora del baño. Las paredes están encantadas con música instrumental suave, como si eso bastase para calmar los nervios. Como si una melodía de arpa pudiese silenciar la voz de mi madre en mi cabeza. La incertidumbre de si mi hermana está a salvo o no. A mi padre ni lo he visto y ya me aterra su mirada. Trago saliva.

Al entrar en mi sala de preparación, me golpea el olor de las flores. Rosas, lavanda y algo más: el sutil picor del aceite de sándalo. Me sienta mal sentir algo dulce en una situación tan amarga. Recuerdos demasiado dulces para un día que huele a muerte potencial.

Una mujer que no conozco me saluda con una inclinación y me indica con un gesto que me siente. ¿Dónde está la esteta que me ha vestido los últimos dos bailes? Detrás de ella, las dos aprendices de Arcanistas estetas que ya conozco están desplegando tejidos, broches, pinzas. El vestido que cuelga en el biombo lateral es de color café con bordados que parecen plumas de halcón.

—¿Esto es lo que me toca? —pregunto, cruzándome de brazos.

—Está encantado con los colores de su herencia, señorita —responde la aprendiz más joven, ¿ahora hablan?—. Además, reacciona a su estado emocional. Al final del baile, debería haberse vuelto completamente negro o dorado, dependiendo de…

—¿De si me lo paso bien o si me muero? —le inte-rrumpo.

Las tres se miran incómodas.

—De si cumple su propósito —dice la mujer, en tono diplomático.

Me dejo hacer, total... que me quede mal el vestido no es lo peor que me podría pasar. Me acomodo en la butaca y comienzan a peinarme. Las manos son suaves, y aun así, me siento como una virgen siendo pulida para el sacrificio.

Pasan horas. Entre tejidos, capas de perfume, charlas apagadas. Me obligan a cerrar los ojos mientras me delinean los párpados con polvo estelar. «Brillará bajo la luz de la cúpula», dice una. «La hará parecer una constelación viviente», dice la otra. La verdad es que no sé qué me da más miedo, si parecer una bola de brillos o toda una amalgama de estrellas a punto de explotar.

Qué bonito. A la par que inútil.

—¿Los demás de mi grupo ya están listos? —pregunto de pronto, sin abrir los ojos, y sabiendo que ellas saben perfectamente a quiénes me refiero.

—El señorito Dobren ha pedido más tiempo —dice una—. Ha tenido dificultades con la movilidad de su brazo vendado.

Me muerdo la lengua para no preguntar si está bien y simplemente me limito a asentir.

—¿Y Cristalith Garethil?

—Ha sido la primera en estar lista. Llevará un vestido con bordado de escamas. Verde oscuro. Parecerá una reina del mar.

—¿Y Odrien Veldrán?

—Ha discutido con su equipo de preparación durante casi media hora, porque no quería usar brillos —responde la joven con una risa contenida—. Al final, ha accedido, pero se puso la cantidad que él consideró oportuna. «Si voy a morir con purpurina, al menos que sea en mis propios términos», dijo.

No puedo evitar sonreír. Un poco. Como si el hecho de ponerse purpurina fuese a hacer que se le caiga su hombría y virilidad.

—¿Y Devrian? —añado en voz baja.

Las estetas se quedan en silencio y se miran como debatiendo si todas me han oído bien o si han perdido la audición de

forma simultánea. La mujer responde a mi pregunta con otra pregunta.

—¿El Barón Devrian Valendris?

Asiento como si estuviese preguntando por un Aspirante más, y no fuese extraño que alguien como yo preguntase por un miembro de la familia real.

—Se está vistiendo en otra ala. Nadie puede acceder a su vestuario, ni siquiera el personal habitual. No pueden acceder al de ningún miembro de la familia real.

Claro que no. La élite no se mezcla con los plebeyos que van a morir por el equilibrio de Aethrya. Por favor, ¡qué cosas se me ocurren!

A la quinta hora, me dejan comer algo. Me sirven una bandeja con frutas frescas, pan de hierbas y agua infusionada con cúrcuma. No me entra nada, pero como por instinto. Como si alimentar el cuerpo pudiese distraer a la mente.

—¿Cuánto falta? —pregunto.

—Una hora y veintidós minutos —responde Clummy, que ha vuelto a manifestarse junto a la cortina.

—¿Vendrás esta noche?

—Sí, los cluams os acompañamos al tercer baile y nos cercioramos desde lejos que todo vaya según lo previsto. Mañana es un gran día, nada os puede pasar.

Asiento.

◆ ◆ ◆

Me visten con el vestido encantado justo antes del inicio del baile. Siento cómo se adapta a mi piel. El tejido es más liviano de lo que imaginaba, pero firme como una segunda armadura. El color tiembla entre el café y el negro, como si no supiera quién soy. Me parece apropiado; yo tampoco lo sé.

—¿Quieres ver cómo te queda el vestido en un espejo de cuerpo completo? —pregunta la mujer.

Niego con la cabeza.

—Prefiero no encariñarme con la imagen —le digo con una sonrisa.

Las luces del vestidor parpadean; la hora se acerca. Escucho como los pasillos comienzan a llenarse con pasos nuevos. El sonido de instrumentos afinándose marcan las primeras órdenes desde el Gran Salón. Respiro hondo y Clummy me observa en silencio como si estuviese recalibrando mi control emocional con cada suspiro que doy.

—Si tienes alguna estadística que darme —murmuro—, que sea rápida.

—No tengo ninguna que quieras oír.

—Entonces cállate y ven conmigo.

Clummy camina a mi lado en silencio, con esa gracia inquietante que tiene, como si no pesase. El pasillo hacia el Gran Salón está más iluminado de lo normal. Todo parece diseñado para fingir que no hay muerte al final del baile. Doblo una esquina y…

Devrian.

Está tan impecable que parece irreal. No va como un príncipe de cuento, ni como un guerrero preparado para la batalla. Esta noche parece algo intermedio, peligroso y guapísimo a la vez. Lleva un traje completamente negro, sin una sola joya, salvo el broche con la insignia de su casa. La tela de la chaqueta entallada tiene un brillo sutil. Ajustada al torso, realza su musculatura, marcando la amplitud de sus hombros y la tensión justa en sus brazos.

El cuello de la camisa, alto, apenas deja entrever la base de su garganta. Sin embargo, el primer botón está desabrochado, y no sé si fue decisión suya o una concesión estratégica para que su aspecto no parezca demasiado calculado. El pantalón cae con elegancia sobre las botas de cuero oscuro, pulidas hasta el exceso.

Su altura impone incluso sin moverse, incluso en silencio. El pelo negro, más corto de lo que recordaba, resalta el trazo limpio de su mandíbula. No tiene barba, haciendo que sus facciones sean incluso dulces. Y sus ojos verdes me encuentran al instante. Se clavan en los míos para después pasearlos por todo mi cuerpo de arriba abajo, sin prisa, sin ocultarlo, como si yo fuese una obra de

arte que admirar. Las manos de las estetas son una maravilla. Su sonrisa se forma despacio, primero en una comisura, luego en la otra.

—Dionna de Caelis —dice al fin, y su voz suena ronca como si se acabase de despertar—. Nunca imaginé que algo pudiese hacerle sombra a este pasillo… hasta que apareciste con ese vestido.

No sé qué decir. Abro la boca y la vuelvo a cerrar. Podría reírme o soltar alguna broma sarcástica, pero no hago ninguna de las dos cosas. Clummy da un paso, protector y previsible, antes siquiera de que mi cerebro consiga encontrar una oración con sentido.

—El protocolo indica que debo acompañar a la Aspirante de Caelis hasta el Gran Salón —declara.

Devrian ni se inmuta, se acerca un par de pasos, y luego clava los ojos en él.

—Puedes retirarte, cluam. Esta noche, Dionna no necesitará más protección que la mía.

Silencio.

Clummy parece calibrar posibilidades, consecuencias, órdenes internas que no me está compartiendo. Lo observa y luego me observa a mí.

—¿Estás conforme con esta alteración del protocolo? —pregunta.

—Sí —respondo, sin pensarlo.

Y en cuanto lo digo, siento una oleada de calor recorrerme todo el cuerpo. Devrian me ofrece el brazo.

—¿Puedo? —pregunta, con una inclinación leve de cabeza.

—Claro —respondo, y mi voz suena más suave y dulce de lo que esperaba.

Entrelazo mi brazo con el suyo y cuando comenzamos a caminar juntos por el resto del pasillo, siento que los pasos pesan menos. Como si la tela del vestido se hubiera rendido, por fin, a un tono más definido.

Clummy desaparece detrás de nosotros y, por primera vez en todo el día, no me siento sola. Avanzamos por el pasillo con la seguridad de quien sabe exactamente hacia dónde va o, si se trata

de mí, al menos alguien que finge saberlo. Su andar es pausado, sin prisa, como si no estuviese del brazo de una candidata a la muerte, sino del de una invitada de honor.

El mármol del suelo refleja nuestras figuras a tramos. La luz de los candelabros encantados tiñe todo con un dorado antiguo, como si estuviésemos cruzando un recuerdo. Me detengo en la cabeza de uno de los grandes leones esculpidos al pie de la escalera. El Gran Salón nos espera abajo.

Devrian me vuelve a mirar, y sin decir palabra, me ofrece el gesto más pequeño, pero más íntimo de todos: cambia el ángulo de su brazo para enlazarlo mejor con el mío. Está más cerca que nunca.

—¿Lista para la función, Dionna de Caelis? —murmura, sin dejar de sonreír.

—¿La función o el funeral?

—Ambas cosas son lo mismo durante la Tríada.

Bajamos y el mundo gira.

Las escaleras se abren ante nosotros como una lengua larga y brillante, pulida a conciencia. A medida que descendemos, los rostros giran. Primero los más cercanos. Luego los del fondo. Cuchicheos, respiraciones contenidas, miradas que van de mis zapatos a la cara de Devrian, y de ahí a nuestras manos enlazadas. No tenemos prisa: cada escalón parece un compás en esta sinfonía torcida. Veo las bocas moverse. Algunos murmuran mi nombre. Otros, el suyo. El vestido encantado late contra mi piel, como un animal atrapado. Se oscurece, luego se ilumina para después volver a oscurecerse. No sabe a qué sentimiento acogerse, igual que yo.

Todos lo sabrán. Todos lo sabrán en cuanto pongamos los pies en la pista. Dionna de Caelis, la de Galimatea, la que no nació en cuna noble. La que sangró, cayó y se levantó. Favorita del primo del rey, del Barón Valendris. La puñetera enchufada. Todo el mundo pensará que llegué hasta aquí por él. Me cago en mi madre. ¿Eso me dará ventaja mañana? ¿O me pondrá una diana más grande en la espalda?

—Respira —dice Devrian en voz baja, como si pudiera leer mis pensamientos—. Estás temblando.

—Estoy bien —respondo—, no tengo miedo.

—Lo sé: es rabia. —Me mira y sonríe—. Sé reconocer la rabia cuando la veo.

La música nos envuelve, suave y suntuosa, como la seda cara. El salón entero es un templo de apariencias. Cúpula brillante, cortinas que flotan como velos suspendidos. Todo parece estar rozando la perfección hasta que un ruido seco corta el ambiente. Un cristal roto que corta la música.

Silencio.

El corazón me da un vuelco, Seredric junto a su mesa, copa rota en mano. El líquido oscuro gotea entre sus dedos como si la copa hubiese sangrado, aunque sea su mano la que se ha llevado la peor parte. Y, sin embargo, su mirada no da indicio de sorpresa. No muestra disculpa, solo una furia contenida. El tipo de furia que observa, mide y sentencia con sus ojos fijos en nosotros. Primero mira a Devrian, después a mí.

El salón entero se congela por un segundo que parece eterno. Como si el tiempo se aferrase al instante antes del incendio; sin embargo, de un momento a otro todo parece volver a la normalidad y los músicos retoman la melodía como si no hubiese pasado nada. Como si el estallido de cristal fuese parte del compás. Los murmullos reaparecen y las conversaciones se enhebran otra vez. El teatro continúa. ¿Cómo se pueden olvidar detalles tan importantes tan rápidamente? Yo me quedo mirando esa copa rota. Esos ojos de miel convertida en puro hielo. Ese gesto de indiferencia afilada que conozco tan bien: la misma que me dedica cada vez que estamos solos y le pregunto más de la cuenta. Estoy cansada de tanto teatro, es él el que niega lo que arde entre nosotros.

—¿Qué ocurre? —pregunta Devrian en voz baja, inclinado hacia mí, pero con los ojos fijos en Seredric.

—Nada que no se pueda arreglar con una escoba y un par de tiritas —respondo, sin apartar la vista del trono.

Lo injusto no es que me mire así. Lo injusto es que se crea con derecho a hacerlo como si fuese culpa mía. El que me esconde como si yo fuese una vergüenza es él. El que hace lo que quiere y cuando quiere es él. El que ostenta el título más importante de todo

Aethrya es él. El magnífico y maravilloso rey es él. El que lo tiene todo, pero actúa como un niño pequeño que siempre quiere es él.

No yo.

Devrian aprieta mi brazo con suavidad.

—Voy a por un par de copas —me susurra al oído, acción que me estremece más de lo que me gustaría admitir—. Disfruta de los aperitivos con tus amigos. Estaré cerca.

Asiento, aunque no estoy segura de querer soltar su brazo. Él ya se ha separado con naturalidad, deslizándose entre la multitud como si toda la sala fuese suya. No se gira para mirarme, y aun así, sé que está pendiente.

Respiro hondo.

Cristalith, Odrien y Sándor me miran desde uno de los rincones más apartados, donde una bandeja flotante con aperitivos gira con lentitud sobre una mesa de piedra. Me acerco, pero no he dado ni dos pasos cuando ya están encima de mí.

—¿Cuándo me lo pensabas contar? ¿Por eso lo buscabas? —espeta Cristalith, cruzándose de brazos, su vestido verde oscuro reluciendo como si se hubiese bañado en escamas—. ¿Y has visto al rey cuando os vio llegar? —Se abanica con la mano—. Chica, ¿cómo tienes tiempo para tanto?

—No me digas que te guardaste esto para hacerlo dramático —añade Odrien con una ceja alzada, aunque en su mirada hay más preocupación que burla.

Sándor no dice nada. Solo me mira, como si estuviese intentando leerme la mente. Como si él supiese algo más que yo.

—¿Qué se supone que me guardé? —respondo, y sueno más a la defensiva de lo que pretendía.

—¿De verdad vas a fingir que esto no es importante? —dice Cristalith—. Entraste del brazo de Devrian Valendris. Como si… no sé, como si fueses su prometida secreta.

—¿Desde cuándo pasa algo tan serio entre vosotros dos? —Odrien se cruza de brazos.

—No pasa nada —respondo, tajante—. No pasa nada. Solo me pidió venir conmigo al baile. Ya está.

Silencio.

Cristalith entrecierra los ojos. Odrien ladea la cabeza. Sándor, en cambio, baja la mirada como si mis palabras no fuesen suficiente.

—¿Y lo del cluam? —insiste Cristalith—. Porque lo vi. Clummy se quedó atrás. Nadie se deshace de su cluam solo porque sí. Todos nuestros cluams están aquí, menos el tuyo.

—No me pidió nada. Me ofreció su protección. Y yo acepté.

—Ajá —dice Odrien, con un gesto que no sé si es burla o resignación—. Claro. Y yo acepto la muerte mañana con purpurina en las pestañas sin ofrecer resistencia. No me jodas, Dionna.

—¿Crees que lo hice para montar un numerito? —respondo, más alto de lo que pretendía. Varios asistentes cercanos giran la cabeza. Me obligo a respirar y suavizar el tono—. No planeé nada. No estoy jugando a ser nadie. Solo… pasó. Me lo pidió y acepté. Punto.

Cristalith alza las cejas, escéptica.

—¿Y por qué no nos lo contaste?

—Porque no era importante —miento.

—Para ti no será importante, pero para todos los que están ahí fuera sí —dice mi amiga señalando al resto de Aspirantes—. ¿Te das cuenta de la imagen que acabas de dar?

Está molesta, pero porque tiene miedo. Miedo por mí.

Sándor sigue sin hablar. Solo me mira. Su expresión es tranquila, pero hay algo en su mirada que me escuece. No sé si Nirelia tiene que ver con su desconfianza o si es que de verdad cree que algo más está pasando.

—Sé lo que parece —digo, bajando un poco más la voz—. Pero no os equivoquéis. No soy su marioneta. Ni su amante secreta. Ni la próxima lady de nada. Solo soy una chica intentando sobrevivir a esto como todos vosotros.

—Pues justo por eso —interviene Odrien—, no nos puedes dejar fuera. No ahora. No después de todo lo que hemos pasado. Además de que todos van a pensar que se la has chupado para llegar hasta aquí y…

—No se la he chupado a nadie —lo interrumpo antes de que me entren más ganas de pegarle un puñetazo.

—Evidentemente no —me responde al instante—, pero no importa lo que sea cierto, si no lo que los demás piensen de ti mañana.

—Si piensan que has sobrevivido a base de favores —Cristalith mira alrededor por si alguien nos está escuchando—, mañana van a ir a por ti para comprobar si sangras de verdad.

Eso nos deja callados un segundo. Segundo que es suficiente para que Devrian reaparezca con las copas en las manos, como si tuviese un sentido innato del momento exacto en que su presencia puede alterar el equilibrio.

—¿Interrumpo algo? —pregunta con una sonrisa que no sé si lanza por cortesía o por aliviar la tensión que se acaba de crear.

—No —respondo, antes de que nadie diga nada.

Devrian me entrega una de las copas sin apartar los ojos de los demás.

—Un brindis por la noche antes de la tormenta.

Cristalith clava los ojos en mí como si quisiera descifrar una ecuación que se le resiste. Bebo un sorbo. El vino es dulce y fuerte a la vez. Como esta noche. Como la culpa de arrastrar a mis compañeros a algo que no querían, esa que intento tragarme junto al vino.

Devrian me ofrece el brazo de nuevo.

—¿Te apetece un paseo por la pista antes de que empiece la función real?

Asiento, sin mirar atrás. Sé que tienen razón, que debería apartarme de él si no quiero pintarme una diana en la espalda, pero ahora que le di mi palabra no puedo echarme atrás. Bailaré con él este baile e intentaré evitar que nos vean solos hasta que la Tríada haya terminado o me haya muerto.

Joder, ¡qué emoción!

No sé en qué momento Devrian y yo comenzamos a movernos, pero cuando sus manos cogen mi cintura y la otra busca mi palma con esa seguridad imperturbable que tiene, el resto del salón parece apagarse un segundo. La pista se convierte en una superficie tensa, como el último apretón de una cuerda cuando

intentas afinar una guitarra. Cada paso suyo es preciso. Cada paso mío es un intento de mantener la compostura.

—Están todos mirando —susurra con voz grave, cerca de mi oído—. ¿Eso te incomoda?

—Estoy acostumbrada —respondo, alzando la barbilla—. La mirada nunca mata, si no ya habría muerto hace tiempo. Además, he bailado hasta con el rey, no sé por qué les parece tan raro vernos aquí juntos.

Su mano se tensa ligeramente sobre la mía y su mirada cambia por un momento. Un destello en su ojo derecho otra vez.

—El rey tiene que bailar con todos los Aspirantes al menos una vez —dice, girándome con una facilidad que casi me hace flotar —. Yo elijo con quién sí y con quién no.

Estoy a punto de responder cuando un sonido seco corta el ambiente. Un golpeteo de bastón. La música se desvanece. Un Arcanista ha subido a la plataforma central del salón. Su túnica cuelga llena de símbolos y filigranas que parecen moverse por su cuenta.

—Aspirantes —anuncia, y su voz resuena más allá de los límites del espacio físico, como si hablase desde dentro del pecho de cada uno de nosotros. Nunca voy a acostumbrarme a esta sensación —. Esta es la última noche. Mañana comenzará la tercera y última prueba de la Tríada: la prueba de Valor. Hoy, en cambio, celebramos el Banquete de los Corazones Audaces y, posteriormente, la Vigilia de los Corazones Caídos.

Devrian baja suavemente mis manos y se inclina hacia mí con una sonrisa que no llega a sus ojos.

—Ve con tus amigos. Esto es para vosotros.

—¿Y tú?

—A mi sitio —responde, mirando hacia el estrado donde la familia real ya comienza a reagruparse y cambia su tono a uno más teatral—. Allí donde las sombras son más densas y todos parecemos tener un palo metido por el culo.

Me río. El Arcanista me mira, por lo que me aparto rápidamente e intento mimetizarme con la gente para que no sepa que he sido yo. Me abro paso entre las parejas que ya han dejado

de bailar. Mis pasos me llevan directamente al rincón donde están Odrien, Cristalith y Sándor. El aire se ha vuelto más frío, como si el anuncio del Arcanista hubiese hecho que el salón bajase dos o tres grados.

—¿Qué va a pasar ahora? —murmura Odrien, mirándolo todo a su alrededor—. ¿Se nos van a caer las paredes encima?

—Algo ceremonial, seguro —dice Cristalith.

—Banquete de los Corazones Audaces —repito en voz baja —. Suena a eufemismo para despedida elegante.

El Arcanista alza las manos.

—Esta cena es un acto de respeto, memoria y promesa. En honor a quienes caminarán mañana hacia sus infiernos, y en recuerdo de quienes ya descendieron antes que vosotros.

Las paredes del Gran Salón tiemblan. Al final Odrien va a tener razón. Los espejos se oscurecen y, uno a uno, comienzan a aparecer retratos. Miles. Filas interminables de rostros que nos miran desde el otro lado. Todos jóvenes como nosotros. Todos Aspirantes.

Todos muertos.

Sándor se queda rígido. Su mirada se clava en un punto a nuestra izquierda. Yo también lo veo: un chico de pelo castaño claro, sonrisa contenida, la mandíbula más marcada que la de Sándor pero con los mismos ojos. El mismo brillo triste en la mirada.

—¿Es…? —empieza Cristalith.

—Mi hermano —dice Sándor apretando los labios—. Boran.

El retrato de Boran va a acompañarme durante mucho tiempo. Lleva un uniforme azul marino y la expresión de quien ya sabía en qué acabaría todo.

—Está… muy entero para estar muerto —dice Odrien con torpeza.

Cristalith le da un codazo tan fuerte que casi lo tira.

—¿Creéis que nos colgarán ahí también? —pregunta Odrien, intentando arreglar su metedura de pata—. Si palmamos mañana, claro.

—Todos los que mueran luchando por el equilibrio de nuestro continente, todos y cada uno de los que sufran por todos nosotros estarán ahí el año que viene —responde Cristalith, amarga.

Sándor se gira finalmente hacia nosotros.

—Que cuelguen el retrato que quieran, pero vosotros no vais a morir mañana —dice volviendo la vista al retrato de su hermano—. No vais a estar ahí colgados.

El Arcanista alza los brazos de nuevo y, como si alguien hubiese soltado una cuerda invisible, toda la sala se activa. Los músicos cambian de tono. La luz de los candelabros se vuelve más dorada si cabe. Las copas comienzan a llenarse solas. La comida aparece en las mesas sin que nadie la haya servido. Nos acercamos a las mesas y nos sentamos en donde han escrito nuestro nombre.

—Da un poco de mal rollo —murmura Odrien, mirando cómo su plato se llena solo de faisán en salsa—. ¿Y si se equivoca de hechizo y me planta un corazón humano en el plato?

—Tú te lo comerías igual —le responde Cristalith.

Nos sentamos en el orden asignado: Sándor a mi derecha, Odrien frente a él y Cristalith frente a mí. La familia real se mantiene lejos esta vez. Devrian está allí, serio, sin tocar aún su copa. Seredric, en cambio, habla con uno de los consejeros como si nada hubiese pasado. No me ha vuelto a mirar. ¿Por qué me molesta? Haga lo que haga me parecerá mal. Tiene que pararlo todo y declarar que se muere por mí delante de todos o no me valdrá. Y eso sería excesivo, por lo que también me parecería mal. Todo mal. ¿Qué coño me pasa?

Comemos y bebemos un poco, lo justo para que parezca que estamos vivos y no petrificados por el miedo. A ratos reímos, sobre todo por los chistes de Sándor que parece haber vuelto a su estado natural. En la mesa de al lado, un grupo de Aspirantes murmura sobre la prueba de mañana.

—Tiene que ser algo en grupo, esta vez —dice uno—. ¿Os habéis fijado en cómo nos están agrupando?

—¿Y si es una prueba por parejas? —pregunta otro.

—¿Y si es un todos contra todos? —añade alguien con voz temblorosa—. Como en la última Tríada.

Termina la cena y la música vuelve a subir. Esta vez con ritmo más marcado. Más festivo: empieza el verdadero baile.

Devrian no ha vuelto a buscarme. Supongo que ahora ya no toca. Lo agradezco; así no tengo que evitarlo yo.

«El rey tiene que bailar con todos los aspirantes al menos una vez», ¿eso significa que hoy también?

No tengo tiempo de seguir pensando. Nirelia aparece entre la multitud, como un cuadro enmarcado en hielo. Fría, perfecta. Sus ojos son dos dagas que nunca pierden el filo. Se planta frente a nosotros y, sin decir palabra, le tiende la mano a Sándor.

—¿Bailas? —pregunta, pero no es una pregunta.

Sándor nos mira, luego a ella. Asiente con educación. Se levanta.

—Vamos allá —dice.

Ella lo coge del brazo con tanta elegancia que parece que lo haya ensayado mil veces. ¡Que ironía que para ellos no haya consecuencias!

—Estoy segura de que de él no van a pensar que se comió nada para sobrevivir durante la Tríada —murmuro, bajito, mirando cómo se alejan.

Cristalith se gira hacia mí.

—No empieces otra vez con esas cosas —dice, dándome un leve codazo—. ¿Quieres bailar?

—¿Tú? ¿Conmigo? —bromeo—. ¿No te da miedo que intente comerte algo en medio del vals?

—Solo si no dejas nada para el postre, guapa.

Nos reímos. Nos levantamos juntas y vamos a la pista. La música cambia justo cuando pisamos el centro. Las luces flotantes giran como luciérnagas encantadas. Cristalith me agarra de la cintura y yo la sigo, torpe al principio, pero luego soltándome poco a poco.

—Cuidado, que yo sí tengo experiencia en esto —dice, girándome de forma inesperada.

—¿En qué? Tampoco bailas tan bien. No te flipes.

—No, bailando soy excelente, pero haciendo que te olvides de los idiotas por un rato soy mejor.

Antes de que pueda responder, Odrien se mete en medio, levantando los brazos.

—¡No sin mí! —grita, y nos agarra a las dos por la cintura haciendo un baile de tres perfecto.

Nos reímos tanto que apenas podemos seguir el ritmo. Damos vueltas, tropezamos, nos pisamos. Durante un momento, somos solo eso: tres idiotas bailando antes del fin del mundo. Hasta que alguien se aclara la garganta a mi lado. Me giro.

Krekk Morvhaen.

El puto Morvhaen. El más repulsivo de todo el continente. Engreído hasta la náusea. Traje rojo burdeos, sonrisa ladeada, mirada de reptil.

—¿Dionna de Caelis? —dice con voz melosa—. ¿Me concederías este baile?

Cristalith y Odrien me miran dispuestos a pegarle un puñetazo en mi nombre.

—¿Qué quieres, Krekk?

Él sonríe, extendiendo una mano perfectamente enguantada.

—Un poco de cortesía. Un baile, simplemente un momento de nobleza compartida entre iguales.

—¿Iguales? —repito, alzando una ceja y fingiendo una carcajada, porque no hay nada de igualdad entre nosotros dos y él lo sabe.

Me agarra la mano sin esperar respuesta. Me guía lejos de mis amigos como si ya hubiésemos aceptado los términos. Me dejo llevar solo por no montar una escena.

—Sabes… —dice mientras comenzamos a girar, susurrando en mi oído— es mucho más ventajoso unirse entre Aspirantes que meterse bajo las sábanas de la familia real.

Su tono es suave. Su intención, venenosa.

—¿Ah, sí? —pregunto con una sonrisa abiertamente falsa.

—Claro. Algunos creen que acostarse con un Valendris te da inmunidad. Pero al final, todos sangramos igual.

Me acerco más. Lo suficiente como para que solo él escuche lo siguiente.

—Sigue soñando, cariño.

Corto el baile y lo dejo en medio de la pista. Me giro sin esperar respuesta. Camino hacia mis amigos con el corazón latiendo fuerte, pero el mentón bien alto. Veo como Cristalith y Odrien ya están bailando abrazados. Sándor baila con Nirelia. Mapeo el salón buscando qué debo hacer ahora. ¿Cuál es la siguiente misión? Veo mi copa de vino sobre la mesa. Parece que no tengo con quién bailar, pero el vino siempre es buen compañero: no hace preguntas y te mece de vez en cuando.

◆ ◆ ◆

El vino se me ha acabado. No me había dado cuenta. La copa está vacía, pero la sigo sujetando como si pudiera exprimirle algo más si lo intento. Me apoyo en la mesa y respiro hondo. Parece que ando a mil bandas, pero me siento y me veo tan sola que me duele el pecho. Cristalith y Odrien siguen bailando como si el mundo no se fuese a terminar mañana. Sándor ha cambiado de pareja de baile.

—Esta noche es larga, tal vez te apetezca terminar el baile que empezamos —dice Devrian, que aparece a mi derecha.

—Solo si me cuentas cómo se escogen los destinos de los desafíos —digo, tomando su mano.

—¿Quieres bailar o interrogarme? —responde con una ceja alzada, mientras me lleva de nuevo a la pista.

—Una cosa no quita la otra.

Comenzamos a movernos al ritmo de una melodía pausada. La pista está menos concurrida ahora. La mayoría está bebiendo o hablando en los laterales.

—Los destinos se sortean con más azar del que crees —dice, mientras me gira con suavidad—. Aunque a veces, cuando es necesario, hay intervenciones.

—¡Vaya! Qué inesperado —digo fingiendo sorpresa poniendo una mano en el pecho.

—No me mires así. No todas las manos en el sistema están limpias, pero tampoco están todas sucias. Hay… —comienza a decir

y después parece mirar hacia el trono— equilibrio, o al menos algo que finge serlo.

—¿Y tú estás… —digo mirando hacia donde está mirando él y volviendo a sus ojos rápidamente— de qué lado exactamente?

—Yo estoy de tu lado —dice sin dudar.

Bailamos unos minutos en silencio. Entonces, justo cuando la música cambia de nuevo, algo cambia también en el aire. Una presencia. Una vibración que me recorre la espalda. Una mano sujeta firme mi cintura desde atrás sin decir una palabra.

Seredric.

No dice nada, solo actúa. Solo me mira. Esa mezcla de hielo y fuego que me ha derrumbado tantas veces y que ahora sólo me quema. La mirada que le lanza a su primo no necesita traducción. Es una sentencia. Devrian suelta mi mano, pero no sin antes regalarme una sonrisa cargada de ironía.

—Si necesitas ayuda, parpadea dos veces —dice, y se aleja guiándome un ojo.

Seredric sigue sin decir nada. Solo me mira: una orden muda que yo obedezco. No sé por qué lo obedezco… ¡ah, sí! Porque es el rey de Aethrya y no se le puede decir que no al chaval. Me dejo guiar hasta el centro. Sus pasos son decididos. Los míos, más torpes. No me toca como lo hace Devrian. Me sujeta como si yo le debiese algo. Igual es el vino y estoy exagerando.

—Has estado muy... cercana a Devrian —dice tras una pausa, con una voz cargada de sarcasmo—. ¿También forma parte de tu estrategia?

Le clavo la mirada.

—No hay nada entre Devrian y yo, ni lo ha habido, y no sé si lo habrá siquiera, mañana puede que me muera, ¡qué divertido!

—Entonces, ¿por qué bailabas con él como si lo hubiese hecho todo bien?

—Porque él al menos me pidió que lo acompañase. Me dio voz y voto —comienzo a hablar más rápido de lo normal, ya no voy a poder parar—. Se ofreció. Me pidió ir con él. Me trató como alguien digno de estar a su lado. Como a una puñetera persona. Y tú... ¿cuándo me ofreciste algo? Nunca me ofreciste nada, Seredric.

Nunca quieres hablar de ti. No te interesas por mí de verdad. —Hago una pausa para pensar en qué es lo próximo que quiero decirle, pero me vengo a atrás—. Pero si tu pregunta es si tengo algo con Devrian, la respuesta es no, no lo tengo. Puedes dormir tranquilo.

Su gesto cambia, pero nosotros y la música seguimos.

—No entiendes lo que está en juego.

—No, Seredric. No lo entiendo. —empiezo a hablar y ya veo venir a uno de mis maravillosos monólogos venir; no puedo parar, la rabia me sube por el cuello y por algún lado tiene que salir—. No lo entiendo, porque nunca tuviste la decencia de explicarlo. Ni tú ni los tuyos. Solo lo envolvisteis todo en silencio y puta purpurina. Esta gente —digo mirando a mi alrededor—, los que aún respiran y los que ya no están, se mueren. Se mueren, joder. Se mueren y sangran por la nación. Por este continente que veneráis tanto desde vuestros palacios dorados de mierda, pero no nos explicáis nada. Sangramos por vosotros, mientras tú lo miras todo desde tu asiento mullidito, con cara seria y ropa planchada. —Sujeto su mano un poco más fuerte para soportar mi propio peso y su otra mano sobre mi cintura parece acercarme más a él—. Y luego vienes, tarde, mal y sin palabras, a exigirme que entienda. De hecho, me miras como si todavía esperases que me derrita por un par de besos escondidos, por caricias que solo se atreven a existir cuando no hay nadie mirando. —Me sale una carcajada sincera—. Como si eso bastase. Como si tuviese que darte las gracias solo porque decidiste bajarte del pedestal durante cinco minutos y fijarte en mí. —Intento alejarme de él, pero él me aprieta hacia su cuerpo; la música aún no ha cesado, así que seguimos simulando bailar—. Pero yo soy la que va a sangrar mañana. Yo. No tú. La que va a jugarse el cuello para que el mundo que tú gobiernas siga girando soy yo —sigo hablando mientras él permanece callado. Lo miro y creo ver que sus ojos se llenan de algo que no sé qué es—. Tú lo quieres todo. El silencio y la entrega. El deseo sin compromiso. La obediencia sin explicaciones. Pues llegas tarde. Tarde a las preguntas. Tarde a los celos. Tarde a los gestos que ahora ya no me sirven para nada.

El violín alarga una nota. Una última nota. Y con ella se termina nuestro baile. Suelto su mano y doy un paso atrás.

—Gracias por el baile, Majestad —le digo con una reverencia fingida.

No miro atrás. No quiero ver su cara. No quiero ver si me sigue con la mirada o si se queda clavado en medio del salón como un idiota. Porque lo único que sé es que esta vez, quien se marcha primero soy yo. La última nota aún tiembla en el aire cuando las puertas del Gran Salón se abren de par en par.

—Todos los asistentes al Banquete de los Corazones Audaces —anuncia una voz solemne desde el estrado—, están convocados a la Vigilia.

No hace falta que lo repitan. Todos lo saben y temen a partes iguales. El protocolo es claro: después del banquete, el homenaje. Después del vino, la verdad.

La noche ha caído por completo sobre la Ciudadela, pero la plaza central nos espera como una herida abierta: la nuestra. Y allí están los faroles. Cientos de ellos flotan a baja altura. Luz floja, casi temerosa. Cada uno representa a alguien que ya no está. Cada uno cuenta una historia que no terminó. O que sí terminó, pero demasiado pronto.

Las familias se agrupan en círculos. Algunos se toman de las manos. Otros miran al suelo. La mayoría finge que no les duele. Qué deporte nacional ese: fingir que no duele cuando te mueres por dentro. Yo no tengo círculo al que unirme. Mis padres están lejos, o eso creo. Mi hermana, *mis hermanas*, no están. Aprieto los puños.

Estoy aquí, no por ellos, sino a pesar de ellos.

A mi lado, Odrien respira hondo, como si intentase guardarse el aire para después. Cristalith ha bajado la mirada. Sándor está tieso, como una estatua. Su perfil está vuelto hacia el cielo. Le sigo la mirada y lo veo, mira a un farol en concreto.

—Hasta que volvamos a vernos, Boran —susurra.

Y me parte en dos.

El Anciano Arcanista sube al pedestal del centro. Su túnica roza el suelo con un sonido seco. Alza las manos. Nadie se atreve a moverse.

—Por cada llama, un nombre. Por cada nombre, un sacrificio. Por cada sacrificio, equilibrio. Que Aethrya prospere. Que Aethrya recuerde.

No es más que propaganda barata, pero lo dice con una voz tan vieja, tan temblorosa, tan llena de verdad que algo en mí se quiebra. Miro las luces que flotan como estrellas caídas que se niegan a apagarse. Son nombres. Rostros. Gestos. Algunos los vi de pasada. Otros compartieron la primera cena conmigo cuando llegamos aquí. Recuerdo una risa. Un acento. Un mechón de pelo azul. Una voz que prometía que no tenía miedo.

Mentira.

Todos teníamos miedo.

Ellos también: ya no están, ni ellos ni su miedo.

Las luces comienzan a ascender lentamente. Como si les costase dejar el suelo. Y yo… yo no puedo respirar. No puedo mirar a Sándor. Sé que Odrien también piensa en su hermano. Cristalith en su madre. No puedo mirar a nadie.

¿De verdad hace falta tanto dolor para mantener a la Fundadora contenta? Me obligo a mirar hacia arriba. Las luces suben y suben. Son preciosas, trágicamente hermosas.

◆ ◆ ◆

—¿Puedo acompañarte a tu habitación?

Lo dice así, sin adornos, sin ese tono de noble que a veces se le escapa cuando quiere parecer importante. Solo lo suelta, bajito, como si no quisiera que el resto lo oyese. Me mira, y por un segundo, no es el primo del rey.

—Vale —respondo.

Cristalith me toca el brazo como diciendo «si necesitas que le rompa la cara, grita». Solo le sonrío y me despido de todos ellos antes de irme con Devrian.

El trayecto es corto, pero se me hace largo. Caminamos juntos por los pasillos vacíos del Palacio de la Ciudadela, con el eco de nuestros pasos marcando el ritmo de algo que no se dice. No

hablamos mucho. Un par de frases sueltas, alguna observación innecesaria. Él va un poco por delante, como si tuviese prisa. O tal vez soy yo la que va más despacio.

—Ha sido... intenso —murmura de repente, sin mi-rarme—. Lo de la Vigilia.

—Sí —respondo. No sé qué más decir. Parece que solo tengo palabras huérfanas.

—No sé cómo lo haces —añade, y esta vez sí se gira hacia mí—. Pareces de hierro. Ni un temblor, ni una lágrima. Yo tengo el pecho como un campo de ruinas y tú... tú sigues andando recta.

—No soy de hierro —digo, más bajo—. Solo que me he roto tanto por dentro que ya no se nota por fuera. Ya he llorado más de lo que me gustaría durante esta Tríada.

Él se calla, supongo que en el mundo maravilloso de la realeza no saben qué responder a algo así.

—Ojalá supiese qué decir —confiesa.

—No hace falta que digas nada. A veces el silencio basta.

—Contigo nunca basta. Siempre me quedo con la sensación de que me estoy dejando algo por decirte.

—Pues dilo —respondo, parando en seco—. Si tienes algo que decirme, dilo ahora. Porque mañana quién sabe.

Devrian se detiene también. Me mira y algo cambia en su expresión. La firmeza en la mandíbula. La tensión en la frente. Y ese brillo en los ojos. Ese que no sé qué es todavía.

—Quiero que tengas claro que, pase lo que pase mañana, estoy contigo. No como símbolo, ni como aliado político, ni como primo del rey. Yo. Devrian. El que ha visto cómo te comes el miedo sin dejar que te coma a ti. El que te ha escuchado de noche cuando creías que nadie oía. El que se queda pensando en ti cuando ya te has ido.

No digo nada. No puedo, porque no sé si siento lo mismo. Me limito a seguir andando, esta vez un poco más rápido. Y él me sigue sin más preguntas. Cuando llegamos a la puerta de mi habitación, se detiene. Yo también. Nos quedamos ahí, de pie, frente a frente, con el silencio ese que pesa cuando ninguno se atreve a preguntar lo que de verdad quiere saber.

Devrian me mira y lo veo venir. Da un paso. Inclina la cabeza. Sus dedos rozan los míos. Y entonces lo entiendo todo. Tarde, pero lo entiendo. Porque ya no está sonriendo, esta vez no solo está tonteando conmigo. Esta vez va en serio. Se acerca a mis labios y yo no sé qué hacer…

—No —susurro, apartándome.

Algo dentro de mí no quiere que suceda. Aunque mi cabeza cree que Devrian es lo que necesito, mi cuerpo y corazón me gritan que no. Él se congela. No baja la mirada. Solo se queda ahí, clavado, como si no entendiese lo que ha pasado. O peor aún: como si no quisiera entenderlo. Como si nadie le hubiese dicho que no nunca antes.

—Devrian —empiezo a hablar, más suave de lo que pensaba —. No hay nada entre nosotros. Lo sabes. Siempre lo has sabido en el fondo.

Tarda en contestar.

—Claro —responde, seco. Una palabra. Nada más.

Y lo noto. Noto la chispa de la ira contenida. No grita, no es de esos, pero cada palabra que viene después tiene filo.

—Lo sé. Pero supongo que, por un segundo, pensé que igual tú también querías algo más que paseos y confidencias nocturnas.

—No. No quiero que haya dudas. Te agradezco todo lo que te has interesado por mí y mi seguridad, sí. Pero no así.

—¿Y cómo, entonces? Porque me haces señales confusas, Dionna. Un día te acercas. Al otro te cierras. —Se separa de mí y se pasa la mano por el pelo—. Incluso cuando desaparezco para ver si notas mi ausencia. No soy un puto adorno de pasarela para cuando Seredric te ignora.

—¿Eso crees que es lo que estoy haciendo? —le pregunto incrédula. Creo que noto como la sangre se acumula en la punta de mis dedos.

—No lo sé, dímelo tú.

—Pues no lo hagas más difícil de lo que ya es. No estoy aquí para elegir entre dos hombres. —Atacar siempre ha sido la mejor defensa, y yo pienso defenderme—. Estoy aquí para sobrevivir a una

prueba que, con suerte, no me mata mañana. Solo para que todos nos mantengamos en equilibrio, signifique lo que signifique eso.

Devrian asiente, pero no es un gesto de acuerdo. Es uno de esos que se hacen cuando ya no queda nada que decir sin romper algo.

—Y el dinero y la gloria para tu familia también, creo recordar que solo te apuntaste a la preselección porque… —Parece que se da cuenta de que está cruzando una línea que no pienso tolerar que sobrepase nadie, porque se calla antes de hacerlo—. Está bien. Que descanses.

Da media vuelta y se va. Sin mirar atrás. Ni una palabra más.

◆ ◆ ◆

No han pasado ni diez minutos desde que Devrian se ha ido y yo ya he creado cuatro escenas apocalípticas en mi cabeza. En ninguna sobrevivo mañana. Camino de un lado a otro, como si el suelo pudiese absorber todo lo que no puedo digerir. Sigo con el vestido puesto, más oscuro que la obsidiana. Ni siquiera noto el corpiño apretando mi cintura. No siento nada.

Y entonces, llaman a mi puerta.

Devrian. Seguro. Vuelve a por otra ronda. Vuelve para insistir. Para intentar convencerme o para reclamar algo que nunca le prometí. Puede que mañana me muera, pero no pienso cambiar de opinión.

Abro con fuerza y salgo para que él no pueda entrar.

—Te he dicho que no voy a…

No termino la frase. Frunzo el ceño y no me da tiempo a hacer nada más. Ni siquiera a pensar por qué razón está aquí. No me da tiempo a nada, porque Seredric me besa con rabia. Con hambre. Nunca es dulce cuando se trata de él; es salvaje y crudo. Como si el mundo fuese a apagarse si no me toca.

Y yo… no me resisto. Mi cuerpo se niega a resistirse. Lo beso de vuelta con la misma necesidad, con la misma furia. Le

muerdo el labio. Me aferro a él como si su cuerpo fuese un ancla. Como si solo así pudiese no desmoronarme. Me empuja hacia dentro, cerrando la puerta a ciegas. Ni siquiera sé si estamos andando o tropezando. Solo sé que estamos cayendo.

—Esto no significa que haya cambiado de opinión —susurro entre besos, jadeando.

—Me parece correcto —responde sin dejar de besarme, como si las palabras fuesen solo pausas necesarias para respirar.

Le arranco la chaqueta del traje. Él me quita el corpiño con manos expertas y desesperadas. La ropa cae. No con elegancia; se cae a plomo. Se desparrama por el suelo como lo que es: un obstáculo.

—Que mañana me pueda morir… —le digo, mientras mis dedos buscan su piel—. Esa es la razón por la que está pasando. No te confundas.

—Me parece correcto —susurra, esta vez cerca de mi cuello mientras lo besa y muerde a partes iguales.

No hay nada que explicar. No hay que justificar nada. El roce de sus labios sobre mi cuello me pone la piel de gallina y despierta ese punto mágico que tengo entre las piernas. Nos buscamos como si cada beso fuese el último. Como si este fuera el único instante verdadero en medio de tanto teatro. Baja sus manos hacia mis caderas y me levanta como si no pesase nada. Me apoya sobre el escritorio sin dejar de besarme. Yo me agarro a él con fuerza. Me aferro a su cuerpo con las piernas y bajo mis manos a su cinturón. Lo desabrocho mientras me besa el cuello.

Una vez que no hay ningún obstáculo entre nosotros nos fundimos en uno solo.

No es perfecto. No es poético. Y, sin embargo, no puedo parar de moverme intentando hacer que literalmente lleguemos a estar tan cerca que solo seamos uno. Me vuelve a levantar del escritorio y me coloca en la cama.

Hay deseo. Hay torpeza. Hay sudor. Hay urgencia. Hay miradas que se clavan y respiraciones entrecortadas que nos arrancan las últimas defensas. Sin salir de mí coloca su pulgar en esa zona peligrosa que despertó solo al rozar mi cuello. Enarco mi

espalda justo cuando todo el placer estalla dentro de mí. Sus labios bajan por mi piel como si tuviesen prisa y miedo a la vez. Yo no pienso. Solo siento y dejo que pase.

Cuando creía que sus manos eran capaces de hacerme llegar al mismísimo hogar de la Fundadora, su boca me demuestra que es incluso mejor. Levanto su rostro cuando ya no puedo soportar que siga insistiendo en el mismo punto sin morirme en el intento. Lo beso saboreándolo no solo a él, sino también a mí. Vuelve a entrar en mí como si fuese él el que morirá mañana. No creo que pueda aguantar más tiempo este ritmo. Cuando todo termina, cuando el último gemido se apaga, cuando el cuerpo se rinde… nos quedamos ahí. Jadeando. Pegados. Empapados.

No nos miramos del todo, pero él sigue acariciándome la cara, el pecho, la barriga, todo el cuerpo, como si no pudiese creer que estoy aquí. Yo le paso una mano por el pecho, dibujando un círculo sin parar, para después abrazarme a él como si fuese la única certeza que me queda. Como si este cuerpo, este calor, este silencio compartido, fuese lo único que no se me va a romper al amanecer. No le he perdonado. No le pertenezco. Y, sin embargo, esta noche, aquí, ahora… es lo único que me salva de caer del todo.

—Por cierto, no te preocupes por esto —digo, moviendo las manos en el aire, sin saber exactamente a qué me refiero con «esto», pero refiriéndome claramente al hecho de que acabo de acostarme con el rey de Aethrya y ni se ha preocupado por la posibilidad de crear descendencia como quien se quita una pelusa de la chaqueta—. En la última Bendición Real pedí protección.

Lo suelto deprisa, como si así me diese menos vergüenza o no me ardiera todo el cuerpo todavía. Él arquea una ceja.

—Ah. ¿Conoces a mi prima segunda Lustia entonces?

Le lanzo una mirada como si me acabase de hablar en una lengua muerta. ¿Qué? ¿Qué tiene que ver su prima en esto?

—Mi prima Lustia es la que se encarga de los temas… —Duda un poco, lo justo para que yo ya me esté arrepintiendo de todo lo que acabo de decir—. Sexuales.

Asiento. ¡Claro que sí! La tienda de Lustia, la de la cola eterna en las Bendiciones. No sabía que era su prima. Ese toldo rojo,

las risas, los susurros… la «más discreta del gremio», según ella misma.

Él se ríe. De verdad. Se ríe y la cara se le relaja, los ojos brillan de otra forma. Por un momento, y esto me fastidia admitirlo y jamás se lo diré, creo que nunca he visto nada más bonito que esa risa. Y mira que me ha dado motivos para querer pegarle un puñetazo y tirarlo por la ventana.

—La de cosas que cuenta en las comidas familiares… —dice, riendo todavía—. La gente tiene mucha imaginación.

Asiento, aunque no sé si me estoy enterando de todo lo que está queriéndome decir con esto. Me estoy perdiendo algo. Lo sé. Hay una capa de esta conversación que no estoy descifrando. Y si me quedo callada, voy a parecer más virgen que el aceite de Jaicu. La presión es real. Lustia crea protecciones para no quedarte en estado, porque si todo el mundo sabe que tener un hijo antes de los veinticinco es una locura, tenerlo en mitad de una Tríada ni te cuento. Y aún así, tenerlo y no poder ir a la Tríada por quedarte preñada, es peor todavía. Así que digo lo primero que se me ocurre. Lo que pienso de verdad.

—Tener un hijo e ir a la Tríada es tener poca inteligen-cia, no poca imaginación.

Y él… se ríe de nuevo. Esta vez no puede parar. Se ríe con el pecho. Con la espalda. Con toda la columna vertebral. Se ríe como si acabase de oír el mejor chiste de su vida. Y yo quiero que me trague la tierra. O hacer que lo trague a él.

—¿Qué? —digo, sintiendo entre vergüenza y mosqueo.

Se me acerca.

—A mi prima la gente no solo le pide protección contra el embarazo —me susurra, bajando la voz hasta rozarme el oído. Luego desliza los dedos por el interior de mi muslo, sin prisa—. Pide cosas mucho más interesantes.

Y si ahora mismo me apareciese la Fundadora y yo estuviese desnuda, montada sobre una cabra y cantando en un idioma antiguo… seguiría sin sentirme más ridícula que en este instante. Pero también hay un cosquilleo. Ahí. Muy concreto. A lo mejor cree que la tonta soy yo, pero él tenía más que perder si tiene

un bastardo. Lo miro fijamente. Le sonrío descarada entrecerrando los ojos.

—Ya lo sabía. Igual si vacilases menos, follarías más.

Él arquea una ceja y me da un golpecito en la nariz como si yo fuese una travesura. Se levanta.

—Tengo tiempo para comprobar su teoría, señorita de Caelis.

Y entonces pienso: «no, no tienes tiempo». Yo no tengo tiempo. Porque quiero aprenderme cada parte de tu cuerpo. Quiero memorizar la forma en la que te mueves cuando crees que nadie te está mirando. Estoy jodidamente enamorada de esa manera tuya de no decir nada y decirlo todo. Y, sin embargo, puede que me muera mañana. Así que no, no tenemos tiempo.

—Ahora tengo que irme —dice, poniéndose la camisa y abotonando cada uno de los botones a una velocidad tan lenta que debería estar penada por ley. Su pecho se une con sus abdominales como si alguien lo hubiese esculpido a conciencia solo para joderme la temperatura basal—. Si me ven aquí, voy a perder algo más que la corona.

Y yo, estúpida y ensimismada, le suelto:

—¿Qué tan malo sería perderla?

No responde. Solo me lanza una última mirada. Y desaparece, como todo lo que me gusta últimamente. Me quedo sola. No es la primera vez, pero sí es la primera vez que me quedo sola y desnuda. Con el cuerpo caliente y el corazón enredado. Miro al suelo y veo como el vestido que llevaba esta noche se convierte en la tela más negra que jamás haya visto antes.

Definitivamente, la tonta soy yo.

XXI
Seredric

No hay ruido en mi habitación. Estoy solo. Agradezco estar solo, aunque eso implique estar solo conmigo. A veces no querría estar con lo que sea que soy.

Miro por la ventana: el aire de la madrugada hace temblar las antorchas en los balcones. La Ciudadela duerme, o finge hacerlo como yo. Me quito la chaqueta con movimientos lentos. Los dedos tardan demasiado en abrir los botones que tan rápido me quise abotonar en su cuarto. Me siento con las manos sobre las rodillas. Espalda recta tal y como me enseñaron. Tal y como esperan de mí. Hasta para estar roto hay que tener buena postura. Cierro los ojos.

No debería pensar en ella. De todas las cosas que podría haber hecho ahora mismo... no debería haber sido esa. Pero me la he aprendido de memoria. El gesto que hace cuando no quiere llorar. La forma en que endurece la mandíbula cuando se contiene. El modo en que me mira cuando cree que no la veo. Y, sin embargo, aunque no quiera creerlo, en el fondo de mi ser sé que no fue un error ir a su habitación. Fue... inevitable.

Joder. Ya no soy un adolescente impresionable. No soy un idiota. He estado con mujeres. He sentido deseo, capricho, incluso ternura. Pero esto... esto no es eso. Al principio puede ser que fuese simplemente eso. Es guapa, sí. Aunque no en el sentido banal de la palabra. No sabría decir cuándo empezó. Puede que no fuese un solo instante, sino una acumulación de gestos. De silencios. De

miradas que no bajaban la cabeza. De respuestas que no buscaban complacerme, sino desarmarme.

Dionna no es la clase de mujer a la que uno llama guapa sin que se le atragante la palabra. Es algo que entra en la estancia antes que ella y se queda cuando ya se ha ido. Tiene esa forma de mirar como si estuviese evaluando si mereces su tiempo o no. No su afecto, sino su tiempo en esta vida. Como si su atención fuese un privilegio que uno debe ganarse con hechos, no con simplemente palabras.

Podría describir su cara sin siquiera tenerla delante y no hace ni un mes que la vi por primera vez. Lo he hecho, demasiadas veces, en mi cabeza. La curva de sus labios cuando está a punto de soltar algo que sabe que tendrá un efecto en quien la escucha. Los ojos, esos ojos que no titubean ni aunque le estés hablando desde un trono.

No solamente eso, lo que la hace feroz es que no le tiembla el pulso aunque sí se esté desmoronando el mundo. Es que sangra, y no se esconde. Es que claramente se ve que le duele, pero sigue. Es que se rompe y no pide permiso para volver a levantarse. La he visto aguantar miradas que harían temblar a un general. He sido culpable de muchas de ellas. Y sin embargo… sigue aquí. Sigue mirándome. Sigue exigiéndome ser mejor de lo que soy.

No me enamoré de su risa, aunque la muestre a menudo y sea bonita. Me enamoré de lo que es capaz de callar con los dientes apretados. De la lealtad que no regala, la otorga cuando se merece. Del orgullo que no negocia.

Y eso es lo que me jode. Que cuanto más la conozco, menos puedo permitírmela. Porque no es una figura que se exhibe en los bailes ni una carta política que pueda jugar. Es una llama a la que si me acerco demasiado, me voy a quemar; si me alejo, me voy a congelar. Es tan importante para el reino, que no puedo permitirme el lujo de pensar que lo es para mí. Y yo, que fui criado para gobernar con frialdad, no sé qué hacer con tanto fuego. Y, sin embargo, cada vez que me mira, me descubro deseando arder.

Estoy enamorándome de ella.

Y es un puto problema.

Porque yo no puedo amar libremente. Ni sentir sin que se vuelva noticia. Soy el Rey de Aethrya. No soy Seredric. El trono tiene reglas. Y una de esas reglas dice que quien comparta mi lecho también debe poder compartir mi corona. Linaje. Herencia. Sangre antigua. No importa cuánto haya dado Dionna. No importa cuánto haya sobrevivido, ni cuántas veces me haya hecho temblar. Para los que me rodean, ella sigue siendo una hija de la nada. Su destino no soy yo, su destino está escrito.

¿Podría Aethrya aceptar una reina sin apellido?

¿Podría la profecía tener otra interpretación?

Cierro los puños. Me duele la mandíbula de apretar los dientes. Como si ella necesitase mi nombre para valer algo. La verdad es que no sé si voy a poder renunciar a ella. No ahora, no después de esta noche. No después de mirarla a los ojos y ver el miedo y el deseo mezclados.

El valor.

La rabia.

La vida.

Ella no me pertenece. No quiere pertenecerme. Y, aún así, yo sí le pertenezco a ella; y eso me aterra más que cualquier guerra.

Tengo que decidir. Rápido. Antes de que la Tríada la reclame o la devore y regurgite una especie de monstruo. Antes de que Devrian haga algún movimiento retorcido en su juego sucio inventado en el que Dionna es el trofeo y la profecía se cumple.

◆ ◆ ◆

El desayuno previo a la última prueba siempre es solemne. Los cluams entran y salen como sombras, dejando platos que casi nadie toca. El silencio pesa más que la porcelana.

Estoy desayunando con mi madre. La única persona que me ha dado más miedo que mi padre cuando me metía en algún lío. Lleva un vestido blanco esta mañana. No por simbolismo —nunca le ha importado la superstición, siempre lleva lo que quiere—, sino porque el blanco la hace parecer más distante. Inalcanzable e

intocable: «como debe ser», dice ella siempre. El rostro pulido, sin grietas. Las manos juntas, apoyadas con elegancia sobre la mesa. La cuchara en el bol de yogur no se ha movido desde que se sentó.

—Madre —digo, sin rodeos. No hay motivo para rodeos cuando cada minuto es prestado.

—Hijo.

Las palabras se me agolpan en la cabeza.

—Si… algún día eligiese casarme —empiezo, como si fuera un tema hipotético, como si ya no tuviese una habitación impregnada del perfume de Dionna—. ¿Qué pasaría si lo hiciese por amor, y no por política?

El silencio que sigue se me hace insoportable. Ella parpadea. Una sola vez y luego deja caer lentamente la servilleta sobre su regazo, como si necesitase tiempo para pensar. No suele necesitarlo.

—¿A qué viene esa pregunta, Seredric?

—No lo sé. Quizá a que cada vez se habla más de pactos, de compromisos. De futuros hipotéticos en los cuales yo sigo siendo el único en esta sala con un futuro dibujado por otros, aún cuando quien lleva la *puta* corona en la cabeza soy *yo*.

Su mirada se afila, pero no me detiene.

—No estoy rechazando mi papel —digo e intento calmar mi tono, aunque quisiera destrozar cada uno de los platos sobre la mesa—. No ahora que sé todo lo que está en juego. Solo me pregunto si… existe una alternativa.

Por un segundo, veo la grieta de dolor en su mirada. Pequeña, muy sutil. Apenas perceptible, pero que está ahí. La siento en mis manos si relajo ligeramente mi don.

—Tu padre y yo —dice al fin, con una voz tan baja que tengo que inclinarme levemente para oírla— no nos elegimos por amor.

No digo nada. Sé esa parte. Al menos, lo que cuentan los registros oficiales: unión entre casas, paz garantizada, firma bendecida por los Arcanistas.

—Fue una decisión que sostuvo la paz —continúa, y por primera vez noto que sus dedos juegan con el borde del plato. Como

si no tuviese del todo claro dónde apoyar las manos—, pero mató muchas otras cosas. A veces me pregunto si no mató también una parte de mí.

La oigo decirlo. Lo oigo de verdad. Y no sé qué me sorprende más: que lo admita para ella misma o que lo diga en voz alta así sin más, sin pensar en las consecuencias.

—¿Te arrepientes?

Levanta la mirada. No hay lágrimas. Nunca las hay, porque ella nunca llora.

—Me arrepiento de no haber tenido elección, pero no del resultado. La nación vivió en equilibrio. El continente se mantuvo unido. Tu nacimiento y el de tu hermana… —dice y hace una pausa breve, cargada de una ternura tan rara que casi se siente extranjera — fue la única luz en una unión tan vacía.

Trago saliva. El café se ha enfriado y ninguno lo ha probado.

—Y si yo quisiese otra cosa. Si quisiese…

Sonríe con tristeza en los ojos. Me mira como si volviese a tener cinco años y le estuviese pidiendo comer el postre antes de la comida.

—Hay cosas que simplemente son y siempre serán —me interrumpe, suave pero firme—. Deber, corona, poder, y el pacto con la Fundadora. La profecía se debe cumplir. No porque tú desees algo, puedes cambiar el destino. Al contrario, eres el que debe sostenerlo. El que no puede fallar. Por todos y por el equilibrio de nuestro continente.

Cierro los puños bajo la mesa. Dejo fluir la rabia y la contención por no decir lo que me está abrasando por dentro.

—¿Y si esto es lo único que puede sostenerme a mí?

—De amor no te mueres, Seredric —responde soltando todo el aire de la nariz en lo que parece una carcajada, mirándome como si pudiese leerme la mente—. ¿Estás dispuesto a poner al reino en la balanza solo porque te ha parecido guapa una plebeya? Tenla si quieres antes de que sea necesario cumplir con la profecía. Puedes tener lo que quieras en privado, pero no puedes tomar lo que es de todos.

No respondo, porque lo que tengo que decir sería un crimen en esta sala. Ella lo entiende y se incorpora lentamente, dejando su servilleta sobre el plato como si hubiese terminado la conversación.

—Seredric —dice antes de marcharse—, lo que tú eres pesa más que lo que tú quieres.

Se va sin dejarme nada en claro: solo sé que, por primera vez, empiezo a creer que no estoy dispuesto a vivir igual que ellos murieron. No pienso vivir cumpliendo deberes sin haber elegido ninguno. Tiene que haber otra manera de cumplir la profecía. Y si el mundo no está preparado para una reina sin linaje… quizá tenga que aprender a estarlo.

Porque Dionna tiene que sobrevivir.

Por el bien del continente.

◆ ◆ ◆

El cluam que custodia su puerta me hace una leve reverencia. No necesito ni abrir la boca. Con una señal, se retira. Sabe que quiero estar solo con ella. Ni siquiera llamo a la puerta, simplemente la abro y entro.

Está de espaldas, sentada junto a la ventana. No lleva el vestido del baile. Solo una bata ligera, el pelo recogido a medias en un moño bajo. Entro del todo y cierro la puerta tras de mí.

—Dio… —comienzo a hablar, pero ella no se mueve al oír mi voz, así que continúo—. Quería verte, porque…

—Ya me has visto suficiente —me interrumpe con la voz más fría que el hielo. Como si hubiese estado enfriándose toda la noche y lo que va de mañana—. ¿Has venido a dar explicaciones o a ver si colaba otra vez?

No me inmuto. Me acerco un poco, dejando espacio entre nosotros.

—He venido a hablar. A decirte la verdad.

Ella se levanta y me enfrenta. La mirada le brilla de ira contenida y decepción. Decepción pura y dura. La siento en la punta de mis dedos.

—Ya la sé. Devrian me lo contó esta mañana. Tu poder. El don que ocultas tras esa cara de hielo. Controlas emociones, ¿no? Todo encaja ahora. Las miradas. El deseo. La noche de ayer. Dime una cosa, Seredric… —Su voz tan dura como sus cuerdas vocales se lo permiten. Se acerca un paso. Estamos cerca, peligrosamente cerca—. ¿Fue real o solo jugaste a hacerme sentir lo que necesitabas para que me abriese de piernas?

—Nunca he usado mi don contigo. Jamás. Siempre has sentido por ti misma. Siempre has sido libre.

Ella frunce el ceño, pero no baja la guardia.

—¿Y qué soy entonces? ¿Una excepción? ¿Un experimento? —Abre mucho los ojos fingiendo sorpresa— ¡Oh! ¡Qué suerte tengo! ¡Soy la única en todo el reino que el rey no controla! —Vuelve a su ira anterior—. No pasa nada, Seredric. Soy mayorcita; puedo soportar que solo quisieses pasártelo bien. Todos usáis vuestro don, no pasa nada.

—Eres la primera persona que me ha hecho desear no usarlo jamás. Porque cada emoción tuya es un acto de voluntad. Porque contigo, la verdad duele, pero vale más que cualquier cosa que haya sentido jamás.

Ella se gira y me da la espalda. Sé que eso significa que está a punto de romperse, pero no quiere que la vea. Me acerco un paso. No la toco, pero no puedo dejar que piense todo eso, así que continúo hablando.

—No puedo fabricar sentimientos. No puedo obli-garte a sentir deseo, ni confianza, ni rabia. Puedo amplificar, sí. Puedo alterar estados justo después de las Convergencias, tal vez. Pero contigo... contigo solo he sentido miedo, porque no sé cómo se sobrevive a alguien que no depende de nadie para sentir.

Ella respira hondo. La bata le cae un poco del hombro y la vuelve a subir, como si quisiese cubrirse incluso de mis palabras.

—Y sin embargo, lo hiciste. Me tocaste sabiendo que yo podía estar bajo un hechizo. Que podía confundirme. Me dejaste pensar que…

—No te dejé pensar nada. Joder. Te vi. Me viste. Lo que pasó no fue un error. Fue deseo mutuo. Fue necesidad. Y si me

crucificas por eso, lo aceptaré. Pero no aceptaré que pongas en duda lo que sientes solo porque alguien ha decidido contarte la versión que más le conviene.

Ella se gira. Está llorando. Apenas, pero lo está, y eso me mata más que cualquier acusación. Se le han hinchado los labios. Es guapísima incluso cuando llora. Estoy jodido. Y entonces lo suelta. Así, sin anestesia.

—Anoche Devrian intentó besarme, ¿lo sabías?

Estoy muy jodido. Tardo un segundo en procesarlo. Otro más en contenerme.

—¿Qué? —mi voz no sube, pero el tono cambia.

—Sí, después del baile, cuando me acompañó de vuelta me lo dijo. Que sentía algo. Que creía que yo también. Y yo… le dije que no. Que solo quería su amistad. No insistió, pero se fue dolido.

No sé si quiero romper algo o romperme yo. El nombre de Devrian retumba en mi cabeza como un trueno seco.

—¿Y esta mañana? —pregunto, sabiendo que viene más.

—Esta mañana vino a disculparse. Parecía arrepen-tido. Dijo que no quería que me fuese a la prueba con dudas. Que merecía saber toda la verdad. Es un caballero, uno de verdad.

—¿Y cuál es esa «verdad», si se me permite saber? —escupo la pregunta como si de verdad me importase una mierda lo que opine Devrian. El encantador de serpientes más gilipollas que conozco.

—Tu poder. Me lo dijo todo. Que por eso la gente te sigue. Que por eso muchos te temen. Y entonces empecé a pensar… a conectar cosas. Lo que sentía cuando estabas cerca, lo que pasó entre nosotros…

Aprieto la mandíbula. Devrian, el muy hijo de puta, ha hecho exactamente lo que imaginaba. Plantar la duda en el único lugar donde podía dolerme. Y lo ha hecho como solo él sabe, fingiendo vulnerabilidad, ofreciendo la verdad como si no llevase un puñal oculto. Me gustaría decirle que él también tiene un poder, como todos los que nos bañamos en los pozos subterráneos durante cada Convergencia. Que lleva años afinando su talento para

manipular sin tocar. Que ella no es la primera a la que se acerca con una sonrisa y un secreto a medias. Pero no lo hago.

No.

No voy a usar sus armas. No voy a rebajarme a su juego. Dionna no necesita más distracciones. No ahora. No con la tercera prueba a unas horas de arrancar. Bastante tiene ya con sobrevivir. Así que me trago el veneno y lo entierro cerca para cuando tenga que desenterrarlo.

—No soy él, Dionna —digo al fin, en voz baja—. No necesito convencerte de nada. Lo que siento no depende de tus dudas. No cambia porque tengas miedo a estar equivocada. Yo estoy aquí. Y lo estaré siempre aunque no me mires. No pienso pedirte perdón, porque no he hecho nada.

Ella cierra los ojos. Respira hondo. Tiembla. Solo un poco, pero lo noto.

—Tengo miedo, Seredric. En unas horas puedo morir. Y si muero creyendo que todo esto fue una ilusión, una manipulación más del juego de palacio, entonces prefiero no haber sentido nada.

Me acerco y agarro su cara con ambas manos.

—No eres un trofeo. No eres una pieza más, eres la razón por la que empecé a dudar del tablero entero.

Su respiración se corta un segundo. Luego me aparta con un gesto leve.

—Necesito prepararme para morir con algo de dignidad.

Enderezo los hombros. Me inclino ligeramente intentando mantener la compostura.

—No vas a morir hoy, Dionna.

Me marcho de su cuarto con una única certeza: Devrian ha metido la mano en lo único que no debía tocar. Voy a hacer que se arrepienta y la próxima vez que me sonría, le bajo los dientes.

◆ ◆ ◆

Media hora.

Treinta minutos.

Eso es lo que queda antes de que empiece la ceremonia. Y aún así, no estoy en lo alto del palco real de la Arena como debería. Estoy aquí, en el único lugar de esta maldita fortaleza donde no siento que me estén mirando desde cada rincón: mi jardín. Bueno, no es mío, no oficialmente. Pero todo el mundo sabe que vengo aquí a menudo.

El liravel más antiguo de la Ciudadela se alza ante mí. Hay cinco en total, pero este… este tiene algo. El tronco se curva como si se estuviese inclinando en un gesto de luto. Como si estuviese haciendo una reverencia a algo que ya no existe. Lo entiendo. A veces yo también me doblo por dentro, en silencio, sin que se note en la espalda recta ni en los hombros altos.

La corteza del árbol está fría, aunque el sol lleva horas dándole de lleno. Pongo la mano sobre ella. No sé por qué. Como si me fuera a contestar. Como si los liraveles supiesen algo que yo no.

Florece solo una vez al año, y nunca en el mismo día. Algunos dicen que elige cuándo, según quién esté mirando. Las flores —que parecen de cristal agrietado— no caen como las hojas de otros árboles: se desprenden en silencio, flotan unos segundos en el aire, y luego desaparecen antes de tocar el suelo. Nadie ha encontrado nunca una flor marchita de un liravel. Es como si el árbol no tolerase la decadencia. Puedes cristalizar sus raíces y hubo gente que pudo cristalizar una de sus flores al vuelo. Sin embargo, nunca la encontrarás en el suelo marchitándose.

—Sabía que te encontraría aquí —dice una voz a mi espalda.

Velmira.

Me giro despacio. Lleva un abrigo azul oscuro, el del borde bordado en hilo de plata. No sonríe. Nunca me ha hecho falta verla sonreír para saber que se alegra de verme. Siempre me ha cuidado.

—No queda mucho —añade mientras se coloca a mi lado, con ese andar suyo elegante pero nada forzado—. Estás más pálido que de costumbre.

—No sé si es miedo, rabia o las dos cosas mezcladas.

—Puede que estés sintiendo demasiado. —Una sonrisa se le crea en el rostro de repente—. Para un Valendris eso es casi delito.

No respondo, solo le lanzo una mirada que lo dice todo. Sabe que ha pasado algo. Siempre lo sabe.

—¿Dionna?

—Sí —digo, sin rodeos. Velmira no es de las que pierden el tiempo.

—¿Quieres contármelo?

—Devrian se le insinuó anoche. Y esta mañana fue a «disculparse» contándole lo que nadie debería haberle contado. Mi don. Le dijo que todo lo que pudo haber sentido por mí podría haber sido manipulado.

Velmira chasquea la lengua, como si hubiese probado algo amargo.

—¿Y lo usaste con ella? —me pregunta, aunque sabe la respuesta. O eso espero; me conoce bien.

—Nunca. Ni una vez.

—Entonces no tienes nada de lo que avergonzarte.

—No es vergüenza —le digo, mirando otra flor que flota unos segundos antes de desvanecerse—. Es impotencia. Porque por un momento… por un solo momento, pensé que ella podría verme. A mí. No al trono. No al poder. A mí. Incluso creí que yo podría elegir. —Necesito hacer una pausa para soltar lo siguiente—. Haría lo que sea por poder salvarla hoy.

Velmira guarda silencio. Mira al árbol también y suspira.

—Te entiendo más de lo que crees —dice acariciándo-me el hombro.

—¿Por qué lo dices?

—Porque yo también quise algo antes con tantas ganas que me rompí por dentro, hice algo horrible para poder conseguirlo. —Hace una pausa y me mira—. Y aún así no lo conseguí. Me engañaron. No dejes que te engañen, Seredric.

Me giro hacia ella. No sé a qué coño se refiere, pero suena grave.

—Nunca me lo habías dicho.

—Nunca tuviste por qué saberlo. Hasta ahora.

—¿Y qué pasó?

—Eres como un hijo para mí. Lo sabes, ¿verdad? —habla sin mirarme a los ojos; parece avergonzada.

—Claro que lo sé.

—Renuncié a muchas cosas y puse en peligro a mucha gente para poder ser madre —dice, con esa calma rota que solo se aprende después de haberlo perdido todo—. De amor sí se muere, Seredric. Puede que no por fuera, pero sí por dentro. Como si algo te fuese comiendo por dentro hasta que ya no te queda nada con lo que amar a nadie más. No tener nada por lo que vivir, es como estar muerto.

Trago saliva. El viento mueve las ramas del liravel, pero nada suena cuando cae. Solo flota. Como el miedo. Como esta jodida tristeza que me come por dentro.

—No sé si quiero esta corona si no puedo tenerla a ella.

—Entonces lucha por ella —dice y vuelve a sonreír—, pero ten mucho cuidado.

—¿Y si pierdo?

—Hijo mío —me dice, usando esas dos palabras como si me las hubiese estado guardando toda la vida, siendo más madre ella de lo que ha sido nunca mi verdadera madre—, tú no has nacido para simplemente ganar. Has nacido para decidir por qué vale la pena perderlo todo y por qué no. —Hace una pausa y parece dudar —. Hay algo más que tienes que saber —añade bajando la voz—. Sobre la prueba.

—¿Qué debo saber exactamente y por qué coño nadie me cuenta nada?

—Este año… la de este año será una de las más duras que hemos visto nunca. No creo que sea Valor lo que determine quién sale victorioso.

La miro. Mi estómago se tensa.

—¿Por qué?

—Porque… por mi culpa. No puedo contarte más. No aún. Pero lo siento, Seredric. Lo siento de verdad.

—¿Qué has hecho, Velmira?

—Lo único que creí que podría llenar el vacío que siento por dentro. Pero puede que haya condenado a mucha gente en el

proceso.

No sé qué decir. No sé si quiero saberlo.

—¿Dionna…? —empiezo.

—No puedo decirte nada más. Solo… cuídate. Y si no puedes salvarla, al menos no dejes que el continente pierda a un buen rey.

Miro al liravel. Una flor más flota y se desvanece.

—¿Sabes qué dicen de estos árboles? —pregunto.

—¿El qué?

—Que si te duermes bajo uno, sueñas con alguien que perdiste. Pero no como eran, sino como habrían sido hoy si nunca se hubiesen ido.

Me pone una mano en el hombro y la campana de bronce resuena a lo lejos.

XXII
Dionna

A estas alturas ya nadie importa más que otro. No hay linajes, ni títulos, ni secretos. Solo nombres escritos en listas que se acortan cada semana. Al final Krekk iba a tener razón y ahora somos iguales. Yo aún estoy aquí. No sé si es suerte, castigo o una mezcla extraña de ambas.

Los Arcanistas nos guían, envolviéndonos en un manto de silencio como si hablar en este tramo fuese a profanar algo sagrado o algo demasiado terrible como para nombrarse. Cuando cruzamos el umbral de la Arena, todo es diferente. Hay una estructura en el centro. Un altar negro, bajo, rodeado por runas que parecen salir del suelo. A su alrededor, nueve figuras encapuchadas e inmóviles. Son los Nueve Antiguos Arcanistas. Nunca los había visto tan de cerca.

—La última prueba —dice uno— se realizará en las profundidades de Aethrya.

Eso es todo. No hay más explicación.

—¿Qué significa eso? —alcanzo a oír a alguien susurrar entre dientes, pero nadie responde.

Levanto la vista hacia el palco real. En el espacio reservado a la familia Valendris no está él. Siento una punzada extraña. No debería importarme, pero me importa: Seredric no está. Me digo que da igual, que mejor así, que no necesito miradas para recordar lo que somos… lo que no somos, más bien. Y, aún así, duele un poco.

Devrian sí está. Lo veo unos metros más allá, entre dos herederos de dos casas nobles del Norte. Me sonríe. Esa sonrisa

suya, ladina, como si todo fuese parte de un juego privado. Y me guiña un ojo. Me quedo quieta. No sé qué espera de mí. ¿Una sonrisa de vuelta? ¿Un gesto de complicidad? Lo único que siento es el estómago encogiéndoseme. Algo no me cuadra. Aún no sé qué es, pero mi cuerpo lo nota antes que mi cabeza. No tengo tiempo para pensarlo. No ahora.

Nos llaman uno por uno, como a ellos les gusta: creando una especie de desesperanza al ser elegido para enfrentarte a la muerte mientras todos escuchan tu nombre. El primer Aspirante al que llaman avanza y se acerca al altar. La piedra se abre en una grieta.

No es magia convencional. Lo que pensaba que era una runa es en realidad una especie de piedra brillante. Está hecha de una magia que me llama como algo más antiguo que las runas tradicionales: parece estar viva. La piedra que le abrió paso al Aspirante está hecha con algo diferente. Algo que te abre un pasillo hacia las entrañas de la tierra.

La siguiente Aspirante en entrar —una chica del Este que nunca ha dicho su nombre en voz alta— es engullida por la abertura. La sala se la traga, literalmente, y luego se cierra como una boca que ha terminado de masticar.

Algunos retroceden un paso instintivamente justo antes de atravesar la piedra. Cada vez que alguien desaparece, el altar superior parece latir más rápido. Como si el propio suelo supiese que está devorando esperanza y que está a punto de tragarse el último resto de fe que nos queda.

Una mano toca mi brazo. Es Cristalith. No dice nada. Me mira solo una vez y luego asiente. Es su turno, ¿la volveré a ver? Se acerca a la puerta y desaparece también. Me muerdo el interior de la mejilla hasta sangrar. Sándor está justo detrás de mí y, aunque no hablamos, me siento menos sola. La sala sigue abriéndose. Tragándose nombres. Historias. Vidas. No sé si alguno volverá. No sé si yo lo haré. Pero cuando al fin me nombran, cuando la capucha negra gira hacia mí, lo único que hago es caminar. Sin mirar atrás. Sin pensar en nadie. La boca de piedra se abre y entro a las

entrañas de la tierra. El mundo se traga mi sombra y el latido me envuelve.

La prueba ha comenzado.

La oscuridad me traga en silencio. En un instante el cuerpo deja de pesar y el pensamiento se vuelve ruido blanco. El aire cambia. Ya no huele a piedra húmeda ni a sudor ajeno. Estoy en un pasillo estrecho de piedra rugosa, agrietada como si sangrase por dentro.

La Forja de los Héroes.

Así lo llamaron, pero aquí no hay fuego. Ninguno que pueda verse. Solo el que empieza a arderme en el pecho, lento, brutal, como un carbón enterrado bajo la piel. No hay ruta a seguir ni reglas que cumplir.

El pasillo se deshace. No hay otra forma de describirlo. Literalmente se deshace, como si alguien hubiese tirado de un hilo invisible y toda la realidad se deshilachase delante de mí. Piedra a piedra todo va cayendo a mi alrededor. Como un telón en una obra de teatro cuando se cambia de escena.

Estoy en otro lugar.

Un campo inmenso cubierto de trigo, o lo que queda de él. Está muerto. Todo está muerto. Las espigas están rotas, secas, negras en las puntas como si el fuego las hubiese besado justo antes de perder el interés. El cielo es de un gris enfermo, con nubes bajas que se mueven al viento, que me susurra. Susurra cosas que no entiendo del todo. Nombres. Frases a medias. Mi voz, a veces. La de otros, también. No debería oírlas; son de otro tiempo, de otra yo, pero están ahí. Jugando con mi memoria. Retorciendo los márgenes de lo real.

Avanzo no sé hacia dónde. Solo sé que quedarme quieta sería peor. Que aquí, el estancamiento tiene pinta de ser castigo. El suelo cruje bajo mis pies, pero no me suena a hojas ni a trigo. Miro hacia abajo y veo miles de huesos. Algunos pequeños, otros parecen crear esqueletos completos. Levanto la mirada y entre todos esos huesos…

Hollieth.

Pequeña. Su cuerpo cubierto de barro hasta las rodillas. Lleva sus botas grises de los días de tormenta, esas que odiaba porque decía que el agua se le metía igual en los pies. Está parada entre dos hileras de espigas secas, con una mano extendida hacia mí. Sus ojos… ¡por la Fundadora!, sus ojos están vacíos.

—¿Por qué no fuiste tú? Podrías haber sido tú. En realidad te querían a ti.

No puedo hablar. La garganta me arde de tal forma que las palabras no encuentran la salida al exterior. La pregunta me corta en lo más hondo de mi ser, porque no hay una respuesta, simplemente yo no tenía el don. Porque cada vez que recuerdo su nombre, me pregunto lo mismo: ¿por qué ella? ¿por qué yo no? ¿por qué ninguna de las dos tuvo la oportunidad de elegir?

Quiero acercarme y decirle algo, pero en cuanto doy un paso, desaparece. Así. Como si nunca hubiese estado. El campo cambia. Se curva, se pliega sobre sí mismo y me empuja a otra imagen. Parece funcionar como funcionan los sueños, como cuando cambias de escenario sin saber muy bien cómo.

Kiri.

Está de pie y tiembla. Sus trenzas están sueltas. Sus ojos lloran sin fuerza, como si ya no le quedaran lágrimas con vida. Tiene sangre en la boca. Solo un hilo, delgado, pero tan rojo que parece dibujado. Me mira como si yo fuese el monstruo bajo su cama.

—No me cuidaste —susurra—. Dijiste que siempre estarías, pero nunca volviste. No estuviste cuando te necesitaba.

—Kiri… —la voz se me quiebra. No importa que sepa que no es real. Que no es ella. Me duele igual. Como si lo fuese. Como si estuviese sangrando de verdad y yo no pudiera detenerlo. Mis hermanas son el reflejo de todo lo bueno que hay en el mundo y no pude proteger a ninguna.

Intento tocarla, pero no me deja. Se aparta con un gesto brusco y los ojos abiertos de par en par. La sangre le baja por el mentón y su cuerpo empieza a volverse ceniza desde los pies. No grita ni suplica. Solo llora en silencio mientras se deshace. Siempre que llora juro ver cómo se deshace.

Me arrodillo.

La voz de mi madre irrumpe como un latigazo en el viento. No la veo, pero está. En todas partes. Gritando desde algún lugar por encima del campo. Como si estuviese en una ventana que no existe, en una casa que no tiene paredes. Está por todas partes y en ningún lado a la vez: está dentro de mí como si fuese la voz de mi propia conciencia.

—¡Menuda vergüenza! Solo traes desgracias.

Me tapo los oídos. No sirve de nada. La voz no entra por ahí: está dentro. En mi estómago. En mis costillas. En mi puta columna vertebral.

—¡Siempre fuiste una carga! ¡Siempre fuiste un error!

La tierra tiembla bajo mis rodillas. No sé si es parte de la prueba o si es solo una alegoría retorcida de lo que siento por dentro. Me inclino hacia adelante. Las manos en la tierra. Los dientes apretados.

Mi padre.

Está allí, a unos pasos. Inmóvil. Ni grita ni se enfada, simplemente está ahí. Y eso duele más que todo lo anterior. Me mira con esos ojos vacíos que nunca aprendí a leer. Como si no hubiera nada en mí que mereciese ser visto. Solo cuando explota parece existir esa parte de él que ha escondido siempre. El miedo. La insatisfacción. La vergüenza. La pena. La impotencia. Hace años que ya no tiene esa chispa suya… era divertido, cariñoso, lleno de vida y de ganas por descubrir. En cambio ahora…

—¿Alguna vez…? —le pregunto sin voz— ¿Alguna vez te importé? ¿Alguna vez te importó hacernos felices cuando todo se estaba viniendo abajo?

No responde: solo se da la vuelta y se marcha.

No dejo de temblar.

La Forja de los Héroes no necesita fuego. Nos están dando con lo que más nos duele para debilitarnos. Han descubierto esta forma particular de deshacer el alma, hebra por hebra, hasta que no quede nada que arda. Y yo estoy empezando a deshacerme. Les estoy dejando ganar incluso antes de empezar.

Corro.

Corro aunque mis piernas duelan, aunque el pecho se me hunda a cada bocanada de aire. Corro entre pasillos que no sé si se retuercen o me retuercen a mí. Grito, pero mi voz no suena como mía. Y lloro. Me da igual que estén proyectando esto a todo el continente. Ya no me importa si están viendo como todo me sale mal. Como no soy capaz de llevar mi propia culpa sobre los hombros. Ya no distingo si el llanto es de ahora o de entonces. De todo lo que vi. De todo lo que aún no he entendido.

No sé si avanzo o me pierdo. El espacio no obedece a la lógica. A veces camino y el suelo se vuelve lodo. A veces caigo y aterrizo sobre piedra seca. La piedra me desgarra la piel del gemelo derecho, pero sigo corriendo. Hay puertas que se abren hacia dentro y me devuelven a la infancia. Hay sombras que huelen a mi madre y me escupen la voz de mi padre. Hay espejos que devuelven versiones de mí que creía muertas. Una Dionna con la sonrisa torcida, otra con los brazos llenos de sangre, otra más que no llora ni aunque la ahoguen. Todas las Dionnas que se me presentaron durante la Tríada y todas con las que he soñado alguna vez.

Escucho su respiración entrecortada. Escucho su voz.

—No…

La reconozco. Me detengo. Mis pies se hunden hasta los tobillos en lo que parece sal húmeda. La herida abierta de mi pierna escuece. Reprimo el grito que empieza a nacer en mi garganta.

—¿Sándor?

Su voz apenas es un susurro. Lo busco con la mirada y ahí está: atrapado dentro de una sala sin techo, sin esquinas. Como si el mundo se hubiese curvado sobre él. No hay barrotes, pero está encerrado. La ilusión no necesita hierro. Solo recuerdos. Veo como se agarra a unas barras invisibles que zarandea sin parar.

—No lo sabía. Yo… pensé que sería mejor para todos. Elegí mal. Elegí mal.

Está de rodillas. Repite las palabras una y otra vez. Como un rezo, pero sin fe. En su frente hay una línea de sudor que no se seca. Sus labios están agrietados. Sus ojos son dos pozos de hielo. Azules, sí, pero más claros que nunca. Como si alguien hubiese apagado la luz por dentro.

—Sándor, soy yo. Dionna.

No parece poder oírme, o no quiere. Sigue recitando.

—La Plaza… la Plaza de Armas… Lo vi todo. Vi la piel de mi hermano arder. La vi y no pude hacer nada. Me lo dijeron: si elegías la protección, viviría, pero no lo hiciste. Elegiste mal. —Se golpea la cara con fuerza con ambas manos—. ¡Subnormal!

Me acerco al borde de la ilusión. Hay algo allí. Como un velo. Una membrana. Me deja ver, pero no me deja entrar. Cuando intento acercarme, me golpea el pecho con un pulso. Lo intento otra vez. Y otra.

—¡Sándor! —grito con todas las fuerzas que me quedan—. ¡Escúchame! No pasó nada de eso. Estás mezclando historias.

Veo un pequeño destello en el aire, me concentro y camino hacia él. El impulso mágico ha desaparecido. Agarro su cara con mis manos y me transporto a sus pesadillas inmediatamente. Las imágenes a mi alrededor cambian. Un niño pequeño le grita desde una colina de ceniza. El rostro de su padre se asoma por una ventana suspendida en mitad de la nada, con esa mirada dura, la que usó cuando luchábamos por ganar el desafío de las Montañas Forjafuego.

—No eres digno de nuestro nombre —dice el padre—. Nunca lo fuiste. No eres más que un intento fallido de la sombra de tu hermano.

—¡Basta! —grito a la nada, porque podría estar partiéndome en mil pedazos y aún así sacaría fuerzas para ayudar a quien quiero.

Prometo que aúno todas mis fuerzas en la rabia y tristeza que llevo dentro y grito como si me fuese la vida en ello. La ilusión vibra.

—¡No es verdad! —grito y miro hacia arriba, hacia todas partes— ¿A qué coño estáis jugando? ¡Todo esto es mentira! —Me giro hacia Sándor de nuevo—. ¡No tienes que quedarte aquí! Escúchame, por favor…

Espera un momento, el cáliz. Miro al cielo.

—¡Elegí protegerlo! Eso tiene que valer de algo. Sacadlo de aquí. ¡Elegí protegerlo!

Las grietas se extienden. Las imágenes empiezan a parpadear. El niño se esfuma. El padre se aleja. La habitación se contrae como si respirase con miedo.

—¡Sándor!

Por fin me oye. Sus ojos me buscan y al verme, la ilusión colapsa. La sala se disuelve como sal en agua. Su cuerpo se desploma aún más a mis pies, jadeando, empapado en sudor y tierra.

—Dionna…

Me mira y llora. Veo a un hombre enorme llorando como un niño. Me abraza. No sé cómo tengo fuerza para sostenerlo; es un gigante.

—Te tengo, Sándor, pero tenemos que seguir. Esto no ha terminado.

Asiente, pero su cuerpo tiembla.

—No sé cuánto tiempo llevo ahí… Ni siquiera sabía lo que era real.

—Da igual, estamos juntos ahora.

Le ayudo a levantarse. Caminamos. No sabemos cuánto. A veces nos separamos sin querer, arrastrados por muros que aparecen entre nosotros. Otras veces, caminamos pegados, con las manos rozándose sin atreverse a agarrarse. El tiempo no existe aquí. Solo existe el dolor.

El espacio cambia de forma como un corazón latiendo con miedo. Lo que era piedra se convierte en aceite. Lo que era agua se vuelve sangre. Solo sé que seguimos porque duele. Y mientras duela, estamos vivos.

Finalmente, el túnel se abre a una cámara inmensa, circular, tallada en cuarzo transparente. Como si estuviésemos dentro de un cristal.

En el centro, tres figuras.

Encapuchadas.

Inmóviles.

Solo podemos ver los pliegues de sus túnicas flotando sobre el suelo como si el vacío los sostuviese. Cada una sostiene una lanza larga y negra. Todas hechas de cristal.

—Bienvenidos —dice una voz que no sale de sus bocas. No hay sonido en el ambiente, la sentimos en el estómago, en el esternón.

—Habéis superado la primera parte —dice otra voz.

—La más sencilla —añade la tercera.

Me obligo a respirar.

—¿Qué coño es esto? —mascullo entre dientes.

—La cámara final —responden al unísono.

—Solo uno puede salir —dice una de ellas.

Me giro hacia Sándor sin querer entender bien lo que acaba de decir.

—¿Qué? —pregunto aterrada.

—Uno debe ceder —dice una de las figuras.

—O ser destruido por el otro —dice otra.

—Habéis sido elegidos como almas mellizas: solo una puede vivir —dice la tercera.

Las lanzas se inclinan hacia el centro. Hacia una especie de círculo tallado en el suelo. Un anillo de símbolos que no reconozco.

—¿Qué significa eso? —pregunto, avanzando un paso.

—Significa que el camino solo tiene una salida. Uno debe ser el fuego, el otro el arma que salga de él.

—¡No! —Mis ojos no saben donde quedarse, viajan por toda la sala buscando el mecanismo que nos salve a los dos—. ¡No podéis hacernos esto!

—No es elección nuestra. Esto es la Forja.

Me giro hacia Sándor. Él ya ha entendido; sus ojos me lo dicen todo. No me va a atacar.

—Sándor…

—No pienso luchar contigo, Dionna.

—No te hace falta luchar para ganar, ¡mides dos metros y me llevas 50kg!

No puedo respirar, es evidente que buscaban matarme. No he visto a otro aspirante ahí dentro: solo a Sándor.

—Entonces moriremos aquí, porque no pienso hacerte daño —lo dice tan naturalmente que parece haber ensayado esa frase.

—Debe hacerse una elección —susurran las figuras al unísono—. Una voluntad. Un sacrificio.

Me duele la garganta de tanto gritar por dentro, aunque no haya dicho nada. Sándor se arrodilla en medio del círculo.

—¡No! —Lo agarro como puedo, aunque es inútil, ni lo muevo—. ¡Ni se te ocurra hacer esto!

—Escúchame. —Me mira tan intensamente que mis lágrimas comienzan a agolparse en mis ojos y dejo de verlo—. No hay otra forma. Ya he fallado demasiadas veces. Esta vez… quiero elegir bien.

—No puedes… —empiezo a decirle y ya no puedo evitar guardar las lágrimas en mis ojos y caen en gotas que me mojan las mejillas y caen hasta mi ropa—. No puedes hacerlo, porque tú me salvaste a mí una vez.

—Sí puedo, porque tú mereces salir. —Me sonríe y algo dentro de mí no puede soportar esa sonrisa entre tanto dolor—. Porque tienes algo que yo ya perdí.

—¡Y una mierda! —Le golpeo el pecho tan fuerte como puedo.

—¿Te acuerdas de todo lo que hablamos? —Sigue sonriendo como si esto fuese una de nuestras conversaciones mientras descifrábamos una de las pistas de los desafíos—. Tú puedes conseguirlo.

—¿Y tú recuerdas que debíamos conseguirlo todos juntos? —Intento moverlo, no veo nada, las lágrimas ruedan por mis mejillas, por mis labios, por todas partes.

Él sigue sonriendo con los ojos llenos de agua.

—Gracias por volver a por mí —me dice, mientras se limpia las lágrimas que amenazan con caer de sus ojos con el dorso de una mano—. ¿Sabes qué? Alguien especial lleva tiempo hablándome de ti. De mí. De todos. —Parece hacer una pausa para mirarme con más intención—. Si alguien puede conseguirlo desde dentro, eres tú. Lo llevas dentro, Dio… solo que aún no lo sabes —concluye e inclina la cabeza hacia arriba, dando la orden muda.

Las figuras avanzan y las lanzas se alzan.

—¡No! Sándor, espera…

Y entonces, el cristal se rompe sobre él. La lanza atraviesa su ojo izquierdo con la precisión cruel de un juicio ya dictado. No hay sangre de inmediato. Solo un hilillo oscuro que resbala lentamente por su mejilla, como si incluso su cuerpo se resistiese a aceptar lo que ha ocurrido.

Yo sí grito. Grito como si el aire fuese cuchilla y mis cuerdas vocales, papel.

—¡NO! No, no, no, no….

Me abrazo a él mientras me resbalo y me deslizo por el suelo, que parece hecho de espejos rotos y de sal mezclándose con su sangre. Perfecta combinación para que sufras. Él aún respira, pero no debería. Es imposible que aún esté respirando. Me mira con la lanza de cristal aún atravesándole el ojo. Y sonríe.

—Sabía… —dice, la sangre ya le mancha los dientes y corre libre por todas partes— que vendrías a por mí otra vez.

—No —le susurro—. No me hagas esto. No me hagas esto, Sándor. —Acaricio su cara y su sangre se me mete entre los dedos —. Tienes que quedarte.

No sé en qué momento mi cuerpo deja de sostenerse. Me desplomo junto a él. Lo cojo, lo aprieto y su cuerpo... ya no tiene fuerza. Él que es un hombre tan corpulento, tan fuerte y noble. Ya no hay calor suficiente.

—Aún no. Por favor, aún no. —Intento moverlo mientras le sigo hablando—. Venga, aún tienes que vivir tantas cosas… —digo mientras le acaricio el pelo. Le tiembla un párpado. Su pecho sube en un último intento de aferrarse a la vida.

Baja.

Y ya no vuelve a subir.

El silencio que sigue no es un silencio cualquiera. Es un silencio que precede al sonido que escucho dentro de mí. Podría jurar que no es una metáfora, sino que me parto de verdad. Como si alguien hubiese metido la mano dentro de mi pecho y me hubiese estrujado el corazón como si fuera un papel: puedes intentar alisarlo después, intentar devolverle su forma, su dignidad, su ritmo; pero nunca vuelve a ser el mismo. Nunca.

Uno de los dos no tenía otra opción. Eso no fue demostrar valor, fue un sacrificio. Uno no iba a salir. No es un honor. Es una sentencia. Una que voy a llevar clavada en los huesos el resto de mi vida.

Intento hablar, pero, una vez más, no puedo. Mi garganta es un túnel sellado por el dolor. Todo mi cuerpo tiembla, pero no me muevo. No quiero que se enfríe. No quiero que se lo lleven. No quiero lo inevitable. No quiero. No puedo.

—Te odio —susurro al vacío—. Te odio por hacer esto.

No hay respuesta. Solo ese hilo de sangre secándose en su mejilla. Solo el eco de lo que fuimos y el temblor de la lanza de cristal deshaciéndose en mil pedazos.

Escucho el vacío: la nada. Me llena por dentro y no puedo moverme. Nada tiene sentido. Tiene que ser otra ilusión. Aún no he salido de la pesadilla. Puedo cambiarlo. Sándor no se ha muerto, aún puedo volver. Puedo arreglarlo. Mis ojos se mueven por la sala buscando el error. Buscando lo que no encaja para aferrarme a la idea de no estar viviendo esto. Cuando de repente el mundo se vuelve a retorcer.

No sé si es mi cuerpo, o la piedra bajo mis pies. No sé cuánto tiempo ha pasado desde que el aliento se le escapó entre los labios. Desde que su pecho dejó de moverse. Desde que mi alma dejó de ser la que era. Estoy sentada junto a su cuerpo. Me niego a cerrar los ojos. Me niego a mirar a otro lado. Si esto es lo último que va a quedar de él, entonces lo voy a memorizar. Cada línea de su rostro. Cada mechón rebelde. Cada gota de sangre que ya no brota. La lanza se ha disuelto, pero el daño permanece. Porque el daño siempre permanece.

Escucho un crujido leve. Como el sonido de una grieta propagándose por un cristal. El suelo se agita bajo mi palma y la cámara empieza a deshacerse. Las paredes de cuarzo se agrietan, como si el lugar mismo se estuviese resquebrajando de la vergüenza. Como si este espacio supiese que ha presenciado algo demasiado grande para digerirlo. Sándor desaparece de mis brazos.

Una luz.

Ciega.

Blanca.

Total.

Una puerta en medio de la nada aparece. Solo una puerta roja que se abre invitándome a entrar. Se abre sola y hacia la nada. Ni siquiera está colocada en una pared. Solo se abre, como si la Forja de los Héroes hubiese decidido que ha tenido suficiente. Que ha cobrado su precio y ya puede escupirnos de vuelta al mundo real.

Camino. Paso a paso. No sé cómo me sostengo. Llevo los brazos cruzados sobre el pecho, como si aún sostuviese el cuerpo de Sándor, pero ya no está. Me lo han quitado.

Me lo han quitado.

Me lo han quitado todo.

Me han quitado la fuerza, mi familia, la amistad, la confianza... Todo lo que soy fuera de mi cuerpo, ya no está.

¿Quién eres cuando no te queda mundo al que volver?

Salgo.

La luz del exterior me golpea como una bofetada. Me cuesta enfocar. Veo figuras. Escucho voces.

Distingo a Cristalith sentada sobre una roca, con la túnica rasgada y la mirada ida. Tiene tierra en la cara, sangre en el pelo y los labios partidos. Me mira solo una vez.

Odrien sale justo detrás de mí. Aunque no estábamos en la misma sala, sí sale de la misma puerta que acabo de atravesar. Tiene sangre en una ceja y le falta parte de la camisa. Anda como un fantasma. Como si el cuerpo avanzase sin él. Sé exactamente a quién está buscando con la mirada cuando pasa a mi lado. Se acerca a Cristalith y le roza el hombro. Ella no se aparta, pero tampoco le devuelve el gesto. Parece estar muy lejos de aquí.

Krekk Morvhaen sale tambaleándose. Su ropa, más cara que la que cualquiera podría llevar en una prueba, está reducida a jirones. Tiene los nudillos abiertos y la mirada encendida. No parece alegre. Ni siquiera parece aliviado, solo hay ira en su mirada.

Mirtel Arhkar cruza la puerta con los ojos llorosos, pero no llora. Tiene el gesto endurecido, como si le hubiesen arrancado el llanto a la fuerza de los golpes. Me mira, y aunque no somos amigas, asiente.

Los mellizos Mecennis salen últimos. Primero sale Trilla. Cuando ve que su hermano Klum sale después de ella, su esperanza parece volverle a los ojos. Ambos tienen marcas idénticas en el cuello, como si algo hubiese intentado asfixiarles. Se miran entre ellos con esa complicidad que sólo los gemelos entienden. Algo horrible tuvo que pasar en su sala.

Siete.

Solo somos siete. No sale nadie más. Me giro, esperando… pero no hay nadie más.

—¿Dónde…? —susurro, aunque ya sé la respuesta.

Cristalith se pone en pie.

—No queda nadie más.

Mis rodillas flaquean.

El espacio a nuestro alrededor está plagado de Arcanistas, guardias, nobles y la familia real. Todos esperan. Algunos aplauden. Otros susurran. Pero ninguno entiende de verdad lo que acaba de pasar. Ninguno de ellos ha cruzado esa puerta.

—¿Qué ha pasado ahí dentro? —pregunta Klum.

Nadie responde.

—¿Dónde están los demás? —insiste Trilla mirando al frente.

Mirtel gira el rostro y escupe sangre al suelo. No dice una palabra. Krekk da un paso al frente. Mira al palco real. Mira a los Valendris. Mira al Consejo. Alza la voz:

—Hemos demostrado fuerza, inteligencia y valor por el equilibrio y la prosperidad de Aethrya. —Alza los brazos con las palmas hacia arriba y gira sobre sí mismo, con una sonrisa en la cara, que la Fundadora sabe bien que le quitaba de la cara de gilipollas que tiene, mirando a todos con aires de superioridad—. ¡Saludad a los Héroes de la Tríada de este año!

Los murmullos y los vítores estallan. Ninguno de los demás supervivientes decimos nada. Solo escucho el estruendo de la felicidad y la diversión.

◆ ◆ ◆

Llevamos por lo menos una hora solos en una sala. Solo Krekk se ha atrevido a hablar. Sobre sí mismo, evidentemente. Su ego nunca dejará de sorprenderme. Seguimos manchados de sangre. Tras la adrenalina que me mantuvo en pie los primeros minutos, el dolor de mi pierna se ha despertado y no puedo soportarlo más. Cuando voy a levantarme para exigirle respuestas a los guardias que nos custodian, un Arcanista entra por la puerta.

—¡Este es el perfecto ejemplo de la fuerza, inteligencia y valor de nuestros Héroes de Tríada! Respeto y grandeza os esperan —dice mientras entra sonriendo. No es habitual ver a un Arcanista tan feliz y mostrando una sonrisa.

—¿Respeto? —responde Mirtel, con una risa amarga—. He visto a mi mejor amigo partirse el cráneo contra una ilusión que le dijisteis que superase. Merezco algo más que vuestro respeto.

Me adelanto. No sé de dónde saco la fuerza, pero lo hago.

—No fue una prueba. Fue una puta trampa —digo mientras señalo al Arcanista con el dedo, sin miedo a perderlo—, nos obligasteis a elegir quién moría. Nos obligasteis a matar, no a mostrar nuestro valor y morir si no teníamos el suficiente. ¡No tuvimos opción! —Todos me miran, pero nadie habla—. La Tríada no busca héroes. Busca víctimas que decorar con nombres bonitos. Nos llamarán valientes, nos pondrán coronas, pero lo único que hemos hecho es sobrevivir a una masacre organizada.

Un silencio gélido se instala en la habitación. El Arcanista no se mueve. Toda la vitalidad que mostraba cuando entró por la puerta se desvanece. Me acabo de convertir en una amenaza. Cristalith da un paso. Se coloca a mi lado y me susurra al oído:

—Así no conseguiremos nada, pero de perdidos al río.

Odrien la sigue. Y luego, Mirtel y los mellizos. Krekk sonríe y se pone entre nosotros y el Arcanista.

—Espera, espera, espera. —Ríe mientras hace aspavientos con los brazos—. No agüemos esta maravillosa fiesta. Tanta sangre nos está confundiendo. Necesitamos descansar y que nos curen antes de la cena de celebración. —Me mira con la sonrisa más falsa que he visto en mi vida y dándome un abrazo de lado le sigue

hablando al Arcanista—. Nadie tiene por qué estropear el equilibrio del continente por sentirse confundido.

Nadie dice nada.

—No voy a perdonar esto —susurro.

No sé si alguien me oye, pero tampoco importa. No necesito que lo escuchen. Solo necesitaba soltarlo. En la Forja de los Héroes no me hicieron ni más fuerte, ni más inteligente, ni más valiente. Me hicieron pedazos, y con esos pedazos voy a forjar algo distinto. Algo que no les pertenezca.

El Arcanista me observa con una expresión que no logro descifrar. Es una mezcla de fastidio, cálculo y algo más que se esconde en la comisura de su sonrisa tensa. Tiene las manos cruzadas a la espalda, pero las mueve al oír las palabras de Krekk. Lo estudia, como si estuviese decidiendo si darle la razón o partirnos el cuello a todos con solo un pensamiento.

—La fiesta, sí —dice al fin, con un tono suave—. Es lo que se espera, ¿verdad? Alegría. Reconocimiento. Brindis en vuestra honor. La gente necesita veros sonreír. Solo necesitáis descansar. Lo entiendo.

Nadie responde. El aire en la sala podría cortarse con un cuchillo. Miro de reojo a Odrien, a Cristalith, a Mirtel, incluso a los mellizos. Ninguno baja la mirada.

—Estáis agotados —continúa el Arcanista, como si no hubiese un abismo entre sus palabras y nuestras vidas—. Y heridos. Eso también hay que tenerlo en cuenta. Las heridas físicas… —comienza a decir y clava los ojos en mi pierna, aún manchada de sangre—. Y las otras, supongo —dice subiendo su mirada directamente a mis ojos, ¿se está burlando de mí?

Carraspea y echa un vistazo por encima del hombro, como si esperase una orden que no llega.

—Muy bien, que así sea pues. El Consejo lo aprobará —añade con ese aire altivo que tienen todos los Arcanistas—. Se enviarán sanadores de primer grado a vuestras habitaciones. Y se os otorgará tiempo de descanso antes de la cena. Una hora será suficiente.

Siento la rabia morderme por dentro. ¿Una hora? ¿Después de todo esto?

—Durante ese tiempo —prosigue—, se os reco-mienda guardar silencio. Evitad dar entrevistas, declaraciones… cualquier cosa que pueda entorpecer la celebración de esta noche. Habéis sobrevivido. Ya es más que suficiente.

Mirtel resopla. Odrien aprieta los puños. Cristalith no se mueve. Yo no quiero ni pensar en todo lo que podría decir o hacer, pero tampoco hago nada. Krekk hace una reverencia, ¿pero este es subnormal?

—Sois muy generosos —dice el muy imbécil.

El Arcanista no responde. Simplemente gira sobre sus talones y hace un gesto a los guardias.

—Lleváoslos.

Algún día les devolveré todo este dolor, de una forma o de otra. Pueden tener su celebración. Yo tengo mi dolor grabado en el pecho y no pienso olvidarlo. Cristalith tiene razón, por no variar: gritar mi desconfianza no cambiará nada, solo me matarán y darán su versión. Tengo que jugar mejor mis cartas. Me tengo que convertir en la versión que quieren contar, hasta que pueda contar la mía.

◆ ◆ ◆

La puerta de mi habitación se cierra a mi espalda. No debería dolerme tanto estar de vuelta aquí, debería sentir alivio de estar viva. Me quedo quieta unos segundos. Solo respiro. Respiro para no descomponerme. Para no caer al suelo y disolverme como lo hizo él. Si empiezo a pensar, voy a caer en la autocompasión y ahora no puedo permitírmelo.

Me quito los zapatos con torpeza. Me dejo caer en el sillón como si mis huesos fuesen de goma cuando, de entre las cortinas, aparece Clummy.

—¡Salve, campeona verificada de la Tríada!

Lo miro con los ojos entrecerrados. Una parte de mí quiere decirle que se calle. Otra parte —una más pequeña, más débil— le agradece en silencio que aún quede algo en este mundo que no sabe lo que significa sufrir.

—Clummy… —susurro— ¿puedes, por la Fundadora, no hablar tan alto? —le digo mientras me tapo los ojos con las manos.

—Oh. ¿Decibelios bajos? ¿Modo sigilo activado? Entendido. —Asiente con seriedad, y baja la voz como si estuviésemos tramando un crimen—. ¿Deseas que apague el sistema de notificaciones triunfales?

—¿El qué? —Me destapo un ojo.

—Tu aura de heroína emite brillos intermitentes. Están por todo tu campo energético. Según mis registros, eso indica estatus elevado, aumento de estadísticas generales, y un cincuenta por ciento más de probabilidad de ser saludada con reverencias por nobles menores.

—¿Eso es una broma? —pregunto, sin saber si reír o llorar.

—¿Broma? Procedo a consultar la base de datos.

Me cubro la cara con las manos otra vez.

—No, Clummy. Era una pregunta retórica.

—Entendido. Sarcasmo registrado. Aunque debo advertirte que el algoritmo de sarcasmo todavía presenta errores. El último análisis concluyó que el sarcasmo se parece al amor no correspondido: es confuso, frustrante y lleno de malas decisiones y/o intenciones.

—¿Y qué más dicen mis estadísticas? —pregunto, arrastrando los pies hasta la cama.

—Has subido de categoría. Eres oficialmente «Heroína de Rango Uno», con bonificaciones en resistencia emocional (aunque los datos empíricos actuales que se basan en tu aspecto no lo respalden), aptitud para liderazgo en situaciones críticas y un incremento del 3,4 % en el atractivo percibido.

—¿Perdona? —digo mientras levanto un brazo para comprobar si huelo a sudor.

—Según el análisis de patrones de mirada y frecuencia de contacto visual de otros Aspirantes y espectadores, tu atractivo

percibido ha subido en un 3,4 %. Posible correlación con la nueva cicatriz en tu ceja derecha. Recomiendo mantenerla visible.

—¿Estás diciéndome que la gente me encuentra más guapa porque casi me muero en directo?

—En efecto. La estética del trauma es altamente valorada en ciertos sectores de la población.

Me echo hacia atrás y dejo caer la cabeza sobre las sábanas.

—Clummy…

—¿Sí, nueva heroína de la Tríada? —dice, con tono reverencial.

—¿Puedes quedarte un rato? Sin hablar.

—Modo silencio activado.

Se queda quieto a mis pies. Cierro los ojos. El silencio se siente como una caricia. Entonces, alguien llama a la puerta.

—¿Dionna de Caelis?

La voz es profunda y tranquila.

—Sí —digo y me incorporo como puedo—. Adelante.

Entra un hombre con túnica blanca y bordados dorados. Joven, pero con los ojos de alguien que ha visto demasiado. Los sanadores de primer grado siempre parecen más viejos de lo que son. No sé si es por la magia o por lo que ven cuando la usan.

—Vengo a tratar tus heridas —dice, con una leve reverencia —. ¿Puedo?

Asiento sin hablar. No tengo fuerzas para protocolos. Él tampoco los necesita y creo que es el primer Arcanista que me pide permiso de verdad.

Se acerca y coloca sus manos sobre mi pierna herida. Siento calor. Un cosquilleo que se convierte en una corriente tibia que sube por el muslo, se extiende por la espalda, recorre el hombro izquierdo donde la piel aún estaba rota por una caída contra la piedra viva. La magia no duele, pero es como si el cuerpo recordase lo que estaba sufriendo justo en el momento en que deja de doler. Mis ojos se llenan de lágrimas de alivio. Un alivio que no quiero, que no me parece justo. Sándor no va a curarse. A él no lo van a recomponer con luz dorada y una oración en voz baja. Y sin embargo, a mí sí.

—Tu cuerpo ya no presenta heridas externas. Hay daño interno por agotamiento, pero eso sanará con descanso. El resto… —dice mirándome a los ojos, sin suavidad ni consuelo— no está en mis manos.

Asiento y me obligo a no llorar delante de él.

—Gracias —le digo, porque de verdad agradezco su atención humana.

—Sobrevive a la cena —dice, recogiendo sus cosas—, o inténtalo.

Cuando se marcha, vuelvo a cerrar los ojos. La habitación huele a incienso y a magia reciente. Clummy se sienta en la cama y se queda en el borde, sin tocarme.

—Modo silencio aún activo —susurra.

Si es que es el mejor. Al final lo voy a querer y todo.

XXIII
Dionna

Una hora en la habitación, a solas con Clummy, bañada hasta que el agua dejó de estar roja y vestida con un vestido negro tan ligero que parece que va a desaparecer en cuanto me mueva, lo único que siento es… determinación. Me ajusto las dagas al muslo derecho y dejo que la falda del vestido cubra su brillo.

Clummy, en su eterno modo de observación, ha pasado la hora completa analizando mis nuevas estadísticas como Heroína de la Tríada. Ha desactivado el modo silencioso al parecer.

—Nivel de resistencia mental: incrementado en un 6,4%. Nivel de empatía: en descenso. Nivel de cinismo... desbordado —dice con tono neutro mientras me mira desde la esquina de la habitación.

—Me alegra saber que al menos el cinismo me está sirviendo para algo —le respondo mientras me recojo el pelo húmedo en un moño.

Él ladea la cabeza, procesando.

—¿Satisfacción ante deterioro emocional? No es un parámetro habitual en los protocolos de celebración. Mucho menos en ti.

—Clummy, es sarcasmo.

—Por supuesto. —Parece analizar un nuevo pará-metro—. ¿Estás lista?

Y justo al hacerme esa pregunta, la puerta se abre. Un guardia real aparece y me informa de que es la hora de reunirse con

todos los demás en el comedor.

—Gracias —le digo sin mirarlo a los ojos.

Él asiente y se va. Miro a Clummy, que inclina un poco su cuerpo metálico, una reverencia en miniatura.

—Hora de la función —digo.

Caminar por los pasillos iluminados con faroles encantados es como desfilar por una galería de recuerdos que no quiero tener. Parece que esto comenzó hace años. Parece que he vivido tres vidas. Todo huele a velas nuevas, a flor seca y a perfume de nobleza vieja. Llego al comedor y me detengo.

Cabeza alta. Espalda recta. Paso firme. Daga escondida. Alma partida.

Al entrar, me cruzo con Cristalith. Va vestida de azul noche, con los ojos firmes, como esperaba. Su fortaleza es algo que siempre envidiaré. Se acerca. Odrien llega segundos después. Tiene ojeras, pero su andar sigue siendo el mismo de siempre: ágil, sigiloso. Sin embargo, él no finge tan bien.

—¿Cómo estás? —pregunta Cristalith, sin necesidad de que respondamos con palabras, pero aún así las utilizamos.

—No muy bien —respondo—, pero creo que tenías razón. Vamos a darles lo que quieren: una sonrisa falsa, una copa alzada, un brindis por ellos y por lo bien que lo han hecho. Vamos a asentir, a agradecer y a fingir que somos los Héroes perfectos. Mientras tanto, averiguamos qué están planeando, quién decidió quién moría —digo mientras observo a mi alrededor—, y por qué.

Odrien asiente.

—Jugar al juego desde dentro. —Sonríe y me señala mirando a Cristalith—. Muy su estilo. Me gusta.

Cristalith esboza una sonrisa falsa.

—Pues que empiece la función.

Nos dirigimos juntos a la mesa. Las luces del comedor rebotan en las copas de cristal como si intentasen distraer a todos de la tensión que se respira. Las familias nobles están presentes. Algunas caras me son familiares de los asistentes como público a los desafíos y pruebas. Otros son solo apellidos con poder. Y, sin

embargo, la silla vacía en el centro de la mesa me arranca un latido distinto.

La Reina Madre se pone en pie.

—Aethrya honra hoy a quienes han demostrado la fuerza, la inteligencia y el valor dignos de ser llamados Héroes de la Tríada. Por razones políticas, mi hijo, el Rey Seredric, no podrá acompañarnos en esta celebración informal. Confío en que sabréis comprender la necesidad de ciertas ausencias.

Yo no comprendo nada, pero asiento, como todos. La Reina continúa.

—Os acompañan en su lugar la princesa Zmena, el Barón Devrian Valendris y yo, quienes representaremos esta noche a la familia real en esta mesa de honor.

Nos sentamos. Los platos se colocan con una coreografía ensayada por siglos. No tengo ni hambre, ni sed. Sin embargo, las copas tintinean, el vino se sirve en un silencio pulido por miles de años de protocolo.

Yo mastico la carne con más esfuerzo del necesario. No tiene sabor, al menos no para mí, pero tengo que parecer agradecida. Agradecida de estar viva, de ser una Heroína y de haber sobrevivido a costa de los muertos. Miro a mi derecha: Cristalith está sentada con la espalda recta, la mirada centrada en el plato, pero sus dedos tamborilean la madera de la silla con un ritmo sutil.

Entonces, Devrian aparece a nuestro lado.

—Lamento lo que habéis tenido que pasar —dice, con voz suave, lo suficientemente baja como para que los oídos indiscretos no lo escuchen—. Sé que nada de esto fue justo. Y sé que hay cosas que ahora mismo no entendéis. Pero hay algo más grande moviéndose. Algo importante. El Rey no está aquí por una buena razón.

Me quedo mirándolo. Devrian sigue.

—Si necesitáis algo... lo que sea. Estoy aquí. De verdad.

Cristalith le lanza una mirada que, en ella, es casi una caricia. Odrien asiente. Y yo me limito a sostenerle la mirada.

—Gracias, Devrian —digo al fin.

Y entonces, aparece Krekk Morvhaen. Como un tajo en medio del telar. Como un mal presagio en medio de lo que por fin parecía algo de bondad. Llega por detrás de Devrian y, sin ningún aviso, lo abraza por el cuello, como si fuesen amigos de toda la vida.

—¡Barón, cabronazo! No sabía que te mezclarías con los Héroes de la Tríada tan pronto —su voz es fuerte, altiva, cargada de una confianza que no tiene justificación.

Devrian se queda quieto. No se aparta, pero tampoco corresponde. Lo mira, de lado, como si estuviera evaluando qué clase de criatura se le ha echado encima.

—Krekk —dice con ese tono educado que usan los nobles para no decir «apártate de una puta vez u ordeno que te partan el cuello».

Krekk parece notarlo; se aleja un poco, se alisa la camisa y hace una media reverencia exagerada.

—Disculpe, Barón Devrian. He abusado de su confianza.

Por un instante, veo algo en su mirada que no había visto nunca: vergüenza, o al menos algo muy parecido.

Devrian lo observa un segundo más. Luego, se gira hacia mí. Me lanza una mirada cómplice. Como si estuviésemos solos entra una multitud. Me guiña un ojo. Asiento, levemente, y se va.

Krekk lo sigue con la mirada. Luego habla, como si nos interesase una mierda lo que sea que tenga que decir tremendo payaso.

—Él debería ser el Rey de nuestro continente. Tiene la fuerza que Aethrya necesita.

Y se marcha sin esperar una respuesta por nuestra parte. Odrien silba bajito.

—Entonces tenemos la fuerza del continente de nuestro lado.

Cristalith suelta un bufido, casi una risa. Yo, por el contrario, no sé qué siento. Miro a Devrian, que ya está de vuelta en su asiento. No me mira, pero sé que sabe que lo estoy mirando. Ha estado ahí desde el principio. Cuando nadie creía en mí fue él quien me dijo la verdad, quien se disculpó, quien me pidió permiso, quien me sostuvo sin intentar poseerme.

Y, sin embargo, no hay nada más allá. Ninguna chispa. Ningún tirón en el pecho. Nada. La afinidad no es algo que se pueda fingir. Y por mi parte... simplemente no está. Pero puedo confiar en él. Y eso, ahora mismo, es mucho más de lo que tengo con casi nadie.

◆ ◆ ◆

La cena ha terminado. Los platos han desaparecido, las copas se han vaciado más de una vez y las sonrisas, esas que tanto esfuerzo nos cuesta fingir, empiezan a cuartearse como pintura vieja. Algunos nobles continúan en corrillos, murmurando con el mismo tono con el que se comentan escándalos o apuestas en una pelea clandestina. Cristalith y Odrien se levantan antes que yo. Ella me dedica una mirada y se marcha sin hacer ruido junto con Odrien. En cuanto me termine el vino, me iré. Tengo que aparentar un poquito más.

—¿Dionna? —dice Devrian tras de mí— ¿Podemos hablar un momento?

Asiento y bebo lo que me queda de vino de un solo trago. Me levanto y el mareo viene instantáneamente. Devrian me sujeta con una sonrisa ladeada, cargada de dobles intenciones. Cuando recobro la compostura caminamos en silencio hasta el jardín contiguo. La luz de los faroles mágicos es suave aquí, como si quisiesen darnos un lugar íntimo en el que hablar. El aire huele a lirios secos y me mezo ligeramente al respirar hondo su aroma.

—¿Te vas a declarar? —pregunto, con media sonrisa y negando con la cabeza. No es burla, aunque lo parezca.

Devrian se ríe, un sonido sin fuerza.

—No. No después de la mirada que me has lanzado en la cena. Créeme, no tengo vocación de mártir. —No se le ha quitado la sonrisa de la cara—. Tampoco estoy acostumbrado a un no por respuesta, también te digo.

—Entonces, ¿por qué estás aquí conmigo? —Mis palabras se escapan bailando al son del vino de más que bebí esta noche.

Se detiene. Me mira de frente y me agarra por los hombros como si fuese una niña pequeña y necesitase toda mi atención.

—Porque confío en ti. Porque sé que tú también confías en mí. Y porque quiero que estemos bien. —Baja sus manos hasta mis codos y los acaricia con ternura. Suelto un hipo gracias al alcohol. Mierda—. Que sepas que, aunque lo que siento no cambie de un día para otro, tampoco quiero que eso se convierta en una carga para ti. No te debo nada, Dionna. —Vuelve a sonreír y yo vuelvo a hipar. Qué vergüenza—. Y aunque no me gusta recibir un no por respuesta, tú tampoco me debes a mí sentir algo que no está.

Trago saliva. Me había preparado para todo menos para que me lo pusiera tan fácil. Es un alivio que haya alguien lo suficientemente maduro para aceptar así un rechazo y que me haya tocado a mí toparme con él.

—No hay chispa, Devrian —Me separo de su agarre como puedo y tambaleándome un poco—. No de ese tipo al menos. —Le dedico una sonrisa triste—. No hay fuego, ni ganas de imaginar un después, pero sí hay respeto y confianza. Y quiero que sepas que eso no lo tengo con casi nadie.

Él asiente, con una expresión tan serena que me sorprende.

—Lo sé. Y está bien. Me bastará con seguir a tu lado, si tú quieres.

—Quiero —respondo sin dudar—, porque siempre has estado ahí. Me dijiste la verdad cuando todos callaban. No intentaste poseerme. Me pediste permiso cuando nadie me lo había pedido. Me trataste como alguien con voluntad. Eso no se me olvida.

Como siempre, creo que estoy hablando de más. Devrian se gira un poco. Mira las luces del palacio, como si en ellas pudiera ver su futuro. Luego vuelve a mí.

—Lo único que me preocupa es Seredric.

Suelto un suspiro. No me gusta hablar de Seredric con él; ya ha quedado claro que algo pasa entre ellos y yo ya tengo suficientes dudas.

—¿Qué pasa con él? —Ya he puesto los ojos en blanco y no puedo controlar la ceja levantada.

—No es una mala persona, pero es… —Hace una pausa para medir sus palabras—. Impulsivo. Tiende a encapricharse y confundirse. Cuando eso pasa… —Otra pausa y chasquea la lengua en un intento por no insultar a su propia familia—. Se lanza con todo, pero luego desaparece. —Hace una mueca de algo parecido a la compasión y vuelve a agarrarme los codos—. No quiero verte rota por eso. Tú ya has perdido demasiado.

Solo asiento, porque, en el fondo, lo imaginaba. No me molesta que me lo diga. Me molesta haberlo imaginado, pero no haberlo aceptado hasta que alguien más me lo dijese.

—Gracias por decírmelo —le digo.

—Con el tiempo, esto que siento se irá, pero la lealtad... esa puede quedarse. Si tú quieres.

—La quiero.

—Entonces hasta pronto, Heroína —dice con una sonrisa suave, y me deja sola bajo los faroles.

◆ ◆ ◆

—Bienvenida. Ritmo cardíaco elevado. Pupilas dilatadas. ¿Encuentro emocional o político?

—Ambos —digo mientras me quito las sandalias—. ¿Tú no desconectas nunca?

—Solo cuando el Mes Dorado se termina y os vais a vuestro nuevo hogar. —Hace un gesto mecánico que pretende parecer un encogimiento de hombros.

Me dejo caer en la cama, boca arriba. Siento que el cuerpo me pesa más que antes. No me acordaba del dichoso Mes Dorado en el que nos visten de purpurina frente al continente antes de darnos lo que nos corresponde y nos dejan ir a nuestras casas.

—Hoy no tengo espacio para pensar en todo lo que ha pasado. Mucho menos para pensar en lo que pasará.

Clummy se acerca despacio. Se coloca a mi lado, su forma porcelánica apenas toca el borde de la colcha.

—¿Deseas que proyecte imágenes reconfortantes? Tengo almacenadas simulaciones de paisajes, constelaciones y gatitos.

—No, pero gracias. Me basta con que estés aquí para siempre —le digo y me toco el corazón con las manos—, aun-que me tenga que ir y ya no te vuelva a ver.

Hace una pausa. Una que en él es casi emocional. Parpadea a destiempo. Otra vez.

—He almacenado esta secuencia bajo el nombre «Interacciones humanas valiosas con Dionna de Caelis» dentro de mi base de datos. ¿Deseas incluirla en el índice de momentos relevantes?

No puedo evitar reírme. De verdad.

—Sí, Clummy. Guárdala, pero que no se te ocurra re-producirla en público.

—Entendido. Archivo etiquetado como «privado».

Me giro hacia él.

—¿Crees que seré capaz de hacer algo con todo esto? —le pregunto mientras hago aspavientos en el aire como si «esto» significase algo.

—No tengo protocolos que me permitan predecir el futuro, pero ahora tienes una tasa de éxito en la vida que supera la media. Y un nivel de resiliencia en aumento.

—Eso es lo más parecido a un «sí» que podrías darme, ¿verdad? —lo miro de reojo.

—Correcto.

◆ ◆ ◆

Despierto con la garganta seca y la sensación de tener piedras sobre el pecho. El cuerpo me duele por la ausencia de heridas físicas, ¡qué ironía! Sándor ya no está. Ayer lo vi desaparecer, su cuerpo simplemente dejó de ser, y el sonido todavía retumba en los oídos como un eco que no se va. Siento mi cuerpo llorar su ausencia.

Me incorporo despacio. Clummy no se mueve y no ha dicho una palabra. Agradezco su silencio; no quiero estadísticas ni porcentajes. Solo quiero que deje de doler. Parece leerme el pensamiento, porque solo me mira y parece escanear mi cerebro.

He perdido algo de peso durante la Tríada, pero sigo manteniendo la robustez en las piernas. Lo agradezco, la verdad; si perdiese más peso me sentiría más débil de lo que ya soy y no es algo que quiera o pueda permitirme. Siempre he preferido pecar de grande, aunque eso me cierre otro tipo de puertas. Me pongo el mono negro con una rapidez innecesaria; hoy tenemos el día libre de todo protocolo. Creo que puedo tomarme la libertad de ir descalza hoy.

—Hasta luego, Clummy —le digo abriendo la puerta.

—Hasta ahora, Dio —su voz analítica contrasta con el diminutivo de mi nombre por el que me acaba de llamar.

Con el picaporte aún en la mano, me giro y lo miro. Parpadea dos veces. Otra vez. Cada día que nos acercamos al final de mi aventura en palacio, Clummy parece hacerse más humano. No quiero preguntar nada. Cruzo el umbral de la puerta.

Camino por los pasillos amplios de la residencia. El suelo de mármol helado bajo mis pies descalzos me mantiene en el presente. Todo parece demasiado grande, demasiado decorado para los pocos que somos ahora: solo somos siete. Éramos ciento cincuenta personas al principio. El aire huele a incienso viejo, como si la nobleza intentase cubrir el hedor de la muerte con flores secas y recuerdos perfumados.

Llego a la biblioteca y Cristalith ya está sentada en uno de los divanes del fondo de la sala auxiliar en la que habíamos quedado, con los codos sobre las rodillas y la mirada perdida entre los lomos dorados de los libros. Odrien aparece pocos minutos después, en silencio. Cierra la puerta tras de sí y se sienta sin decir nada. Nadie lo hace. Ni siquiera un saludo. Sólo el ruido del reloj antiguo llena la estancia.

Tic. Tac.

Tic. Tac.

—Sándor estaría aquí si no fuese porque alguien decidiese a quién matar y a quién no —digo sin levantar la vista.

Cristalith cierra los ojos y Odrien baja la cabeza. Durante unos segundos larguísimos, ninguno de nosotros respira.

—Creo que no fue una elección caprichosa —dice Cristalith finalmente, con voz rota—. Fue una sentencia con una razón importante detrás. Han escogido a las «almas mellizas» por un motivo que todavía se nos escapa.

Odrien se pasa las manos por la cara para después pasar al pelo con desesperación.

—Y nosotros fuimos los testigos. Los que no murieron —dice Odrien y suelta un bufido que simula una falsa carcajada—. Como si eso fuese un premio, ¿sabes?

Me levanto y empiezo a andar de un lado a otro como si estuviese enjaulada. Que en cierto modo, lo estoy. Aún no entiendo cómo es posible que yo quisiese participar en esto. Todos nosotros. Todos entrenamos durante años para formar parte de esta locura. Nos ofrecimos a sangrar por nuestra nación. Luchamos para que nos diesen la oportunidad de morir. Queríamos participar en la Tríada para honrar a algo que ahora me parece putrefacto.

—Es como si hubiesen decidido desde antes quién iba a ganar. Krekk. Trilla. Klum... ellos no estuvieron nunca al borde. Nunca en riesgo real. Siempre tenían una ventaja —no puedo parar de hablar. Los recuerdos se agolpan—. Krekk se paseaba por los desafíos como por su casa: siempre tenía una salida. Sin embargo, Ernys, Sándor. —Se me forma un nudo en la garganta al pronunciar sus nombres—. Los que no eran tan útiles... Ellos estaban marcados. Me sorprende que no me hayan matado a mí.

—Otros nobles murieron también —interrumpe Odrien—. No todos los que murieron fueron plebeyos. No podemos caer en eso. No es una cuestión de pasta o apellido tampoco.

Lo miro como si estuviese defendiendo al enemigo y echándome a los leones. Tengo que morderme la lengua e intentar pensar en por qué cojones está pensando en los que tienen la flor en el culo de nacer en la casa adecuada.

—No digo que haya una regla exacta —me obligo a hablar en un tono calmado—. Digo que hay patrones. Pruebas diseñadas para ver qué rompía a quién. Dónde se fractura cada uno. Y si esa fractura les convenía, te dejaban seguir. Si no... te borraban. Punto.

Cristalith asiente. Su voz viene con más firmeza que la mía. Me sorprende su fortaleza después de lo que vimos en aquella fuente.

—Las pruebas no buscaban fuerza, Odrien .—Sus ojos se ponen en blanco antes de volver a mirarlo directamente—. No me jodas. Buscaban sumisión, obediencia, fidelidad ciega. El equilibrio —dice y pone otra vez los ojos en blanco—. Siempre hablan de equilibrio. Pero, ¿qué se está balanceando realmente? ¿El poder? ¿La sangre? ¿Nuestra voluntad? ¿Equilibrio para quién y por qué?

Yo me siento de nuevo, esta vez con las manos apretadas sobre las rodillas. El dolor de cabeza se instala como una segunda piel.

—Sándor me dijo que había alguien especial que hablaba de mí. Que creía en lo que yo podía cambiar. Me lo dijo justo antes de sacrificarse. Lo dijo como si ya supiera que no saldría. Como si lo hubiesen preparado para todo lo que iba a pasar. —Se me agolpan las lágrimas en los ojos—. Ni siquiera se lo pensó cuando eligió morir.

Odrien no responde, sólo nos mira. Veo la lucha en su cara. La de quien quiere seguir creyendo que hay algo justo en todo esto y que no hemos sido simples peones.

—Y luego está Seredric —murmuro y suelto una risa hueca.

Ambos me miran. Cristalith frunce el ceño como si no entendiese qué tiene que ver el rey en todo esto.

—Devrian me dijo algo importante… —No sé si ya me estoy arrepintiendo de esto—. Dijo que el poder, el don, de Seredric… no siempre lo controla. Dijo que podía influir en lo que sientes, que te puede envolver hasta que no sepas qué parte de ti es real. Que lo hace consciente e inconscientemente.

—Eso es una acusación muy grave, además de que no debemos saber el don de los miembros de la familia real, ¿por qué coño te lo ha contado a ti? —pregunta Cristalith con voz baja—.

Además, de una cosa estoy segura: todos ellos lo controlan a la perfección. No creo que Devrian te haya contado toda la verdad.

—Yo también lo pensé, pero tiene sentido —le digo—. Las veces que estuve con él... era como si todo tuviese más brillo. Como si doliera menos. Como si... como si estuviese entera.

Odrien niega con la cabeza, pero no habla.

—No digo que lo hiciese con maldad. —No sé por qué intento defenderlo, pero digo lo que creo—. Quizá ni siquiera lo sabía, pero ahora, con Sándor muerto, con Seredric ausente, con la Tríada terminada y celebrando como si nada extraño estuviese pasando... tengo que cuestionarlo todo.

—Aquí pasa algo, eso está claro —termina diciendo Odrien.

XXIV
Dionna

El Mes Dorado no es de oro literal, pero brilla como el espejismo del mar en pleno verano cuando te quedas mirándolo fijamente. Las cintas, los atuendos, los banquetes; los Héroes en alto. Cuentan relatos que no se parecen a nosotros en absoluto. Dicen que es un mes para celebrar a quienes sobrevivimos a la Tríada. A mí me suena a un inventario: lo que hemos perdido, lo que ya no somos, lo que el Reino reclama como propio.

Desde el primer día del Mes Dorado decidí no dormir del todo. Dormía a trozos, con un ojo dentro del sueño y el otro abierto en las bibliotecas, husmeando entre estantes que olían a polvo y aceite de lámparas. Recuerdo cómo le enseñé a Hollieth a caminar sin ruido: no pisar con el talón, sino con el borde externo del pie, deslizar el peso poco a poco y cambiar el peso al otro. Ahora ese viejo juego me sirve para robar libros de manera más o menos sigilosa. No son libros prohibidos... son solo libros mal ubicados —o al menos eso me gusta decirme. La mayoría son libros sobre cómo se mueve el maná por el mundo, registros antiguos de linajes mágicos, diarios de los Arcanistas que organizaron las pruebas y manuales donde detallan cómo se controlan los recursos del Reino. Y luego, escondidos en cajas sin lomo, también hay pergaminos sueltos con anotaciones a medias, nombres, fechas, iniciales de Aspirantes. Hay una contabilidad del dolor de cada uno de ellos que alguien parece haber llevado con mucha paciencia durante todos

estos años. No sé por qué es tan relevante cuánto dolor hayamos sufrido, pero lo han anotado por algo.

Leí en uno de los pergaminos más antiguos que encontré que los Arcanistas «absorben» el alma. La palabra me parecía algo excesiva, hasta que las cifras encajaron donde antes faltaba información: había picos de poder tras cada prueba, anotaciones marginales con símbolos de ofrecimiento por parte de Aspirantes, marcas en los márgenes que repetían signos de «convergencia emocional». Otras afirmaciones me hicieron sentir arcadas: «No hace falta matar para extraer; basta con crear desesperación total». «El miedo destila maná». «La pérdida destila maná». «La esperanza, si es suficientemente grande, también destila maná».

Busqué a Seredric los tres primeros días, como una idiota. Busqué su rastro, una nota mal doblada en algún rincón que dijera: «No te olvidé, solo tuve que irme». Pero no hubo nada. Ni una palabra. Ni un miserable «estoy bien», mucho menos un «lo siento».

Los Arcanistas y toda esa corte de estirados decían lo mismo: «Es un asunto de Estado, Su Majestad siempre vela por el Reino». Claro que sí, campeón. Qué conveniente: irse cuando ya no voy a tener que luchar contra la muerte una vez más. Yo también aprendí a mentir. Cuando Cristalith me preguntó por él, sonreí como si no tuviera el corazón hecho polvo y respondí que todo estaba bien. Que el Rey estaba cumpliendo con su deber.

Mentí tan bien que por un segundo casi me lo creí.

Devrian, en cambio, parecía estar en todas partes. Como ese perfume dulce que no sabes de dónde viene, pero no se va ni con agua bendita. Lo veía en las galerías, en los patios, en cada sombra que se alargaba más de la cuenta. Siempre sonriendo, siempre perfecto, como si la Fundadora le hubiese enseñado a caer bien hasta a las puñeteras piedras.

Es la cara amable de los Valendris: risa fácil, palabras medidas, mirada limpia. Cuando me veía con un libro, levantaba las cejas como si me estuviera dando su bendición personal por tener cerebro y querer utilizarlo. A veces pensaba que ojalá lo hubiese querido a él. Habría sido más simple. Pero no, mi corazón no sabe

de lógica y nunca sabrá. Es una criatura testaruda que corre justo hacia el sitio donde se rompió, solo para ver si todavía duele igual.

La noche número once del Mes Dorado, con la ciudad perfumada de frutas maceradas y música en las plazas, encontré un montón de papeles viejos atados con una cinta, que no debí haber encontrado. Era una transcripción de «Cantos de Elevación» con anotaciones numéricas. A la derecha, columnas dobles: cantidad, intensidad, permanencia. Era un algoritmo, un modo exacto de medir la eficacia del sacrificio. Los nombres de lo que creo que eran algunos Aspirantes habían sido reducidos a signos. La última columna estaba en blanco.

Guardé las hojas bajo el vestido y me marché a paso tranquilo. Quise contárselo a alguien que no estuviera hecho de mármol y estuviese lo suficientemente cerca del sistema como para comprenderlo. Hemos quedado en uno de los jardines reales. Él ya está aquí, de espaldas, mirando el reflejo de las antorchas sobre el estanque.

—Tenías razón —empiezo sin preámbulos—. Hay algo que no nos están contando. No es solo el honor y la selección. Es… una especie de economía o algo que no entiendo.

Devrian gira la cabeza apenas y sonríe. Cómo me gusta su sonrisa. Sonrío de vuelta.

—¿Economía? —me pregunta.

Saco el montón de documentos, aunque no se los ofrezco; lo mantengo en mis manos, como si fuese oro y tuviese miedo a perderlo.

—Esto lo explica, o al menos lo sugiere. La Tríada no solo prueba, también recoge una especie de maná o de… —La palabra tropieza en mi lengua y hay una versión de mí que habría preferido tragársela—. ¿Alma?

El ceño de Devrian se frunce en la medida exacta para que su cara siga siendo perfecta.

—¿Y qué piensas hacer con eso? Suena a conspiraciones rebeldes, no creo que lo hayas entendido bien.

—No lo sé aún. Necesito saber más, pero sola no puedo. Y no puedo pensar con… —Me paro a tiempo y no abro la boca para

decir que Seredric se me ha metido en la cabeza y no puedo dejar de pensar en él por una razón que mi cerebro desconoce, pero mi corazón entiende—. No puedo con el ruido mental. —Trago saliva rezando porque el don de Devrian no sea leer mentes—. Además también hay otra cosa.

Me espera, siempre es bueno esperando; hace del silencio una silla cómoda para que yo me siente.

—Soy injusta contigo, ya lo sé —digo sin pensar—. Te he querido como se quiere a quien te tiende la mano cuando el suelo desaparece, pero no te he dado nada a cambio. Aun así, mi corazón no aprendió la lección que debería y creo que estoy… —El verbo me quema en los labios—. Creo que estoy enamorada de Seredric. Y creo que me estoy volviendo loca. Solo necesito saber dónde está. Saber donde está me ayudaría a pensar con claridad.

Solo una sonrisa. Minúscula al principio, y luego más amplia. Demasiado amplia. Me llevó dos latidos entender que había algo frío escondido en ese gesto. Soy gilipollas.

—Claro que lo estás —dice con una calma pulida—. El amor es la más útil de las supersticiones, pero te puede destrozar por dentro.

Me tenso al momento.

—No he venido a pedirte consuelo —aclaro—. He venido a pedirte cabeza. Estás más lejos de la línea de sucesión y compartir esa información conmigo no te…

—Y por eso supones que como me atraes y tengo menos que perder, caeré rendido ante tus peticiones —me interrumpe—. Qué idea tan dulce.

Da un paso hacia mí. La brisa huele a fruta madura; de pronto, me repugna ese olor y aún no sé por qué.

—Devrian, yo… —empiezo a decir, pero me calla poniéndome un dedo en los labios.

—Shh. Vamos a hablar de lo verdaderamente importante, ¿sí? De tu ingenuidad, de tu colección de libros robados —dice arqueando una ceja hacia los documentos apretados contra mi vientre—, y de cuánto te gusta sentir que estás por encima del juego, cuando en realidad eres el juego.

Me alejo un poco de él instintivamente.

—No te entiendo —miento para ganar tiempo mientras busco una salida.

—Te encanta la verdad, ¿no? —Su voz se vuelve sedosa—. Entonces escúchame bien, querida. Seredric no te abandonó: lo movieron como la pieza torpe que es. Tú no sobreviviste por valentía: sobreviviste porque nos convenía. Y lo de Hollieth… —Sonríe con todos los dientes—. Qué nombre tan peligroso para pronunciar en voz alta. Oops. —Pone la mano sobre su boca fingiendo sorpresa.

Mi corazón se aprieta en un puño y no entiendo qué coño está pasando o que me quiere decir con todo esto.

—¿Por qué importa Hollieth?, ¿qué sabes de ella?

—Lo suficiente para mantenerme callado. —Da un paso hacia mí y noto el calor de su cuerpo sobre el mío—. Te diré otra cosa, por si te ayuda a madurar un poco. Ese diario que encontraste en la primera prueba, el que dejé para ti… —Chasquea la lengua y finge un puchero—. Nunca existió, mi pequeña princesa.

—Eso es imposible —susurro, y mis manos recuerdan el tacto del cuero y, debajo de ese recuerdo, algo más blando, más resbaladizo.

—Yo creo ilusiones, princesa —dice como quien confiesa una travesura—. Ilusiones tan perfectas que ni tú podrías distinguir, ese es mi don, ¿por qué nunca preguntaste? —Se aprieta más contra mi cuerpo—. Ernys se mató, porque le regalé una visión hermosa de su madre. Darik… Una putada lo suyo, porque en realidad fue un daño colateral. El muy imbécil siguió un fantasma hasta el borde de un puente y yo tuve que dejar una nota perfecta en su nombre para explicarlo todo. La hereje… —Se encoge de hombros—. Admito que me sorprendió lo preciso que fui con los ojos. A veces uno tiene días de gracia. No te preocupes, no está muerta, ¿pero a que lo parecía?

Siento como la bilis me sube hacia la garganta. No por lo que está diciendo, sino por la facilidad con la que lo dice. Por el modo en que su ego puede arrastrar a tantos y que a él le importe tan poco.

—Kiri —digo recordando a mi madre gritando su nombre.

—Kiri —imita mi voz temblorosa y aguda con frialdad y cambia el tono al momento para continuar mi sufrimiento—, a tu hermana no la toqué. Aún no la necesito. —Su mirada resbala por mi cara como una cuchilla y su mano acompaña a sus ojos—. Pero verte imaginar su muerte ha sido gratificante. —Sonríe y continúa su discurso como si estuviese recitándome un poema y no partiéndome por dentro—. Sin embargo, a tu madre gritando la clavé. Admito que soy muy bueno en lo mío. Te lo creíste.

Me obligo a sostenerle la mirada.

—No puedes decirme algo así y esperar que no te quiera ver muerto —logro pronunciar—, y teniendo en cuenta lo bien que lo estás pasando, entiendo que tienes un plan para hacerme desaparecer.

—Lo tengo, pero no te lo estoy diciendo ahora por primera vez. —Alza una mano, sin tocarme esta vez—. Siempre te lo he estado diciendo. ¿Quieres que te recuerde todas las veces? Las pequeñas burlas, los chistes que te hacían sentir rara entre tus amigos, la sobreprotección en situaciones en las que no hacía falta, las veces que creíste que Seredric te miraba a ti cuando miraba a la nada… —Se ríe bajo—. Te alimenté el ridículo con cucharita de plata, mi amor.

El oxígeno se vuelve más escaso de repente. Por mucho que mis ojos busquen una escapatoria no la encuentro. Solo me queda hacerme la víctima herida y rezar porque se lo crea.

—Vete —digo—. Ahora mismo necesito tiempo para pensar en todo esto.

—No. —Su sonrisa se me hace algo perverso ahora—. Escogiste al hombre equivocado, princesa. Tuviste tiempo para pensar. Tal vez si me hubieses elegido a mí, esto sería diferente, pero...

No veo el primer golpe, siento el ardor inmediato en el abdomen, un estampido que me va desde la piel al estómago, como si una mano invisible me hubiese vaciado los pulmones. Caigo de rodillas, más por la sorpresa que por el dolor. El segundo golpe llega con la precisión de quien conoce el mapa del cuerpo ajeno y sabe

como hacerle daño: un latigazo en la cara que me hace girarme hacia abajo.

No grito al principio, mi garganta, terca como siempre, quiere convertir el dolor en piedra. Pero el tercero me arranca un sonido que no reconozco.

—¿Por dónde íbamos? —me pregunta con voz suave detrás de mí.

Intento incorporarme; unas cuerdas que no había visto se cierran en mis muñecas. Son cuerdas de un tejido duro, pero vibran con una calidez que no es natural. Es magia. Cada movimiento las aprieta un poco más, rasgándome la piel. Me late la cara y siento el gusto metálico de la sangre donde el labio se me debe de haber partido.

—¿Sabes el daño que has hecho? —logro decir—. A todo el mundo… —Trago saliva junto con mi sangre—. A Kiri.

—Mira que eres dramática, querida. —Se ríe sin molestarse en disimular—. Siempre con esa necesidad tan patética de creerte especial, como si tu dolor mereciese archivo y lupa, cuando no es más que vulgar, repetido y previsible; te lo diré despacio, a ver si esta vez te entra en esa cabeza de clase baja que tienes. —Bosteza mientras se mira las uñas—. El maná responde al miedo de verdad, a la renuncia consciente, al sacrificio elegido, no al llanto, no a la autocompasión ni a esa manía tuya de fracasar y luego exigir reconocimiento por no haberte marchado antes —dice y me mira directamente a los ojos—, fallaste, y no solo una vez: siempre. Te pones el disfraz de víctima incluso antes de entrar en la Arena, por si toca volver a casa con las manos vacías y la conciencia sucia. —Se inclina hacia mí, lo justo para que su voz me arañe el oído—. Nosotros no inventamos nada, no somos tan crueles como te gusta pensar cuando necesitas un villano al que culpar, solo ordenamos el mundo, y a los inútiles como tú les damos una palabra bonita para que no se ahoguen en la verdad —dice mientras sonríe despacio—: lo llamamos honor, para que sigáis viniendo, para que falléis otra vez, y para que aplaudáis dócilmente mientras nos ofrecéis voluntariamente el cuello.

Ahora mismo solo puedo acordarme de mi madre hilando en invierno, las manos rojas por el frío, para hacernos una manta con la que arroparnos cada noche. Recuerdo a Hollieth jugando al limbo con una cuerda entre dos sillas, la risa cuando se caía. Veo a Kiri con una flor blanca en el pelo, preguntándome si en la Tríada había monstruos de verdad. Recuerdo a mi padre aceptar tres trabajos a la vez para que pudiésemos pagarnos la comida y las clases de entrenamiento para la Tríada. Juro estar viviéndolo todo a la vez en mi cabeza. La náusea ya lucha por salir de mi garganta.

—Y encima eres pesada, ¿sabes? —me suelta, cruzándose de brazos y apoyando la espalda en la pared como si estuviese cómodamente instalado en mi derrota—. Siempre lloriqueando, repitiendo como un mantra ridículo: «Fallé, fallé, fallé». ¿Fallaste? Sí, ¿y qué? ¿Crees que vamos a abrir un archivo de tus lágrimas para estudiarlas? —Se ríe y continúa imitando mi voz—. «Fallé, fallé, fallé», suena casi cómico viniendo de alguien que se jura Heroína mientras se compadece de sí misma en cada respiración. Es como si quisieras que todo el mundo sienta lástima por ti antes siquiera de intentarlo de nuevo. —Inclina la cabeza hacia un lado, mirándome de reojo con esa sonrisa que parece una daga—. Te lo repito: tu mantra patético no impresiona a nadie. Ni al maná, ni a mí, ni a los que de verdad cargan con su fracaso sin ponerse una capa de víctima por encima. Sin embargo, resulta que sí eres más valiosa de lo que crees, princesa, pero muerta.

—Pero… —intento hablar, aunque la voz me tiembla y no suena convincente.

—No hay «pero» para ti ya —me interrumpe—. Créeme, cariño, lo sabíamos cuando te dimos el boleto, pero incluso sabiéndolo me acabaste sorprendiendo. Así que, si quieres mi consejo gratis: cállate y haz algo que valga la pena. O sigue así, haciendo tu espectáculo de fracaso, ya no importa.

Se queda unos segundos observándome, como si evaluase cuánto de mí queda intacto bajo la burla y el desprecio.

—¡Ah! Y Dionna… —dice como acordándose de algo—. Si vas a repetir tu mantra, al menos hazlo en silencio. Es más decente que intentar que alguien más se hunda contigo; pensaba que no

eras tan egoísta, princesa. —Se acerca a mí y se agacha a mi altura —. Dionna, Dionna, Dionna. —Empieza a negar con la cabeza y la cuerda en mis muñecas se tensa con un tirón seco que me arquea la espalda del dolor—. No te me desmorones todavía, o será aburridísimo. —Me acaricia el pelo y la náusea se convierte en vómito al instante—. ¡Joder! Mis zapatos… qué puto asco. Pues rápido tendrá que ser, princesa.

No sé si sigue hablando, no veo venir el golpe, todo se vuelve negro. Todo se ha desvanecido a mi alrededor. Ya no oigo ni siquiera el sonido de mi propio corazón. Me he sumido en la oscuridad más absoluta y solo puedo pensar en que he amado, he soñado y mi familia está mejor. Lo que vine a hacer, ya está hecho. Me voy de Aethrya habiendo ganado de verdad.

XXV
Arcanista Plein

Estoy de pie frente a la multitud, con la voz amplificada y mi reflejo proyectado sobre las torres y los muros, sobre cada casa del continente. Nadie puede fingir no verme.

—Pueblo de Aethrya —digo—. Comparezco hoy con una noticia que jamás pensé pronunciar en un momento tan especial para nuestro continente como es el Mes Dorado.

Miles de rostros me miran desde abajo, expectantes. Respiro despacio intentando ignorar las bocanadas de maná del ambiente y el éxtasis que me hacen sentir. He ensayado esta frase tantas veces que ya no siento las palabras.

—Dionna de Caelis, Heroína de la Tríada, ha muerto. Tras una semana desaparecida, una investigación exhaustiva por parte de nuestros guardias ha dado lugar al descubrimiento del terrible desenlace. —Hago una pausa, el silencio es inmediato: se apaga la música, el murmullo y hasta el viento. Todo parece congelarse—. Durante el Mes Dorado, alguien atentó contra su vida. Hoy puedo afirmar que el responsable ya ha sido hallado. Pagará con su vida y con su nombre.

No doy más detalles, porque no los necesitan. Solo necesitan una dirección hacia donde apuntar su rabia y ellos harán el trabajo por nosotros. Sin hacer preguntas. Pienso en lo que queda de verdad en todo esto y en los ojos de esa chica cuando la vi por última vez, la forma en que temblaba, pero no se rendía: «todo por el equilibrio de Aethrya».

—Que su alma sea honrada —digo y miro al cielo para mostrar el respeto que todo caído se merece— y su memoria eterna.

ABOUT THE AUTHOR

Andrea R. F.

Descubrí la lectura siendo adolescente, cuando las historias eran un refugio y una forma de habitar otros mundos y otras vidas. Con el tiempo, esa relación cambió; la universidad me llevó hacia el ensayo y el análisis y, poco a poco la ficción fue perdiendo el lugar que había ocupado durante años.

Mucho después, volví a ella gracias a Carolina —sí, Carol, tú sí que molas—. Y me di cuenta de que ese reencuentro no había sido solo con la lectura, sino con la emoción de dejarme arrastrar por una historia, de desaparecer durante horas dentro de algo que no era mío y, aun así, lo sentía cercano. A partir de ahí, empecé a explorar distintos géneros, desde la novela romántica hasta el thriller.

Por suerte para mí, no se quedó solo en la lectura. Llegó un momento en el que escribir dejó de ser una idea lejana y se convirtió en una necesidad. Durante mucho tiempo, esa necesidad fue caótica: empezaba muchas historias, pero no terminaba ninguna. Ideas que se acumulaban, que perdían fuerza, que se quedaban a medio camino.

Aethrya fue la excepción.

Por primera vez, no solo creé una historia, sino que me quedé en ella. Me fui enamorando poco a poco de los personajes, del mundo, de todo lo que iba construyendo. Y, casi sin darme cuenta, encontré en esta historia una forma de dar sentido a lo que antes era solo ruido. Aethrya nace también de una inquietud: la del control, el poder y la forma en la que una sociedad puede llegar a normalizar el sacrificio sin cuestionarlo. De cómo, a veces, acabamos dispuestos a sangrar por algo que ni siquiera entendemos del todo. Mi forma de escribir, simple y en pañales, está marcada por una mezcla entre querer hacer sentir y pensar. O al menos eso quiero creer.

Aethrya La Tríada es mi primera obra; seguramente la RAE y más de un lector experto encontrarán mil formas de cuestionarla. Sed buenos, que soy frágil…
como las bombas.
